

Estudio sobre el libro del Deuteronomio I

Primera parte

Autor: C. H. Mackintosh

El libro del Deuteronomio tiene un carácter tan propio como cualquiera de las cuatro secciones anteriores del Pentateuco. Por su título podríamos suponer que este es una simple repetición de los anteriores, pero eso sería un error. Una cosa así no ocurre en la

Palabra de Dios; Él nunca se repite. Dondequiera que le discernamos, sea en una página de la Sagrada Escritura o en el amplio campo de la creación, vemos una variedad infinita, una plenitud divina, un plan definido. Nuestra facultad para discernir y apreciar tales cosas será proporcional a nuestra espiritualidad. En esto, como en todo, es necesario que nuestros ojos estén ungidos con colirio celestial.

Aviso legal / Derechos:

© Ediciones Bíblicas – 1166 Perroy (Suiza/Switzerland)

Índice

Introducción	6
Libro actual, aunque escrito hace tres mil años	8
El hombre natural: enemigo de Cristo y de la Palabra.....	9
¿Por qué Dios no podría revelarnos su pensamiento?	11
“Toda la Escritura es inspirada por Dios”	13
Obedezcamos la Escritura.....	15
Retrospectiva del camino en el desierto	17
El justo por su fe vivirá.....	19
Once jornadas hay desde Horeb hasta Cades-barnea	22
Nuestra lentitud para aprender	23
No obstante, la Escritura es clara	25
La voz de Cristo	29
Volveos e id.....	31
¿Cómo conduce Dios hoy a sus hijos?	33
Andemos en la dirección indicada	35
Nombramiento de los jefes	40
Los espías	45
La incredulidad	50
Caleb: La fe.....	52
Moisés no entrará en el país	55
Confesión superficial y circunstancial.....	57
Enseñanza solemne.....	59
Volveos al norte	63
Incredulidad y fe	63
Sumisión a la voluntad de Dios	66
Dios conduce al pueblo	69
El gobierno de Dios - Edom, Moab y los hijos de Amón	72
El gobierno de Dios - Sehón, rey de Hesbón, amorreo.....	76
El gobierno de Dios - Og, rey de Basán	78
Rubén, Gad y Manasés al otro lado del Jordán	85
No los temáis... Jehová... pelea por vosotros.....	87
Moisés y Jehová	90
La gracia y el gobierno	91
Ahora... Israel... oye	95
La ley mosaica y los mandamientos de Jesús.....	95
El cristiano y la ley.....	97

Muertos a la ley	103
Obedientes a Jesucristo	111
La Escritura, palabra inspirada por Dios.....	113
Lo que Israel debía ser para las otras naciones	118
No olvides.....	120
¿Qué lugar ocupa la Palabra en nuestros corazones, nuestras casas y nuestros hábitos?	121
La lectura en familia y el testimonio que resulta de ello.....	123
Enseñarán a sus hijos	126
La educación de nuestros hijos	130
Tengamos cuidado con la idolatría.....	134
Siempre la idolatría.....	137
El juicio empieza por la casa de Dios	141
La disciplina	142
La caída y la restauración de Israel.....	145
Las profecías concernientes a Israel no se aplican a la Iglesia.....	148
Los caminos de Dios para Israel.....	150
La divina inspiración de los cinco libros de Moisés	152
Las tres ciudades de refugio al otro lado del Jordán.....	156
Fin del primer discurso de Moisés	157
Los diez mandamientos	159
Oír... aprender... guardar... practicar.....	159
Obediencia y servicio	160
Discernimiento del creyente.....	164
Dos pactos	168
La ley.....	168
La ley: un yugo imposible de llevar.....	172
Ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí.....	176
Los diez mandamientos.....	178
El día de reposo (o sábado).....	180
El primer día de la semana	188
Cristo, el fin de las ordenanzas legales.....	190
El primer día de la semana (domingo), día del Señor	192
¿Qué lugar ocupa la Escritura en nuestros corazones?	195
El Evangelio no es anunciado para la conversión del mundo, sino para tomar de ellos pueblo para su nombre.....	200
Lo que dice la Escritura	203

Estas palabras... estarán sobre tu corazón.....	207
Yo y mi casa	207
Quítad los dioses ajenos	209
El único fundamento	211
Israel: abandono de ese fundamento y restauración futura	212
¿Qué hay de la Iglesia?	214
La Iglesia, cuerpo de Cristo.....	216
Continuidad y unidad de este Cuerpo	218
¿Cuál ha sido el testimonio general de la Iglesia?.....	221
Testigos en el transcurso de los años	224
Fin del hombre en esta tierra	226
Un corazón sometido	228
El testimonio de un corazón obediente.....	231
El testigo perfecto a quien imitar	235

Introducción

El libro del Deuteronomio tiene un carácter tan propio como cualquiera de las cuatro secciones anteriores del Pentateuco. Por su título podríamos suponer que este es una simple repetición de los anteriores, pero eso sería un error. Una cosa así no ocurre en la Palabra de Dios; Él nunca se repite. Dondequiera que le discernamos, sea en una página de la Sagrada Escritura o en el amplio campo de la creación, vemos una variedad infinita, una plenitud divina, un plan definido. Nuestra facultad para discernir y apreciar tales cosas será proporcional a nuestra espiritualidad. En esto, como en todo, es necesario que nuestros ojos estén ungidos con colirio celestial. Quien opinara que el quinto libro de Moisés no fue más que una repetición de Éxodo, Levítico y Números, tendría una idea pobre de la inspiración. Si en una composición humana no esperamos encontrar una imperfección tan grande, cuánto menos en la revelación perfecta que Dios nos ha dado en su santa Palabra. En el volumen inspirado no hay una sola frase innecesaria, ni una palabra de más, ni un argumento que no tenga su significado propio y su aplicación directa. Si no vemos esto, aún tenemos que aprender la profundidad, el poder y el significado de las palabras: "Toda la Escritura es inspirada por Dios" (2 Timoteo 3:16).

¡Preciosas palabras! Dios quiera que sean mejor comprendidas hoy en día. Es muy importante que los cristianos estén arraigados y fundados en la gran verdad de la plena inspiración de la santa Escritura. La falta de interés a este respecto se extiende de manera espantosa en la iglesia profesante. Está bien visto en muchas partes burlarse de la fe en la plena inspiración, que es considerada como un signo de ignorancia o de ingenuidad. Se piensa que criticar el precioso libro de Dios y buscarle imperfecciones es prueba de un gran conocimiento y un espíritu desarrollado. Los hombres se toman la libertad de juzgar la Biblia como si se tratara de una creación humana, y se atreven a pronunciarse sobre lo que es digno o no de Dios. En el fondo, juzgan a Dios mismo, y el resultado de todo esto es la más completa oscuridad y confusión, tanto para esos sabios doctores como para los que les escuchan. ¿Cuál será el destino eterno de todos los que tengan que responder ante el tribunal de Cristo por haber blasfemado contra la Palabra de Dios y por haber descarriado muchas almas con su enseñanza infiel?

No nos detendremos a considerar la locura culpable de los incrédulos y de los escépticos –incluso si se llaman cristianos–, ni sus vanos esfuerzos por desacreditar el admirable volumen que nuestro Dios se dignó a escribir para nuestra enseñanza. Algún día descubrirán su fatal equivo-

cación. ¡Dios quiera que no sea demasiado tarde! En cuanto a nosotros, que nuestro gozo y consuelo sean meditar en la Palabra de Dios de manera que podamos descubrir sin cesar nuevos tesoros en esa mina inagotable, nuevas glorias morales en esa revelación celestial.

El libro del Deuteronomio ocupa un lugar completamente singular en el canon inspirado; bastan sus primeras palabras para probarlo: “Estas son las palabras que habló Moisés a todo Israel a este lado del Jordán en el desierto, en el Arabá frente al mar Rojo, entre Parán, Tofel, Labán, Hazerot y Dizahab”.

Los israelitas habían llegado a la orilla oriental del Jordán y se disponían a entrar en el país de la promesa. Su peregrinaje por el desierto estaba a punto de terminar, según leemos en el versículo 3:

“ Aconteció que a los cuarenta años, en el mes undécimo, el primero del mes, Moisés habló a los hijos de Israel conforme a todas las cosas que Jehová le había mandado acerca de ellos.

No solo tenemos el lugar y la época indicados con precisión divina, sino que también sabemos, por las palabras que acabamos de citar, que las instrucciones dadas al pueblo en los llanos de Moab estaban muy lejos de ser una repetición de lo que vemos en Éxodo, Levítico y Números. Tenemos una prueba evidente de esto en el capítulo 29 de este mismo libro: “Estas son las palabras del pacto que Jehová mandó a Moisés que celebrase con los hijos de Israel en la tierra de Moab, *además del pacto que concertó con ellos en Horeb*” (v. 1).

El lector observará que se trata de dos pactos: uno hecho en Horeb y otro en Moab, el último de los cuales, lejos de ser una repetición del primero, es tan diferente del otro como sea posible imaginar.

El título griego de este libro, que significa «segunda promulgación de la ley», podría suscitar la idea de que es una simple recapitulación de los anteriores; pero no es así. Este libro tiene su sitio propio; su finalidad es totalmente diferente. La lección principal que procura enseñar es *la* obediencia, y no solo en cuanto a la letra, sino también en el espíritu de amor y de temor, la obediencia fundada sobre relaciones íntimas y estimulada por el reconocimiento de obligaciones morales.

El anciano legislador, el fiel y amado siervo del Señor, iba a despedirse de la congregación, se iba al cielo, y los hijos de Israel estaban a punto de atravesar el Jordán, lo que hace que sus últimas recomendaciones sean muy solemnes y conmovedoras. Pasa revista a toda su vida en el desierto, de una manera muy apropiada para tocar el corazón, y les recuerda las circunstancias y las etapas de los cuarenta años de peregrinaje. Sus preciosos discursos poseen un encanto incomparable, resultado tanto de las circunstancias en que fueron pronunciados, como de la importancia de su divino contenido, y se dirigen a nosotros tan convenientemente como a aquellos a quienes estaban destinados. Muchas exhortaciones son aplicables a nosotros tan oportunamente como si hubiesen sido pronunciadas ayer.

Libro actual, aunque escrito hace tres mil años

¿Y no ocurre así con toda la Escritura? ¿No nos sorprende cada momento su maravilloso poder de adaptación a nuestras circunstancias y a nuestro estado de alma? Nos habla tan oportunamente y con tal frescor como si hubiera sido dictada hoy mismo y expresamente para nosotros. Nada hay comparable a la Escritura. Tome usted un escrito humano de la misma época del Deuteronomio; si pudiera hallar cualquier volumen escrito hace tres mil años, ¿qué encontraría allí? Una curiosa reliquia del pasado, algo digno de ser colocado en el Museo Británico junto a alguna momia egipcia, pero sin ninguna aplicación a nosotros o a nuestro tiempo; un documento pasado de moda prácticamente inútil para nosotros, relativo a una situación y a un estado social ya olvidados.

Por el contrario, la Biblia es el libro para hoy. Es el Libro de Dios, su revelación perfecta. Es su misma voz que habla a cada uno de nosotros. Es un libro para todas las edades, para todas las clases, para todas las condiciones; es para los nobles y los humildes, para los ricos y los pobres, los sabios y los ignorantes, los viejos y los jóvenes. Posee un lenguaje tan sencillo que un niño puede entenderlo, y al mismo tiempo tan profundo que la más vasta inteligencia es incapaz de sondearlo. Ante todo, habla directamente al corazón, alcanza las fuentes más ocultas de nuestro ser moral, descende hasta las raíces de los pensamientos y los sentimientos del alma, nos juzga completamente. Es, como dice el apóstol:

“ Viva y eficaz, y más cortante que toda espada de dos filos; y penetra hasta partir el alma y el espíritu, las coyunturas y los tuétanos, y dis-cierne los pensamientos y las intenciones del corazón (Hebreos 4:12).

Observe también la maravillosa amplitud de su contenido. Trata tan detalladamente acerca de los hábitos y costumbres, de los modales y principios del presente siglo de la era cristiana, como de las más primitivas edades de la vida humana. Muestra un perfecto conocimiento del hombre en cualquier época de su historia. El Londres de hoy y la ciudad de Tiro de hace tres mil años son pintados con la misma precisión y fidelidad en las páginas sagradas. La vida humana, en cualquier plano de su desarrollo, es descrita con mano maestra en el admirable volumen que nuestro Dios ha escrito para nuestra enseñanza.

¡Qué privilegio poseer este libro, tener en nuestras manos una Revelación divina, una historia –inspirada por Dios– del pasado, del presente y del futuro!

El hombre natural: enemigo de Cristo y de la Palabra

Pero ese libro juzga al hombre, su conducta y su corazón. Le dice la verdad acerca de todo lo que le concierne. De ahí que al hombre no le agrade el libro de Dios. Un hombre inconverso preferirá mucho más un periódico o una novela que la Biblia. Leerá con mayor gusto el relato de un proceso criminal que un capítulo del Nuevo Testamento.

Por esta razón, también procura encontrar defectos en la Palabra de Dios. Los incrédulos siempre han trabajado con ahínco para descubrir imperfecciones y contradicciones en la santa Escritura. Los enemigos de la Biblia no solo se encuentran en las clases bajas y vulgares, sino también entre las personas instruidas y cultivadas de la alta sociedad. Precisamente tal como acontecía en el tiempo de los apóstoles: “Mujeres piadosas y distinguidas” y “algunos ociosos, hombres malos”, tan separados unos de otros social y moralmente, encontraron algo en el que podían estar de acuerdo: el rechazo a la Palabra de Dios y a aquellos que fielmente la predicaban (comp. Hechos 13:50; 17:5). Hombres que difieren casi en todo, están de acuerdo en su decidida oposición a la Biblia. A los otros libros se los deja en paz. Los hombres no se preocupan por buscar defectos en Virgilio, Horacio, Homero o Herodoto, pero no pueden soportar la Biblia, porque les exhibe al desnudo y les dice la verdad sobre ellos mismos y sobre el mundo al que pertenecen.

Y, ¿no sucedió exactamente lo mismo con la Palabra viviente, es decir, con el Hijo de Dios, el Señor Jesucristo, cuando estuvo aquí en la tierra? Los hombres le aborrecían porque les decía la verdad. Su ministerio, sus palabras, su conducta, su vida entera era un testimonio contra el mundo; de ahí su continua y amarga oposición. Otros podían seguir tranquilamente su camino, pero Cristo era vigilado, espiado, y perseguido a cada paso. Los conductores y maestros del pueblo procuraban “sorprenderle en alguna palabra” (Mateo 22:15), para así encontrar un pretext-

to para entregarlo al gobernador. Así fue durante su vida admirable, y al final de ella, cuando el bendito Salvador fue clavado en la cruz entre dos malhechores, a estos se les dejó en paz; no se les abrumó de injurias; los sacerdotes y los ancianos no meneaban sus cabezas burlándose de ellos. No, todos los insultos, las burlas, las palabras crueles y sin piedad iban dirigidas al divino ocupante de la cruz central.

Es muy importante que comprendamos a fondo de dónde proviene toda esa oposición a la Palabra de Dios. El diablo aborrece la Palabra de Dios con un odio perfecto; por eso se vale de intelectuales incrédulos que escriben libros para probar que la Biblia no es la Palabra de Dios, arguyendo que en ella existen errores, contradicciones, y que en el Antiguo Testamento hay leyes, instituciones, costumbres y ceremonias indignas de un Dios bueno y misericordioso.

Para toda esta clase de argumentos solo tenemos una respuesta, de todos esos eruditos incrédulos decimos simplemente que “quieren ser doctores de la ley, sin entender ni lo que hablan ni lo que afirman” (1 Timoteo 1:7). Podrán ser muy instruidos, muy sabios, pensadores originales y profundos, versados en literatura, muy competentes para resolver una cuestión difícil, para discutir un tema científico. Incluso podrán ser muy amables, estimados y respetados, pero, como inconversos que no tienen el Espíritu de Dios, son completamente incapaces de formular un juicio acertado en cuanto a la Sagrada Escritura. Si alguien que no tuviera conocimiento de Astronomía se permitiera juzgar los principios del sistema de Copérnico, los mismos hombres de quienes hablamos le declararían totalmente incompetente e indigno para tratar ese tema. Nadie tiene derecho a opinar sobre un asunto que no conoce. Este es un principio admitido en todos los ámbitos y, por lo tanto, se puede aplicar a este caso sin ninguna objeción.

El apóstol nos dice que

“ El hombre natural no percibe las cosas que son del Espíritu de Dios, porque para él son locura, y *no las puede entender*, porque se han de discernir espiritualmente (1 Corintios 2:14).

Esto es concluyente. Habla del hombre en su estado natural, por culto que sea. No se refiere a una determinada clase de hombres, sino sencillamente al hombre en su estado de incredulidad, al hombre que carece del Espíritu de Dios. Algunos imaginan que el apóstol habla de los bárbaros o salvajes incultos. Pero no es así; se refiere simplemente al hombre natural, ya sea un sabio filósofo o un pobre ignorante, y este no puede entender “las cosas que son del Espíritu de Dios”.

¿Cómo, pues, podrá emitir un juicio sobre la Palabra de Dios? ¿Cómo puede permitirse decidir acerca de lo que es digno o no de Dios? Y si tiene la audacia de hacerlo, ¿quién debería escucharle? Nadie. Sus argumentos son infundados, sus teorías miserables y sus escritos pobres páginas que no merecen ninguna consideración. De acuerdo con el principio expuesto anteriormente, descartamos a todos los escritores racionalistas.

¿Por qué Dios no podría revelarnos su pensamiento?

De esta forma debemos entendernos con toda clase de escritores incrédulos. ¿Quién escucharía a un ciego que opinara sobre la luz y la sombra? Y, sin embargo, ese hombre tendría mucho más derecho a ser oído que un inconverso que discutiese sobre la inspiración de las Escrituras. Sin duda, se puede pedir la opinión de un erudito sobre la traducción de tal o cual pasaje, pero esto es diferente a emitir un juicio sobre la Revelación que Dios, en su infinita bondad, nos ha dado. Ningún hombre puede hacer tal cosa. La santa Escritura solo puede ser entendida y apreciada por el mismo Espíritu que la inspiró. La Palabra de Dios debe ser recibida conforme a su propia autoridad. Si el hombre puede juzgarla o discutirla, entonces ya no es la Palabra de Dios. ¿Nos ha dado Dios una revelación, sí o no? Si nos la ha dado, ha de ser absolutamente perfecta en todo concepto y, como tal, debe estar por encima de todo juicio humano. El hombre no es competente para juzgar la Escritura, como tampoco lo es para juzgar a Dios. La Escritura juzga al hombre, y no el hombre a la Escritura.

Nada es más despreciable que los libros escritos por incrédulos en contra de la Biblia. Cada página, cada párrafo, cada sentencia prueban la verdad de la afirmación apostólica: “El hombre natural no percibe las cosas que son del Espíritu de Dios... y *no las puede entender*, porque se han de discernir espiritualmente”. Su ignorancia sobre el tema que se atreve a tratar solo es igualada por su arrogancia y su falta de respeto. Los libros humanos pueden ser objeto de un examen imparcial; pero si uno se acerca al precioso libro de Dios con la certeza preconcebida de que no es una Revelación divina, será porque ha escuchado a los incrédulos, que afirman que Dios no puede revelarnos sus pensamientos por escrito.

¡Qué extraño que el hombre pueda revelarnos sus pensamientos (y los incrédulos a menudo lo hacen), pero que para Dios no sea posible hacerlo! ¡Qué locura y qué arrogancia! ¿Por qué no podría Dios revelar su pensamiento a sus criaturas? ¿Por qué tanta desconfianza? Porque los incrédulos así lo quieren. La pregunta formulada por la serpiente antigua en el huerto de Edén hace miles de años ha venido siendo repetida de siglo en siglo por toda clase de escépticos, raciona-

listas e incrédulos: “¿Conque Dios os ha dicho?”. Sí –decimos con intensa satisfacción–; sí, bendito sea su nombre, él ha hablado, nos ha hablado. Él ha revelado su pensamiento, nos ha dado la santa Escritura. “Toda la Escritura es inspirada por Dios, y útil para enseñar, para redargüir, para corregir, para instruir en justicia, a fin de que el hombre de Dios sea perfecto, enteramente preparado para toda buena obra”. (2 Timoteo 3:16-17)

“ Porque las cosas que se escribieron antes, para nuestra enseñanza se escribieron, a fin de que por la paciencia y por la consolación de las Escrituras, tengamos esperanza (Romanos 15:4).

¡Alabado sea el Señor por estas palabras que nos aseguran que toda la Escritura es inspirada por Dios! ¡Precioso vínculo entre el alma y Dios! ¿Quién podrá describirlo? Dios ha hablado; nos ha hablado. Su Palabra es una roca contra la que se estrellan las olas de la incredulidad, pero siempre sigue firme en su fuerza divina y eterna. Nada puede quebrantar la Palabra de Dios; todos los poderes de la tierra, de los hombres y del diablo jamás podrán debilitarla. Permanece inmutable en su gloria moral, a pesar de todos los asaltos del enemigo, siglo tras siglo. “Para siempre, oh Jehová, permanece tu palabra en los cielos”. “Has engrandecido tu nombre, y tu palabra sobre todas las cosas” (Salmo 119:89; 138:2). ¿Qué nos queda por hacer? Sencillamente obedecerla. “En mi corazón he guardado tus dichos (tu palabra), para no pecar contra ti” (Salmo 119:11). Aquí está el profundo secreto de la paz. El corazón está unido al trono, al mismo corazón de Dios, por medio de su preciosa Palabra. Para el que ha aprendido a confiar en la Palabra de Dios, a descansar en la autoridad de la santa Escritura, todos los libros que hayan sido dictados por la incredulidad carecen de valor; demuestran solo la ignorancia y la pecaminosa arrogancia de sus autores; pero, en cuanto a la Escritura, la dejan donde siempre ha estado y continuará estando: “permanece en los cielos”, tan inconmovible como el trono de Dios. Los ataques de los incrédulos no pueden conmovir el trono de Dios ni su Palabra. Bendito sea su nombre, tampoco pueden turbar la paz que llena el corazón del que descansa en este fundamento invencible. “Mucha paz tienen los que aman tu ley, y no hay para ellos tropiezo” (Salmo 119:165). “La palabra del Dios nuestro permanece para siempre” (Isaías 40:8). “Esta es la palabra que por el evangelio os ha sido anunciada” (1 Pedro 1:25).

Aquí tenemos de nuevo el mismo vínculo precioso. La Palabra que ha llegado hasta nosotros bajo la forma de las buenas nuevas es la misma Palabra del Señor que permanece para siempre y, por lo tanto, nuestra salvación y nuestra paz son tan estables como la Palabra sobre la cual están

fundadas. *Si toda* carne es como hierba y *toda* la gloria del hombre es como la flor de la hierba, ¿qué valor tienen, pues, los argumentos de los incrédulos? Valen tan poco como la hierba seca o las flores marchitas; y los hombres que los han expuesto, como los que los han aceptado, tendrán que comprenderlo tarde o temprano. ¡Qué terrible locura es poner objeciones a la Palabra de Dios, la única cosa en el mundo que puede proporcionar paz y consuelo a los pobres corazones fatigados; sí, qué locura objetar la Palabra de Dios que trae las buenas nuevas de salvación a los pobres pecadores perdidos!

“Toda la Escritura es inspirada por Dios”

Al llegar a este punto tal vez se nos formule una pregunta que ha turbado a muchos: «¿Cómo podemos saber que el libro al que llamamos Biblia es realmente la Palabra de Dios?». Nuestra respuesta es muy sencilla: El que nos lo ha dado, puede darnos también la certeza de que ese precioso libro procede de él. El mismo Espíritu que inspiró a los autores de la santa Escritura puede hacernos comprender que esas Escrituras son la misma voz de Dios que se dirige a nosotros. Pero para ello necesitamos el Espíritu, pues, como ya lo hemos visto, “el hombre natural no percibe las cosas que son del Espíritu de Dios... y no las puede entender, porque se han de discernir espiritualmente”. Si el Espíritu Santo no nos enseñara con certeza que la Biblia es la Palabra de Dios, ningún hombre ni organización humana serían capaces de hacerlo, y, por otra parte, si el Espíritu nos da esa bendita seguridad, no tenemos ninguna necesidad del testimonio humano.

Admitimos de buen grado que en esta delicada cuestión la más mínima sombra de duda es un tormento y una desgracia. Pero, ¿quién puede darnos esa certeza? Solo Dios. Si todos los hombres de la tierra estuviesen dispuestos a reconocer la autoridad de las Santas Escrituras, si todos los concilios que se han celebrado estuviesen a favor del dogma de la plena inspiración de la Biblia, si la iglesia universal, es decir, todas las denominaciones de la cristiandad, dieran su asentimiento a la verdad de que la Biblia es realmente la Palabra de Dios; en resumen, si tuviéramos toda la autoridad humana posible, con respecto a la divinidad de la Palabra de Dios, sería insuficiente como fundamento de certeza; y si nuestra fe se basara en esa autoridad, carecería de todo valor. Solo Dios puede darnos la seguridad de que él ha hablado en su Palabra, y cuando él nos da esa certeza, bendito sea su nombre, todos los argumentos, razonamientos y juegos de palabras de los incrédulos son como la espuma del mar, el humo de las chimeneas o el polvo levantado por el viento. El verdadero creyente los rechaza como cosas sin valor alguno y descansa en paz sobre la inefable Revelación que nuestro Dios se ha dignado darnos.

Es muy importante que el lector vea claro y esté bien informado acerca de este asunto tan grave si no quiere ser influenciado por la incredulidad, de una parte, y la superstición, de la otra. La incredulidad procura convencernos de que Dios no nos ha dado un libro que nos revele su pensamiento; que no ha podido darlo. La superstición procura convencernos de que aunque Dios nos haya dado una Revelación, no podemos estar seguros de ella sin la autoridad humana, ni entenderla sin interpretación humana. Debemos observar cómo en ambos casos se nos priva del precioso regalo de la Sagrada Escritura. Y este es el propósito del diablo, que quiere robarnos la Palabra de Dios; y puede hacerlo de manera eficaz despertando una aparente desconfianza, que humilde y reverentemente se dirige a los hombres sabios e instruidos en busca de autoridad, como así también incitando una audaz incredulidad opuesta a toda autoridad humana o divina.

Tomemos un ejemplo. Un padre escribe una carta a su hijo que vive lejos, una carta que rebosa de afecto y ternura paternal. En ella le habla de sus planes y proyectos, le expone todo cuanto él cree que puede interesar a su hijo, todo lo que le sugiere su corazón de padre. El hijo pasa por la oficina de correos para averiguar si hay carta de su padre. Un empleado le responde que su padre no ha escrito, ni lo hará, que entre ellos no puede haber comunicación por ese medio y que es una tontería el mero hecho de pensar algo parecido. Otro empleado se adelanta y le dice: «Sí, aquí hay una carta de su padre, pero usted no puede entenderla, no vale la pena intentarlo, es más, solo puede hacerle daño. Nosotros le explicaremos aquellas líneas que consideremos útiles». El primero de esos empleados representa la incredulidad, el segundo la superstición. El uno y el otro quieren privar al hijo de la ansiada carta, de los preciosos pensamientos de su padre. Pero, ¿cuál sería la respuesta del hijo a esos indignos empleados? Podemos estar seguros de que sería tan breve como adecuado. Al primero le diría: «Sé que mi padre puede comunicarme sus pensamientos por carta, y sé también que así lo ha hecho». Y al segundo: «Sé que mi padre puede hacerme comprender su pensamiento mucho mejor que usted». Y diría, dirigiéndose a los dos con tono firme y decidido: «Dénme inmediatamente la carta de mi padre; está dirigida a mí, y nadie tiene derecho a negármela».

Igualmente el cristiano de corazón sencillo debería responder a la audaz incredulidad y a la ignorante superstición, los dos agentes principales del diablo en nuestros días: «Mi Padre me ha comunicado sus pensamientos, él puede hacerme comprender sus propósitos». “Toda la Escritura es inspirada por Dios”. Y, “las cosas que se escribieron antes, para nuestra enseñanza se escribieron”. ¡Magnífica respuesta a todos los enemigos de la preciosa Revelación de Dios, sean racionalistas o ritualistas!

No nos proponemos excusarnos ante el lector por esta extensa introducción al libro del Deuteronomio. Y nos alegra mucho poder aportar nuestro débil testimonio a la gran verdad de la divina inspiración de las Santas Escrituras. Sentimos que es nuestro deber y gran privilegio insistir acerca de la inmensa importancia y la absoluta necesidad de estar seguros a este respecto. Debemos mantener fielmente, a cualquier precio, la autoridad divina y, por consiguiente, la absoluta supremacía de la Palabra de Dios en todo tiempo, lugar y para todas las necesidades. Debemos creer que, como la Escritura ha sido dada por Dios, es completa en el más elevado y amplio sentido de la palabra, que no necesita de una autoridad humana que la acredite, ni de una voz humana que la apoye; ella habla por sí misma y se recomienda a sí misma. Todo lo que tenemos que hacer es creer y obedecer, no poner objeciones ni discutir. Dios ha hablado; nuestro deber es escuchar y prestar una obediencia reverente y sin reservas.

Este es el tema fundamental del Deuteronomio, tal como lo veremos a medida que avancemos en nuestro estudio. Nunca hubo en la historia de la Iglesia de Dios un momento en que fuera tan oportuno insistir sobre la necesidad de obedecer a la Palabra de Dios. Lamentablemente, ¡cuán poco se siente esa necesidad! La mayoría de los cristianos profesantes parecen creer que tienen derecho a pensar por sí mismos, a seguir su propia razón, su propio juicio o sus propias conciencias. No creen que la Biblia sea un libro guía, divino y universal. Piensan que en muchas cosas se nos permite escoger por nosotros mismos. De ahí los casi innumerables partidos, sectas, confesiones y escuelas teológicas. Si se otorga autoridad a las opiniones humanas, cada hombre tendría derecho a pensar lo que desee, por eso la iglesia profesante ha llegado a ser un objeto de burla y sinónimo de división.

Obedecemos la Escritura

Y, ¿cuál es el remedio para este mal tan ampliamente difundido? Una *absoluta y completa sumisión a la autoridad de la santa Escritura*. No que los hombres tengan que acudir a ella para confirmar sus opiniones y sus puntos de vista, sino para encontrar allí los pensamientos de Dios acerca de todas las cosas, e inclinar todo su ser moral ante la autoridad divina. La necesidad apremiante de estos días es una sumisión reverente a la autoridad suprema de la Palabra de Dios. Habrá, sin duda, diferencias en nuestras consideraciones y explicaciones de las Escrituras, pero en lo que insistimos de manera muy particular ante todos los cristianos es acerca del estado del alma y la actitud del corazón, expresados en las preciosas palabras del salmista: “En mi corazón he guardado tus dichos (tu palabra), para no pecar contra ti” (Salmo 119:11). Podemos estar seguros de que eso es agradable a Dios, pues él dice:

“ Miraré a aquel que es pobre y humilde de espíritu, y que tiembla a mi palabra
(Isaías 66:2).

En esto estriba el verdadero secreto de la seguridad moral. Nuestro conocimiento de la Escritura puede ser muy limitado, pero si la amamos y la respetamos, nos veremos preservados de miles de errores y tentaciones. Y habrá también un constante crecimiento. Creceremos en cuanto al conocimiento de Dios, de Cristo y de la Palabra escrita. Nos deleitaremos en beber de las fuentes vivas e inagotables de la santa Escritura y en pasear encantados por los verdes pastos que la gracia infinita abre tan generosamente al rebaño de Cristo. Así, la vida divina será nutrida y fortalecida; la Palabra de Dios llegará a ser más preciosa a nuestras almas, y seremos guiados por el poderoso ministerio del Espíritu Santo a la profundidad, plenitud, majestad y gloria moral de la Sagrada Escritura. Seremos liberados totalmente de las influencias agotadoras de los sistemas teológicos, ¡oh, bendita liberación! Podremos ser capaces de decir a los promotores de las escuelas teológicas que, sean cuales fueren los elementos de verdad que empleen en sus sistemas, los tenemos con perfección divina en la Palabra de Dios; no torcidos ni deformados para amoldarlos a un sistema determinado, sino en su correcto lugar en el amplio círculo de la revelación divina, el que tiene su centro eterno en la Persona bendita de nuestro Señor y Salvador Jesucristo.

Retrospectiva del camino en el desierto

En los capítulos 1 a 4 encontramos el primero de los cuatro discursos que Moisés hizo al pueblo a este lado del Jordán.

“Estas son las palabras que habló Moisés a todo Israel a este lado del Jordán en el desierto, en el Arabá frente al mar Rojo, entre Parán, Tofel, Labán, Hazerot y Dizahab. Once jornadas hay desde Horeb, camino del monte de Seir, hasta Cades-barnea” (v. 1-2).

El inspirado escritor ha sido muy cuidadoso en darnos, de la manera más precisa, todos los detalles del lugar en el que las palabras de este libro fueron dichas a oídos del pueblo. Israel aún no había cruzado el Jordán. Apenas había llegado a sus orillas, frente al mar Rojo, donde el gran poder de Dios se había desplegado tan gloriosamente cerca de cuarenta años atrás. Toda la situación es descrita con una minuciosidad que demuestra la importancia que Dios daba a todo lo que concernía a su pueblo. Se interesaba por todos sus movimientos y sus caminos, y ninguna de sus circunstancias le era insignificante; atendía a todo. Su mirada se posaba continuamente sobre esta asamblea en su conjunto y sobre cada miembro en particular. Día y noche velaba sobre ellos, cada etapa de su viaje era dirigida por él. Nada, por pequeño que fuera, escapaba a su conocimiento, ni nada, por grande que fuese, superaba su poder.

Lo que entonces acontecía a Israel en el desierto, ocurre hoy con la Iglesia, en general, y con cada miembro en particular. Los ojos del Padre están continuamente sobre nosotros, sus brazos eternos nos rodean día y noche. “No apartará de los justos sus ojos” (Job 36:7). Cuenta los cabellos de nuestras cabezas y se interesa con bondad infinita por todo lo que nos concierne. Se ha encargado de todas nuestras necesidades y preocupaciones, y quiere que echemos sobre él todas nuestras inquietudes con la firme convicción de que él cuida de nosotros. Nos invita a echar sobre él nuestras cargas, sean pesadas o ligeras.

Todo eso es asombroso y está lleno del consuelo más dulce y apropiado para tranquilizar el corazón ante cualquier acontecimiento. Pero, ¿lo creemos así? ¿Nuestros corazones están gobernados por esa fe? ¿Creemos realmente que el Todopoderoso Creador, quien sostiene los pilares del universo, ha tomado sobre sí la tarea de cuidarnos durante todo el viaje? ¿Creemos verdaderamente que el “creador de los cielos y de la tierra” (Génesis 14:19) es nuestro Padre, y que ha tomado a su cargo la responsabilidad de proveer a todas nuestras necesidades? ¿Está todo nuestro ser moral gobernado por las palabras del apóstol:

“ El que no escatimó ni a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos dará también con él todas las cosas? (Romanos 8:32).

Lamentablemente, tememos que casi no conocemos el poder de esas grandes, pero sencillas verdades. Hablamos de ellas, las discutimos, las profesamos, les damos nuestro asentimiento, pero, con todo, en nuestra vida diaria, en los detalles de nuestra conducta personal, demostramos lo poco que confiamos en ellas. Si estuviéramos verdaderamente convencidos de que Dios provee a todas nuestras necesidades, si todas nuestras fuentes estuvieran en él (Salmo 87:7), y fuese un perfecto amparo a nuestros ojos y un refugio para nuestros corazones, ¿podríamos recurrir a pobres fuentes terrenales que se agotan tan rápidamente, desilusionándonos? Evidentemente, no. A menudo nos engañamos a nosotros mismos con la idea de que estamos viviendo por fe cuando en realidad nos apoyamos en algún sostén humano que tarde o temprano habrá de ceder.

Lector, ¿no es así? ¿No estamos constantemente dispuestos a dejar la fuente de aguas vivas para cavar cisternas rotas que no pueden retener el agua? (Jeremías 2:13) ¡Y, no obstante, creemos vivir por fe! Profesamos depender de Dios para suplir nuestras necesidades, cualesquiera que sean, cuando el hecho es que nos sentamos junto a los manantiales humanos, buscando algo en ellos. ¿Hemos de asombrarnos si nos desengañamos? ¿Cómo podría ser de otro modo? Nuestro Dios no quiere que dependamos de algo o de alguien que no sea él mismo. En muchos pasajes de su Palabra nos ha dado a conocer su pensamiento acerca del verdadero carácter y efectos seguros de confiar en la criatura. Veamos el solemne pasaje del profeta Jeremías: “Maldito el varón que confía en el hombre, y pone carne por su brazo, y su corazón se aparta de Jehová. Será como la retama en el desierto, y no verá cuando viene el bien, sino que morará en los sequedales en el desierto, en tierra despoblada y deshabitada”. Y luego nótese el contraste: “Bendito el varón que confía en Jehová, y cuya confianza es Jehová. Porque será como el árbol plantado junto a las aguas, que junto a la corriente echará sus raíces, y no verá cuando viene el calor, sino que su hoja estará verde; y en el año de sequía no se fatigará, ni dejará de dar fruto” (Jeremías 17:5-8).

Aquí tenemos, en un lenguaje divinamente claro y elocuente, las dos caras de esta importantísima cuestión. La confianza en la criatura lleva consigo una segura maldición que solo puede conducir a la esterilidad y a la desolación. Dios, en su fidelidad, hará que se sequen todas las fuentes humanas, hará que se derrumbe todo apoyo humano, a fin de que aprendamos a confiar en él. ¿Qué ilustraciones pueden ser más impresionantes que las empleadas en el pasaje precedente?

“Retama en el desierto”; “sequedales en el desierto”; “tierra despoblada y deshabitada”. Estas son las comparaciones empleadas por el Espíritu Santo para ilustrar la dependencia humana, toda confianza en el hombre.

Y por otra parte, ¿qué puede haber más bello y refrescante que las figuras empleadas para expresar todas las bendiciones que conlleva la sencilla y completa fe en el Señor? “Árbol plantado junto a las aguas”; “junto a la corriente echará sus raíces”; “su hoja estará verde”, “no dejará de dar fruto”. ¡Qué hermoso! Así es el hombre que pone su esperanza en el Señor, se alimenta de esas fuentes eternas que manan del corazón de Dios, bebe de la fuente viva y gratuita y encuentra todos sus recursos en el Dios vivo. Podrá haber “calor”, pero no lo sentirá; “el año de sequía” puede llegar, pero no le preocupará. Diez mil arroyuelos tributarios pueden secarse, pero él no se dará cuenta, porque no depende de ellos, ya que Él habita junto a la fuente que fluye eternamente. Ninguna cosa buena le faltará, él vive por fe.

El justo por su fe vivirá

Y ahora, ya que estamos en el tema, tratemos de comprender claramente qué es vivir por la fe y preguntémosnos si vivimos así. A menudo se habla de esta vida de fe de una manera poco inteligente. Se cree que se trata sencillamente de confiar en Dios para la comida y el vestido. De ciertas personas que no tienen una renta determinada, ni propiedad de ninguna clase, se dice que «viven de fe», como si esta maravillosa y gloriosa vida de fe no tuviera un alcance más amplio, más alto que las cosas temporales y la satisfacción de nuestras necesidades.

No podemos menos que protestar enérgicamente contra ese punto de vista tan indigno de la vida de fe. Limita su terreno y rebaja su categoría de un modo insoportable para cualquiera que entienda algo de sus muy santos y preciosos misterios. ¿Podemos admitir que un cristiano que tenga unos ingresos fijos asegurados debe verse privado del privilegio de vivir por fe? En otras palabras, ¿podemos consentir que la vida de fe sea limitada y rebajada a la simple condición de confiar en Dios para la satisfacción de las necesidades corporales? ¿No es mucho más que la comida y el vestido? ¿No alcanza a darnos una idea más elevada de Dios que el simple hecho de que él no nos dejará morir de hambre o andar desnudos?

¡Ni se nos ocurra siquiera pensar algo tan indigno! La vida de fe no debe ser entendida así. No podemos permitir que se deshonre o se injurie de esa manera a quienes son llamados a vivir por fe. Preguntemos, ¿cuál es el significado de las breves pero importantes palabras: “El justo por su fe vivirá”? Las encontramos primeramente en Habacuc 2:4. Luego el apóstol Pablo las cita en Ro-

manos (cap. 1:17) donde, con mano maestra, coloca el sólido fundamento del cristianismo. También las hallamos en la epístola a los Gálatas (cap. 3:11), donde, con la más viva ansiedad, el apóstol llama nuevamente a aquellas asambleas engañadas para que vuelvan a los sólidos cimientos que, en su locura, estaban abandonando. Finalmente son citadas en Hebreos 10:38, donde se nos advierte acerca del peligro de abandonar la confianza y renunciar a nuestra carrera.

Todo esto nos muestra la inmensa importancia y el valor práctico de la trascendental frase: “El justo por su fe vivirá”. Pero, ¿a quién va dirigida? ¿A los siervos del Señor que no tienen ingresos asegurados? Rechazamos absolutamente esa suposición. Va dirigida a cada hijo de Dios. Es el elevado y dichoso privilegio de todos los que están comprendidos en el título –bendito por cierto– de “justo”. Es un error lamentable limitar ese privilegio. El efecto moral de esa limitación es muy dañino. Da una importancia indebida a una parte de la vida de fe que, de ser posible establecer en ella categorías, juzgaríamos que es la más baja. Pero no podemos hacer distinciones; la vida de fe es única. La fe es el gran principio de la vida divina. Por la fe somos justificados y por la fe vivimos; por la fe estamos en pie y por la fe andamos. Desde el principio hasta el fin de la carrera cristiana, todo es por la fe.

Es, por tanto, un gran error referirse a ciertas personas, que confían en el Señor para sus necesidades materiales diciendo que viven por fe, *como si solo ellas lo hicieran*. Y no solo esto, sino que a esas personas se las ponen como ejemplo a la Iglesia de Dios, como algo maravilloso, y los demás cristianos creen que el privilegio de vivir por fe está enteramente fuera de su alcance. Son engañados en cuanto al carácter real y al alcance de la vida de fe, y por eso sufren interiormente.

Comprenda el lector cristiano, de manera clara, que su dichoso privilegio, quienquiera que sea y cualquiera que sea su posición social, es vivir la vida de fe en toda la acepción de la palabra. Puede, conforme a su medida, apropiarse del lenguaje del apóstol y decir: “Lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí” (Gálatas 2:20). Que nadie le robe ese elevado y santo privilegio que pertenece a cada uno de los miembros de la familia de la fe. Lamentablemente, a menudo nuestra fe es débil cuando tendría que ser siempre fuerte, firme y vigorosa, porque nuestro Dios se complace en una fe firme. Si estudiamos los evangelios, veremos que nada deleitaba tanto el corazón de Cristo como una fe firme y franca, una fe que le comprendiera y contara ampliamente con él. Véase, por ejemplo, el caso de la mujer sirofenicia en Marcos 7 y el del centurión en Lucas 7.

Es cierto que Cristo respondía también al llamado de una fe débil, de la más débil. Podía contestar a un tímido “*si quieres*” con un benévolo “quiero”; a un “*si puedes*” con un “si puedes creer, todas las cosas son posibles”. La mirada más débil, el contacto más ligero obtenía una segura y favorable respuesta; pero el corazón del Salvador quedaba satisfecho y su espíritu reconfortado cuando podía decir: “Oh mujer, grande es tu fe; hágase contigo como quieres” (Mateo 15:28); y en otra ocasión:

Ni aun en Israel he hallado tanta fe

“

(cap. 8:10).

Recordémoslo; podemos estar seguros de que hoy sucede exactamente lo mismo que cuando nuestro bendito Salvador estaba aquí en la tierra. Quiere que confiemos en él, que *acudamos a él*, que contemos con él. Jamás nos excederemos en contar con el amor de su corazón o con la fortaleza de su brazo. Para él no hay nada demasiado pequeño ni demasiado grande, tiene todo el poder en el cielo y en la tierra. Es la cabeza sobre todas las cosas en la Iglesia. Y a la vez sostiene el universo, Él mantiene todas las cosas con la palabra de su poder. Los filósofos hablan de las fuerzas y las leyes de la naturaleza, pero el cristiano piensa con gozo en Cristo, en su Palabra y en su inmenso poder. Por él fueron creadas todas las cosas, y en él subsisten todas las cosas.

¡Y luego su amor! Qué tranquilidad, qué consolación, qué alegría saber y recordar que el Todopoderoso creador y sustentador del universo es el eterno amigo de nuestras almas; que nos ama de un modo perfecto; que su mirada está constantemente sobre nosotros, su corazón siempre dirigido hacia nosotros; que ha tomado sobre sí todas nuestras necesidades, sean físicas, intelectuales o espirituales. En Cristo hay provisión para todas nuestras necesidades. Él es el tesoro en el cielo, el almacén de Dios; y todo ello en favor nuestro.

¿Por qué, pues, buscamos en otro lado? ¿Por qué, directa o indirectamente, hacemos conocer nuestras necesidades a algún pobre mortal como nosotros? ¿Por qué no dirigimos directamente a Jesús? ¿Necesitamos de alguien que simpatice con nosotros? Pues, ¿quién mejor que nuestro misericordioso Sumo Sacerdote, que se compadece de nuestras flaquezas? ¿Necesitamos auxilio de cualquier clase? ¿Quién puede ayudarnos mejor que nuestro poderoso amigo, el poseedor de riquezas incalculables? ¿Necesitamos consejo o guía? ¿Quién podrá darnoslo mejor que Aquel que es la misma sabiduría de Dios y que ha sido hecho sabiduría de Dios para nosotros? ¡Ah! No aflijamos su corazón amante ni menoscabemos el honor de su nombre glorioso apartándonos de él. Luchemos celosamente contra la tendencia, tan natural en nosotros, de acariciar esperanzas

humanas, de depositar nuestra confianza en la criatura, de esperar socorros terrenales. Mantengámonos firmes junto a la Fuente y jamás tendremos que quejarnos de las corrientes. Procuremos vivir por fe y así glorificaremos a Dios en nuestra vida.

Once jornadas hay desde Horeb hasta Cades-barnea

Vamos a continuar ahora con nuestro capítulo, y al hacerlo hemos de llamar la atención del lector sobre el versículo 2. Es un paréntesis muy notable. “Once jornadas hay desde Horeb, camino del monte de Seir, hasta Cades-barnea”. ¡Once días! ¡Y, sin embargo, emplearon cuarenta años en recorrerlo! ¿Por qué? No es necesario ir muy lejos para dar con la respuesta, ya que a nosotros nos sucede lo mismo. ¡Qué lentamente avanzamos! ¡Cuántas vueltas damos y cuántas veces tenemos que volver atrás y recorrer el mismo camino una y otra vez! Somos viajeros lentos porque somos tardos para aprender. Quizá nos sorprendamos de que Israel haya empleado cuarenta años para realizar un viaje de once jornadas; pero con mayor motivo deberíamos asombrarnos de nosotros mismos. Como ellos, nos hemos demorado por nuestra incredulidad y dureza de corazón; pero tenemos menos excusa que ellos puesto que nuestros privilegios son muchísimo mayores que los suyos.

Muchos de nosotros tenemos razón para avergonzarnos por el tiempo que tardamos en aprender una lección. Las siguientes palabras seguramente pueden sernos aplicables: “Porque debiendo ser ya maestros, después de tanto tiempo, tenéis necesidad de que se os vuelva a enseñar cuáles son los primeros rudimentos de las palabras de Dios; y habéis llegado a ser tales que tenéis necesidad de leche, y no de alimento sólido” (Hebreos 5:12). Nuestro Dios es un maestro tan sabio como fiel, y tan benévolo como paciente. No quiere que aprendamos superficialmente nuestras lecciones. A veces creemos que dominamos una lección y procuramos pasar a otra, pero nuestro sabio maestro conoce lo que es mejor y ve la necesidad de un estudio más profundo. No quiere que nos atengamos a la teoría o a lo superficial. Si es necesario, nos tendrá año tras año con los rudimentos antes de que podamos ir más lejos.

Si bien eso es humillante para nosotros y prueba nuestra lentitud para aprender, qué gracia nos confiere el Señor al ocuparse tanto con nosotros para instruirnos debidamente. Hemos de bendecirle por su manera de enseñar como por todo lo demás; por la admirable paciencia con que se sienta entre nosotros enseñándonos la misma lección una y otra vez, a fin de que la aprendamos a fondo .

Nuestra lentitud para aprender

“Y aconteció que a los cuarenta años, en el mes undécimo, el primero del mes, Moisés habló a los hijos de Israel conforme a todas las cosas que Jehová le había mandado acerca de ellos” (v. 3). Estas breves palabras contienen un verdadero manual de instrucciones para todos los siervos de Dios, para todos aquellos que son llamados a exponer la Palabra. Moisés dio al pueblo lo que él había recibido de Dios; ni más ni menos. Le puso en contacto directo con la palabra viva de Jehová. Este es siempre el gran principio del ministerio. La Palabra de Dios es lo único que permanece para siempre, ya que posee poder y autoridad divinos. Cualquier enseñanza humana, por interesante y atrayente que sea, pasará sin dejar en el alma ningún fundamento sobre el que pueda descansar.

Por lo tanto, los que enseñan en la asamblea de Dios deberían poner el mayor cuidado para predicar la Palabra en toda su pureza, en toda su sencillez, y transmitirla a sus oyentes tal como la reciben de Dios, poniéndolos frente al verdadero lenguaje de la Sagrada Escritura. Solo así su ministerio llegará con poder vivo a los corazones y a las conciencias de los que los escuchan. Ese ministerio unirá el alma con Dios mismo por medio de la Palabra e impartirá una seguridad y una firmeza que ninguna enseñanza humana jamás podrá producir.

Oigamos cómo se expresa el apóstol Pablo acerca de este importante asunto: “Así que, hermanos, cuando fui a vosotros para anunciaros el testimonio de Dios, no fui con excelencia de palabras o de sabiduría. Pues me propuse no saber entre vosotros cosa alguna sino a Jesucristo, y a este crucificado. Y estuve entre vosotros con debilidad, y mucho temor y temblor; y ni mi palabra ni mi predicación fue con palabras persuasivas de humana sabiduría, sino con demostración del Espíritu y de poder, para que vuestra fe no esté fundada en la sabiduría de los hombres, sino en el poder de Dios” (1 Corintios 2:1-5).

Ese verdadero y fiel siervo de Cristo deseaba poner a sus oyentes en contacto directo y personal con Dios mismo. No procuraba adherirlos a Pablo.

“ ¿Qué, pues, es Pablo, y qué es Apolos? Servidores por medio de los cuales habéis creído (1 Corintios 3:5).

La meta de un ministerio falso es atraer almas a sí. De ese modo el ministro es exaltado, Dios es excluido y el alma no encuentra fundamento divino alguno sobre el que descansar. El verdadero ministerio, por el contrario, según lo vemos en Pablo y en Moisés, tiene por objeto unir las almas a Dios. Así, el ministro ocupa su debido lugar: el de simple instrumento; Dios es exaltado y el alma es establecida sobre un fundamento seguro que jamás será removido.

Pero veamos algo más de lo que el apóstol dice sobre este mismo tema: “Además os declaro, hermanos, el evangelio que os he predicado, el cual también recibisteis, en el cual también perseveráis; por el cual asimismo, si retenéis la palabra que os he predicado, sois salvos, si no creísteis en vano. *Porque primeramente os he enseñado lo que asimismo recibí:*” –nada más, nada menos, ni nada diferente– “Que Cristo murió por nuestros pecados, *conforme a las Escrituras*; y que fue sepultado, y que resucitó al tercer día, *conforme a las Escrituras*” (1 Corintios 15:1-4).

Esto es extraordinariamente hermoso. Exige la mayor atención de todos los que quieren ser verdaderos y útiles ministros de Cristo. El apóstol tenía gran cuidado en procurar que la pura corriente divina fluyera desde la fuente viva del corazón de Dios hasta el corazón de los corintios. Comprendía que nada podía tener más valor. Si hubiese procurado apegarlos a él, habría deshonrado a su Señor, les habría hecho un gran daño, y él mismo habría sufrido pérdida en el día de Cristo.

Pero Pablo estaba muy lejos de querer hacerse seguidores. Escuche lo que dice a sus muy amados tesalonicenses: “Por lo cual también nosotros sin cesar damos gracias a Dios, de que *cuando recibisteis la palabra de Dios* que oísteis de nosotros, la recibisteis *no como palabra de hombres*, sino *según es en verdad, la palabra de Dios*, la cual actúa en vosotros los creyentes” (1 Tesalonicenses 2:13).

Sentimos seriamente la responsabilidad de recomendar este importante asunto a la Iglesia de Dios. Si todos los que dicen ser ministros de Cristo siguieran el ejemplo de Moisés y de Pablo, veríamos una situación muy diferente en la iglesia profesante. Pero el hecho triste y sencillo es que la Iglesia de Dios, como el Israel de la antigüedad, se ha apartado completamente de la autoridad de su Palabra. Por todas partes se ve practicar y enseñar cosas que no tienen ningún fundamento en la Escritura; y no solamente se toleran, sino que se aprueban o se defienden a toda costa, cosas que están en abierta oposición a la mente de Cristo. Si se pregunta dónde está la autoridad divina de la que emana esta o aquella práctica, se dirá que Cristo no nos ha dado instrucciones en cuanto a los asuntos de la Iglesia; que en todas las cuestiones de política eclesiástica, ordenes clericales y servicios litúrgicos él nos ha dejado en libertad para obrar de acuer-

do con nuestras conciencias, con nuestro criterio o con nuestros sentimientos religiosos; que es absurdo exigir el “así dice el Señor” para todos los detalles relacionados con las instituciones religiosas; que se nos ha dado un amplio margen de acción de acuerdo con nuestras costumbres nacionales y nuestros particulares hábitos de pensar. Se considera que los cristianos profesantes gozan de una total libertad para constituirse como ministros en las llamadas iglesias, escoger su propia forma de gobierno, hacer sus propios arreglos y designar a sus oficiantes.

El lector cristiano se preguntará: «¿Estas cosas son realmente así?». ¿Es posible que nuestro Señor haya dejado a su Iglesia sin directivas en materia de tanto interés e importancia? ¿Estará la Iglesia de Dios en peores condiciones, en cuanto a instrucción y autoridad, que el pueblo de Israel? En nuestros estudios sobre Éxodo, Levítico y Números vimos los maravillosos esfuerzos que Jehová hizo para instruir a su pueblo en cuanto a los más minuciosos detalles relacionados con su culto público y con su vida privada. Todo lo concerniente al tabernáculo, al templo, al sacerdocio, a las fiestas y sacrificios, a las solemnidades periódicas, a los meses, los días, las horas mismas, todo estaba ordenado y dispuesto con precisión divina. Nada se ha dejado libre al simple arreglo humano. La sabiduría del hombre, su juicio, su razón y su conciencia no tuvieron nada que ver con esta grandiosa obra. Si se hubiera dejado todo esto al criterio humano, ¿cómo habríamos tenido ese admirable, profundo y trascendental sistema típico que la inspirada pluma de Moisés ha puesto ante nuestros ojos? Si a Israel se le hubiese permitido hacer lo que antes hemos visto y que muchos tienen interés en persuadirnos que la Iglesia puede hacer, ¡qué confusión, cuántas luchas, divisiones y partidos habrían sido el inevitable resultado!

No obstante, la Escritura es clara

La Palabra de Dios lo establecía todo. “Conforme a todas las cosas que Jehová le había mandado acerca de ellos”. Esta frase tan significativa precedía a todo lo que estaba prescrito y prohibido para Israel. Sus instituciones nacionales, sus costumbres domésticas, su vida pública y privada, todo dependía de la absoluta autoridad de la frase: “Así dice Jehová”. No había lugar para que un miembro de la congregación pudiera decir: «A mí no me parece» o «No puedo estar de acuerdo con esto ni con aquello». Esa manera de hablar habría sido considerada como fruto de la voluntad propia. Habría sido lo mismo que decir: «No estoy de acuerdo con Jehová». Pero Dios mismo había dado directivas tan claras y sencillas que no era posible ninguna discusión humana. A través de toda la economía mosaica, no había margen ni del grueso de un cabello para que pudiera colarse la opinión o el criterio del hombre. No correspondía al hombre añadir nada a ese

gran sistema de sombras y tipos divinos expresados en un lenguaje tan claro y comprensible, de manera que Israel solo tenía que *obedecer*; nada de argumentos, objeciones, ni discusiones; debía obedecer y punto.

Pero, como lo sabemos, fracasaron. Hicieron su propia voluntad; siguieron su propio camino; “cada uno hacía lo que bien le parecía” (Jueces 21:25). Se apartaron de la Palabra de Dios para seguir las inclinaciones y deseos de sus malvados corazones, y así se atraieron la ira y la indignación de Dios, bajo las que padecen hasta hoy.

Pero esto no tiene nada que ver con el tema que ahora nos ocupa. Israel tenía la palabra de Dios, y esta era divinamente suficiente para guiarlos en todo. No quedaba espacio alguno para mandamientos y doctrinas de hombres. La palabra de Dios preveía cualquier problema posible, respondía a todas las exigencias y era lo suficientemente clara para hacer innecesario ningún comentario humano.

¿Está la Iglesia de Dios en peores condiciones que el Israel de antes con respecto a dirección y autoridad? ¿Se ha dejado a los cristianos en libertad para elegir y organizar por sí mismos lo relativo al culto y al servicio de Dios? ¿Hay algunas cuestiones que se hayan dejado abiertas a la discusión humana? La Palabra de Dios, ¿es suficiente, o no lo es? ¿Ha dejado algo sin adorar? Oigamos atentamente el siguiente testimonio:

“ Toda la Escritura es inspirada por Dios, y útil para enseñar, para re-
dargüir, para corregir, para instruir en justicia, a fin de que el hombre
de Dios sea perfecto, enteramente preparado para toda buena obra
(2 Timoteo 3:16-17).

Esto es concluyente. La santa Escritura contiene todo lo que el hombre de Dios necesita para realizar con perfección todo lo que pueda llamarse una “buena obra”. Y si esto es verdadero en cuanto al hombre de Dios individualmente, también lo es para la Iglesia de Dios en general. La Escritura es suficiente para lo uno y lo otro. ¡Gracias a Dios que es así! ¡Qué gracia inmensa tener esa guía por escrito! Si así no fuera, ¿qué haríamos? ¿Adónde volveríamos los ojos? ¿Qué hubiera sido de nosotros? ¿Qué confusión más desconsoladora tendríamos si se nos hubiese abandonado a merced de las tradiciones y arreglos humanos en las cosas de Dios! ¡Qué choque de opiniones y conflictos más contradictorios! Y todo esto porque un hombre tendría el mismo derecho que otro para exponer su opinión y proponer su plan.

Se nos podría objetar, tal vez, que a pesar de tener las sagradas Escrituras, hay muchas sectas, partidos, credos y escuelas teológicas. Y eso, ¿a qué se debe? Sencillamente a que nos negamos a someter todo nuestro ser moral a la autoridad de la Palabra de Dios. Esa es la verdadera explicación, y la única razón de todas esas sectas y partidos que son la vergüenza y el oprobio de la Iglesia de Dios.

No sirve de nada que los hombres nos digan que estas cosas son buenas en sí mismas, que son el fruto legítimo de la libertad de pensamiento y de la interpretación privada, que constituyen el orgullo y la gloria del protestantismo. De hecho, semejante razonamiento no puede ser admitido ante el tribunal de Cristo.

Por el contrario, esa libertad de pensamiento e independencia de criterio están en directa oposición con el espíritu de obediencia absoluta y reverente a nuestro adorable Señor y Maestro. ¿Qué derecho tiene el siervo para ejercer su juicio personal ante la voluntad expresada terminantemente de su amo? Absolutamente ninguno. El deber del siervo es obedecer, no poner objeciones o discutir. Falta a su deber al ejercer su juicio individual o privado. El rasgo moral más estimado en un siervo es la obediencia implícita. La obligación principal de un siervo es hacer la voluntad de su amo.

Esto se considera normal en los asuntos terrenales; pero en las cosas de Dios los hombres se creen autorizados a ejercitar su propio juicio, lo que es un error fatal. Dios nos ha dado su Palabra, y esta Palabra es tan clara que nadie se puede equivocar. Si todos nos dejásemos guiar por la Palabra, si todos nos inclináramos con espíritu de absoluta obediencia a su autoridad divina, no habría opiniones contradictorias ni diversas sectas. Es absolutamente imposible que la Sagrada Escritura enseñe doctrinas que se contradigan. No puede enseñar a un hombre la doctrina Episcopal, a otro la Presbiteriana y a un tercero la Congregacional. De ningún modo puede proporcionar una base para diversas escuelas de pensamiento. Sería un insulto contra el libro divino pretender atribuirle toda la triste confusión de la iglesia profesante. Cualquier mente piadosa retrocederá con justo horror ante un pensamiento tan impío. La Escritura no puede contradecirse, y, por lo tanto, si dos hombres, o diez mil, son enseñados exclusivamente por la Escritura, pensarán unánimemente. Vea usted lo que el apóstol dice a la asamblea de Corinto (y a nosotros también): “Os ruego, pues, hermanos, *por el nombre de nuestro Señor Jesucristo*” –nótese la poderosa fuerza moral de esta invocación– “que *habléis todos una misma cosa*, y que no haya entre vosotros divisiones, sino que estéis perfectamente unidos en *una misma mente y en un mismo parecer*” (1 Corintios 1:10).

¿Cómo debería ser alcanzado ese bendito resultado? ¿Acaso permitiéndose cada uno juzgar por sí mismo? Lamentablemente eso fue lo que dio origen a todas las divisiones, a todas las disputas en la asamblea de Corinto, y lo que motivó la fuerte reprimenda del Espíritu Santo. Esos desdichados corintios pensaban que tenían el derecho de opinar, juzgar y escoger por sí mismos, y ¿cuál fue el resultado?

“ Porque he sido informado acerca de vosotros, hermanos míos, por los de Cloé, que hay entre vosotros contiendas. Quiero decir, que cada uno de vosotros dice: Yo soy de Pablo; y yo de Apolos; y yo de Cefas; y yo de Cristo. ¿Acaso está dividido Cristo? (1 Corintios 1:11-13).

Aquí tenemos el juicio privado y sus tristes e inevitables frutos. Un hombre tiene el mismo derecho que otro a pensar por sí mismo, y ninguno tiene derecho a imponer su opinión a otro. ¿Dónde está, pues, el remedio? En arrojar a los cuatro vientos nuestro propio juicio y someternos reverentemente a la suprema y absoluta autoridad de la santa Escritura. Si no fuera así, ¿cómo habría podido el apóstol exhortar a los corintios a “hablar una misma cosa” y a que estuvieran “perfectamente unidos en una misma mente y un mismo parecer”? ¿Quién debía prescribirles la “cosa” que todos debían hablar? ¿En la “mente” de quién o en el “parecer” de quién debían estar “perfectamente unidos”? ¿Algún miembro de aquella asamblea tenía el mínimo derecho –por dotado o inteligente que hubiese sido– para decidir lo que sus hermanos debían hablar, pensar o creer? No, por cierto. Solo había una autoridad absoluta, porque era divina, a la que todos debían someterse o, mejor dicho, a la que todos tenían el privilegio de someterse. Las opiniones humanas, el criterio propio, la conciencia, la razón, todas esas cosas deben apreciarse por lo que valen y con toda seguridad no tienen valor alguno en materia de autoridad. La Palabra de Dios es la *sola* autoridad, y si todos somos gobernados por ella, “hablaremos todos una misma cosa” y “no habrá entre nosotros divisiones”, sino que “estaremos perfectamente unidos en una misma mente y un mismo parecer”.

¡Qué situación hermosa! Pero lamentablemente no es el estado actual de la Iglesia de Dios; es evidente que no todos somos gobernados por la única, suprema, absoluta y suficiente autoridad, es decir, la de las Sagradas Escrituras, esa bendita voz que no puede dar nunca una nota discordante, que siempre tiene una armonía divina para todo oído consagrado.

Esta es la raíz de la cuestión: la Iglesia se ha apartado de la autoridad de Cristo, según está expuesta en su Palabra. Hasta que esto sea reconocido, es inútil discutir las pretensiones de los diversos sistemas eclesiásticos o teológicos en conflicto. Si un hombre no reconoce que su sagrado deber consiste en probar por la Palabra de Dios todos los sistemas eclesiásticos, los servicios litúrgicos y los credos teológicos, la discusión es enteramente vana. Si se permite establecer las cosas de acuerdo a lo que a cada uno le parezca oportuno, según el criterio humano, según su conciencia o su razón, entonces podemos abandonar el caso como algo sin solución. Si no tenemos establecida una autoridad divina, una norma perfecta y una guía infalible, nadie puede tener la certeza de que anda por el buen camino. Si fuera cierto que se nos ha permitido escoger por nosotros mismos, en medio de las sendas innumerables que tenemos ante nosotros, entonces podríamos despedirnos de toda certeza; decir adiós a la paz de la mente y al reposo del corazón; a toda santa estabilidad de propósitos y firmeza de miras. Si no podemos decir acerca del terreno en que estamos, del camino que seguimos y de la obra en que estamos ocupados: «Esto es lo que el Señor ha mandado», podemos estar seguros de que estamos equivocados, y cuanto antes lo abandonemos, tanto mejor.

La voz de Cristo

Gracias a Dios, no tenemos por qué continuar en el error.

Apártese de iniquidad todo aquel que invoca el nombre de Cristo

“ (2 Timoteo 2:19).

Pero, ¿cómo podemos saber lo que es iniquidad? Pues, por la Palabra de Dios. Todo lo que es contrario a la Escritura respecto a la moral o a la doctrina es malo y debemos apartarnos de ello, cueste lo que cueste. Es un asunto individual. “*Todo aquel*”. “*El que tiene oídos*” (Mateo 11:15). “*Al que venciere*”. “*Si alguno oye mi voz*” (Apocalipsis 3:20-21).

Este es el punto, notémoslo bien. Es la voz de *Cristo*, no de algún hombre respetable, ni es la voz de la Iglesia, de los «padres de la iglesia» o de los concilios generales; es la voz de nuestro amado Señor y Maestro. Es la conciencia puesta en contacto vivo y directo con la voz de Cristo, la Palabra de Dios viva y eterna, las Santas Escrituras. Si fuera simplemente cuestión de conciencia, autoridad, o criterio humano, nos hallaríamos enseguida sumergidos en la incertidumbre, pues lo que un hombre podría considerar como iniquidad, otro podría verlo como perfectamente co-

rrecto. Debe haber una norma fija que seguir, una autoridad suprema que no deje lugar a ninguna objeción, y, gracias a Dios, la hay. Dios ha hablado, nos ha dado su Palabra; por tanto, nuestro deber, gran privilegio, seguridad moral y verdadero gozo es obedecer a su voz.

No debe haber humanas interpretaciones de la Palabra, sino la Palabra misma. Esto es de absoluta importancia. No debemos tener nada que se interponga entre la conciencia humana y la revelación divina. Los hombres nos hablan de la autoridad de la Iglesia. Pero, ¿dónde la encontraremos? Supongamos que un hombre sincero y honrado está realmente deseoso de conocer el camino verdadero que debe seguir y se le dice que escuche la voz de la Iglesia. Si él pregunta: ¿De qué iglesia: la Griega, la Latina, la Anglicana, la Escocesa?, no obtendrá dos respuestas iguales. Es más, dentro de una misma denominación hay partidos en conflicto, sectas en contienda, pensamientos opuestos. Los concilios han diferido unos de otros; los «padres de la iglesia» no han estado de acuerdo; los papas se han anatematizado unos a otros. Y si el investigador preocupado se aparta de esas grandes corporaciones para buscar un guía entre las filas de los protestantes disidentes, ¿podrá encontrar algo mejor?

¡Ah!, lector, es completamente inútil. La iglesia profesante ha abandonado la autoridad de Cristo y no puede ser un guía o una autoridad para nadie. En los capítulos dos y tres del libro de la Revelación (Apocalipsis) vemos que la Iglesia es juzgada; el llamamiento, siete veces repetido, es: “El que tiene oído, oiga”. ¿Oír qué, la voz de la Iglesia? No, el Señor nunca nos mandará oír la voz de lo que está bajo juicio. Entonces, ¿qué debemos oír? “Oiga lo que el Espíritu dice a las iglesias”.

Y, ¿dónde puede ser oída esa voz? *Únicamente* en las Sagradas Escrituras, dadas por Dios para guiar nuestras almas en el camino de la paz y la verdad, a pesar de la ruina desesperada de la Iglesia, de las espesas tinieblas y la turbulenta confusión *de la cristiandad* profesante. El lenguaje humano no podrá expresar el valor y la importancia de contar con un guía divino y, por lo tanto, infalible.

Pero recordemos que estamos seriamente obligados a inclinarnos ante esa autoridad y a seguir su consejo. Es totalmente vano y moralmente peligroso decir que tenemos un guía y una autoridad divina y no estarle completamente sumisos. Esto era lo que caracterizaba a los judíos en los días de nuestro Señor. Tenían las Escrituras, pero no las obedecían. Y uno de los rasgos más tristes de la situación actual de la cristiandad es que esta presume de poseer la Biblia, mientras desecha descaradamente su autoridad.

Sentimos profundamente la gravedad de este hecho, y queremos grabarlo en la conciencia del lector cristiano. La Palabra de Dios es prácticamente ignorada entre nosotros. Por todas partes se practican y sancionan cosas que no solamente no tienen ningún fundamento en la Escritura sino que son absolutamente opuestas a ella. No estamos siendo enseñados y gobernados exclusiva y enteramente por las Escrituras.

Esto es muy importante y exige la atención de los hijos de Dios en todo lugar. Nos sentimos obligados a elevar una voz de advertencia acerca de tan grave cuestión. Ciertamente, ha sido el reconocimiento de su gravedad y su gran importancia moral lo que nos ha llevado a escribir estas notas sobre el Deuteronomio. Nuestra ferviente oración es que el Espíritu Santo use estas páginas para llamar de nuevo al querido pueblo del Señor a mantener una fidelidad reverente a su bendita Palabra; lo cual es su verdadero deber y privilegio. Estamos convencidos de que lo que caracterizará a los que quieran andar piadosamente en estos últimos tiempos de la historia de la Iglesia en la tierra, será un profundo respeto hacia la Palabra de Dios y una verdadera adhesión a la Persona de nuestro Señor y Salvador Jesucristo. Ambas cosas van unidas inseparablemente por un lazo sagrado e imperecedero.

Volveos e id...

“Jehová nuestro Dios nos habló en Horeb, diciendo: Habéis estado bastante tiempo en este monte. Volveos e id al monte del amorreo y a todas sus comarcas, en el Arabá, en el monte, en los valles, en el Neguev, y junto a la costa del mar, a la tierra del cananeo, y al Líbano, hasta el gran río, el río Eufrates” (v. 6-7).

A través de todo el libro de Deuteronomio podremos ver que en él Jehová trata con el pueblo de una manera mucho más directa y sencilla que en cualquiera de los tres libros anteriores; lo que confirma que Deuteronomio está muy lejos de ser una simple repetición de lo que ha sido presentado en las secciones anteriores. Por ejemplo, el pasaje que acabamos de citar no menciona el movimiento de la nube, ni el sonido de la trompeta, sino que dice: “Jehová nuestro Dios nos habló”. Sabemos, por el libro de Números, que los movimientos del campamento estaban supeditados a los de la nube y eran anunciados por el sonido de la trompeta. Pero en este quinto libro no se alude en absoluto ni a la nube ni a la trompeta. Es mucho más sencillo y familiar: “Jehová nuestro Dios nos habló en Horeb, diciendo: Habéis estado bastante tiempo en este monte”.

Todo esto es muy hermoso y nos recuerda algo de la admirable sencillez de los tiempos de los patriarcas, cuando Jehová hablaba como un hombre habla a su amigo. Jehová no comunicaba sus pensamientos a Abraham, a Isaac o a Jacob por medio de una trompeta o de una nube. Estaba tan próximo a ellos que no había necesidad de recurrir a ninguna clase de intermediario. Los visitaba, se sentaba junto a ellos, aceptaba su hospitalidad. Esta conmovedora sencillez da un encanto muy particular a las narraciones del Génesis.

Pero en Éxodo, Levítico y Números encontramos algo muy diferente. En ellos se nos expone un amplio sistema de símbolos e imágenes, ritos, ordenanzas y ceremonias impuestos al pueblo para aquel tiempo; su significado nos es revelado en la epístola a los Hebreos: “Dando el Espíritu Santo a entender con esto que aún no se había manifestado el camino al Lugar Santísimo, entre tanto que la primera parte del tabernáculo estuviese en pie. Lo cual es símbolo para el tiempo presente, según el cual se presentan ofrendas y sacrificios que no pueden hacer perfecto, en cuanto a la conciencia, al que practica ese culto, ya que consiste solo de comidas y bebidas, de diversas abluciones, y ordenanzas acerca de la carne, impuestas hasta el tiempo de reformar las cosas” (Hebreos 9:8-10).

Bajo ese sistema el pueblo era mantenido a distancia de Dios. Con ellos no ocurría lo mismo que con sus padres en Génesis; Dios estaba como velado a sus ojos. Los principales rasgos del ceremonial levítico en cuanto al pueblo eran servidumbre, oscuridad y apartamiento. Pero, por otra parte, sus tipos y sombras señalaban a aquel gran sacrificio, base de todos los maravillosos planes de Dios, por medio del cual puede, con toda justicia y según el amor de su corazón, tener un pueblo cerca de él para alabanza y gloria de su Nombre por la eternidad.

Ya hemos hecho notar que en Deuteronomio, comparativamente, encontramos pocos ritos y ceremonias. Se ve más a Jehová en comunicación directa con el pueblo, y aun los mismos sacerdotes, en su cargo oficial, son mencionados raras veces, y si se hace referencia a ellos es más bien en su misión moral que en la ceremonial. Conforme avancemos en el estudio de este libro tendremos amplia prueba de esto.

“Jehová nuestro Dios nos habló en Horeb, diciendo: Habéis estado bastante tiempo en este monte. Volveos e id al monte del amorreo”. ¡Qué privilegio para un pueblo tener al Señor tan cerca y tan interesado en todo cuanto le concierne, ya sea pequeño o grande! Él sabía cuánto tiempo debían permanecer en un lugar determinado y hacia dónde debían dirigir sus pasos. Estaban bajo la mirada y la mano de Aquel cuya sabiduría es infalible, su poder omnipotente, sus recursos

inagotables, su amor infinito; de Aquel que se había encargado de ellos, que conocía todas sus necesidades y estaba dispuesto a satisfacerlas según el amor de su corazón y la fuerza indiscutible de su brazo.

Entonces, ¿qué les quedaba por hacer? ¿Cuál era su deber?: obedecer y nada más que obedecer. Su elevado y santo privilegio consistía en descansar en el amor y obedecer los mandamientos de Jehová, su Dios del pacto. En esto consistía el secreto de su paz, su felicidad y su seguridad moral. No necesitaban preocuparse por sus movimientos, proyectos o arreglos. Todo su viaje estaba arreglado por Aquel que conocía cada paso del camino de Horeb a Cades-barnea; ellos solo tenían que vivir al día en perfecta dependencia de él.

¡Qué situación tan dichosa, senda tan privilegiada y qué bendición! Pero esto exigía una voluntad quebrantada, un corazón obediente y humilde. Si cuando Jehová les dijo: “Habéis estado bastante tiempo en este monte”, ellos hubieran decidido continuar allí, se habrían quedado sin Dios. Solo podían contar con su compañía, su consejo y su ayuda en la senda de la obediencia.

Lo mismo ocurre con nosotros. Tenemos el privilegio de dejar todos nuestros asuntos en las manos, no simplemente de un Dios de pacto, sino de un Padre amante. Él arregla nuestros movimientos; fija los límites de nuestra morada; provee para todas nuestras necesidades y se encarga de todos nuestros asuntos. Su voz llena de gracia nos dice:

“ Por nada estéis afanosos, sino sean conocidas vuestras peticiones delante de Dios en toda oración y ruego, con acción de gracias.

Y, ¿qué sigue luego? “Y la paz de Dios, que sobrepasa todo entendimiento, guardará vuestros corazones y vuestros pensamientos en Cristo Jesús” (Filipenses 4:6-7).

¿Cómo conduce Dios hoy a sus hijos?

Tal vez se pregunte: «¿Cómo guía Dios ahora a su pueblo? No podemos oír su voz diciéndonos lo que tenemos que hacer». A esto respondemos que los miembros de la Iglesia, el cuerpo de Cristo, no están en condiciones inferiores a las de Israel en el desierto, en cuanto a *dirección* divina. ¿No puede Dios guiar a sus hijos? ¿No puede Cristo guiar a sus siervos en todo su servicio? ¿Quién podría poner en duda una verdad tan clara y preciosa? Ciertamente no esperamos oír una voz, o ver el movimiento de una nube, pero tenemos algo mejor, más elevado, más íntimo. Podemos estar seguros de que Dios ha provisto ampliamente a este respecto, como en todo lo demás, según el amor de su corazón.

Podemos ser guiados de tres maneras: por la Palabra de Dios, por el Espíritu Santo, y por los instintos de la naturaleza divina. Y debemos recordar que las tres cosas siempre estarán de acuerdo. Es muy importante recordarlo constantemente. Una persona puede imaginarse que es dirigida por los instintos de la naturaleza divina, o por el Espíritu Santo, al seguir una línea de conducta cuyas consecuencias están en desacuerdo con la Palabra de Dios. Su error será puesto en evidencia. Es muy grave obrar por un simple impulso, porque al hacerlo, uno se expone a caer en el lazo del diablo y perjudica la obra de Cristo. Debemos pesar nuestros sentimientos en la balanza del santuario y ponerlos fielmente a prueba por la norma de la Palabra divina, para poder vernos preservados del error y el engaño. Es muy peligroso confiar en los sentimientos u obrar por impulso. Hemos visto consecuencias muy desastrosas por haber actuado así. Los hechos *pueden ser* dignos de confianza, pero la autoridad divina *es* absolutamente infalible. Nuestros sentimientos pueden ser tan engañosos como un fuego fatuo o el espejismo del desierto. Los sentimientos humanos no son dignos de confianza y debemos someterlos siempre al examen más severo por temor a que nos induzcan al error. Pero podemos fiarnos de la Escritura y veremos, sin excepción, que el hombre que es conducido por el Espíritu Santo o guiado por el instinto de la naturaleza divina, nunca obra en oposición a la Palabra de Dios. Esto es lo que podríamos llamar un axioma de la vida divina, y una regla inmutable del cristianismo práctico. ¡Ah, si se hubiera atendido más a esto en el transcurso de la historia de la Iglesia! ¡Ojalá fuese tenido más en cuenta en nuestros días!

Otro aspecto de esta dirección divina reclama nuestra seria atención. A menudo oímos hablar de la «mano de la divina Providencia» como de algo digno de confianza para ser guiados, pero esa no es más que otra manera de expresar la idea de ser guiados por las circunstancias, lo que está muy lejos de ser *una guía apropiada* para un cristiano.

Sin duda, algunas veces nuestro Señor nos hace conocer su voluntad y nos muestra el camino de una manera que llamamos providencial, pero hemos de estar muy cerca de Él para poder discernir convenientemente ese hecho; de lo contrario podría suceder que lo que llamamos «circunstancias providenciales» no sean más que piedras de tropiezo en el sendero de la obediencia. Tanto las circunstancias que nos rodean como nuestros sentimientos íntimos deben ser sopesados en la presencia de Dios y juzgadas a la luz de su Palabra, de lo contrario podrían conducirnos a cometer los errores más graves. Jonás pudo creer que era una circunstancia providencial notable encontrar un barco que iba a Tarsis; pero si hubiera estado en comunión con Dios, no habría necesitado ese navío. La Santa Escritura es la gran regla y la perfecta piedra de toque para todo.

Tanto las circunstancias externas como los sentimientos íntimos, las imaginaciones y tendencias, todo debe colocarse ante la luz escudriñadora de la Santa Escritura, y ser juzgado ante ella con calma y seriedad. Esta es la verdadera senda de seguridad, paz y bendición para todo hijo de Dios.

Quizás se nos responda que no podemos esperar hallar un texto de la Biblia para guiarnos en cada situación o detalle de la vida diaria. Tal vez no, pero en la Escritura hay ciertos principios que, si son debidamente aplicados, nos proporcionarán *guía* divina, aun cuando no podamos encontrar un texto aplicable a cada caso en particular. Además, nuestro Dios puede guiar a sus hijos en todas las cosas.

Por Jehová son ordenados los pasos del hombre



(Salmo 37:23).

“Encaminará a los humildes por el juicio, y enseñará a los mansos su carrera” (cap. 25:9). “Sobre ti fijaré mis ojos” (cap. 32:8). Él puede darnos a conocer sus pensamientos sobre este o aquel acto en particular o sobre nuestra conducta. Si no fuera así, ¿dónde estaríamos, cómo nos dirigiríamos y regularíamos nuestros movimientos? ¿Tenemos que tambalear de acá para allá por el ir y venir de las circunstancias? ¿Estamos a merced de la ciega casualidad, o al simple impulso de nuestra propia voluntad? Gracias a Dios que no es así. Él puede darnos en cualquier caso y de manera perfecta, la certeza de que hacemos su voluntad; y jamás deberíamos dar un paso sin esa certidumbre. Si estamos indecisos, permanezcamos quietos y esperemos. Muchas veces nos atormentamos y nos impacientamos con empresas que Dios no nos ha encomendado. En cierta ocasión alguien dijo a su amigo: «Estoy completamente desorientado; no sé hacia qué lado dirigirme». «Pues no gires hacia ningún lado», fue la sabia respuesta.

Andemos en la dirección indicada

Aquí se nos presenta un asunto de gran importancia: el estado de nuestra alma, el cual tiene muchísimo que ver con respecto a nuestra guía. El Señor encaminará a los “humildes” y enseñará su camino “a los mansos”. Nunca debemos olvidar esto. Si somos humildes y desconfiamos de nosotros mismos, si confiamos en nuestro Dios con sencillez de corazón, rectitud de pensamientos y honradez de propósitos, él nos guiará. Pero de nada servirá pedir consejo a Dios en un asunto acerca del que ya hemos tomado nuestra propia decisión.

Esta es una ilusión fatal. Vea el caso de Josafat en 1 Reyes 22: “Y aconteció al tercer año, que Josafat rey de Judá descendió al rey de Israel” –triste error para empezar– “y el rey de Israel dijo a sus siervos: ¿No sabéis que Ramot de Galaad es nuestra, y nosotros no hemos hecho nada para tomarla de mano del rey de Siria? Y dijo a Josafat: ¿Quieres venir conmigo a pelear contra Ramot de Galaad? Y Josafat respondió al rey de Israel: Yo soy como tú, y mi pueblo como tu pueblo, y mis caballos como tus caballos” y, según leemos en 2 Crónicas 18:3, añadió: “Iremos contigo a la guerra”.

Aquí vemos que Josafat ya tenía el propósito hecho antes de pedir consejo a Dios sobre ese asunto; y estaba en una situación completamente falsa. Cayó en la trampa del enemigo por falta de sinceridad, y por eso no estaba en condición adecuada para recibir la guía divina. Había decidido hacer su propia voluntad y el Señor le dejó recoger el fruto de ella. De no haber sido por la infinita y soberana misericordia de Dios, habría sucumbido ante los sirios y habría sido retirado muerto del campo de batalla.

Es verdad que él había dicho al rey de Israel: “Te ruego que consultes hoy la palabra de Jehová”. Pero, ¿de qué servía esto cuando ya se había comprometido a obrar de un modo determinado? ¡Qué insensatez comete el que hace sus propios planes y luego pide consejo! Si su estado hubiera sido recto, no hubiese necesitado de consejo. Pero el estado de su alma era malo, su situación falsa y su propósito estaba en oposición directa a la voluntad de Dios. De ahí que, aunque oyó de labios del mensajero de Jehová el solemne juicio contra aquella expedición, siguió su propio camino; el resultado fue que estuvo muy cerca de perder la vida.

También vemos algo parecido en el capítulo 42 de Jeremías. El pueblo se dirigió al profeta para saber si debía descender a Egipto, pero ya había resuelto hacerlo. Estaba inclinado a hacer su propia voluntad. ¡Qué estado tan miserable! Si hubieran sido mansos y humildes, no habrían necesitado ningún consejo sobre aquel asunto. Pero ellos dijeron al profeta Jeremías: “Acepta ahora nuestro ruego delante de ti, y ruega por nosotros a Jehová tu Dios” (¿por qué no decían a Jehová *nuestro* Dios?) “por todo este resto (pues de muchos hemos quedado unos pocos, como nos ven tus ojos), para que Jehová *tu* Dios nos enseñe el camino por donde vayamos, y lo que hemos de hacer. Y el profeta Jeremías les dijo: He oído. He aquí que voy a orar a Jehová *vuestro* Dios, como habéis dicho, y todo lo que Jehová os respondiere, os enseñaré; no os reservaré palabra. Y ellos dijeron a Jeremías: Jehová sea entre nosotros testigo de la verdad y de la lealtad, si no hiciéremos conforme a todo aquello para lo cual Jehová *tu* Dios te enviare a nosotros. Sea bueno, sea malo”,

(¿cómo podía ser la voluntad de Jehová algo que no fuera bueno?), “a la voz de Jehová nuestro Dios al cual te enviamos, obedeceremos, para que obedeciendo a la voz de Jehová nuestro Dios nos vaya bien” (v. 1-6).

Todo esto parecía muy piadoso y prometía un resultado excelente. Pero, vea usted lo que siguió. Cuando ellos supieron que el juicio y el consejo de Dios no estaban de acuerdo con su propia voluntad, “*todos los varones soberbios* dijeron a Jeremías: Mentira dices; no te ha enviado Jehová nuestro Dios para decir: No vayáis a Egipto para morar allí” (cap. 43:2).

Aquí sale claramente a la luz el estado real de aquel asunto. El orgullo y la *obstinación* estaban actuando. Sus votos y promesas eran falsos. “¿Por qué hicisteis errar vuestras almas?” –les dice Jeremías. “Pues vosotros me enviasteis a Jehová vuestro Dios diciendo: Ora por nosotros a Jehová nuestro Dios, y haznos saber todas las cosas que Jehová nuestro Dios dijere, y lo haremos” (cap. 42:20). Todo habría ido muy bien si la respuesta divina hubiese correspondido a sus deseos; pero, como iba en su contra, la rechazaron por completo.

¡Cuántas veces ocurre lo mismo! La Palabra de Dios no se adapta a los pensamientos humanos; los juzga; está en directa oposición a su voluntad; ¡es rechazada porque estorba sus planes! La voluntad y la razón del hombre siempre están en directa oposición con la Palabra; el cristiano debe rechazarlas si realmente desea ser guiado por Dios. Una voluntad insumisa y una razón ciega solo pueden conducirnos a las tinieblas, la miseria y la desolación. Jonás *quiso* ir a Tarsis cuando debía ir a Nínive; el resultado fue que se encontró en el vientre “de la sepultura” (Jonás 2:6). Josafat *quiso* ir a Ramot de Galaad cuando debía permanecer en Jerusalén; por lo que fue vencido por las espadas de los sirios. El remanente del pueblo judío en días de Jeremías *quiso* ir a Egipto cuando debía haber permanecido en Jerusalén, y la consecuencia fue que murieron a filo de espada, de hambre y peste en esa tierra, donde “*desearon entrar* para morar allí” (Jeremías 42:22).

Así será siempre. La senda de la obstinación ha de ser forzosamente la senda de tinieblas y miseria; no puede ser de otro modo. Pero la senda de la obediencia es de paz, luz, y bendición; una senda en la que los rayos del favor divino son proyectados con un resplandor vivo. Le podrá parecer estrecha, áspera y solitaria al ojo humano, pero, para el alma obediente es una senda de vida, paz y seguridad moral.

“ La senda de los justos es como la luz de la aurora, que va en aumento hasta que el día es perfecto (Proverbios 4:18).

¡Qué senda tan bendita! ¡Ojalá que todos nosotros la recorramos con paso firme y resuelto!

Antes de dejar el tema práctico de la guía divina y la obediencia humana, debemos pedir al lector que se traslade por unos momentos al bellissimo pasaje de Lucas 11. Lo encontrará lleno de la más valiosa instrucción.

“La lámpara del cuerpo es el ojo; cuando tu ojo es bueno, también todo tu cuerpo está lleno de luz; pero cuando tu ojo es maligno, también tu cuerpo está en tinieblas. Mira pues, no suceda que la luz que en ti hay, sea tinieblas. Así que, si todo tu cuerpo está lleno de luz, no teniendo parte alguna de tinieblas, será todo luminoso, como cuando una lámpara te alumbraba con su resplandor” (v. 34-36).

Nada puede superar en fuerza y belleza al pasaje citado. En primer lugar se nos habla del “ojo bueno”, que es esencial para gozar de la dirección divina. Esto indica una voluntad quebrantada, un corazón decidido sinceramente a hacer la voluntad de Dios. No hay móviles ocultos, ni una mezcla de motivos, ningún fin personal en vista. Hay un único y simple propósito y un vivo deseo; solo la voluntad de Dios, sea cual fuere.

Cuando el alma está en esta condición, la luz divina desciende a raudales y llena todo el cuerpo. Por consiguiente, si el cuerpo está en tinieblas, es porque el ojo no es bueno; algún motivo mezclado, la obstinación o el interés propio están actuando; no somos rectos ante Dios. En este caso, la luz que pretendamos tener no es más que tinieblas, y no hay tinieblas más densas y terribles que las que se apoderan del corazón gobernado por la obstinación, mientras pretende tener la luz de Dios. Así lo veremos pronto en la cristiandad, cuando “se manifestará aquel inicuo, a quien el Señor matará con el espíritu de su boca, y destruirá con el resplandor de su venida; inicuo cuyo advenimiento es por obra de Satanás, con gran poder y señales y prodigios mentirosos, y con todo engaño de iniquidad para los que se pierden, *por cuanto no recibieron el amor de la verdad* para ser salvos. *Por esto Dios les envía un poder engañoso, para que crean la mentira, a fin de que sean condenados todos los que no creyeron a la verdad, sino que se complacieron en la injusticia*” (2 Tesalonicenses 2:8-12).

¡Cuán terrible es esto! ¡Con qué solemnidad habla a la iglesia profesante, a su conciencia y a la mía! La luz que no obra se vuelve tinieblas. “Si la luz que en ti hay son tinieblas, ¿cuántas no serán las mismas tinieblas?” (Mateo 6:23). Pero, por otra parte, una pequeña luz seguida sinceramente irá creciendo, porque al que tiene, se le dará (Lucas 19:26), y “la senda de los justos es como la luz de la aurora, que va en aumento hasta que el día es perfecto” (Proverbios 4:18).

Este progreso moral está descrito con toda su belleza y su fuerza en Lucas 11:36: “Así que, si todo tu cuerpo está lleno de luz, no teniendo *parte alguna de tinieblas*” –es decir, no teniendo ningún rincón cerrado a los rayos celestiales, ninguna reserva desleal– “será todo luminoso, como cuando una lámpara te alumbra con su resplandor”. En otras palabras, el alma obediente no solo tiene luz para sí misma, sino que esparce luz hacia afuera, de modo que otros la ven.

“ Así alumbra vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras, y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos (Mateo 5:16).

Tenemos un vivo contraste con todo esto en el capítulo 13 de Jeremías. “Dad gloria a Jehová Dios vuestro, *antes que haga venir tinieblas*, y antes que vuestros pies tropiecen en montes de oscuridad, y esperéis luz, y os la vuelva en sombra de muerte y tinieblas” (v. 16). El modo de dar gloria al Señor nuestro Dios es obedeciendo su Palabra.

La senda de la obediencia es una senda brillante y bendita; aquel que anda por ella no tropezará jamás en los montes de tinieblas. El que es humilde y sumiso, y no confía en sí mismo, se mantendrá lejos de esos montes de oscuridad y andará por el sendero bendito que está siempre iluminado por los rayos brillantes y alegres del rostro de Dios, como señal de aprobación.

Este es el sendero del justo, de la sabiduría divina y de la paz perfecta. Querido lector, ojalá que siempre nos encontremos andando en él; nunca olvidemos nuestro elevado privilegio de ser guiados por Dios en cada detalle de la vida diaria. ¡Ay del que no es guiado así! Tendrá muchos tropiezos, muchas caídas, y experiencias muy tristes. Si no somos guiados por el ojo de nuestro Padre, seremos semejantes al caballo o al mulo que no tienen conocimiento, cuyas bocas deben ser sujetadas con bocado y riendas, porque si no, se arrojan impetuosamente donde no debieran, o se obstinan tercamente en no ir adonde deben. ¡Qué lamentable es que un cristiano actúe como ellos! Qué bendición es andar día tras día en la senda señalada para nosotros por el ojo de

nuestro Padre; senda que ojo de buitre no vio, ni león pasó por ella; la senda de la santa obediencia, en la que siempre se hallarán los mansos y los humildes, y esto para su profundo gozo y para alabanza y gloria de Aquel que la abrió y nos ha dado la gracia de andar en ella.

Nombramiento de los jefes

En lo que queda de nuestro capítulo, Moisés repite a oídos del pueblo, con un lenguaje conmovedor y sencillo, los hechos relacionados con el nombramiento de los jueces y la misión de los espías. Podemos atribuir el nombramiento de los jueces a la propia iniciativa de Moisés, y la misión de los espías a la sugerencia del pueblo. El querido y muy respetable siervo de Dios hallaba abrumador llevar él solo todo el peso de la congregación, y, en efecto, era muy pesado, aunque bien sabemos que la gracia de Dios era más que suficiente para todas las necesidades. Además, la gracia podía obrar tan bien por un hombre como por setenta.

Con todo, podemos comprender muy bien la dificultad que experimentó el hombre “más manso de la tierra” para tomar la responsabilidad de un cargo tan delicado e importante. Es muy conmovedor leer cómo describe su dificultad.

“En aquel tiempo yo os hablé diciendo: Yo solo no puedo llevaros”, y verdaderamente no podía. ¿Qué ser mortal habría podido hacerlo? Pero Dios estaba allí, y siempre podía contarse con él. “Jehová vuestro Dios os ha multiplicado, y he aquí hoy vosotros sois como las estrellas del cielo en multitud. ¡Jehová Dios de vuestros padres os haga mil veces más de lo que ahora sois, y os bendiga, como os ha prometido!” ¡Hermoso paréntesis y exquisito deseo de un corazón grande y humilde! “¿Cómo llevaré yo solo vuestras molestias, vuestras cargas y *vuestros pleitos*?” (v. 9-12).

¡Ah!, aquí está el secreto de gran parte de las “molestias” y de “las cargas”. No podían estar de acuerdo entre sí; había entre ellos controversias, contiendas y cuestiones; y, ¿quién era suficiente para todo aquello? ¿Qué hombre humano podía sostener semejante carga? ¿No debía haber sido distinto? Si hubieran andado de común acuerdo, no habría habido cuestiones que decidir y, por lo tanto, ninguna necesidad de jueces para resolverlas. Si cada miembro de la congregación hubiese procurado la prosperidad, el interés y la felicidad de sus hermanos, no habría habido “pleitos”, “molestias”, ni “carga”. Si cada uno hubiese hecho todo lo posible para promover el bien general, ¡qué hermoso habría sido el resultado!

No fue así con Israel en el desierto; y lo que es aun más humillante, a pesar de que nuestros privilegios son mucho más altos, tampoco sucede así en la Iglesia de Dios. Nada más formarse la Iglesia por la presencia del Espíritu Santo, ya se dejaron oír las murmuraciones y el descontento.

to. Y, ¿sobre qué? Sobre “menosprecio”, supuesto o real (Hechos 6). Sea lo que fuere, el yo estaba en acción. Si el menosprecio era puramente imaginario, los griegos eran dignos de censura; y si era real, la censura debía caer sobre los hebreos. Generalmente en casos así hay culpa por ambos lados, pero el verdadero medio de evitar toda disputa, contienda y murmuración es colocar el propio yo bajo tierra y procurar sinceramente el bien de los demás. Si este excelente camino hubiese sido comprendido y adoptado desde un principio, ¡qué diferente habría sido la tarea del historiador eclesiástico! Pero lamentablemente no fue así, y de ahí que la historia de la iglesia profesante, desde su mismo comienzo, haya sido un registro deplorable y humillante de controversias, divisiones y luchas. En la misma presencia del Señor, cuya vida entera fue de completa abnegación, los discípulos disputaban acerca de quién debía ser el mayor. Esta disputa no se habría suscitado si cada uno hubiese conocido el hermoso secreto de dejar lo personal a un lado, para buscar el bien de los demás. Nadie que conozca algo del verdadero valor moral de la renuncia personal puede buscar un buen puesto o un sitio elevado para sí mismo. Estar cerca de Cristo satisface de tal modo al corazón humilde que los honores, las distinciones y las recompensas son estimadas en muy poco. Pero cuando lo personal está en acción, habrá envidias, celos, pleitos, contiendas, confusión y toda obra mala.

Vea la escena entre los dos hijos de Zebedeo y sus diez hermanos en Marcos 10. ¿Cuál fue la causa?: lo personal. Los dos primeros pensaban en ocupar un buen sitio en el reino, y los diez restantes estaban irritados contra ellos por ello. Si cada uno hubiera puesto aparte lo personal y hubiese buscado el bien de los demás, esa escena no se habría producido nunca. Si los dos hermanos no hubieran pensado tanto en ellos mismos, no habría habido fundamento para la «indignación» de los otros diez.

No es necesario buscar más ejemplos. Cada siglo de la historia de la Iglesia ilustra y prueba la verdad de nuestra afirmación: que lo personal y sus odiosas obras son siempre la causa de los pleitos, contiendas y divisiones. Donde sea que miremos, desde los tiempos de los apóstoles hasta hoy, encontraremos que la voluntad propia no mortificada ha sido el manantial fructífero de disputas y discusiones. Y, por otra parte, veremos también que la subordinación de la propia voluntad y sus intereses es el verdadero secreto de la paz, la armonía y el amor fraternal. Bastará que procuremos poner a un lado nuestra propia voluntad y busquemos sinceramente la gloria de Cristo y la prosperidad de su amado pueblo, para no tener ocasión de registrar muchos «casos» como los descritos.

Volvamos a nuestro capítulo. “¿Cómo llevaré yo solo vuestras molestias, vuestras cargas y vuestros pleitos? Dadme de entre vosotros, de vuestras tribus, varones sabios y entendidos y expertos, para que yo los ponga por vuestros jefes. Y me respondisteis y dijisteis: Bueno es hacer lo que has dicho. Y tomé a los principales de vuestras tribus, varones *sabios y expertos*” (hombres calificados por Dios, y de confianza en la congregación), “y los puse por jefes sobre vosotros, jefes de millares, de centenas, de cincuenta y de diez, y gobernadores de vuestras tribus” (v. 12-15).

¡Qué arreglo tan admirable! Nada podía ser más adecuado para mantener el orden que esos grados de autoridad, que iba desde el jefe de diez hasta el jefe de mil y a la cabeza de todos, puesto el propio legislador en inmediata comunicación con el Dios de Israel.

Aquí no se menciona lo registrado en Éxodo capítulo 18: que la designación de estos gobernadores fue hecha por sugerencia de Jetro, suegro de Moisés. Tampoco se hace referencia a la escena descrita en Números 11. Este libro tiene un destacado carácter propio, y la manera de presentar los hechos está en perfecta armonía con ese carácter. Es evidente que el objetivo del noble legislador –o más bien, del Espíritu por medio de él– era llevar todas las cosas a que obrasen moralmente sobre los corazones del pueblo para alcanzar el propósito especial del libro; una obediencia amorosa a todos los estatutos y disposiciones de Jehová su Dios.

Si queremos estudiar correctamente el libro que estamos viendo, debemos tenerlo en cuenta. Los incrédulos, los escépticos y los racionalistas tratarán de convencernos de que existen discrepancias en los relatos de estos libros, pero el lector piadoso rechazará con santa indignación cualquier insinuación así, sabiendo que procede directamente del padre de la mentira, Satanás, el decidido y persistente enemigo de la preciosa Revelación de Dios. Esta es la verdadera manera de responder a los ataques que los incrédulos hacen contra la Escritura. Los argumentos no tienen ningún resultado, pues los incrédulos no están en condiciones de comprender o apreciar su valor. Son profundamente ignorantes en la materia, y aun más, se hallan en una decidida hostilidad; así que, en ambos casos, el criterio de los escritores incrédulos sobre este tema carece totalmente de valor y es despreciable. Deberíamos tener piedad y orar por esos hombres, y rechazar al mismo tiempo con indignación sus opiniones. La Palabra de Dios es superior a su crítica, es tan perfecta como su Autor y tan imperecedera como su trono; pero sus glorias morales, sus profundidades y su infinita perfección solo se descubren a la fe y a la necesidad.

Te alabo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque escondiste estas cosas de los sabios y de los entendidos, y las revelaste a los niños (Mateo 11:25).

Si nos contentamos con ser sencillos como niños, gozaremos de la preciosa revelación del amor del Padre, tal como nos muestra el Espíritu Santo en las Sagradas Escrituras. Por otra parte, aquellos que se creen sabios y entendidos, que *edifican* sobre sus conocimientos, su filosofía o su razón, que se creen competentes para juzgar la Palabra de Dios y, por lo tanto, a Dios mismo, son entregados judicialmente a la oscuridad, a la ceguera y a la dureza de corazón. “¿Dónde está el sabio? ¿Dónde está el escriba? ¿Dónde está el disputador de este siglo? ¿No ha enloquecido Dios la sabiduría del mundo? Pues ya que en la sabiduría de Dios, el mundo no conoció a Dios mediante la sabiduría, agradó a Dios salvar a los creyentes por la locura de la predicación” (1 Corintios 1:20-21).

“Si alguno entre vosotros se cree sabio... hágase ignorante” (1 Corintios 3:18). Aquí está el gran secreto moral de este asunto. El hombre debe abandonar su propia sabiduría así como su propia justicia. Debe reconocer su necedad antes de poder saborear la dulzura de la sabiduría divina. La capacidad de entender los muy sencillos elementos de la revelación divina no está al alcance del más inteligente, aún ayudado por todas las aplicaciones del saber humano y de la filosofía. Por lo tanto, cuando se trata de hombres no convertidos, sea cual sea la fuerza de su ingenio o la extensión de sus conocimientos, manifestarán su profunda ignorancia e incompetencia al tratar temas espirituales, y especialmente el tema de la divina inspiración de la Santa Escritura. Ciertamente nos quedamos sorprendidos, cuando leemos algún libro de un incrédulo, ante la debilidad de sus argumentos; y no solo esto, sino que en todos los casos en que se pretende haber descubierto alguna discrepancia en la Biblia, precisamente vemos allí la divina sabiduría, belleza y perfección de la Palabra.

Nos hemos visto en la necesidad de hacer esta serie de razonamientos relacionados con la designación de los jefes, porque este acto se narra de modo diferente en cada libro, según la sabiduría del Espíritu Santo, pero cada uno está en perfecta armonía con el fin y el carácter de cada libro. Continuaremos, pues, con nuestra cita.

“Y entonces mandé a vuestros jueces, diciendo: Oíd entre vuestros hermanos, y *juzgad justamente* entre el hombre y su hermano, y el *extranjero*. No hagáis distinción de persona en el juicio; *así al pequeño como al grande oiréis; no tendréis temor de ninguno*, porque el juicio es de Dios; y la causa que os fuere difícil, la traeréis a mí, y yo la oiré” (v. 16-17).

¡Qué sabiduría celestial, equilibrada justicia y santa imparcialidad se descubren aquí! En cualquier conflicto, todos los hechos de ambas partes debían ser oídos y considerados pacientemente. La mente no debía torcerse por ningún prejuicio, predilección o sentimiento personal de nin-

guna clase. El juicio debía formarse en base a hechos claramente comprobados e innegables. No se debía considerar la influencia personal, la posición o las circunstancias de ambas partes tampoco debían tenerse en cuenta en la causa; solo la justicia debía decidir la cuestión. “Así al pequeño como al grande oiréis”. Se debía dispensar la misma justicia al pobre que al rico; al extranjero igual que al nacido en el país. No debía admitirse diferencia alguna.

¡Qué importante y digno de nuestra más atenta consideración es todo esto que está lleno de profunda y valiosa instrucción para todos nosotros! Es cierto que no todos somos llamados a ser jueces, jefes, o guías, pero los grandes principios morales sentados en la cita anterior son muy valiosos para cada uno de nosotros, ya que continuamente ocurren casos en los que hay que aplicarlos. Donde sea que estemos, cualquiera que sea nuestra ocupación o campo de acción, estamos expuestos a encontrarnos con casos de dificultades y conflictos entre hermanos; casos de ofensas reales o imaginarias y, por lo tanto, es necesario que seamos instruidos por Dios en cuanto a lo que debemos hacer en esas circunstancias.

En todos esos casos, nunca será excesivo el cuidado que pongamos en basar nuestro juicio en los hechos de ambos lados. No podemos dejarnos guiar por nuestras propias impresiones puesto que no son dignas de crédito. Pueden ser correctas o totalmente falsas. Nada es más fácilmente aceptado y transmitido a otros que una simple impresión y, por lo tanto, un juicio basado en las impresiones es despreciable. Debemos tener hechos sólidos y claramente comprobados; hechos acreditados por dos o tres testigos, según determina la Escritura (Deuteronomio 17:6; Mateo 18:16; 2 Corintios 13:1; 1 Timoteo 5:19).

Además, cuando es necesario juzgar un asunto, nunca debemos guiarnos por lo expuesto *por una sola parte*. Todos, aun con la mejor intención, estamos sujetos a dar cierto colorido cuando exponemos nuestro caso, sin la más mínima voluntad de hacer una declaración falsa, o de mentir; pero por falta de memoria, o por otras causas, puede ser que el hecho no sea expuesto tal como sucedió realmente. Puede omitirse un detalle o hecho menor que se relaciona con el hecho principal, alterando completamente su alcance o significado. «*Audi alteram partem*» (oiga a la otra parte) es un lema muy saludable. Y no solo oír la parte contraria, sino todos los hechos que expongan ambas partes; así seremos capaces de emitir un juicio sano y recto. Por regla general, todo juicio formado sin un conocimiento preciso de todos los hechos, es totalmente inválido. “Oíd entre vuestros hermanos, y juzgad justamente entre el hombre y su hermano, y el extranjero”. ¡Qué palabras tan oportunas y necesarias en todo tiempo, lugar y circunstancia! ¡Ojalá que nuestros corazones las hagan suyas! Y, ¡qué importante es la advertencia del versículo 17!:

“ No hagáis distinción de persona en el juicio; así al pequeño como al grande oiréis; no tendréis temor de ninguno.

¿De qué manera dejan al descubierto al pobre corazón humano esas palabras! ¿Qué inclinados estamos a tener miramientos con las personas, a ser desviados por la influencia personal, a dar importancia a la posición y a la fortuna, a tener temor ante el rostro del hombre!

¿Cuál es el antídoto divino contra todos esos males? El temor de Dios. Si ponemos al Señor en todo tiempo ante nosotros, él nos librárá eficazmente de la perniciosa influencia de la parcialidad, del prejuicio y del temor a los demás. Nos llevará a esperar con humildad y paciencia en el Señor, para que él nos guíe y nos aconseje cuando tengamos que tomar una decisión; de este modo seremos preservados de juicios precipitados y parciales sobre hechos o personas, juicios que siempre producen tantos perjuicios entre los hijos de Dios.

Los espías

“Os mandé, pues, en aquel tiempo, todo lo que habíais de hacer”. La senda de la obediencia sencilla estaba ante ellos; solo tenían que seguirla con paso firme. No era necesario pensar en las consecuencias o sopesar los resultados. Debían dejarlo todo en manos de Dios y avanzar resueltamente por esa senda bendita.

“Y salidos de Horeb, anduvimos todo aquel grande y terrible desierto que habéis visto, por el camino del monte del amorreo, como Jehová nuestro Dios nos lo mandó; y llegamos hasta Cadabarnea. Entonces os dije: Habéis llegado al monte del amorreo, el cual Jehová nuestro Dios nos da. Mira, Jehová tu Dios te ha entregado la tierra; sube y toma posesión de ella, como Jehová el Dios de tus padres te ha dicho; no temas ni desmayes” (v. 18-21).

Este era el mandato para entrar y tomar posesión inmediata. Jehová, su Dios, les había dado la tierra y la había puesto ante ellos. Les pertenecía, era el don libre de su gracia soberana que había pactado con sus padres. Su propósito eterno era poseer la tierra de Canaán por medio de la simiente de Abraham, su amigo. Esto debería haber bastado para tranquilizar sus ánimos, no solo en cuanto a las condiciones de aquella tierra, sino también a la manera de entrar en ella. No había ninguna necesidad de espías; la fe nunca necesita examinar lo que Dios ha dado. Cree que lo que él da es bueno para poseerlo, y que él es poderoso para ponernos en plena posesión de lo que

por su gracia nos ha otorgado. Israel pudo haber llegado a la conclusión de que la misma mano que los había conducido a través de “aquel grande y terrible desierto” podía también hacerlos entrar y establecerlos en la herencia que les había destinado.

Así habría razonado la fe, porque ella siempre va de Dios a las circunstancias, y nunca de las circunstancias a Dios.

Si Dios es por nosotros, ¿quién contra nosotros?



(Romanos 8:31).

Así argumenta la fe, grande en su sencillez y sencillo en su grandeza moral. Cuando Dios llena el campo visual del alma, poco importan las dificultades. Pueden pasar inadvertidas, o bien, son consideradas como ocasiones para el despliegue del poder divino. La fe se regocija al ver a Dios triunfando sobre las dificultades.

Pero, lamentablemente, el pueblo no estaba gobernado por la fe en aquella ocasión, por lo tanto, recurrieron a los espías. Eso es lo que Moisés les recuerda con un lenguaje a la vez enternecedor y fiel.

“Y vinisteis a mí todos vosotros, y dijisteis: Enviemos varones delante de nosotros que nos reconozcan la tierra, y a su regreso nos traigan razón del camino por donde hemos de subir, y de las ciudades adonde hemos de llegar” (v. 22).

Debieron haber confiado en Dios para todas esas cosas. Aquel que les había sacado de Egipto, el que les había abierto camino a través del mar y los había guiado a través del desierto, era perfectamente capaz de introducirlos en la tierra prometida. Pero no; prefirieron mandar espías como exploradores, porque no tenían confianza en el Dios verdadero, viviente y todopoderoso.

Aquí aparece la raíz moral de este asunto; estemos convencidos de ello. Es verdad que en la narración de este hecho en Números, el Señor dijo a Moisés que mandara espías. Pero, ¿por qué?: por causa de la condición moral del pueblo. En eso vemos la diferencia característica y, al mismo tiempo, la bella armonía que hay entre los dos libros. En Números se nos da la historia pública del hecho, en Deuteronomio la razón secreta de la misión de los espías. Y así como está en perfecta armonía con el carácter de Números darnos el primer relato, también lo está en el de Deuteronomio darnos el segundo. El uno complementa al otro; no podríamos comprender a fondo

este tema si solo tuviéramos el relato del libro de los Números. Es el conmovedor comentario hecho en Deuteronomio lo que completa el cuadro. ¡Qué perfecta es la Escritura! Solo necesitamos el ojo ungido con colirio para ver, y el corazón dispuesto para apreciar sus glorias morales.

Puede ser, no obstante, que el lector encuentre ciertas dificultades en cuanto a la cuestión de los espías. Quizá se pregunte cómo podía estar mal enviarlos si el Señor les había dicho que lo hicieran. Pero, lo malo no era enviarlos –pues así les fue dicho– sino el deseo de que fueran enviados a toda costa. Ese deseo era el fruto de la incredulidad, y la orden de mandarlos fue dada a causa de ella.

Algo parecido vemos en Mateo capítulo 19 al tratar del divorcio. “Entonces vinieron a él los fariseos, tentándole y diciéndole: ¿Es lícito al hombre repudiar a su mujer por cualquier causa? Él, respondiendo, les dijo: ¿No habéis leído que el que los hizo al principio, varón y hembra los hizo, y dijo: Por esto el hombre dejará padre y madre, y se unirá a su mujer, y los dos serán una sola carne? Así que no son ya más dos, sino una sola carne; por tanto, lo que Dios juntó, no lo separe el hombre. Le dijeron: ¿Por qué, pues, mandó Moisés dar carta de divorcio, y repudiarla? Él les dijo: *Por la dureza de vuestro corazón* Moisés os permitió repudiar a vuestras mujeres; mas al principio no fue así” (v. 3-8).

No estaba de acuerdo con la institución de Dios, ni era su voluntad que el hombre repudiara a su mujer; fue por causa de la dureza del corazón humano que Moisés permitió el divorcio. ¿Hay alguna dificultad en entender esto? Seguro que no, a menos que el ánimo esté dispuesto a tenerla. Así, tampoco puede haber ninguna dificultad en el asunto de los espías. Israel no los necesitaba, y la fe sencilla jamás habría pensado en ellos. Pero Jehová vio el estado real de las cosas y dio un mandato conforme a él. De igual modo, en siglos posteriores, Dios vio que el corazón del pueblo deseaba tener un rey, y encargó a Samuel que les diera uno. “Y dijo Jehová a Samuel: Oye la voz del pueblo en todo lo que te digan; porque no te han desechado a ti, sino a mí me han desechado, para que no reine sobre ellos. Conforme a todas las obras que han hecho desde el día que los saqué de Egipto hasta hoy, dejándome a mí y sirviendo a dioses ajenos, así hacen también contigo. Ahora, pues, oye su voz; *mas protesta solemnemente* contra ellos, y muéstrales cómo les tratará el rey que reinará sobre ellos” (1 Samuel 8:7-9).

Así vemos que la satisfacción de un deseo no prueba que ese deseo esté de acuerdo con el pensamiento de Dios. Israel no debió pedir un rey. ¿No era suficiente Jehová? ¿No era él su rey? ¿No podía él, como lo hizo siempre, guiarlos a la batalla y pelear por ellos? ¿Por qué buscar un brazo de carne y apartarse del verdadero Dios Todopoderoso? ¿Qué poder tendría un rey que no fuera

el que Dios *mismo quisiera darle*? Absolutamente ninguno; todo el poder, la sabiduría, y la bondad verdadera estaban en Jehová su Dios, y *él* podía satisfacer todas sus necesidades. Solo tenían que apoyarse en su brazo omnipotente, extraer de sus inagotables recursos y encontrar todos sus manantiales en él.

Cuando ya tuvieron un rey, según el deseo de su corazón, ¿qué hizo ese rey por ellos? “Todo el pueblo iba tras él temblando” (1 Samuel 13:7). Cuanto más atentamente estudiamos la triste historia del reinado de Saúl, tanto más comprendemos que él fue más bien un estorbo que una ayuda. Su reinado fue un lamentable fracaso, expresado de una manera tan exacta como enérgica en las brillantes sentencias de Oseas: “Te di rey en mi furor, y te lo quité en mi ira” (Oseas 13:11). Resumiendo, Saúl fue la respuesta a la incredulidad y obstinación del pueblo, por lo tanto, todas las esperanzas y expectativas que había despertado se vieron frustradas. Fracasó en cuanto a hacer la voluntad de Dios y, por consiguiente, no pudo suplir las necesidades del pueblo. Demostró ser totalmente indigno de la corona y del cetro, y su vergonzosa caída en el monte Gilboa estuvo en triste consonancia con su vida.

Ahora bien, si consideramos la misión de los espías, vemos que, como en el caso de la designación de un rey, acaba en completo fracaso. No podía ser de otro modo, ya que era fruto de la incredulidad. Es cierto que Dios les dio espías; por eso Moisés les dice con gracia conmovedora: “Y el dicho me pareció bien; y tomé doce varones de vosotros, un varón por tribu” (v. 23). Era la gracia la que descendía a la condición del pueblo y consentía en un plan adecuado a esa condición. Pero esto no prueba que ese plan o esa condición estuvieran de acuerdo con la mente de Dios. Bendito sea su Nombre, él puede acudir a nosotros aun en nuestra incredulidad, aunque esté apesadumbrado y deshonrado por ella. Él se complace en una fe firme y franca; es la única cosa en este mundo que le da su debido lugar. Por esto, cuando Moisés dijo al pueblo: “Mira, Jehová tu Dios te ha entregado la tierra; sube y toma posesión de ella, como Jehová el Dios de tus padres te ha dicho; no temas ni desmayes”, la respuesta debió ser: «Aquí estamos, guíanos, oh Jehová; guíanos a la victoria. Tú nos bastas. Contigo como jefe avanzaremos gozosos y confiados. Las dificultades no existen para ti, por lo tanto, no son nada para nosotros. Tu palabra y tu presencia son todo lo que necesitamos. En ellas encontramos, a la vez, nuestra autoridad y nuestro poder. No nos importa en lo más mínimo qué o quién esté delante de nosotros, ya sean poderosos gigantes, muros con torres o amenazadores baluartes ante ti, oh Jehová, Dios de Israel; no son más que hojas secas ante el huracán. Guíanos adelante, ¡oh Jehová!».

Así habla la fe, pero lamentablemente Israel no lo hizo. Dios no les bastaba; no estaban preparados para subir apoyándose solo en su brazo. No se fiaban de lo que él les había dicho de la tierra, y quisieron mandar espías. El pobre corazón humano desea probar cualquier cosa antes que depender simplemente del Dios vivo y verdadero. El hombre natural no puede confiar en Dios sencillamente porque no le conoce. “En su santo nombre hemos confiado” (Salmo 33:21).

Dios debe ser conocido para que podamos confiar en él, y cuanto más confiamos en él, tanto mejor le conocemos. No hay nada tan bendito como una vida de fe sencilla. Pero esta debe ser real y no una simple profesión. Es vano hablar de vivir por fe, mientras el corazón está apoyándose en un sostén humano. *El creyente verdadero tiene que ver únicamente con Dios*; encuentra en él todos sus recursos. No es que menosprecie los instrumentos que Dios se complace en utilizar; al contrario, los aprecia muchísimo, precisamente porque son los medios de los que Dios se vale para dar su ayuda y sus bendiciones. Pero no debe permitir que estos medios reemplacen a Dios. Su corazón dice:

“ Alma mía, en Dios solamente reposa, porque de él es mi esperanza. Él solamente es mi roca y mi salvación (Salmo 62:5-6).

La palabra “solamente” tiene una fuerza muy particular. Penetra por completo el corazón. Mirar a la criatura, directa o indirectamente, para suplir una necesidad cualquiera es apartarse de la vida de fe. Y qué triste es acomodarse a los medios humanos. Desde el punto de vista moral, es tan degradante como ilusorio; mientras que la vida de fe ennoblece. Israel quiso enviar espías y todo se convirtió en su confusión.

“Y se encaminaron, y subieron al monte, y llegaron hasta el valle de Escol, y reconocieron la tierra. Y tomaron en sus manos del fruto del país, y nos lo trajeron, y nos dieron cuenta, y dijeron: Es buena la tierra que Jehová nuestro Dios nos da” (v. 24-25). Y, ¿cómo podía ser de otro modo, cuando era Dios quien la daba? ¿Necesitaban espías que les dijeran que el don de Dios era bueno? Por cierto que no. Una fe sencilla habría razonado así: «Lo que Dios nos da tiene que ser digno de él; no necesitamos espías para estar seguros de esto». Pero, lamentablemente, esa fe sencilla es una joya extraordinariamente rara en este mundo, e incluso los mismos que la poseen saben muy poco de su valor, o no saben cómo emplearla. Hablar de la fe y vivir una vida de fe son dos cosas tan distintas como la teoría y la práctica. Nunca olvidemos que es un privilegio para todos los hijos de Dios vivir por la fe, y que esta vida de fe abarca todo lo que es necesario al creyente.

Con respecto a la misión de los espías, el lector notará la manera cómo Moisés hace referencia a ella. Se limita a la parte de su testimonio que está de acuerdo con la verdad, y pasa por alto lo de los diez espías incrédulos. Esto está en perfecta consonancia con el alcance y el propósito de este libro. Todo está expuesto para obrar en la conciencia de la congregación. Les recuerda que fueron ellos mismos los que propusieron la expedición de los espías, y que, aunque los espías habían puesto ante sus ojos los frutos de la tierra y habían dado testimonio de su excelencia, no quisieron subir a poseerla. “Sin embargo, no quisisteis subir, antes fuisteis rebeldes al mandato de Jehová vuestro Dios” (v. 26). No había excusa alguna. Era evidente que sus corazones estaban llenos de incredulidad y rebeldía, y la misión de los espías no hizo más que manifestarlo plenamente.

La incredulidad

“Y murmurasteis en vuestras tiendas, diciendo: Porque Jehová nos aborrece” –horrible mentira– “nos ha sacado de tierra de Egipto, para entregarnos en manos del amorreo para destruirnos” (v. 27). ¡Qué rara prueba de odio! ¡Qué absurdos son los argumentos de la incredulidad! Si verdaderamente les hubiera odiado, nada más sencillo que haberlos dejado morir entre los hornos de ladrillos de Egipto, bajo el látigo de los crueles capataces de Faraón. ¿Por qué tomarse tanto trabajo con ellos? ¿Para qué esas diez plagas mandadas sobre el país de sus opresores? ¿Por qué, si les odiaba, no permitió que las aguas del mar Rojo les sepultaran, como sepultaron a sus enemigos? ¿Por qué les libró de la espada de Amalec? En otras palabras, ¿por qué todas esas maravillosas liberaciones? ¡Ah!, si no hubieran estado dominados por un espíritu de ciega e insensata incredulidad, esas pruebas de amor tan evidentes y magníficas los hubiesen conducido directamente a una conclusión totalmente opuesta a la que se atrevieron a expresar. No hay nada bajo el cielo más irracional que la incredulidad; ni hay nada más lógico, claro y justo que la sencilla confianza de una fe infantil. ¡Ojalá que el lector pueda experimentar siempre esta verdad!

“Y murmurasteis en vuestras tiendas”. La incredulidad no solo pone objeciones, sino que también murmura. No considera el lado bueno de las cosas. Nunca entiende, porque pone a Dios a un lado y solo mira las circunstancias. Ellos dijeron: “¿A dónde subiremos? Nuestros hermanos han atemorizado nuestro corazón, diciendo: Este pueblo es mayor y más alto que nosotros”, pero no eran mayores que Jehová. “Las ciudades grandes y *amuralladas hasta el cielo*” –¡la gran exageración de la incredulidad!– “y también vimos allí a los hijos de Anac” (v. 28).

La fe habría dicho: «Bien, aunque las ciudades estén amuralladas hasta el cielo, Dios está por encima de ellas porque está en el cielo. ¿Qué son las grandes ciudades y las altas murallas para Aquel que formó el universo y lo sostiene con la palabra de su poder? ¿Qué son los gigantes hijos de Anac ante la presencia del Dios Todopoderoso? Si la tierra estuviera cubierta de ciudades amuralladas desde Dan hasta Beerseba, y si los gigantes fuesen tan numerosos como las hojas del bosque, serían como el tamo de las eras ante Aquel que ha prometido dar para siempre la tierra de Canaán a la descendencia de Abraham, su amigo».

Pero Israel no tenía fe, como nos lo dice el tercer capítulo de la carta a los Hebreos: “No pudieron entrar a causa de incredulidad” (v. 19). Esa era la gran dificultad. Las ciudades amuralladas y los terribles hijos de Anac no habrían sido obstáculo si Israel hubiera confiado en Dios. Pero, lamentablemente, la deplorable incredulidad nos priva siempre de muchas bendiciones: nubla el resplandor de la gloria de Dios; proyecta una sombra negra sobre nuestras almas y nos quita el privilegio de experimentar la total suficiencia de Dios para hacer frente a cada una de nuestras necesidades.

Bendito sea Dios que nunca falla al corazón que confía en él, y cuanto más se le pide, más se complace en dar. Su palabra para nosotros siempre es: “No temas, cree solamente” (Marcos 5:36), y también:

Conforme a vuestra fe os sea hecho



(Mateo 9:29).

¡Palabras preciosas que hacen vibrar nuestra alma! ¡Que todos experimentemos más plenamente su dulzura y vivo poder! Podemos estar seguros de que nuestra confianza en Dios nunca será excesiva; sería sencillamente imposible. *Nuestro gran error* consiste en que no aprovechamos más sus infinitos recursos. “¿No te he dicho que si crees, verás la gloria de Dios?” (Juan 11:40).

Aquí podemos comprender por qué Israel no pudo ver la gloria de Dios en esa ocasión: no creyeron. La misión de los espías fue un completo fracaso. Terminó como había comenzado: en la incredulidad más lamentable. Como Dios era dejado de lado, solo podían ver las dificultades.

“No pudieron entrar”; ni pudieron ver la gloria de Dios. Oigamos las conmovedoras palabras de Moisés; su lectura hace un bien inmenso, tocan las fibras más sensibles de nuestro ser renovado. “Entonces os dije: No temáis, ni tengáis miedo de ellos. Jehová vuestro Dios, el cual va delante de vosotros, él peleará por vosotros”. ¡Pensemos por un momento en Dios peleando por el pueblo y

convertido en un guerrero! “Conforme a todas las cosas que hizo por vosotros en Egipto delante de vuestros ojos. Y en el desierto has visto que *Jehová tu Dios te ha traído, como trae el hombre a su hijo*, por todo el camino que habéis andado, hasta llegar a este lugar. Y aun con esto *no creísteis a Jehová vuestro Dios*, quien iba delante de vosotros por el camino para reconocer el lugar donde habíais de acampar, con fuego de noche para mostraros el camino por donde anduviéseris, y con nube de día” (v. 29-33).

¡Qué fuerza moral, qué dulzura más conmovedora en esos recuerdos! Con cuánta claridad vemos aquí, como en las demás páginas del Deuteronomio, que este libro no es una vana repetición de los hechos, sino un comentario muy poderoso de estos. Conviene que el lector se de cuenta de ello. Si en Éxodo y Números el legislador narra los hechos de la vida de Israel en el desierto, en Deuteronomio comenta aquellos hechos con una insistencia que conmueve el corazón. La *manera* tan tierna de actuar de Jehová se indica aquí con una delicadeza inimitable. ¿Quién puede pasar por alto la hermosa figura contenida en las palabras “como trae el hombre a su hijo”? Si el poder de la mano de Jehová o la sabiduría de su *mente* se ven en la *naturaleza* de su acción, el amor de su *corazón* aparece en la *manera* en que él la lleva a cabo. Incluso un niño puede comprender esto, aunque quizá no sepa explicarlo.

Caleb: La fe

Los israelitas, sin embargo, no podían creer que Dios les haría entrar en la tierra. No creyeron a pesar de la maravillosa manifestación de su poder, su fidelidad, su bondad y su benevolencia; y dudaron a pesar de las evidencias capaces de satisfacer a cualquiera. “Y oyó Jehová la voz de vuestras palabras, y se enojó, y juró diciendo: No verá hombre alguno de estos, de esta mala generación, la buena tierra que juré que había de dar a vuestros padres, excepto Caleb hijo de Jefoné; él la verá, y a él le daré la tierra que pisó, y a sus hijos; porque ha seguido fielmente a Jehová” (v. 34-36).

¿No te he dicho que si crees, verás la gloria de Dios?

“

Este es el orden divino. Los hombres nos dirán: «ver para creer»; mas en el reino de Dios es necesario creer para ver. ¿Por qué no podría ni un solo hombre de esa mala generación ver la buena tierra? Simplemente porque no habían creído en Jehová su Dios. Por otra parte, ¿por qué sí se le dio a Caleb permiso para ver esa tierra y tomar posesión de ella? Simplemente porque había creído. La incredulidad es siempre el gran impedimento para ver la gloria de Dios. “Y no hizo allí

muchos milagros, a causa de la incredulidad de ellos” (Mateo 13:58). Si Israel hubiera creído, si tan solo hubiese confiado en Jehová, en su amor y en el poder de su brazo, él les habría introducido y plantado en el monte de su heredad.

Igual sucede ahora con los cristianos. No hay límite en la bendición que podemos gozar, con tal que confiemos plenamente en Dios. “Al que cree todo le es posible” (Marcos 9:23). Nuestro Dios jamás nos dirá: «Ya tenéis mucho, queréis recibir demasiado». Imposible. El gozo de su corazón es responder a las más grandes esperanzas de la fe.

Procuremos, pues, obtener más abundantemente. “Abre tu boca, y yo la llenaré” (Salmo 81:10). Los tesoros inagotables del cielo están abiertos para la fe. “Y *todo lo que pidieréis* en oración, creyendo, lo recibiréis” (Mateo 21:22). “Y si alguno de vosotros tiene falta de sabiduría, pídala a Dios, el cual da a todos abundantemente y sin reproche, y le será dada. Pero pida con fe, *no dudando nada*” (Santiago 1:5-6). La fe es el único secreto, la fuente principal de la vida cristiana, que no fluctúa ni titubea. La incredulidad siempre es fluctuante, vacilante, y de ahí que nunca vea la gloria de Dios ni su poder. Está sorda a su voz y ciega a sus hechos; deprime el corazón y debilita las manos; ensombrece el camino y estorba todo progreso. Fue ella la que mantuvo a Israel fuera de la tierra de Canaán durante cuarenta años. No tenemos idea de cuántas bendiciones, privilegios, poder y servicios perdemos constantemente por causa de su terrible influencia. Si tuviéramos más fe, el estado de cosas que veríamos a nuestro alrededor sería muy diferente. ¿Cuál es la causa de la lamentable indiferencia y esterilidad que vemos en el mundo cristiano? ¿A qué se debe nuestra pobreza, falta de ánimo y escaso crecimiento? ¿Por qué hay tan pocas conversiones? ¿Por qué vemos resultados tan pobres en las obras cristianas? ¿Por qué los evangelistas están frecuentemente abatidos a causa de la escasez de sus gavillas? ¿Cómo debemos responder a todas estas preguntas? ¿Cuál es la causa? ¿Puede negar alguien que todo esto se debe a nuestra falta de fe?

No hay duda de que nuestras divisiones tienen mucho que ver con ello; nuestra mundanalidad, nuestra indulgencia carnal, nuestra ociosidad. Y, ¿cuál es el remedio para todos esos males? ¿Cómo podremos practicar el amor verdadero? Por la fe, ese principio precioso “que obra por el amor” (Gálatas 5:6). El apóstol Pablo dice a los recién convertidos en Tesalónica: “Por cuanto vuestra fe va creciendo”; y, ¿qué añade?: “Y el amor de todos y cada uno de vosotros abunda para con los demás” (2 Tesalonicenses 1:3). Así será siempre: la fe nos pone en contacto directo con la fuente del amor de Dios mismo y este amor fluye de nuestros corazones hacia todos los que son suyos, hacia todos aquellos en los que podemos descubrir un rastro, por débil que sea, de su

bendita imagen. Es imposible estar junto al Señor y no amar a los que invocan su Nombre con corazón limpio. Cuanto más cerca estemos de Cristo, más intensamente estaremos unidos con verdadero amor fraternal a todos los miembros de su cuerpo.

¿Y cómo podemos vencer a lo mundano en todas sus diferentes formas? Oigamos la respuesta de otro apóstol inspirado.

“ Todo lo que es nacido de Dios vence al mundo; y esta es la victoria que vence al mundo, nuestra fe. ¿Quién es el que vence al mundo, sino el que cree que Jesús es el Hijo de Dios? (1 Juan 5:4-5).

El hombre nuevo, que anda por el poder de la fe, vive por encima del mundo y de sus intereses, de sus objetivos, principios, costumbres y motivos. No tiene nada en común con él. Aunque está en el mundo, no es del mundo; marcha en sentido contrario. Obtiene todos sus recursos del cielo. Su vida, su esperanza, su todo está allí; desea ardientemente ir allí cuando su obra en la tierra esté terminada.

La fe, por tanto, es un principio poderoso. Purifica el corazón, obra por amor y vence al mundo. Enlaza el corazón con Dios mismo; ese es el secreto de toda verdadera nobleza, santa benevolencia y divina pureza. No es extraño, pues, que Pedro la llame “mucho más preciosa que el oro” (1 Pedro 1:7), ya que es verdaderamente valiosa, mucho más de lo que el pensamiento humano pueda alcanzar.

Veamos cómo este poderoso principio actuó en Caleb, y el fruto bendito que produjo. Le fue permitido comprobar la verdad de las palabras: “Conforme a vuestra fe os sea hecho”, empleadas siglos más tarde. Él creyó que Dios era capaz de hacerlos entrar en la tierra, y que todas las dificultades y obstáculos serían simplemente ocasiones para ejercitar la fe. Y Dios, como sucede siempre, respondió a su fe. “Y los hijos de Judá vinieron a Josué en Gilgal; y Caleb, hijo de Jefone cenezeo, le dijo: Tú sabes lo que Jehová dijo a Moisés, varón de Dios, en Cades-barnea, tocante a mí y a ti. Yo era de edad de cuarenta años cuando Moisés siervo de Jehová me envió de Cades-barnea a reconocer la tierra; y yo le traje noticias como lo sentía en mi corazón” (¡qué simple testimonio de una brillante y hermosa fe!). “Y mis hermanos, los que habían subido conmigo, hicieron desfallecer el corazón del pueblo; pero yo cumplí siguiendo a Jehová mi Dios. Entonces Moisés juró diciendo: Ciertamente la tierra que holló tu pie será para ti, y para tus hijos en herencia perpetua, por cuanto cumpliste siguiendo a Jehová mi Dios. Ahora bien, Jehová me ha hecho

vivir, como él dijo, estos cuarenta y cinco años, desde el tiempo que Jehová habló estas palabras a Moisés, cuando Israel andaba por el desierto; y ahora, he aquí, hoy soy de edad de ochenta y cinco años. Todavía estoy tan fuerte como el día que Moisés me envió; cual era mi fuerza entonces, tal es ahora mi fuerza para la guerra, y para salir y para entrar. Dame, pues, ahora este monte, del cual habló Jehová aquel día; porque tú oíste en aquel día que los anaceos están allí, y que hay ciudades grandes y fortificadas. Quizá Jehová estará conmigo, y los echaré, como Jehová ha dicho” (Josué 14:6-12).

¡Qué reconfortantes y edificantes son las expresiones de una fe sencilla y qué alentador es! ¡Qué intenso contraste con la incredulidad que deshonra a Dios! “Josué entonces le bendijo, y dio a Caleb hijo de Jefone a Hebrón por heredad. Por tanto, Hebrón vino a ser heredad de Caleb hijo de Jefone cenezeo, hasta hoy, por cuanto había seguido cumplidamente a Jehová Dios de Israel” (v. 13-14).

Caleb, como su padre Abraham, fue firme en la fe, dando gloria a Dios. Podemos decir con la mayor certeza que como la fe siempre honra a Dios, él se complace a su vez en honrar la fe; si el pueblo de Dios confiara más en Él, si extrajera más abundantemente de sus recursos infinitos, veríamos una situación muy diferente a nuestro alrededor. “¿No te he dicho que si crees, verás la gloria de Dios?”. ¡Ah, si tuviéramos una fe más viva en Dios, asiéndonos audazmente a su fidelidad, a su bondad, a su poder! Entonces podríamos esperar resultados más gloriosos en el campo de la evangelización, más celo, más energía, una dedicación más intensa en la Iglesia y más frutos de justicia en cada creyente.

Moisés no entrará en el país

Consideremos ahora los últimos versículos de nuestro capítulo; en ellos encontramos una sólida instrucción. Ante todo, vemos los actos del gobierno de Dios desplegados de la manera más solemne y conmovedora. Moisés se refiere patéticamente al hecho de su exclusión de la tierra de Canaán. “También contra mí se airó Jehová *por vosotros*, y me dijo: Tampoco tú entrarás allá” (v. 37).

Fijémonos en las palabras “por vosotros”. Era muy necesario recordar a la congregación que a causa de ellos le fue prohibido a Moisés, el amado siervo de Dios, cruzar el Jordán y asentar su pie en la tierra de Canaán. Es cierto que él había hablado “precipitadamente con sus labios”, pero ellos “hicieron rebelar a su espíritu” (Salmo 106:33). Esto debió de haberles conmovido pro-

fundamente. No fueron ellos los únicos en no poder entrar por culpa de su incredulidad, sino que ocasionaron la exclusión de Moisés, quien deseaba ver “aquel buen monte, y el Líbano” (Deuteronomio 3:25).

Pero el gobierno de Dios es una solemne y terrible realidad: no debemos olvidarlo ni por un instante. El corazón humano tal vez se extrañará de que unas cuantas palabras sin consideración dichas con precipitación hayan sido suficientes para impedir que aquel amado siervo de Dios alcanzara lo que tan ardientemente había deseado. Nosotros solo tenemos que inclinar la cabeza con humilde adoración y santa reverencia; no nos corresponde objetar o juzgar. “El Juez de toda la tierra, ¿no ha de hacer lo que es justo?” (Génesis 18:25). Por supuesto que lo hará, él no puede equivocarse.

“Grandes y maravillosas son tus obras, Señor Dios Todopoderoso; justos y verdaderos son tus caminos, Rey de los santos (Apocalipsis 15:3).

“Dios temible en la gran congregación de los santos, y formidable sobre todos cuantos están alrededor de él” (Salmo 89:7). “Nuestro Dios es fuego consumidor”. “¡Horrenda cosa es caer en manos del Dios vivo!” (Hebreos 12:9; 10:31).

El hecho de que nosotros, como cristianos, estemos bajo el reinado de la gracia ¿se opone a la acción y autoridad del gobierno de Dios? De ningún modo. Es tan cierto ahora como lo ha sido siempre, pues “todo lo que el *hombre* sembrare, eso también segará” (Gálatas 6:7). No se trata de especular acerca de la libertad de la gracia divina para tener en poco los decretos del gobierno divino. Las dos cosas son totalmente diferentes y jamás deben confundirse. La gracia puede perdonar libre, completa y eternamente, pero las ruedas del carro del gobierno de Jehová continúan rodando con aplastante poder y aterradora solemnidad. La gracia perdonó el pecado de Adán, pero la justicia de Dios le expulsó del Edén para que se ganara la vida con el sudor de su frente en medio de los espinos y cardos de una tierra maldita. La gracia perdonó a David su pecado (Betsabé fue la madre de Salomón); pero la espada del gobierno de Dios jamás se apartó de su casa (Absalón se levantó en rebeldía).

Así ocurrió con Moisés: la gracia de Dios lo llevó a la cumbre del Pisga y le mostró la tierra, pero su gobierno le prohibió estricta y absolutamente la entrada a ella. Este principio fundamental tampoco se ve afectado en lo más mínimo por el hecho de que Moisés, como representante oficial del sistema legal, no podía introducir al pueblo en la tierra prometida. Eso es cierto, pero

no afecta en absoluto la solemne verdad que nos ocupa. En el capítulo 20 de Números y en el capítulo 1 del Deuteronomio no se nos dice nada de Moisés en cuanto a su cargo oficial. Él está en persona ante nosotros; a él se le prohíbe entrar en la tierra por haber hablado inconsideradamente con sus labios.

Es preciso que cada uno de nosotros examine minuciosamente, en la presencia de Dios, esa gran verdad práctica. Podemos estar seguros de que cuanto más penetremos en el conocimiento de la gracia, tanto más sentiremos la solemnidad del gobierno de Dios y veremos justificados sus decretos. Pero existe el peligro de admitir ligeramente la doctrina de la gracia, mientras el corazón y la vida no se han sometido a la influencia santificadora de esa doctrina. Hemos de vigilar cuidadosamente ese peligro con celo santo. No hay nada más terrible que la simple familiaridad carnal con la doctrina de la salvación por gracia, porque abre la puerta a toda clase de abusos. Es por esto que sentimos la necesidad de grabar en la conciencia del lector la verdad práctica del gobierno de Dios. Siempre es muy necesario, pero especialmente en nuestros días, en los que hay una terrible tendencia a convertir “en libertinaje la gracia de nuestro Dios” (Judas 4). Notaremos siempre que quienes mejor saben apreciar las bendiciones de la gracia, son los que más justifican los decretos del gobierno divino.

En las últimas líneas de nuestro capítulo podemos ver que el pueblo no estaba dispuesto a someterse a la mano gubernamental de Dios. No quería adaptarse a la gracia ni someterse al gobierno. Cuando se le llama a subir inmediatamente para tomar posesión de la tierra, con la completa seguridad de que la presencia y el poder divino le acompañarán, duda, rehúsa y se deja llevar por un espíritu de incredulidad. En vano hacen llegar Josué y Caleb a sus oídos las palabras más alentadoras, en vano exhiben ante sus ojos el rico fruto de aquella buena tierra, en vano trata Moisés de persuadirlos con las más conmovedoras palabras; Israel no quiere subir cuando se le manda hacerlo. ¿Qué ocurre entonces? Por sus propias palabras son juzgados: fueron tratados según su incredulidad. “Y vuestros niños, de los cuales dijisteis que servirían de botín, y vuestros hijos que no saben hoy lo bueno ni lo malo, ellos entrarán allá, y a ellos la daré, y ellos la heredarán. Pero vosotros volved e id al desierto, camino del mar Rojo” (v. 39-40).

Confesión superficial y circunstancial

¡Qué triste! Pero, ¿qué otro resultado podía esperarse? Si ellos no querían entrar en la tierra confiando sencillamente en Dios, no les quedaba más remedio que volver al desierto; pero tampoco querían someterse a ello. No deseaban aprovechar las provisiones de la gracia ni doblegarse bajo

la sentencia del juicio. “Entonces respondisteis y me dijisteis: Hemos pecado contra Jehová; nosotros subiremos y peharemos, conforme a todo lo que Jehová nuestro Dios nos ha mandado. Y os armasteis cada uno con sus armas de guerra, y os preparasteis para subir al monte” (v. 41).

Esto parecía ser un acto de contrito y arrepentido, pero era vano y falso. Es muy fácil decir: “Hemos pecado”. Saúl lo dijo más tarde; pero lo dijo sin un verdadero sentido del valor de la expresión “he pecado”, como se ve a continuación: “pero te ruego que me honres delante de los ancianos de mi pueblo” (1 Samuel 15:30). ¡Qué extraña contradicción! “He pecado” y, sin embargo, “hónrame”. Si hubiera realmente sentido su falta, ¡qué diferente habrían sido sus palabras tanto como su ánimo, su estilo y su conducta! Pero todo era una gran burla. Esa forma de hablar solo se concibe en un hombre lleno de egoísmo, sin un ápice de sentimiento verdadero; y luego, con el fin de verse honrado por los demás, cumple con una vana adoración a Dios. ¡Qué ofensivo resulta esto a Aquel que desea la verdad en lo íntimo y que busca adoradores que le adoren en espíritu y en verdad! El más débil gemido de un corazón quebrantado y contrito es precioso a los ojos de Dios, pero, ¡qué ofensivas son, en cambio, las vanas formalidades de una religiosidad que se propone exaltar al hombre! ¡Qué inútil es la mera confesión de labios cuando el corazón no la siente! Un escritor dijo muy acertadamente: «Es fácil decir: hemos pecado; pero, ¡cuán a menudo descubrimos que no es la confesión ligera del pecado lo que proporciona la evidencia de que el pecado es sentido! Al contrario, más bien demuestra dureza de corazón. La conciencia siente que es necesario cierto acto de confesión del pecado, pero tal vez no haya nada que endurezca más el corazón que el hábito de confesar el pecado sin sentirlo. Una de las trampas más grandes de la cristiandad es el hábito de repetir, por medio de una fórmula, un estereotipado reconocimiento del pecado. Me atrevo a decir que casi todos hemos hecho esto, porque el corazón natural, aunque no tenga fórmulas escritas, puede hacerse alguna para su propio uso».

Así aconteció con Israel en Cades; la confesión de pecado no tenía ningún valor, porque no era sincera. Si hubiesen sentido lo que decían se habrían sometido al juicio de Dios y habrían aceptado humildemente las consecuencias de su pecado. No hay mejor prueba de un verdadero arrepentimiento que someterse a los designios gubernamentales de Dios. Vea el caso de Moisés, y observe cómo inclinó su frente ante la disciplina divina. “También contra mí” –dice Moisés– “se airó Jehová por vosotros, diciendo: Tampoco tú entrarás allá. Josué, hijo de Nun, el cual te sirve, él entrará allá; anímale, porque él la hará heredar a Israel” (v. 37-38).

Aquí Moisés les manifiesta que ellos eran la causa de que él fuera excluido de la tierra y, con todo, no emplea ninguna palabra de queja o murmuración; se inclina humildemente ante el juicio divino, no solo resignado a ser sustituido por otro, sino dispuesto a apoyar y animar a su sucesor. No hay indicio alguno de celos o envidia en sus palabras. Para él era suficiente que Dios fuera glorificado y que la congregación tuviese lo que necesitaba. No se tuvo en cuenta a sí mismo, ni sus intereses, sino solo la gloria de Dios y el bienestar de su pueblo.

Pero el pueblo manifestaba un espíritu muy diferente. “Nosotros subiremos y peharemos”. ¡Qué arrogancia y qué locura! Cuando Dios les había ordenado que subieran, y sus fieles servidores les habían alentado a subir y poseer la tierra, contestaron: “¿Adónde subiremos?”. Luego, cuando se les ordena que vuelvan al desierto, contestan: “Nosotros subiremos y peharemos”.

Enseñanza solemne

“Y Jehová me dijo: Diles: No subáis, ni peleéis, pues no estoy entre vosotros; para que no seáis derrotados por vuestros enemigos. Y os hablé, y no disteis oído; antes fuisteis rebeldes al mandato de Jehová, y persistiendo con altivez subisteis al monte. Pero salió a vuestro encuentro el amorreo, que habitaba en aquel monte, y os persiguieron como hacen las avispas, y os derrotaron en Seir, hasta Horma” (v. 42-44).

Era imposible que Jehová les acompañara en el camino de la obstinación y la rebelión, y era seguro que Israel, sin la presencia de Dios, no podía medirse con los amorreos. Si Dios es por nosotros y con nosotros, venceremos siempre. Pero no podremos contar con él si no andamos por la senda de la obediencia. Es el colmo de la locura pensar que Dios pueda estar con nosotros cuando nuestros caminos no son rectos.

“ Torre fuerte es el nombre de Jehová; a él correrá el justo y será levantado
(Proverbios 18:10).

Pero si nosotros no andamos en la justicia práctica, es inútil decir que el Señor es nuestra torre fuerte.

Bendito sea su Nombre, él puede aceptarnos a pesar de todas nuestras debilidades y fracasos, con tal que haya una verdadera confesión de nuestro estado. Pero creer que el Señor está con nosotros mientras hacemos nuestra propia voluntad y andamos en palpable injusticia, no es otra cosa que maldad y dureza de corazón. “Confía en Jehová y haz bien” (Salmo 37:3). Este es el

orden divino, pero hablar de confiar en Dios mientras se hace lo malo es convertir la gracia de nuestro Dios en libertinaje y ponernos en manos del diablo, quien solo busca nuestra ruina. “Los ojos de Jehová contemplan toda la tierra, para mostrar su poder a favor de los que tienen corazón perfecto para con él” (2 Crónicas 16:9). Cuando tenemos buena conciencia podemos levantar la cabeza y avanzar en medio de toda clase de dificultades; pero intentar andar por la senda de fe con mala conciencia es demasiado peligroso. Solo podemos mantener en alto el escudo de la fe si nuestros lomos están ceñidos de la verdad y el pecho cubierto con la coraza de justicia.

Es muy importante que los cristianos procuren mantener la justicia práctica en todos sus detalles. Hay un inmenso valor y peso moral en las palabras del apóstol Pablo: “Por esto procuro tener siempre una conciencia sin ofensa ante Dios y ante los hombres” (Hechos 24:16). Él siempre procuraba llevar la coraza de justicia y andar vestido con el lino fino que es la justicia de los santos, y nosotros debemos hacer lo mismo. Es nuestro santo privilegio recorrer con paso firme día tras día la senda del deber y la obediencia, porque en ella resplandece siempre la luz del rostro de Dios que muestra su aprobación. Entonces podremos contar con Dios, apoyarnos en él, depender de él, hallar en él todos nuestros recursos, envolvernos en su fidelidad y avanzar así en pacífica comunión y santa adoración hacia nuestra patria celestial.

Repitémoslo: no es que no podamos mirar a Dios en nuestra debilidad, en nuestras caídas y aun en nuestros errores y pecados. Podemos y debemos hacerlo, ya que su oído está siempre atento a nuestro clamor.

“ Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados, y limpiarnos de toda maldad (1 Juan 1:9).

“De lo profundo, oh Jehová, a ti clamo. Señor, oye mi voz; estén atentos tus oídos a la voz de mis súplicas. Jah, si mirares a los pecados, ¿quién, oh Señor, podrá mantenerse? Pero en ti hay perdón, para que seas reverenciado” (Salmo 130:1-4). No hay límite alguno para el perdón divino, puesto que no hay límite para el alcance de la expiación; no hay límite para la virtud y eficacia de la sangre de Jesucristo, el Hijo de Dios, que limpia de todo pecado; ni para la eficacia de la intercesión de nuestro adorable Abogado y Sumo Sacerdote, quien puede salvar a los que por él se acercan a Dios.

Todas estas verdades están ampliamente expuestas e ilustradas de diversas maneras en el libro inspirado. Pero la confesión del pecado y el perdón del mismo no deben ser confundidos con la justicia práctica. Son dos las condiciones en que podemos dirigirnos a Dios: podemos invocarle con profunda contrición, y ser oídos; o podemos clamar a él con una buena conciencia, con un corazón que no nos condene, y ser también oídos. Pero los dos casos son muy distintos, y no solamente distintos en sí mismos, sino que ambos están en marcado contraste con la indiferencia y dureza de corazón del que presume contar con Dios a pesar de su desobediencia y de la injusticia práctica. Esto es lo que resulta tan terrible a los ojos de Dios y lo que atraerá su duro juicio. Él reconoce y aprueba la justicia práctica; él perdona gratuita y completamente el pecado confesado; pero creer que podamos poner nuestra confianza en Dios mientras nuestros pies están andando por el camino de la iniquidad, no es otra cosa que una espantosa impiedad. “No fiéis en palabras de mentira, diciendo: Templo de Jehová, templo de Jehová, templo de Jehová es este. Pero si mejorareis cumplidamente vuestros caminos y vuestras obras; si con verdad hicieréis justicia entre el hombre y su prójimo, y no oprimiereis al extranjero, al huérfano y a la viuda, ni en este lugar derramareis la sangre inocente, ni anduviereis en pos de dioses ajenos para mal vuestro, os haré morar en este lugar, en la tierra que di a vuestros padres para siempre. He aquí, vosotros confiáis en palabras de mentira, que no aprovechan. Hurtando, matando, adulterando, jurando en falso, e incensando a Baal, y andando tras dioses extraños que no conocisteis, ¿vendréis y os pondréis delante de mí en esta casa sobre la cual es invocado mi nombre, y diréis: Librados somos; para seguir haciendo todas estas abominaciones?” (Jeremías 7:4-10).

Dios quiere realidades morales. Él desea la verdad en lo íntimo; y si los hombres pretenden tenerla y andan en la impiedad, deben esperar su justo castigo. Este pensamiento nos hace temblar por la situación de la iglesia profesante. El solemne pasaje del profeta Jeremías que acabamos de citar, aunque se refiere primeramente a los habitantes de Judá y sobre todo a los de Jerusalén, tiene también una aplicación muy marcada para la cristiandad. En el capítulo 3 de la segunda carta a Timoteo vemos que todas las abominaciones del paganismo, enumeradas al final del capítulo 1 de Romanos, serán reproducidas en los últimos días con los hábitos de los que se llaman cristianos y en relación inmediata con una “forma de piedad”. ¿Cuál debe ser el fin de esta situación? La ira sin remisión. Los más severos juicios de Dios están reservados para esa gran masa de profesantes bautizados llamada cristiandad. Se aproxima rápidamente el momento en que los amados hijos de Dios, rescatados por la sangre de Cristo, serán arrebatados de este mundo culpable y pecador, *aunque quiera llamarse «cristiano»*, para estar por siempre con el Señor en las moradas divinas en la casa del Padre. Entonces “el poder engañoso” (2 Tesalonicenses 2:11)

será enviado sobre la cristiandad, sobre las mismas naciones en las cuales resplandecía la luz de la verdad con todo su esplendor; donde se predicaba libre y plenamente el Evangelio; donde la Biblia circulaba por millones de ejemplares, y donde todos, más o menos, profesaban el nombre de Cristo y se llamaban a sí mismos cristianos.

Y después ¿qué? ¿Qué seguirá a ese “poder engañoso?”. ¿Algún nuevo testimonio, otras *dispensaciones de misericordia* o un nuevo esfuerzo de gracia paciente? ¡No para la cristiandad ni para los que han rechazado el Evangelio de Dios ni para los profesantes de unas formas de cristianismo sin Dios y sin Cristo, vacía y sin valor! Los paganos oirán el “evangelio eterno”, el “evangelio del reino”; pero para esa terrible aberración llamada cristianismo, la “viña de la tierra”, no queda nada más que el lagar de la ira del Dios Todopoderoso, la negrura de la obscuridad para siempre, y el lago ardiendo en fuego y azufre.

Lector, esto es lo que verdaderamente dice Dios. Nada es más fácil que colocar ante sus ojos un número de pruebas bíblicas totalmente incontestables, pero esto no tiene que ver con nuestro propósito presente. El Nuevo Testamento expone la solemne verdad mencionada arriba; cualquier sistema teológico que enseñe algo distinto será, en este punto al menos, completamente falso.

Volveos al norte

Incredulidad y fe

En las últimas líneas del capítulo 1 se presenta al pueblo llorando delante de Jehová. “Y volvisteis y llorasteis delante de Jehová, pero Jehová no escuchó vuestra voz, ni os prestó oído. Y estuvisteis en Cades por muchos días, los días que habéis estado allí” (cap. 1:46).

No había más sinceridad en sus lágrimas que en sus palabras, no eran creíbles ni su llanto ni su confesión. Muchos derraman lágrimas sin un verdadero arrepentimiento en presencia de Dios, y esto es muy grave, es burlarse de Dios. Sabemos que un corazón verdaderamente contrito agrada a Dios, quien se complace en habitar con él. “Los sacrificios de Dios son el espíritu quebrantado; al corazón contrito y humillado no despreciarás tú, oh Dios” (Salmo 51:17). Las lágrimas que fluyen de un corazón arrepentido son más preciosas para Dios que miles de animales en los collados (cap. 50:10), ya que prueban que hay sitio para él en ese corazón, y eso es lo que él, en su infinita gracia, busca. Quiere habitar en nuestros corazones y llenarnos del profundo e inefable gozo de su presencia tan bendita.

Pero ni la confesión ni las lágrimas de Israel en Cades eran sinceras, por lo tanto el Señor no las aceptó. El más débil grito de un corazón quebrantado sube directamente al trono de Dios, quien le responde de inmediato con el bálsamo sanador y calmante de su amor; pero cuando la confesión y las lágrimas van unidas a la voluntad propia y a la rebeldía, no solo carecen de valor sino que son un verdadero insulto a la Majestad de Dios.

Así, pues, el pueblo tuvo que retroceder hacia el desierto y peregrinar allí durante cuarenta años; no quedaba otra alternativa. No quisieron subir a aquella tierra con una fe sencilla en compañía de Dios, y él no quiso acompañarlos mientras mostraban obstinación y confianza en sí mismos. Por lo tanto, no tuvieron más remedio que aceptar las consecuencias de su desobediencia. Como no habían querido entrar en la tierra prometida, debían caer en el desierto.

¡Qué grave es todo esto y qué solemne es el comentario que el Espíritu Santo hace al respecto en los capítulos 3 y 4 de Hebreos; y se aplica a nosotros directamente y con toda validez! “Por lo cual, como dice el Espíritu Santo: Si oyereis hoy su voz, no endurezcáis vuestros corazones, como en la provocación, en el día de la tentación en el desierto, donde me tentaron vuestros padres; me probaron, y vieron mis obras cuarenta años. A causa de lo cual me disgusté contra esa generación, y dije: Siempre andan vagando en su corazón, y no han conocido mis caminos. Por tanto, juré en mi ira: No entrarán en mi reposo. Mirad, hermanos, que no haya en ninguno de vosotros

corazón malo de incredulidad para apartarse del Dios vivo; antes exhortaos los unos a los otros cada día, entre tanto que se dice: Hoy; para que ninguno de vosotros se endurezca por el engaño del pecado. Porque somos hechos participantes de Cristo, con tal que retengamos firme hasta el fin nuestra confianza del principio, entre tanto que se dice: Si oyereis hoy su voz, no endurezcáis vuestros corazones, como en la provocación. ¿Quiénes fueron los que, habiendo oído, le provocaron? ¿No fueron todos los que salieron de Egipto por mano de Moisés? ¿Y con quiénes estuvo él disgustado cuarenta años? ¿No fue con los que pecaron, cuyos cuerpos cayeron en el desierto? ¿Y a quiénes juró que no entrarían en su reposo, sino a aquellos que desobedecieron? Y vemos que no pudieron entrar a causa de incredulidad.

Temamos, pues, no sea que permaneciendo aún la promesa de entrar en su reposo, alguno de vosotros parezca no haberlo alcanzado. Porque también a nosotros se nos ha anunciado la buena nueva como a ellos; pero no les aprovechó el oír la palabra, por no ir acompañada de fe en los que la oyeron” (cap. 3:7-19; 4:1-2).

Aquí, como en todas las páginas del Libro inspirado, se nos enseña que *la incredulidad* entristece el corazón de Dios y deshonra su Nombre. Y no solo esto, sino que también nos priva de las bendiciones, dignidades y privilegios que la gracia infinita nos da. Tenemos muy poca idea de lo mucho que perdemos por causa de nuestra incredulidad. Exactamente como en el caso de Israel: la tierra estaba delante de ellos con toda su fertilidad y belleza, y se les mandó que subieran y tomaran posesión, pero “no pudieron entrar a causa de incredulidad”; nosotros, de igual manera, a menudo despreciamos las grandes bendiciones que la gracia soberana pone a nuestro alcance. Los tesoros del cielo están abiertos ante nosotros, pero no alcanzamos a apropiarnos de ellos. Somos pobres, débiles, desprovistos y estériles, cuando deberíamos ser ricos, fuertes, y fructíferos. Somos enriquecidos con todas las bendiciones espirituales en los lugares celestiales en Cristo (Efesios 1:3), pero no nos apoderamos de ellas como deberíamos, y por lo tanto permanecemos pobres y débiles.

Por eso, a causa de nuestra incredulidad, ¡cuántas cosas perdemos en relación con la obra del Señor a nuestro alrededor! En Mateo leemos que nuestro Señor no pudo hacer grandes obras en cierto lugar a causa de la incredulidad del pueblo. ¿Esto no nos dice nada? ¿No impedimos también, a causa de nuestra incredulidad, que él obre? Alguien dirá, tal vez, que el Señor hará su obra a pesar de nuestra falta de fe; que él, a pesar de nuestra incredulidad, separará al que es suyo y completará el número de los elegidos; que todos los poderes unidos no pueden impedir el cum-

plimiento de sus planes y propósitos; y que, en cuanto a su obra, se hace “no con ejército ni con fuerza, sino con mi Espíritu” (Zacarías 4:6); que los esfuerzos humanos son vanos, y que la causa del Señor jamás progresará por impulsos naturales.

Bien, todo esto es verdad, pero deja intacto el versículo ya citado: “Y no hizo allí muchos milagros, a causa de la incredulidad de ellos” (Mateo 13:58). ¿No perdió aquella gente grandes bendiciones por causa de su incredulidad e impidió que se hicieran muchos bienes? Debemos tener mucho cuidado para no dejarnos llevar por la influencia de un fatalismo perjudicial que, con ciertas apariencias de verdad, es enteramente falso, ya que niega toda la responsabilidad y paraliza toda la santa energía en favor de la causa de Cristo. Debemos tener presente que Quien en sus eternos consejos ha decretado los fines, también ha señalado los medios. Y si nosotros, a raíz de nuestra pecaminosa incredulidad y merced a la influencia de una verdad parcial nos cruzamos de brazos y descuidamos los medios, él nos pondrá a un lado y hará cumplir su obra valiéndose de otras manos. Él obrará –bendito sea su santo Nombre–, pero nosotros perderemos el honor, el privilegio y la bendición de ser sus instrumentos.

Vea la conmovedora escena descrita en Marcos 2. Es un ejemplo sorprendente del gran principio que deseamos enseñar al lector. Demuestra el poder de la fe en relación con la obra del Señor. Si los cuatro hombres cuya conducta se describe en dicho capítulo se hubieran dejado influir por un dañino fatalismo, hubiesen estado de acuerdo en que no era necesario hacer nada; si el paralítico debía ser curado, lo sería sin ningún esfuerzo humano. ¿Por qué debían molestarse en subir al techo de la casa, descubrir el tejado, bajar por allí al enfermo y ponerlo ante Jesús? ¡Ah!, fue muy conveniente para el enfermo y también para ellos que no obraran de acuerdo con aquel razonamiento falso. ¡Veamos lo que obró su hermosa fe! Reconfortó el corazón del Señor Jesús; llevó al enfermo al lugar de la curación, del perdón y de otras bendiciones; permitió que se desplegara el poder divino que llamó la atención de todos los presentes, y dio testimonio a la gran verdad de que Dios estaba en la tierra en la persona de Jesús de Nazaret, curando enfermos y perdonando pecados.

Muchos otros ejemplos podrían ofrecerse, pero no hay necesidad de ello. Toda la Escritura proclama el hecho de que la incredulidad obstaculiza nuestra bendición, impide que seamos útiles, nos priva del honroso privilegio de ser instrumentos de Dios y de ver las operaciones de su poder y de su Espíritu a nuestro alrededor. Por otro lado, la fe atrae bendiciones y poder, no solo para nosotros mismos sino también para otros; y así glorifica y gratifica a Dios, dando lugar al

despliegue del poder divino. En otras palabras, nada limita la bendición que podemos gozar si nuestros corazones están gobernados por la fe sincera que cuenta con Dios, y que él se complace en honrar.

Conforme a vuestra fe os sea hecho



(Mateo 9:29).

¡Preciosas palabras que conmueven el alma! Ellas nos animan a aprovechar más abundantemente los inagotables recursos que tenemos en Dios. Él se complace en que acudamos él, ¡bendito sea para siempre su santo Nombre! Su Palabra nos dice: “Abre tu boca y yo la llenaré” (Salmo 81:10). Nunca será excesivo lo que pidamos al Dios de toda gracia que nos dio a su Hijo unigénito y nos dará con él libremente todas las cosas.

Pero los hijos de Israel no pudieron creer que Dios les haría entrar en la tierra prometida y pretendieron hacerlo por sus propias fuerzas; el resultado fue que se vieron derrotados ante sus enemigos, y así sucede siempre. La arrogancia y la fe son dos cosas totalmente opuestas: la primera conduce a la derrota y a la confusión, la segunda a una victoria segura y real.

Sumisión a la voluntad de Dios

“Luego volvimos y salimos al desierto, camino del mar Rojo, como Jehová me había dicho; y rodeamos el monte de Seir por mucho tiempo” (v. 1). Hay una gran belleza moral en esta asociación, Moisés se identifica por completo con el pueblo. Él, Josué y Caleb tuvieron que volver atrás, camino del desierto, en compañía de la congregación incrédula y esto, según el criterio humano, parecerá duro, pero fue bueno y provechoso. Siempre hay gran bendición en el hecho de inclinarnos ante la voluntad de Dios, aunque no siempre podamos comprender el cómo y el porqué de las cosas. Esos fieles siervos de Dios no expresaron ninguna queja al verse obligados a volver al desierto durante cuarenta años, a pesar de que estaban dispuestos a subir para poseer la tierra. No, ellos se limitaron simplemente a volver atrás. Y bien podían hacerlo ya que el mismo Jehová también lo hizo. ¿Cómo podían quejarse, cuando veían la carroza del Dios de Israel dando la vuelta hacia el desierto? Ciertamente la gracia y la misericordia de Dios debieron enseñarles a aceptar de buen grado una prolongada estancia en el desierto y a esperar el bendito momento de entrar en la tierra prometida.

Es muy importante someternos siempre a la mano de Dios, ya que así podemos estar seguros de recoger una rica cosecha de bendiciones con tal ejercicio. El verdadero secreto del descanso consiste, según él mismo nos lo enseña, en tomar sobre nosotros el yugo de Cristo.

“ Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar. Llevad mi yugo sobre vosotros, y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón; y hallaréis descanso para vuestras almas; porque mi yugo es fácil y ligera mi carga (Mateo 11:28-30).

¿Cuál era ese yugo?: la absoluta y completa sujeción a la voluntad del Padre, y eso lo vemos con toda perfección en nuestro adorable Señor y Salvador Jesucristo. Él pudo decir: “Sí, Padre, porque así te agradó” (Lucas 10:21), porque eso era lo principal para él: “así te agradó”. Esto lo explica todo. “Te alabo, oh Padre, Señor del cielo y de la tierra”. Todo estaba bien; ya que lo que complacía al Padre le complacía a él. Jamás tuvo un pensamiento o un deseo que no estuviese en perfecta armonía con la voluntad de Dios; por eso, como hombre, gozaba siempre de perfecta paz. Él reposaba en los consejos y propósitos divinos; su paz corría como un río completamente tranquilo de principio a fin.

Ese era el yugo de Cristo, el mismo que él, en su infinita gracia, nos invita a tomar sobre nosotros, a fin de que también podamos hallar descanso para nuestras almas. Notemos las palabras “*hallaréis descanso*” y procuremos comprender su significado. No debemos confundir el “descanso” que él nos da con el descanso que nosotros hallamos. Cuando el alma cansada y cargada acude a Jesús con fe sencilla, él le da descanso, un descanso estable que mana de la completa seguridad de que todo está hecho, que los pecados son quitados para siempre, y que la justicia perfecta ha sido cumplida, revelada y concedida, que toda cuestión está divina y eternamente resuelta. Entonces Dios es glorificado, Satanás es reducido a silencio y la conciencia es tranquilizada.

Así es el descanso que Jesús nos *da* cuando acudimos a él; pero luego debemos atravesar las circunstancias de nuestra vida diaria, donde hay pruebas, dificultades, trabajos, combates, fracasos y reveses de toda clase. Ninguna de estas cosas puede afectar en lo más mínimo al descanso que Jesús da, pero sí pueden alterar seriamente el descanso que procuramos; no turbarán nuestras conciencias, pero sí nuestro corazón, ya que pueden desasosegarnos, encolerizarnos, impacientarnos. Por ejemplo: si yo debo predicar en Glasgow, pues así está anunciado, pero me veo

enfermo en una cama en Londres; esto no turbará en lo más mínimo mi conciencia, pero sí, y en gran manera mi corazón; puedo estar agitado con fiebre y a punto de exclamar: «¡Qué desgracia y qué terrible contratiempo!».

¿Cómo saldré de esta condición y cómo podré tranquilizar mi corazón y mi ánimo? Necesito hallar descanso, pero, ¿cómo podré hacerlo? Pues, inclinándome y tomando sobre mí el precioso yugo de Cristo, el mismo yugo que él llevó en los días de su carne, el yugo de una completa sujeción a la voluntad de Dios. Necesito la fuerza para decir desde lo más profundo de mi alma: “Hágase, Señor, tu voluntad”. Necesito sentir profundamente su perfecto amor por mí, y su infinita sabiduría en todas sus relaciones conmigo; no desearía que las cosas fuesen de otra manera, aunque estuviese en mi poder cambiarlas; así es: yo no querría mover un dedo para cambiar mi posición o mis circunstancias, sintiendo que es mucho mejor para mí hallarme en la cama con dolor en Londres que hablando desde un púlpito en Glasgow.

El secreto profundo y precioso del descanso del corazón, en contraste con la agitación, está en la simple posibilidad de dar gracias a Dios por todo, por más contrario que sea a nuestra voluntad y a los planes que habíamos trazado. No es un simple asentimiento a la verdad de que “a los que aman a Dios, todas las cosas les ayudan a bien, esto es, a los que conforme a su propósito son llamados” (Romanos 8:28). Es el sentimiento positivo, el cumplimiento actual del hecho divino de que las cosas que Dios determina son las mejores para nosotros. Es un perfecto descanso en el amor, la sabiduría, el poder y la fidelidad de Aquel que se ha hecho cargo de todas nuestras cosas, de todo cuanto nos concierne ahora y por la eternidad. Sabemos que el amor hará siempre lo más conveniente para el ser amado. ¿Qué será tener a Dios mismo haciendo lo mejor para nosotros? ¿Qué corazón podrá no estar satisfecho con lo mejor de Dios, si conoce algo de Él?

Pero es preciso conocerle para que el corazón pueda quedar satisfecho con Su voluntad. Eva, en el huerto del Edén, engañada por la serpiente, no se sintió conforme con la voluntad de Dios. *Deseó algo* que él le había prohibido; y el diablo se encargó de proporcionarle lo que deseaba. Ella pensó que Satanás la trataría mejor que Dios; creyó ganar con el cambio, liberándose de las manos de Dios para ponerse en las de Satanás. Por tanto, es imposible que un corazón no renovado se someta a la voluntad de Dios. Si escudriñamos el fondo del corazón humano no encontraremos ni un solo pensamiento que esté de acuerdo con la voluntad de Dios. Y aun en el caso del verdadero cristiano, solo cuando la gracia de Dios le capacite para sofocar su voluntad propia, para considerarse como muerto y para andar en el Espíritu, podrá deleitarse en la voluntad de Dios y darle gracias en todos los casos. Una de las evidencias más hermosas del nuevo nacimien-

to es poder decir, sin la menor restricción, en cuanto a los designios de Dios para con nosotros: “hágase tu voluntad” (Lucas 11:2). “Sí, Padre, porque así te agradó” (Lucas 10:21). Cuando el corazón está en esa disposición, Satanás no puede agitarle. Es maravilloso poder decir al diablo y al mundo, no solo de labios, sino de corazón: «*Estoy perfectamente satisfecho con la voluntad de Dios*».

Esta es la manera de encontrar el descanso. Es el remedio divino para esa inquietud, ese espíritu de agitación e inconformidad que desgraciadamente es tan común en nosotros. Es un perfecto remedio para la ambición inquieta tan opuesta al espíritu de Cristo, pero tan característica del hombre.

Querido lector, cultivemos con santa diligencia ese espíritu de mansedumbre y humildad, que tanto estima Dios; ese espíritu que se inclina ante Su voluntad en todo, y *que lo justifica* en todos sus designios respecto a nosotros, sin importarle lo que suceda. Entonces nuestra paz fluirá como las aguas de un río, y el Nombre de nuestro Señor Jesucristo será glorificado por nuestra conducta.

Antes de dejar este tema tan interesante y práctico, hacemos notar que existen tres estados en los que el alma puede encontrarse con respecto a los designios de Dios: la sumisión, el asentimiento y el regocijo. Cuando la voluntad está quebrantada, hay sumisión; cuando la inteligencia espiritual está iluminada en cuanto al propósito divino, hay asentimiento; y, cuando los afectos están ligados con Dios, entonces hay regocijo. Por eso leemos en el capítulo 10 de Lucas: “En aquella misma hora Jesús se *regocijó* en el Espíritu, y dijo: Yo te alabo, oh Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque escondiste estas cosas de los sabios y entendidos, y las has revelado a los niños. Sí, Padre, porque así te agradó” (v. 21). Ese Ser bendito encontraba su perfecta delicia en hacer la voluntad de Dios. Su comida y su bebida era hacer esa voluntad a toda costa. En el servicio o en el sufrimiento, en vida o en muerte, jamás tuvo otro motivo que no fuera hacer la voluntad del Padre. Él podía decir: “Yo hago siempre lo que le agrada” (Juan 8:29). ¡Loor eterno y universal a su Nombre sin par!

Dios conduce al pueblo

“Y Jehová me habló, diciendo: Bastante habéis rodeado este monte; volved al norte” (v. 2).

La palabra del Señor lo determinaba todo; fijaba el tiempo que el pueblo debía permanecer en un sitio dado, e igualmente ordenaba cuándo y hacia dónde había de dirigir sus pasos. Israel no tenía necesidad de calcular o hacer planes acerca de sus movimientos, ya que eso era responsa-

bilidad y prerrogativa de Jehová, quien lo disponía todo, y el pueblo solo debía obedecer. Aquí no se mencionan la nube ni la trompeta; solo era cuestión de la palabra de Dios y la obediencia de Israel.

Nada puede ser más precioso para un hijo de Dios –siempre que el corazón esté dispuesto– que ser guiado en todo por Dios mismo, porque esto evita muchas angustias y confusión. En el caso de los israelitas, quienes debían viajar por un grande y terrible desierto, era una gracia inexpressable tener ordenados todos sus movimientos, sus pasos y sus altos para acampar, por un Guía infalible. No necesitaban preocuparse por el tiempo que debían permanecer en un lugar determinado, ni adónde debían ir después. Jehová lo disponía y ellos solo tenían que esperar en él y hacer lo que él les mandaba.

Sí, lector, esta era la gran condición: un corazón confiado y obediente. Si este fallaba, estaban expuestos a toda clase de problemas. Si cuando Dios dijo: “Bastante habéis rodeado este monte”, Israel hubiera contestado: «No, queremos rodearlo un poco más; estamos muy cómodos aquí y no deseamos hacer ningún cambio»; o bien, cuando Dios dijo: “Volveos al norte”, ellos hubiesen replicado: «No, preferimos marchar hacia el sur», ¿cuál habría sido el resultado? Habrían perdido la divina compañía y, entonces, ¿quién les habría guiado, ayudado y alimentado? Solo podían contar con la presencia de Dios entre ellos si seguían la senda indicada por el mandato divino. Si hubiesen preferido ir por donde mejor les parecía, habrían hallado hambre, desolación y tinieblas. El agua que manaba de la roca y el maná celestial solo podían encontrarse en la senda de la obediencia.

Nosotros, los cristianos, hallaremos en todo esto una enseñanza saludable, necesaria y valiosa. Gozamos del dulce privilegio de tener nuestro camino señalado día tras día por la autoridad divina, y debemos estar completamente seguros de ello. No permitamos que los caprichosos razonamientos de la incredulidad nos despojen de esta rica bendición. Dios ha prometido guiarnos, y su promesa es el Sí y el Amén, así que debemos apropiarnos de esa promesa con la fe más sencilla, ya que ella es tan real, tan sólida y tan verdadera como solo Dios puede hacerla. Israel en el desierto no estaba en mejor situación, en materia de guía, que el pueblo celestial de Dios en su paso por este mundo. ¿Cómo sabía Israel cuándo debía partir o cuánto tiempo debía permanecer en un lugar determinado? Por la palabra de Dios. ¿Estamos nosotros en peor estado? Al contrario, estamos en mejor situación que ellos: tenemos la Palabra y el Espíritu de Dios para guiarnos y poseemos el elevado y santo privilegio de andar en las pisadas del Hijo de Dios.

¿No es esta una guía perfecta? Sí, gracias a Dios, lo es. Oigamos lo que nos dice nuestro adorable Señor Jesucristo:

“ Yo soy la luz del mundo; el que me sigue, no andará en tinieblas, sino que tendrá la luz de la vida (Juan 8:12).

Notemos las palabras “el que *me sigue*”. Él nos ha dejado ejemplo para que sigamos sus pisadas. Esta es una guía viviente. ¿Cómo anduvo Jesús? Siempre y solamente según el mandato de su Padre, que era lo que le hacía obrar y hablar.

Nosotros somos exhortados a seguirle; su propia Palabra nos asegura que, al hacerlo, no andaremos en tinieblas, ¡sino que tendremos la luz de la vida! ¡Qué preciosas palabras!: “La *luz de la vida*”. ¿Quién puede sondear sus vivas profundidades y ser capaz de apreciar debidamente su valor? “Las tinieblas van pasando, y la luz verdadera ya alumbrá” (1 Juan 2:8); nos corresponde, pues, andar en el pleno resplandor de la luz que alumbrá el camino del Hijo de Dios. ¿Hay en esto alguna inseguridad, algún motivo de duda? Evidentemente no. ¿Cómo podría ser, si nosotros le seguimos? No es posible conciliar ambas ideas.

Y nótese bien que aquí no se trata de tener un texto literal de la Escritura para dirigir cada uno de nuestros movimientos o actos. Por ejemplo: yo no puedo esperar que haya un texto en la Escritura o que venga una voz del cielo para indicarme que vaya al lugar X o Y y cuánto tiempo he de permanecer allí. Entonces, ¿cómo podemos saber adónde ir y cuánto tiempo permanecer en un determinado lugar? Esperando simple y llanamente en Dios. Él hará que veamos el camino tan claro como un rayo de sol. Esto hacía Jesús, y si le seguimos no andaremos en tinieblas. “Te haré entender, y te enseñaré el camino en que debes andar; sobre ti fijaré mis ojos” (Salmo 32:8) es la preciosa promesa. Pero para sacar provecho de ella, necesitamos estar lo bastante cerca del Señor y discernir sus pensamientos en una intimidad que nos permita comprender lo que quiere decirnos.

Eso sucede en todos los detalles de la vida diaria. Responde a cientos de cuestiones y resuelve miles de dificultades, con tal que esperemos la guía divina y no demos un paso sin ella. Si no tengo luz para moverme, mi deber es permanecer quieto; nunca debemos movernos en la incertidumbre. A menudo nos fatigamos con movimientos o acciones cuando Dios quiere que estemos quietos y esperemos. Consultamos a Dios acerca de ello y no obtenemos respuesta; nos dirigimos a nuestros amigos en busca de consejo pero ellos no pueden ayudarnos porque esta es una

cuestión entre nosotros y el Señor. Entonces nos vemos asaltados por dudas y ansiedades. ¿Por qué? Pues sencillamente porque nuestro ojo no es bueno, no seguimos a Jesús, “la luz del mundo”. Deberíamos establecerlo como un principio fijo, como un precioso axioma en la vida divina: si seguimos a Jesús tendremos la luz de la vida; Él lo ha dicho, y esto basta.

Aquel que guió a su pueblo terrenal en sus peregrinaciones por el desierto, puede y quiere guiar a su pueblo celestial aquí en la tierra en todos sus caminos; por tanto estemos atentos para no hacer nuestra voluntad o ejecutar nuestros propios planes. “No seáis como el caballo, o como el mulo, sin entendimiento, que han de ser sujetados con cabestro y con freno, porque si no, no se acercan a ti” (Salmo 32:9). Que nuestro mayor deseo sea andar en las pisadas de nuestro bendito Salvador, quien no se complacía a sí mismo, sino que siempre se movía en la dirección de la voluntad divina y jamás obraba sin la autoridad divina; quien aunque era Dios, al tomar su lugar como hombre en la tierra, renunció completamente a su propia voluntad y halló su comida y su bebida en hacer la voluntad de su Padre. De este modo nuestros corazones y nuestros espíritus serán guardados en perfecta paz y podremos avanzar con paso firme, día tras día, por el camino que nos indica nuestro Guía divino, quien no solo conoce cada paso del camino, sino que también, como hombre, lo recorrió antes que nosotros y nos dejó ejemplo para que sigamos sus pisadas (1 Pedro 2:21). ¡Que podamos seguirle con mayor fidelidad en todo, con la ayuda del Espíritu Santo que mora en nosotros!

El gobierno de Dios - Edom, Moab y los hijos de Amón

Al llegar aquí, llamamos la atención del lector sobre un tema de gran interés, que ocupa un lugar destacado en el Antiguo Testamento y está ilustrado de modo patente en este capítulo. Nos referimos al gobierno del mundo y de las naciones de la tierra por parte de Dios. Es muy importante recordar que Aquel a quien conocemos como “el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo” y como nuestro Dios y Padre, tiene un interés real, vivo y personal en los asuntos de las naciones; él tiene en cuenta las acciones de unas hacia otras.

Es cierto que todo esto está en inmediata relación con Israel y la tierra de Palestina, según lo leemos en el capítulo 32, versículo 8 de nuestro libro, pasaje de singular interés y gran poder sugestivo. “Cuando el Altísimo hizo heredar a las naciones, cuando hizo dividir a los hijos de los hombres, estableció los límites de los pueblos según el número de los hijos de Israel”. Israel fue y será para Dios el centro de la tierra. Es sumamente interesante ver que desde el principio del mundo, según lo vemos en Génesis 10, el Creador y Gobernador del mundo formó las naciones y

fijó sus términos –de acuerdo con su voluntad soberana– en relación directa con la simiente de Abraham y la porción de tierra que ellos habían de poseer gracias al pacto eterno concertado con sus padres.

Pero en el capítulo 2 de Deuteronomio vemos a Jehová, en su fidelidad y justicia, interponiéndose para proteger a tres naciones en el disfrute de sus derechos nacionales y contra la usurpación de su propio pueblo. Y dice a Moisés: “Manda al pueblo, diciendo: Pasando vosotros por el territorio de vuestros hermanos los hijos de Esaú, que habitan en Seir, ellos tendrán miedo de vosotros; mas vosotros guardaos mucho. No os metáis con ellos, porque no os daré de su tierra ni aun lo que cubre la planta de un pie; porque yo he dado por heredad a Esaú el monte de Seir. Compraréis de ellos por dinero los alimentos, y comeréis; y también compraréis de ellos el agua, y beberéis” (v. 4-6).

Israel habría podido pensar que podía apoderarse de la tierra de Edom, pero debía aprender que el Altísimo es el Gobernador de todas las naciones, que toda la tierra le pertenece y que la distribuye como le place.

Este es un magnífico hecho digno de ser recordado. La mayor parte de los hombres hacen caso omiso de ello. Emperadores, reyes, príncipes, gobernantes y hombres de Estado lo pasan por alto. Olvidan que Dios se interesa personalmente en los asuntos de las naciones; que él concede reinos, provincias y países como mejor le parece. Aquellos hombres obran, casi siempre, como si se tratase solo de resolver un problema de conquistas militares, y como si Dios no tuviese nada que ver con la cuestión de los límites nacionales y posesiones territoriales. Esto es un grave error. No comprenden el significado ni la fuerza de las palabras: “Porque *yo he dado* por heredad a Esaú el monte de Seir”. Dios no abdicará jamás sus derechos en cuanto a esto. No permitió a Israel que tocara lo más mínimo de la propiedad de Esaú. Como suele decirse, debían pagar al contado todo cuanto necesitasen, y seguir pacíficamente su camino. El pueblo de Dios no podía entregarse a la matanza y al saqueo.

Note las preciosas razones para esto: “Pues Jehová tu Dios te ha bendecido en toda obra de tus manos; él sabe que andas por este gran desierto; estos cuarenta años Jehová tu Dios ha estado contigo, y nada te ha faltado” (v. 7). Bien podían, pues, dejar a Esaú tranquilo y respetar sus posesiones. Israel era objeto de los tiernos cuidados de Jehová. Dios conocía cada paso que daban en su fatigoso viaje a través del desierto. Él, en su infinita bondad, había tomado sobre sí la res-

ponsabilidad de proveer a todas sus necesidades. Iba a darles la tierra de Canaán, según la promesa hecha a Abraham; pero la misma mano que iba a entregarles Canaán, había dado a Esaú el monte de Seir.

Exactamente lo mismo ocurre con las naciones de Moab y Amón. “Y Jehová me dijo: No molestes a Moab, ni te empeñes con ellos en guerra, porque no te daré posesión de su tierra; porque yo he dado a Ar por heredad a los hijos de Lot”. Y también: “Y cuando te acerques a los hijos de Amón, no los molestes, ni contiendas con ellos; porque no te daré posesión de la tierra de los hijos de Amón, pues a los hijos de Lot la he dado por heredad” (v. 9, 19).

Las tierras que aquí se señalan habían sido habitadas por gigantes; pero Dios juzgó bueno dar esos territorios a los hijos de Esaú y de Lot, razón por la que exterminó a aquellos gigantes; porque, ¿qué cosa o quién podrá interponerse en el camino de los planes divinos? “Por tierra de gigantes fue también ella tenida; habitaron en ella gigantes en otro tiempo... pueblo grande y numeroso, y alto, como los hijos de Anac; a los cuales Jehová destruyó delante de los amonitas. Estos sucedieron a aquellos, y habitaron en su lugar, como hizo Jehová con los hijos de Esaú que habitaban en Seir, delante de los cuales destruyó a los horeos; y ellos sucedieron a estos, y habitaron en su lugar hasta hoy” (v. 20-23).

b) Sehón, rey de Hesbón, amorreo

Así que a Israel no le fue permitido meterse en las posesiones de Edom, Amón y Moab. Pero en la siguiente sentencia vemos una cosa muy diferente cuando se trata del pueblo amorreo. “Levantaos, salid, y pasad el arroyo de Arnón; he aquí he entregado en tu mano a Sehón rey de Hesbón, amorreo, y a su tierra; comienza a tomar posesión de ella, y entra en guerra con él” (v. 24).

De estas instrucciones impartidas a Israel se desprende el gran principio de que la Palabra de Dios debe dirigirlo todo para su pueblo. Israel no debía investigar acerca del porqué debía dejar intactas las posesiones de Esaú y de Lot y, en cambio, apoderarse de las de Sehón. Debía limitarse a hacer simplemente lo que se le mandaba. Dios puede hacer lo que le place. Su mirada abarca la escena universal; Él lo mira todo. Los hombres pueden creer que él se ha olvidado de la tierra, pero no lo ha hecho, bendito sea su Nombre. Él es “Señor del cielo y de la tierra”; “de una sangre ha hecho todo el linaje de los hombres, para que habiten sobre toda la faz de la tierra; y les ha prefijado el orden de los tiempos, y los límites de su habitación”.

“ Por cuanto ha establecido un día en el cual juzgará al mundo con justicia, por aquel varón a quien designó, dando fe a todos con haberle levantado de los muertos
(Hechos 17:24, 26, 31).

Aquí tenemos una verdad muy grande, a la que harán bien en prestar atención los hombres de cualquier condición y categoría. Dios es el Gobernador soberano del mundo. No da cuenta de ninguno de sus asuntos. Humilla a unos y eleva a otros; reinos, dinastías, gobiernos, todos están en sus manos. Obra según su propia voluntad en el ordenamiento y arreglo de los asuntos humanos. Pero, al mismo tiempo, hace al hombre responsable de sus actos en las diversas posiciones en las que su providencia lo ha colocado. El gobernante y el gobernado, el magistrado, el juez y todas las clases y rangos de hombres han de dar cuenta a Dios. Cada uno, como si fuera el único hombre existente, debe comparecer ante el tribunal de Cristo y rendir cuentas de todo lo que ha hecho o dejado de hacer en su vida. Todo acto, palabra y pensamiento secreto se manifestará allí con aterradora claridad. Nadie podrá escapar ocultándose entre la multitud. La Palabra declara que en “el día... del justo juicio de Dios... pagará a *cada uno* conforme a sus obras” (Romanos 2:5-6). Será estrictamente individual y sin error posible. En otras palabras, será un juicio divino y, como tal, absolutamente perfecto. Nada se pasará por alto. “Toda palabra ociosa que hablen los hombres, de ella darán cuenta en el día del juicio” (Mateo 12:36). Reyes, gobernadores y magistrados deberán dar cuenta de cómo usaron el poder que les fue dado y las riquezas que pasaron por sus manos. El noble y acaudalado que haya gastado fortunas y tiempo en locuras, vanidades, ligerezas y satisfacción de la carne, habrá de responder por todo ello ante el trono del Hijo del Hombre, cuyos ojos son como llama de fuego y sus pies semejantes al bronce bruñido para aplastar sin misericordia todo lo que es contrario a Dios.

La incredulidad quizá pregunte con sonrisa burlona: «¿Cómo puede ser eso? ¿Cómo podrán los incontables millones de seres humanos encontrar suficiente espacio ante el trono del juicio de Cristo? Y, ¿cómo podrá haber tiempo para entrar minuciosamente en los detalles de la vida de cada persona?». La fe responde: «Dios dice que será así, y esto es concluyente». En cuanto al cómo, la respuesta es: «¡Dios! ¡El infinito! ¡La eternidad!». Introdúzcase a Dios y todas las cuestiones quedan acalladas, todas las dificultades desaparecen en un momento. De hecho, la respuesta extraordinaria y triunfante a todas las objeciones de los incrédulos, escépticos, racionalistas y materialistas es precisamente la majestuosa palabra: “DIOS”.

Deseamos grabar bien esto en el ánimo del lector, no para que pueda discutir con los incrédulos, sino para el descanso y sosiego de su propio corazón. En cuanto a los incrédulos, nuestra mayor sabiduría consiste en obrar de acuerdo con las palabras de nuestro Señor en Mateo 15:14: “Dejadlos”. Es inútil discutir con hombres que desprecian la Palabra de Dios y no tienen otro fundamento sobre el que edificar sino sus propios razonamientos carnales. Pero, por otra parte, es muy importante que el corazón pueda descansar siempre, con la sincera simplicidad de un niño, en la verdad de la Palabra de Dios. “Él dijo, ¿y no hará?, habló, ¿y no lo ejecutará?” (Números 23:19).

Aquí está el dulce y consagrado lugar de descanso de la fe, el tranquilo puerto en el que el alma puede hallar refugio contra todas las corrientes de los pensamientos y sentimientos humanos. “La palabra del Señor permanece para siempre. Y esta es la palabra que por el evangelio os ha sido anunciada” (1 Pedro 1:25). Nada puede afectar la Palabra de nuestro Dios. Está asentada para siempre en los cielos; todo lo que debemos hacer es guardarla en nuestros corazones como nuestra verdadera posesión, el tesoro que hemos recibido de Dios, la fuente viva de la que siempre podemos beber para refrigerio y consolación de nuestras almas. Entonces nuestra paz fluirá como un río, y nuestra senda será “como la luz de la aurora, que va en aumento hasta que el día es perfecto” (Proverbios 4:18).

¡Que sea así, oh Señor, con todo tu querido pueblo, en estos días de creciente incredulidad! ¡Que tu santa Palabra sea más y más preciosa a nuestros corazones y nuestras conciencias experimenten su poder! ¡Que sus celestiales doctrinas formen nuestro carácter y gobiernen nuestra conducta en todas las relaciones de la vida, a fin de que tu Nombre pueda ser glorificado en todas las ocasiones!

El gobierno de Dios - Sehón, rey de Hesbón, amorreo

Así que a Israel no le fue permitido meterse en las posesiones de Edom, Amón y Moab. Pero en la siguiente sentencia vemos una cosa muy diferente cuando se trata del pueblo amorreo. “Levantaos, salid, y pasad el arroyo de Arnón; he aquí he entregado en tu mano a Sehón rey de Hesbón, amorreo, y a su tierra; comienza a tomar posesión de ella, y entra en guerra con él” (v. 24).

De estas instrucciones impartidas a Israel se desprende el gran principio de que la Palabra de Dios debe dirigirlo todo para su pueblo. Israel no debía investigar acerca del porqué debía dejar intactas las posesiones de Esaú y de Lot y, en cambio, apoderarse de las de Sehón. Debía limitarse a hacer simplemente lo que se le mandaba. Dios puede hacer lo que le place. Su mirada abarca

la escena universal; Él lo mira todo. Los hombres pueden creer que él se ha olvidado de la tierra, pero no lo ha hecho, bendito sea su Nombre. Él es “Señor del cielo y de la tierra”; “de una sangre ha hecho todo el linaje de los hombres, para que habiten sobre toda la faz de la tierra; y les ha prefijado el orden de los tiempos, y los límites de su habitación”.

“ Por cuanto ha establecido un día en el cual juzgará al mundo con justicia, por aquel varón a quien designó, dando fe a todos con haberle levantado de los muertos (Hechos 17:24, 26, 31).

Aquí tenemos una verdad muy grande, a la que harán bien en prestar atención los hombres de cualquier condición y categoría. Dios es el Gobernador soberano del mundo. No da cuenta de ninguno de sus asuntos. Humilla a unos y eleva a otros; reinos, dinastías, gobiernos, todos están en sus manos. Obra según su propia voluntad en el ordenamiento y arreglo de los asuntos humanos. Pero, al mismo tiempo, hace al hombre responsable de sus actos en las diversas posiciones en las que su providencia lo ha colocado. El gobernante y el gobernado, el magistrado, el juez y todas las clases y rangos de hombres han de dar cuenta a Dios. Cada uno, como si fuera el único hombre existente, debe comparecer ante el tribunal de Cristo y rendir cuentas de todo lo que ha hecho o dejado de hacer en su vida. Todo acto, palabra y pensamiento secreto se manifestará allí con aterradora claridad. Nadie podrá escapar ocultándose entre la multitud. La Palabra declara que en “el día... del justo juicio de Dios... pagará a *cada uno* conforme a sus obras” (Romanos 2:5-6). Será estrictamente individual y sin error posible. En otras palabras, será un juicio divino y, como tal, absolutamente perfecto. Nada se pasará por alto. “Toda palabra ociosa que hablen los hombres, de ella darán cuenta en el día del juicio” (Mateo 12:36). Reyes, gobernadores y magistrados deberán dar cuenta de cómo usaron el poder que les fue dado y las riquezas que pasaron por sus manos. El noble y acaudalado que haya gastado fortunas y tiempo en locuras, vanidades, ligerezas y satisfacción de la carne, habrá de responder por todo ello ante el trono del Hijo del Hombre, cuyos ojos son como llama de fuego y sus pies semejantes al bronce bruñido para aplastar sin misericordia todo lo que es contrario a Dios.

La incredulidad quizá pregunte con sonrisa burlona: «¿Cómo puede ser eso? ¿Cómo podrán los incontables millones de seres humanos encontrar suficiente espacio ante el trono del juicio de Cristo? Y, ¿cómo podrá haber tiempo para entrar minuciosamente en los detalles de la vida de cada persona?». La fe responde: «Dios dice que será así, y esto es concluyente». En cuanto al cómo, la respuesta es: «¡Dios! ¡El infinito! ¡La eternidad!». Introdúzcase a Dios y todas las cuestiones

quedan acalladas, todas las dificultades desaparecen en un momento. De hecho, la respuesta extraordinaria y triunfante a todas las objeciones de los incrédulos, escépticos, racionalistas y materialistas es precisamente la majestuosa palabra: “DIOS”.

Deseamos grabar bien esto en el ánimo del lector, no para que pueda discutir con los incrédulos, sino para el descanso y sosiego de su propio corazón. En cuanto a los incrédulos, nuestra mayor sabiduría consiste en obrar de acuerdo con las palabras de nuestro Señor en Mateo 15:14: “Dejadlos”. Es inútil discutir con hombres que desprecian la Palabra de Dios y no tienen otro fundamento sobre el que edificar sino sus propios razonamientos carnales. Pero, por otra parte, es muy importante que el corazón pueda descansar siempre, con la sincera simplicidad de un niño, en la verdad de la Palabra de Dios. “Él dijo, ¿y no hará?, habló, ¿y no lo ejecutará?” (Números 23:19).

Aquí está el dulce y consagrado lugar de descanso de la fe, el tranquilo puerto en el que el alma puede hallar refugio contra todas las corrientes de los pensamientos y sentimientos humanos. “La palabra del Señor permanece para siempre. Y esta es la palabra que por el evangelio os ha sido anunciada” (1 Pedro 1:25). Nada puede afectar la Palabra de nuestro Dios. Está asentada para siempre en los cielos; todo lo que debemos hacer es guardarla en nuestros corazones como nuestra verdadera posesión, el tesoro que hemos recibido de Dios, la fuente viva de la que siempre podemos beber para refrigerio y consolación de nuestras almas. Entonces nuestra paz fluirá como un río, y nuestra senda será “como la luz de la aurora, que va en aumento hasta que el día es perfecto” (Proverbios 4:18).

¡Que sea así, oh Señor, con todo tu querido pueblo, en estos días de creciente incredulidad! ¡Que tu santa Palabra sea más y más preciosa a nuestros corazones y nuestras conciencias experimenten su poder! ¡Que sus celestiales doctrinas formen nuestro carácter y gobiernen nuestra conducta en todas las relaciones de la vida, a fin de que tu Nombre pueda ser glorificado en todas las ocasiones!

El gobierno de Dios - Og, rey de Basán

Moisés continuó: “Volvimos, pues, y subimos camino de Basán, y nos salió al encuentro Og rey de Basán para pelear, él y todo su pueblo, en Edrei. Y me dijo Jehová: No tengas temor de él, porque en tu mano he entregado a él y a todo su pueblo, con su tierra; y harás con él como hiciste con Sehón rey amorreo, que habitaba en Hesbón. Y Jehová nuestro Dios entregó también en nuestra mano a Og rey de Basán, y a todo su pueblo, al cual derrotamos hasta acabar con todos.

Y tomamos entonces todas sus ciudades; no quedó ciudad que no les tomásemos; sesenta ciudades, toda la tierra de Argob, del reino de Og en Basán. Todas estas eran ciudades fortificadas con muros altos, con puertas y barras, sin contar otras muchas ciudades sin muro. Y las destruimos, como hicimos a Sehón rey de Hesbón, matando en toda ciudad a hombres, mujeres y niños. Y tomamos para nosotros todo el ganado, y los despojos de las ciudades” (v. 1-7).

Las instrucciones de Dios en cuanto a Og, rey de Basán, fueron muy parecidas a las dadas en el capítulo anterior con respecto a Sehón, el amorreo. Para comprender esas órdenes, debemos considerarlas puramente a la luz del gobierno de Dios, asunto apenas comprendido pese a su profundo interés y su gran importancia práctica. Debemos distinguir cuidadosamente entre la gracia y el gobierno. Cuando contemplamos a Dios mientras adopta medidas de gobierno, le vemos desplegar su poder con justicia, castigar a los malos, derramar venganza sobre sus enemigos, trastornar imperios, derribar tronos, destruir ciudades, barrer naciones, tribus y pueblos. Le vemos también mandar a su pueblo que pase a filo de espada a hombres, mujeres y niños; que queme sus casas y reduzca a cenizas sus ciudades.

Le oímos también dirigir al profeta Ezequiel las célebres palabras: “Hijo de hombre, Nabucodonosor rey de Babilonia hizo a su ejército prestar un arduo servicio contra Tiro. Toda cabeza ha quedado calva, y toda espalda desollada; y ni para él ni para su ejército hubo paga de Tiro, por el servicio que prestó contra ella. Por tanto, así ha dicho Jehová el Señor: He aquí que yo doy a Nabucodonosor, rey de Babilonia, la tierra de Egipto; y él tomará sus riquezas, y recogerá sus despojos, y arrebatará botín, y habrá paga para su ejército. Por su trabajo con que sirvió contra ella le he dado la tierra de Egipto; porque trabajaron para mí, dice Jehová el Señor” (Ezequiel 29:18-20).

Este pasaje de la Escritura es asombroso; nos presenta un tema que se repite a través de todo el Antiguo Testamento y que requiere nuestra más profunda y reverente atención. Sea que examinemos los cinco libros de Moisés, los libros históricos, los salmos o los profetas, vemos al Espíritu dándonos detalles minuciosos de los actos de Dios como gobernante. Hubo diluvio en los días de Noé, cuando la tierra con todos sus habitantes –excepto ocho personas– fue destruida por un acto del gobierno divino. Hombres, mujeres, niños, animales cuadrúpedos, aves y reptiles fueron barridos y sepultados bajo las aguas del justo juicio de Dios.

En los días de Lot, las ciudades de la llanura con todos sus habitantes fueron entregadas a una destrucción completa en unas cuantas horas, fueron trastornadas por la mano del Dios Todopoderoso y sepultadas bajo las profundas y negras aguas del mar Muerto. Esas culpables ciudades,

“Sodoma y Gomorra y las ciudades vecinas, las cuales de la misma manera que aquellos, habiendo fornicado e ido en pos de vicios contra naturaleza, fueron puestas por ejemplo, sufriendo el castigo del fuego eterno” (Judas 7).

Así también, conforme avanzamos en el estudio de la historia inspirada, vemos las siete naciones de Canaán con sus hombres, mujeres y niños, entregadas en manos de Israel para ser exterminadas sin misericordia y sin que escape ni una sola persona.

Pero el tiempo no nos bastaría para referirnos a todos los pasajes de la Escritura que nos presentan los solemnes actos del gobierno divino. Es suficiente decir que la línea de esa evidencia se ve trazada desde Génesis a Apocalipsis, empezando por el diluvio y terminando con la destrucción final del mundo presente.

Ahora bien, la cuestión es la siguiente: ¿Somos capaces de comprender esos procedimientos del gobierno de Dios? ¿Estamos en condiciones de desentrañar los profundos y asombrosos misterios de la divina Providencia? ¿Podemos explicar el hecho de incluir a niños desvalidos en el mismo castigo que sus culpables padres? La incredulidad impía se burlará de esto; el sentimentalismo morboso podrá escandalizarse de ello, pero el verdadero creyente, el cristiano piadoso, el reverente estudioso de la Palabra contestará a todos ellos con la muy sencilla pero cierta y sólida pregunta: “El Juez de toda la tierra, ¿no ha de hacer lo que es justo?” (Génesis 18:25).

Lector, usted puede estar seguro de que esta es la única y verdadera manera de responder a esas cuestiones. Si un hombre quiere juzgar las acciones de Dios como gobernante, si quiere tomar sobre sí la responsabilidad de decidir qué actos son dignos de Dios y cuáles no lo son, entonces habrá perdido el verdadero sentido de lo que Dios es. Y esto es precisamente lo que el diablo procura conseguir. Él quiere apartar de Dios al corazón, y con este fin incita al hombre a objetar, inquirir y especular sobre cosas tan distantes de su alcance como el cielo lo está de la tierra. ¿Podemos comprender a Dios? Si pudiéramos, nosotros mismos seríamos Dios.

*A Dios es imposible comprenderle,
aunque cielos y tierra cantan de él.
Cual Soberano siéntase en su trono,
y de allí lo gobierna todo bien.*

Es impío y a la vez absurdo que débiles mortales se atrevan a criticar los consejos, los actos y los procedimientos del Todopoderoso Creador, del sabio Gobernador del universo. Tarde o temprano se darán cuenta de su equivocación fatal. Sería bueno que todos los preguntones y sofis-

tas prestaran atención a la pregunta punzante del apóstol Pablo en Romanos 9: “Mas antes, oh hombre, ¿quién eres tú, para que alterques con Dios? ¿Dirá el vaso de barro al que lo formó: Por qué me has hecho así? ¿O no tiene potestad el alfarero sobre el barro, para hacer de la misma masa un vaso para honra y otro para deshonra?” (v. 20-21).

¡Qué sencillo, potente e incuestionable! Este es el método divino de enfrentarse a todos los «cómos» y «porqués» de los razonamientos incrédulos. Si el alfarero tiene poder sobre la masa de arcilla que tiene en su mano –cosa que nadie se atreverá a contradecir– ¡cuánto más el Creador de todas las cosas tendrá poder sobre las criaturas que sus manos han formado! Los hombres podrán razonar y argumentar interminablemente acerca del porqué Dios permitió que el pecado entrase en el mundo, por qué no aniquiló a Satanás y a sus ángeles, por qué permitió que la serpiente tentase a Eva, por qué no la preservó de que comiera el fruto prohibido. En otras palabras, los «cómos» y «porqués» son interminables, pero la respuesta es una: “Mas antes, oh hombre, ¿quién eres tú, para que alterques con Dios?”. ¡Qué monstruoso es que un pobre mortal se atreva a juzgar los designios inescrutables del Dios eterno! ¡Qué ceguera y arrogante locura en una criatura –cuya inteligencia está oscurecida por el pecado y, por lo tanto incapaz de formular un juicio recto sobre cualquier cosa divina, celestial o eterna– atreverse a decidir cómo debe obrar Dios en un caso determinado! Tristemente millones de los que argumentan contra la verdad de Dios, descubrirán su fatal error cuando sea demasiado tarde para corregirlo.

En cuanto a los que, aunque no están de acuerdo con los incrédulos, son turbados por dudas y temores en cuanto a algunos de los procedimientos del gobierno de Dios y sobre la aterradora cuestión del castigo eterno, quisiéramos recomendarles sinceramente que estudien el hermoso Salmo 131. “Jehová, no se ha envanecido mi corazón, ni mis ojos se enaltecieron; ni anduve en grandezas, ni en cosas demasiado sublimes para mí. En verdad que me he comportado y he acallado mi alma como un niño destetado de su madre, como un niño destetado está mi alma”.

Entonces, cuando esa es la actitud del corazón, puede dirigirse con verdadero provecho a las palabras del apóstol Pablo en 2 Corintios 10: “Porque las armas de nuestra milicia no son carnales, sino poderosas en Dios para la destrucción de fortalezas; derribando argumentos y toda altivez que se levanta contra el conocimiento de Dios, y llevando cautivo todo pensamiento a la obediencia a Cristo” (v. 4-5).

Sin duda, el filósofo, el académico y el librepensador sonreirán desdeñosamente ante el modo infantil de tratar cuestiones tan graves. Pero esto es cosa pequeña a juicio del discípulo devoto de Cristo. El mismo apóstol hace poco caso de toda esta sabiduría humana. Aquí están sus pa-

labras: “Nadie se engañe a sí mismo; si alguno entre vosotros se cree sabio en este siglo, hágase ignorante, para que llegue a ser sabio. Porque la sabiduría de este mundo es insensatez para con Dios; pues escrito está: Él prende a los sabios en la astucia de ellos. Y otra vez: El Señor conoce los pensamientos de los sabios, que son vanos” (1 Corintios 3:18-20). Y, además: “Pues está escrito: Destruiré la sabiduría de los sabios, y desecharé el entendimiento de los entendidos. ¿Dónde está el sabio? ¿Dónde está el escriba? ¿Dónde está el disputador de este siglo? ¿No ha enloquecido Dios la sabiduría del mundo? Pues ya que en la sabiduría de Dios, el mundo no conoció a Dios mediante la sabiduría, agradó a Dios salvar a *los* creyentes por la locura de la predicación” (1 Corintios 1:19-21).

Aquí está el gran secreto moral de todo el asunto. El hombre debe reconocer que es un necio y que toda la sabiduría del mundo es locura. Una verdad humillante, pero ¡muy saludable! Humillante porque coloca al hombre en el lugar que le corresponde, y saludable porque nos introduce en la sabiduría de Dios. Hoy en día oímos a muchos hablando a boca llena de la ciencia, de la filosofía, de la erudición... “¿No ha enloquecido Dios la sabiduría del mundo?”.

¿Nos damos cuenta del verdadero significado de esas palabras? ¡Ah, tememos que sean poco comprendidas! No faltan hombres que quieran persuadirnos de que la ciencia ha ido mucho más allá que la Biblia . ¡Ay de esta ciencia y de todos los que le han prestado atención! Si ella ha ido mucho más allá de la Biblia, ¿adónde ha ido? ¿Hacia Dios, a Cristo, al cielo, a la santidad, a la paz? No, lo ha hecho en dirección totalmente opuesta. Y, ¿dónde acabará todo eso? Temblamos al pensarlo; nos resistimos a formular la respuesta. Con todo, hemos de ser fieles y declarar solemnemente que el final del camino que la ciencia humana hace recorrer a sus devotos es la negrura de la oscuridad eterna.

“El mundo no conoció a Dios mediante la sabiduría”. ¿Qué logró hacer la filosofía griega por sus discípulos? Les hizo los ignorantes adoradores de un **“Dios no conocido”** (Hechos 17:23). Esa inscripción en sus altares publicaba su ignorancia y su vergüenza.

¿Y no deberíamos preguntarnos si la filosofía ha hecho por la cristiandad más de lo que hizo por Grecia? ¿Nos ha dado a conocer al verdadero Dios? ¿Quién se atreverá a decir que sí? Existen millones de profesantes bautizados en todos los ámbitos de la cristiandad que no conocen del Dios verdadero más de lo que conocían aquellos filósofos a los que Pablo encontró en la ciudad de Atenas.

La verdad es que todo el que realmente conoce a Dios, es un poseedor privilegiado de la vida eterna. Así lo declara nuestro Señor Jesucristo en el capítulo 17 de Juan: “Esta es la vida eterna: que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien has enviado” (Juan 17:3). Conocer a Dios es tener vida, y vida eterna. Esto es muy precioso para cada alma que, por gracia, ha tenido ese conocimiento.

Pero, ¿cómo puedo conocer a Dios? ¿Dónde le encontraré? ¿Me lo dirán la ciencia y la filosofía? ¿Lo han dicho alguna vez a alguien? ¿Han guiado a algún pobre vagabundo al camino de la vida y la paz? No; nunca. “El mundo no conoció a Dios mediante la sabiduría”. Las antiguas escuelas filosóficas, opuestas unas a otras, solo lograron sumergir la inteligencia humana en una profunda oscuridad y en una desorientación sin esperanza; y las modernas, igualmente opuestas unas a otras, no son mejores. No pueden dar ninguna certeza, ningún sitio de anclaje seguro, ningún fundamento sólido de confianza a las almas. Vacías especulaciones, dudas penosas, teorías sin base es todo cuanto la filosofía humana puede ofrecer al que sinceramente busca la verdad.

¿Cómo, pues, conoceremos a Dios? Si un resultado tan excelente depende de su conocimiento, si conocer a Dios es vida eterna, —y Jesús lo dice— entonces, ¿cómo le conoceremos? “A Dios nadie le vio jamás; el unigénito Hijo, que está en el seno del Padre, él le ha dado a conocer” (Juan 1:18).

Aquí tenemos la respuesta, divinamente sencilla, divinamente cierta. Jesús revela a Dios al alma, revela el Padre al corazón. ¡Qué precioso hecho! No se nos manda estudiar la creación para aprender quién es Dios, aunque veamos en ella su poder, sabiduría y bondad; ni se nos pide consultar la ley, aunque veamos allí su justicia; ni que analicemos su providencia, aunque veamos en ella los misterios profundos de su gobierno. No, si queremos saber qué es y quién es Dios, debemos mirar el rostro de Jesucristo, el Unigénito Hijo de Dios, quien moraba en su seno antes de que los mundos fuesen. Él era su delicia eterna, el objeto de su amor, el centro de sus consejos. Él es el que revela a Dios. Si prescindimos del Señor Jesucristo no podemos tener la menor idea de lo que Dios es. “En él habita corporalmente toda la plenitud de la Deidad” (Colosenses 2:9). “Porque Dios, que mandó que de las tinieblas resplandeciese la luz, es el que resplandeció en nuestros corazones, para iluminación del conocimiento de la gloria de Dios en la faz de Jesucristo” (2 Corintios 4:6).

Nada puede superar el poder y la bendición de todo esto. Aquí no hay oscuridad ni incertidumbre. “Las tinieblas van pasando, y la luz verdadera ya alumbra” (1 Juan 2:8). Sí, ella resplandece en la faz de Jesucristo. Podemos contemplar, por la fe, al bendito Salvador; podemos trazar su maravillosa senda en la tierra; verle pasar haciendo el bien y sanando a todos los oprimidos

por el diablo; notar sus miradas, sus palabras, sus obras, su conducta; verle curando al enfermo, limpiando al leproso, abriendo los ojos al ciego, los oídos al sordo, sanando al cojo, curando al mutilado, resucitando a los muertos, enjugando las lágrimas de la viuda, alimentando a los hambrientos, sanando corazones quebrantados, satisfaciendo toda forma de necesidad humana, calmando toda pena, acallando terrores. Y podemos verle hacer todo esto de un modo que, con una gracia tan conmovedora y con tanta dulzura, que hacía sentir a cada uno, en lo más íntimo de su alma, que el gozo más puro de su corazón amante era poder atender sus necesidades.

En todo esto, él revelaba a Dios al hombre; así que si queremos saber lo que Dios es, debemos simplemente mirar a Jesús. Cuando Felipe le dijo: “Señor, muéstranos al Padre, y nos basta”, la rápida respuesta fue: “¿Tanto tiempo hace que estoy con vosotros, y no me has conocido, Felipe? El que me ha visto a mí, ha visto al Padre; ¿cómo, pues, dices tú: Muéstranos al Padre? ¿No crees que yo soy en el Padre, y el Padre en mí? Las palabras que yo os hablo, no las hablo por mi propia cuenta, sino que el Padre que mora en mí, él hace las obras. Creedme que yo soy en el Padre, y el Padre en mí; de otra manera, creedme por las mismas obras” (Juan 14:8-11).

Este es el verdadero descanso para el corazón. Conocemos a Dios y a Jesucristo, a quien él envió; y esto es vida eterna. Le conocemos como nuestro verdadero Dios y Padre, y a Cristo como nuestro personal y amante Señor y Salvador; podemos regocijarnos en él, andar con él, apoyarnos en él, creer en él, unirnos a él, obtener de él, encontrar en él todas nuestras fuentes de vida, alegrarnos en él todo el día; encontrar nuestra comida y bebida en hacer su bendita voluntad, difundir su causa y promover su gloria.

Lector, ¿ha experimentado usted eso, y hay en su alma esta realidad divina? Esto es el verdadero cristianismo, y no debe estar satisfecho con nada menos. Dirá, quizá, que nos hemos desviado mucho del tema. Pero, ¿hacia dónde hemos ido vagando? Hacia el Hijo de Dios y hacia el alma del lector. Si eso es vagar, pues que lo sea, pero seguramente no es apartarse del objeto que nos indujo a escribir estos «Estudios»; y es llevar a Cristo y al alma a encontrarse, o bien, según el caso, a unirlos. Ni por un momento quisiéramos perder de vista que, sea escribiendo o hablando, no solo debemos limitarnos a exponer la Escritura, sino también buscar la salvación y la bendición de las almas. Por eso nos sentimos impulsados a apelar a la conciencia y al corazón del lector en cuanto a su vida práctica, y sondear hasta qué punto ha hecho suyas estas realidades eternas. Y rogamos sinceramente al lector, quienquiera que sea, que busque un conocimiento más profundo de Dios en Cristo; y, como consecuencia segura, que ande más cerca de él y con una consagración a Cristo más completa.

Esto es lo que se necesita en estos días de intranquilidad e hipocresía en el mundo, y de indiferencia y tibieza en la iglesia profesante. Necesitamos un grado mucho más elevado de devoción personal, mayor anhelo de acercarnos al Señor y seguirle. Hay muchas, muchísimas cosas que nos rodean para descorazonarnos e impedirnoslo. El lenguaje de los hombres de Judá en los días de Nehemías puede ser aplicado, en cierto modo, a nuestros tiempos: “Las fuerzas de los acarreadores se han debilitado, y el escombros es mucho...”. Pero, gracias a Dios, el remedio actual, como entonces, hemos de hallarlo en las conmovedoras palabras: “Acordaos del Señor” (Nehemías 4:10, 14).

Rubén, Gad y Manasés al otro lado del Jordán

Volvamos a nuestro capítulo, donde el legislador repite a oídos del pueblo su conducta con los dos reyes de los amorreos, y los hechos relacionados con la heredad de las dos tribus y media en el lado del Jordán que corresponde al desierto. Con respecto a esta cuestión, es interesante ver que Moisés no se refiere a lo acertado o equivocado de la elección de las tierras que se hallaban fuera de Canaán, el país de la promesa. En verdad, según este relato, ni siquiera puede saberse si las dos tribus y media expresaron algún deseo al respecto. Nuestro libro está muy lejos de ser una simple repetición de los anteriores.

Aquí están las palabras: “Y esta tierra que heredamos en aquel tiempo, desde Aroer, que está junto al arroyo de Arnón, y la mitad del monte de Galaad con sus ciudades, *la* di a los rubenitas y a los gaditas; y el resto de Galaad y todo Basán, del reino de Og, toda la tierra de Argob, que se llamaba la tierra de los gigantes, *lo* di a la media tribu de Manasés... Y Galaad se lo di a Maquir. Y a los rubenitas y gaditas les di de Galaad hasta el arroyo de Arnón, teniendo por límite el medio del valle, hasta el arroyo de Jaboc, el cual es límite de los hijos de Amón... Y os mandé entonces, diciendo: *Jehová vuestro Dios os ha dado esta tierra por heredad*”; (ni una palabra referente a que ellos la habían pedido) “pero iréis armados todos los valientes delante de vuestros hermanos los hijos de Israel. Solamente vuestras mujeres, vuestros hijos, y vuestros ganados (yo sé que tenéis mucho ganado), quedarán en las ciudades *que os he dado*, hasta que Jehová dé reposo a vuestros hermanos, así como a vosotros, y hereden ellos también la tierra que Jehová vuestro Dios les da al otro lado del Jordán; entonces os volveréis cada uno a la heredad que yo os he dado” (v. 12-20).

En nuestro estudio sobre el libro de los Números nos referimos a ciertos hechos relacionados con el establecimiento de las dos tribus y media, que demuestran no estar a la altura del Israel de Dios al escoger su herencia fuera de Canaán. Pero, en el pasaje citado anteriormente no hay la

más mínima alusión a esa cuestión, porque el objeto de Moisés es proclamar ante toda la congregación la excesiva bondad, la buena voluntad y la fidelidad de Dios, no solamente al hacerles superar las dificultades y peligros del desierto, sino también al darles aquella victoria sobre los amorreos y ponerlos en posesión de regiones tan excelentes. En todo esto sentaba la sólida base del derecho de Jehová a la obediencia de su pueblo; y podemos ver y apreciar fácilmente la belleza moral de pasar por alto, en este relato, la cuestión de que Rubén, Gad y la media tribu de Manasés hubieran hecho mal al establecerse fuera de la tierra prometida. Para cualquier cristiano devoto es una prueba extraordinaria, no solo de la conmovedora gracia de Dios, sino también de la divina perfección de la Escritura.

No hay duda de que todos los verdaderos creyentes entran en el estudio de la Biblia con la convicción completa y profunda de la perfección de las Escrituras en todas sus partes. Creen reverentemente que del Génesis al Apocalipsis no hay ni una sola imperfección; ni una; todo en ella es perfecto como su divino Autor.

Pero la creencia en la divina perfección de la Escritura como un todo, nunca podrá menguar nuestra apreciación de las evidencias que aparecen en detalle, al contrario, la encarece extraordinariamente. Así, por ejemplo, en el pasaje que estamos comentando, es hermoso observar la ausencia de alguna censura hacia las dos tribus y media en la cuestión de escoger su herencia, considerando que esa referencia habría sido ajena al objeto que se proponía el legislador y a los fines del libro. ¿No se goza nuestro corazón al descubrir esa infinita perfección, esas exquisitas e inimitables líneas? Y no solo eso, sino que cuanto más descubrimos las glorias morales del libro, y se revelan a nuestros corazones sus vivas e insondables profundidades, tanto más nos convencemos de la inutilidad de los ataques de los incrédulos contra él y de los esfuerzos bien intencionados para probar que no se contradice a sí mismo. Gracias a Dios, su Palabra no necesita defensores humanos. Habla por sí misma y lleva consigo sus propias evidencias fehacientes; así que podemos decir de ella lo que el apóstol dice de su Evangelio:

“ Pero si nuestro evangelio está aún encubierto, entre los que se pierden está encubierto; en los cuales el dios de este siglo cegó el entendimiento de los incrédulos, para que no les resplandezca la luz del evangelio de la gloria de Cristo, el cual es la imagen de Dios (2 Corintios 4:3-4).

Cada día estamos más seguros de que el método más eficaz para responder a los ataques de la incredulidad contra la Biblia consiste en mantener una fe profunda en su divino poder y autoridad, y usarla estando completamente convencidos de su verdad y su valor. Solo el Espíritu de Dios puede capacitar a alguien para creer en la plena inspiración de las Santas Escrituras. Los argumentos humanos pueden estimarse en lo que valen; pueden, sin duda alguna, cerrar la boca a los contradictores, pero no pueden llegar al corazón, no pueden hacer que los rayos maravillosos de la revelación divina desciendan hasta el alma con eficacia salvadora. Esta es una obra divina y, mientras no sea hecha, todas las demostraciones y argumentos del mundo dejarán al alma en las tinieblas de la incredulidad; pero, cuando esa obra es hecha, no hay necesidad de testimonio humano en defensa de la Biblia. Las evidencias externas, por interesantes y valiosas que sean, no pueden añadir una jota ni una tilde a la gloria de esa revelación incomparable que lleva en cada página, párrafo y palabra la evidente impresión de su divino Autor. Así como cada rayo solar proclama la Mano que lo hizo, la Biblia, en cada una de sus frases, nos habla del Corazón que la inspiró. Pero, así como un ciego no puede ver la luz del sol, el alma no convertida tampoco puede ver la fuerza y la belleza de la Santa Escritura. Los ojos deben ser ungidos con colirio celestial antes de que puedan discernir o apreciar las infinitas perfecciones del Libro divino.

Nuestra profunda convicción –más profunda cada día– de lo dicho nos ha llevado a no malgastar el tiempo en los ataques que los racionalistas han dirigido a esta parte de la Palabra de Dios. Dejamos ese trabajo a otras manos más hábiles. Lo que deseamos, tanto para nuestros lectores como para nosotros mismos, es que podamos ser alimentados en los verdes pastos que el Pastor y Obispo de nuestras almas ha puesto bondadosamente ante nosotros; que podamos ayudarnos unos a otros, durante nuestra carrera terrestre, para ver más y más la gloria moral de lo que está abierto ante nuestros ojos y edificarnos así mutuamente en nuestra santísima fe. Esa tarea será más grata que replicar a los hombres que con sus mezquinos esfuerzos tratan de descubrir imperfecciones en el libro santo, pero solo demuestran que no entienden lo que dicen ni lo que afirman. Si los hombres *quieren* vivir en las oscuras bóvedas y los túneles de una espantosa incredulidad y desde allí tapar el sol, o negar que resplandezca, nosotros nos ocuparemos en disfrutar sus rayos y ayudar a otros a hacer lo mismo.

No los temáis... Jehová... pelea por vosotros

Nos detendremos ahora en los versículos restantes de nuestro capítulo, en los que hallaremos muchas cosas interesantes, instructivas y de gran provecho.

Primeramente, Moisés repite a oídos del pueblo su encargo a Josué: “Ordené también a Josué en aquel tiempo, diciendo: Tus ojos vieron todo lo que Jehová vuestro Dios ha hecho a aquellos dos reyes; así hará Jehová a todos los reinos a los cuales pasarás tú. No los temáis; porque Jehová vuestro Dios, él es el que pelea por vosotros” (v. 21-22).

Los recuerdos de lo que Dios hizo por nosotros en el pasado deberían aumentar nuestra confianza en el porvenir. Aquel que había dado a su pueblo esa victoria sobre los amorreos, que había destruido a un enemigo tan formidable como Og rey de Basán, y que había puesto en sus manos toda la tierra de los gigantes, ¿qué no podría hacer por ellos? Era poco probable que encontraran en la tierra de Canaán enemigo más poderoso que Og, quien usaba una cama tan enorme que mereció ser citada por Moisés. Pero, ¿qué era él en presencia del todopoderoso Creador? Enanos y gigantes son lo mismo para Él. El punto principal es tener a Dios con nosotros; entonces las dificultades se desvanecen. Si él sirve de cubierta a nuestros ojos, no podremos ver otra cosa que a él mismo; este es el verdadero secreto de la paz y del poder real del progreso. “Tus ojos vieron todo lo que Jehová vuestro Dios ha hecho”. Y *según ha hecho*, así también hará; Él *ha librado*, libra y *librará*. El pasado, el presente y el porvenir van señalados por la liberación divina.

Lector, ¿tiene usted alguna dificultad? ¿Está agobiado por algo, temiendo algún gran peligro? ¿Tiembla su corazón de solo pensar en ello? Puede ser que usted se sienta como el que ha llegado al límite, como le sucedió al apóstol Pablo en Asia: “pues fuimos abrumados sobremanera más allá de nuestras fuerzas, de tal modo que aun perdimos la esperanza de conservar la vida” (2 Corintios 1:8). Si es así, querido amigo, acepte una palabra de aliento. Nuestro profundo y ferviente deseo es animarle en el Señor y alentar su corazón a confiar en él para todo lo que se le presente. “No temas, cree solamente”. Él no frustra nunca al corazón que confía en él; no, nunca. Utilice los recursos que él tiene atesorados para usted; póngase usted mismo, sus circunstancias, sus temores, sus sobresaltos en manos de él, y *déjelos todos allí*.

Sí; déjelos todos allí. Es inútil que usted ponga sus dificultades en las manos del Señor y un instante después vuelva a tomarlas sobre sí mismo. A menudo hacemos esto. Cuando en un apuro, en alguna necesidad, en cualquier prueba profunda nos dirigimos a Dios en oración y echamos nuestra carga sobre él, nos sentimos aliviados. Pero, lamentablemente, apenas nos levantamos, empezamos otra vez a pensar en nuestras dificultades, a considerar nuestras pruebas, a inquietarnos por las tristes circunstancias que nos rodean, hasta que nos angustiamos nuevamente.

Esto no debe ocurrir; es una grave deshonra a Dios y, por supuesto, nos deja sin alivio e infelices. Él quiere que nuestro ánimo esté tan libre de preocupaciones como la conciencia libre de culpa. Su Palabra nos dice:

“ Por nada estéis afanosos, sino sean conocidas vuestras peticiones delante de Dios en toda oración y ruego, con acción de gracias. Y la paz de Dios, que sobrepasa todo entendimiento, guardará vuestros corazones y vuestros pensamientos en Cristo Jesús (Filipenses 4:6-7).

Así fue cómo Moisés, aquel amado siervo de Dios, procuró infundir ánimo a su colaborador y sucesor, Josué, en cuanto al futuro. “No los temáis, porque Jehová vuestro Dios, él es el que pelea por vosotros”. Así también el apóstol Pablo animaba a su amado Timoteo a confiar en el Dios vivo, a ser fuerte en la gracia que es en Cristo Jesús, a apoyarse con confianza incommovible en el fundamento seguro de Dios, a sujetarse a la autoridad, enseñanza y guía de las Santas Escrituras. Entonces, armado y equipado de esta manera, podía entregarse con santa diligencia y verdadero valor espiritual a la obra que se le había encomendado. Igualmente el lector y el autor de estas líneas podemos animarnos mutuamente, en estos días de crecientes dificultades, y adherirnos con una fe simple a la Palabra establecida para siempre en los cielos; a conservarla siempre en el corazón como un poder viviente y una autoridad para el alma, como algo que nos sostendrá aunque el corazón y la carne desfallezcan, y aunque no podamos contar con el apoyo humano. “Porque toda carne es como hierba, y toda la gloria del hombre como la flor de la hierba. La hierba se seca, y la flor se cae; mas la palabra del Señor permanece para siempre. Y esta es la palabra que por el evangelio os ha sido anunciada” (1 Pedro 1:24-25).

¡Cuán precioso es esto y qué consolación, estabilidad y sosiego nos da! ¡Qué fuerza, qué victoria y elevación moral! Está fuera del alcance del lenguaje humano describir qué preciosa es la Palabra de Dios, o definir en términos apropiados el consuelo que produce saber que la mismísima Palabra establecida para siempre en el cielo es la que ha alcanzado nuestros corazones con las alegres nuevas del Evangelio, comunicándonos vida eterna y dándonos paz y descanso en la obra consumada de Cristo. En verdad, cuando pensamos en todo esto, no podemos menos que reconocer que cada aliento nuestro debería ser un ¡aleluya! ¡Así será muy pronto y para siempre, alabado sea su Nombre sin igual!

Moisés y Jehová

Los últimos versículos de este capítulo nos ofrecen un episodio conmovedor que tuvo lugar entre Moisés y su Señor, cuyo recuerdo se corresponde hermosamente con el carácter del libro de Deuteronomio, según era de esperar. “Y oré a Jehová en aquel tiempo, diciendo: Señor Jehová, tú has comenzado a mostrar a tu siervo tu grandeza, y tu mano poderosa; porque ¿qué dios hay en el cielo ni en la tierra que haga obras y proezas como las tuyas? Pase yo, te ruego, y vea aquella tierra buena que está más allá del Jordán, aquel buen monte, y el Líbano. Pero Jehová se había enojado contra mí a causa de vosotros, por lo cual no me escuchó; y me dijo Jehová: Basta, no me hables más de este asunto. Sube a la cumbre del Pisga, y alza tus ojos al oeste, y al norte, y al sur, y al este, y mira con tus propios ojos; porque no pasarás el Jordán. Y manda a Josué, y anímalo, y fortalécelo; porque él ha de pasar delante de este pueblo, y él les hará heredar la tierra que verás” (v. 23-28).

Es muy emotivo ver a este gran siervo de Dios suplicando por algo que no podía serle concedido. Anhelaba ver la buena tierra de más allá del Jordán, porque la porción escogida por las dos tribus y media no podía satisfacer ese anhelo de su corazón. Deseaba asentar las plantas de sus pies en la verdadera heredad del Israel de Dios, pero no era posible. Había hablado desconsideradamente en Meriba y, por el decreto solemne e irrevocable del gobierno divino, le fue prohibido que atravesara el Jordán.

Todo esto lo repite el manso y amado siervo de Dios a oídos del pueblo. No les oculta el hecho de que Dios se ha negado a acceder a su súplica. Es verdad que les recuerda que esto fue por causa de ellos. Era moralmente necesario que ellos lo oyeran. Pero además les dice, de la manera más franca, que Jehová se había enojado contra él, que había rehusado oírle y permitirle cruzar el Jordán, mandándole incluso que renunciara a su cargo y designara a su sucesor.

Es muy edificante oír todo esto de los mismos labios de Moisés, nos da una hermosa lección. A menudo nos resulta difícil confesar que hemos dicho o hecho algo equivocado; nos cuesta mucho reconocer ante nuestros hermanos que, en determinado caso, no hemos comprendido la voluntad del Señor. Cuidamos nuestra reputación; somos quisquillosos y testarudos. Y, sin embargo, por extraña inconsecuencia, admitimos, o parece que admitimos, en términos generales, que somos criaturas pobres, débiles y expuestas a equivocarnos; que, si fuéramos abandonados a nosotros mismos, seríamos capaces de hacer o decir cualquier cosa mala. Pero es totalmente dis-

tinto hacer una humilde confesión en términos generales, que reconocer que, en un caso dado, hemos cometido una gran equivocación; esto último muy pocos saben hacerlo. Por lo general, no se quiere admitir que se ha cometido un error.

No fue así en el caso del honrado siervo cuyas palabras acabamos de citar. Aun teniendo una elevada posición como el escogido, fiel y amado siervo de Dios, el guía de la congregación, aquel que con su vara había hecho temblar la tierra de Egipto, no se avergonzó de presentarse ante toda la asamblea de sus hermanos y confesar su equivocación, reconociendo que había dicho lo que no debía y que sinceramente había solicitado un favor que Jehová no podía otorgarle.

¿Acaso esto le quita algo de nuestra estima? Muy al contrario, le enaltece inmensamente. Es tan conmovedor como edificante oír su confesión, ver cuán humildemente inclina la cabeza ante los designios gubernativos de Dios, notar la nobleza y altruismo de su conducta hacia su sucesor. No vemos ni un rasgo de celos o envidia, ninguna demostración de orgullo. Con abnegación admirable renuncia a su elevado puesto, coloca su manto sobre los hombros de su sucesor y le anima a desempeñar fielmente los deberes de su alto cargo.

“El que se humilla será enaltecido” (Mateo 23:12). Moisés se humilló bajo la poderosa mano de Dios y aceptó la santa disciplina impuesta por el gobierno de Dios. No profirió ninguna palabra de murmuración al ser rehusada su petición; se inclinó, y fue enaltecido a su debido tiempo. Si el gobierno le impidió entrar en Canaán, la gracia le condujo a la cumbre del Pisga, desde donde, en compañía de su Señor, le fue permitido ver toda la extensión de aquella buena tierra.

La gracia y el gobierno

El lector hará bien en estudiar cuidadosamente el tema de la gracia y del gobierno. Es un tema importante y práctico, ampliamente ilustrado en la Escritura, aunque poco entendido entre nosotros. Podrá parecernos asombroso e incomprensible que a un hombre tan amado como Moisés le fuese rehusada la entrada en la tierra prometida. Pero en ello vemos el solemne acto del gobierno divino, y ante él hemos de inclinar nuestras cabezas y adorar. La razón de ese acto no consistía tan solo en que Moisés, en su capacidad oficial y como representante del sistema legal, no podía llevar a Israel a la tierra prometida. Esto es cierto, pero no es todo. Moisés había hablado sin consideración con sus labios. Él y su hermano Aarón no habían glorificado a Dios ante la congregación, y por esto “Jehová dijo a Moisés y a Aarón: Por cuanto no creísteis en mí, para santificarme delante de los hijos de Israel, por tanto, no meteréis esta congregación en la tierra que les he dado”. Y más adelante: “Y Jehová habló a Moisés y a Aarón en el monte de Hor, en la fron-

tera de la tierra de Edom, diciendo: Aarón será reunido a su pueblo, pues no entrará en la tierra que yo di a los hijos de Israel, por cuanto fuisteis rebeldes a mi mandamiento en las aguas de la rencilla. Toma a Aarón y a Eleazar su hijo, y hazlos subir al monte de Hor, y desnuda a Aarón de sus vestiduras, y viste con ellas a Eleazar su hijo; porque Aarón será reunido a su pueblo, y allí morirá” (Números 20:12, 23-26).

Todo esto es muy serio. Tenemos aquí a los dos conductores de la congregación, los mismos hombres a los que Dios había empleado para sacar a su pueblo de la tierra de Egipto con poderosas señales y prodigios, “Moisés y Aarón”, hombres muy honrados por Dios y, sin embargo, les fue rehusada la entrada en Canaán. Y, ¿por qué? Fijémonos en el motivo: *“Por cuanto fuisteis rebeldes a mi mandamiento”*.

Permitamos que estas palabras penetren hasta lo profundo de nuestros corazones. Es algo terrible rebelarse contra la Palabra de Dios; y cuanto más elevada es la posición de los que se rebelan, más grave es la falta y más terrible y rápido será el castigo divino. “Porque como pecado de adivinación es la rebelión, y como ídolos e idolatría la obstinación” (1 Samuel 15:23).

Estas palabras son graves, y deberíamos pesarlas cuidadosamente. Fueron dirigidas a Saúl cuando desobedeció a Dios. Tenemos, pues, los ejemplos de un profeta, de un sacerdote y de un rey, todos ellos castigados bajo el gobierno de Dios por un acto de desobediencia. El profeta y el sacerdote se vieron privados de entrar en la tierra de Canaán y el rey se vio privado del trono.

Recordémoslo. A nosotros, a causa de nuestra pretendida sabiduría, podrá parecernos que todo esto es muy severo. Pero, ¿somos jueces competentes? Este es el punto principal tratándose de tales cuestiones. Cuidémonos de juzgar las decisiones del gobierno divino. Adán fue arrojado del paraíso; Moisés fue excluido de la tierra de Canaán; Aarón fue despojado de sus ropas sacerdotales; Saúl fue privado de su trono y, ¿por qué? ¿Fue acaso por lo que los hombres llamarían una grave ofensa moral, algún pecado escandaloso? No, en todos esos casos fue por haber descuidado la palabra de Jehová. Debemos tenerlo siempre presente en estos días de terquedad humana, cuando los hombres se permiten emitir sus propias opiniones, pensar, juzgar y obrar por sí mismos. Los hombres preguntan con arrogancia: «¿Acaso cada hombre no tiene derecho a pensar por sí mismo?». Nosotros contestamos: «No, en absoluto». Tenemos derecho a obedecer. Obedecer ¿a quién? No a mandamientos humanos, ni a la autoridad de la llamada iglesia, ni a los decretos de los concilios, sino simplemente al Dios vivo, al testimonio del Espíritu Santo, a la voz de la Sagrada Escritura. Esto es lo que, con toda razón, reclama nuestra obediencia implícita. Ante esa Palabra ha de inclinarse todo nuestro ser moral. No debemos argumentar, entrar en es-

peculaciones o mirar las consecuencias, ni tampoco preguntarnos cómo o por qué. Simplemente debemos obedecer y dejar lo demás en las manos de nuestro Señor. ¿Qué tiene que ver el criado con las consecuencias? El deber esencial de un criado es hacer lo que se le manda, sin atender a ninguna otra consideración. Si Adán hubiese tenido esto en cuenta no habría sido arrojado del Edén. Si Moisés y Aarón lo hubieran recordado, habrían atravesado el Jordán; si Saúl no lo hubiera olvidado, no se habría visto privado de su trono. Y conforme vamos descendiendo por la corriente de la historia humana vemos este principio fundamental ilustrado una y otra vez, de tal manera que podemos estar seguros de que ese principio es permanente y de importancia universal.

Recordemos también que no debemos intentar debilitar ese gran principio por medio de razonamientos fundados en la presciencia de Dios, es decir, en que Dios conoce previamente todo cuanto ha de suceder, o todo cuanto el hombre hará en el transcurso del tiempo. Los hombres razonan de esta manera y eso es un error fatal. ¿Qué tiene que ver la presciencia de Dios con la responsabilidad humana? ¿El hombre es responsable, sí o no? Esta es la cuestión. Y si lo es, de lo que no hay ninguna duda, debemos reconocer nuestra responsabilidad de una manera práctica. El hombre es llamado simplemente a obedecer la Palabra de Dios; no es responsable de conocer los propósitos secretos ni los consejos de Dios. La responsabilidad del hombre descansa sobre lo que ha sido revelado, no sobre lo que permanece secreto. Por ejemplo, ¿qué sabía Adán de los eternos planes y propósitos de Dios cuando fue puesto en el huerto del Edén y le fue prohibido comer del fruto del árbol del conocimiento del bien y del mal? Su transgresión, ¿acaso fue modificada por el hecho maravilloso de que Dios aprovechara esa ocasión para desplegar su glorioso plan de redención a través de la sangre del Cordero? Evidentemente no. Adán recibió un mandamiento claro, y su conducta debió regirse totalmente por ese mandamiento. Pero desobedeció y fue arrojado del paraíso a un mundo que, por espacio de miles de años, ha puesto de manifiesto las terribles consecuencias de un solo acto de desobediencia: tomar el fruto prohibido.

Es verdad, bendito sea Dios, que la gracia ha descendido a este pobre mundo azotado por el pecado y en él ha recogido una cosecha que jamás hubiera podido recoger en los campos de una creación no caída. Pero el hombre fue juzgado a causa de su transgresión. Fue arrojado del paraíso por la mano gobernante de Dios; y, por un acto de ese gobierno, fue obligado a comer el pan con el sudor de su frente.

“ Lo que el hombre (sea quien fuere) sembrare, eso también segará
(Gálatas 6:7).

En esta declaración se afirma el principio proclamado por todos lados en la Sagrada Escritura y ejemplificado en cada página de la historia del gobierno divino. Merece nuestra más profunda atención; y lamentablemente es poco conocido. Permitimos que nuestra mente considere la gracia desde un solo punto de vista y, por lo tanto, tenemos un concepto falso de ella, lo cual es muy perjudicial. La gracia es una cosa y el gobierno es otra; y nunca se deben confundir. Quisiéramos inculcar sinceramente en el lector que el más magnífico despliegue de la soberana gracia de Dios no puede estar en contradicción con las solemnes actuaciones de su gobierno.

Ahora... Israel... oye

La ley mosaica y los mandamientos de Jesús

Quí se nos presenta muy claramente el carácter particular del libro de Deuteronomio: “Ahora, pues, oh Israel, oye los estatutos y decretos que yo os enseño, para que los ejecutéis, y viváis, y entréis y poseáis la tierra que Jehová el Dios de vuestros padres os da” (v. 1). “Oye” y haz, o ejecuta para que “viváis” y “poseáis”; este es un principio universal y permanente. Era cierto para Israel, y lo es también para nosotros. La senda de la vida y el verdadero secreto para poseer consisten en la obediencia sencilla a los santos mandamientos de Dios; eso lo vemos confirmado en el sagrado Libro. Dios nos ha dado su Palabra, no para especular o discutir sobre ella, sino para obedecerla. Es preciso que, por efecto de la gracia, nuestros corazones se sometan con gozo y sinceridad a los estatutos y decretos de nuestro Padre, a fin de que podamos andar en el resplandeciente sendero de la vida y gozar realmente de todo lo que Dios ha atesorado para nosotros en Cristo. “El que tiene mis mandamientos, y los guarda, ese es el que me ama; y el que me ama, será amado por mi Padre, y yo le amaré, y me manifestaré a él” (Juan 14:21).

¡Qué precioso es esto! Es increíble, y algo muy especial, pero tristemente no todos los creyentes gozan de este privilegio. Solamente pueden hacerlo los que prestan amante obediencia a los mandamientos de nuestro Señor Jesucristo. Está al alcance de todos, pero no todos gozan de él, porque no todos son obedientes. Una cosa es ser hijo, y otra muy distinta es ser un hijo obediente. Una cosa es ser salvo y otra muy distinta es amar al Salvador y deleitarse en todos sus preciosos preceptos.

Esto lo vemos continuamente en las familias. Por ejemplo, de dos hijos, uno de ellos solo piensa en divertirse, hacer su propia voluntad y satisfacer sus deseos. No disfruta de la compañía de su padre; apenas conoce su voluntad y sus deseos, pero no procura adaptarse a ellos, aunque sí sabe aprovechar las ventajas de su relación de hijo. Está muy dispuesto a recibir de su padre el vestido, el alimento, etc., pero nunca procura responder al amor paternal con una expresión de cariño. El otro hijo, por el contrario, ama la compañía de su padre y no pierde ocasión para corresponder a sus deseos. Ama a su padre no por lo que le da, sino por lo que es, por eso encuentra sus mayores satisfacciones en estar con él y hacer su voluntad.

Ahora bien, ¿tendremos alguna dificultad para comprender cuán diferentes serán los sentimientos de ese padre respecto a sus dos hijos? Es cierto que los dos son hijos suyos y que los ama con el amor fundado en su parentesco. Pero, aparte del amor que les profesa, experimenta un sentimiento de especial complacencia por el hijo obediente, mientras que el hijo obstinado, ingrato y egoísta, no merecedor de su confianza, será para él motivo de angustia, de inquietud, de oración.

Estemos seguros de que la obediencia es agradable a Dios y que “sus mandamientos no son gravosos” (1 Juan 5:3), pues son la dulce y preciosa expresión de su amor, fruto y evidencia del lazo familiar que nos une a él. Además, Dios, por gracia, recompensa nuestra obediencia manifestándose de manera más completa y morando con nosotros. Esto resalta con gran claridad y belleza en la respuesta de nuestro Señor a Judas, no el Iscariote, por cuya respuesta debemos estarle agradecidos:

“ Señor, ¿cómo es que te manifestarás a nosotros, y no al mundo? Respondió Jesús y le dijo: El que me ama, mi palabra guardará; y mi Padre le amará, y vendremos a él, y haremos morada con él (Juan 14:22-23).

Aquí se ve que no es cuestión de diferencia entre “el mundo” y “nosotros”, pues el mundo no sabe nada de parentesco u obediencia, por lo tanto estas palabras de nuestro Señor no pueden referirse al mundo. El mundo aborrece a Cristo, porque no le conoce. Su lenguaje es: “Apártate de nosotros, porque no queremos el conocimiento de tus caminos” (Job 21:14). “No queremos que este reine sobre nosotros” (Lucas 19:14).

Así es el mundo, aun el barnizado por la civilización y adornado con la profesión de cristianismo. Debajo de ese barniz y de ese adorno existe un profundo odio a la persona y a la autoridad de Cristo. Su sagrado e incomparable Nombre está vinculado a la religión del mundo —es decir, a la cristiandad—, pero detrás de los ropajes de la profesión religiosa hay un corazón enemigo al acecho de Dios y de Cristo.

Nuestro Señor, pues, no habla del mundo en Juan 14. Está en el aposento alto con “los suyos” y habla de ellos. Si se manifestara al mundo, solo podría ser para juicio y eterna destrucción. Pero, bendito sea su Nombre, él se manifiesta a sus propios rescatados obedientes, a los que le aman y guardan sus mandamientos y sus palabras.

El cristiano y la ley

Conviene que el lector comprenda bien que, cuando nuestro Señor habla de sus mandamientos, de sus palabras y de sus preceptos, no se refiere a los diez mandamientos o a la ley de Moisés. No hay duda de que esos diez mandamientos forman parte del canon de la Escritura, la Palabra de Dios inspirada, pero confundir la ley de Moisés con los mandamientos de Cristo sería trastornarlo todo y confundir el judaísmo con el cristianismo, la ley con la gracia.

A menudo nos dejamos confundir por el simple sonido de las palabras; por eso, cuando nos encontramos con la palabra “mandamientos”, deducimos que debe referirse necesariamente a la ley de Moisés; pero esto es un grave error. Si el lector no lo comprende bien y no está seguro en este asunto, cierre este libro y lea los primeros ocho capítulos de la epístola a los Romanos y la epístola a los Gálatas; lea con calma y oración, como si estuviera en la presencia misma de Dios, con el ánimo libre de toda preocupación teológica y de la influencia de cualquier educación religiosa previa. Allí aprenderá de la manera más clara y completa que el cristiano no tiene nada que ver con la ley, ya se trate de vida, de justicia, de santidad, del andar, etc. La enseñanza del Nuevo Testamento tiende a establecer indudablemente que el cristiano no está bajo la ley, ni es del mundo, ni está en la carne, ni en sus pecados. El fundamento sólido de todo esto es la redención cumplida que tenemos en Cristo Jesús, gracias a la cual estamos sellados con el Espíritu Santo, estamos indivisiblemente unidos e inseparablemente identificados con Cristo resucitado y glorificado. Así, el apóstol Juan, al hablar de los creyentes, de todos los amados hijos de Dios, puede decir: “Pues *como él (Cristo) es, así somos nosotros* en este mundo” (1 Juan 4:17). Eso resuelve toda la cuestión para los que quieren ser dirigidos por la Sagrada Escritura. Y en cuanto a los demás, la discusión es inútil.

Nos hemos apartado de nuestro tema para resolver cualquier dificultad que pueda surgir por la mala interpretación de la palabra “mandamientos”. Nunca será excesivo el cuidado que el lector ponga para no dejarse arrastrar por la tendencia a confundir los mandamientos de los que nos habla Juan 14 con los mandamientos de Moisés, dados en Éxodo 20. Con todo, creemos reverentemente que Éxodo 20 es tan inspirado como Juan 14.

Y ahora, antes de dar por terminado este tema, rogamos que por unos momentos el lector concentre su atención en una porción de la historia inspirada que ilustra sorprendentemente la diferencia entre un hijo obediente y uno desobediente. Está en Génesis 18 y 19. Es un estudio muy interesante; presenta un contraste sumamente instructivo, sugestivo y práctico. No nos detendremos en él, ya que lo hemos hecho en nuestro estudio sobre el libro del Génesis, pero quisié-

ramos recordar que esos dos capítulos contienen la historia de dos santos varones de Dios. Lot era hijo de Dios tanto como Abraham; no dudamos que Lot está entre “los espíritus de los justos hechos perfectos” (Hebreos 12:23), como asimismo lo está Abraham. Esto no puede ponerse en duda, por cuanto el apóstol Pedro nos dice que el justo Lot “afligía cada día su alma justa, viendo y oyendo los hechos inicuos” de los malvados (2 Pedro 2:8).

Pero observe usted la gran diferencia entre esos dos hombres. El Señor en persona visitó a Abraham, se sentó junto a él y compartió su hospitalidad. Ese era un alto honor y un privilegio raro, un privilegio que Lot jamás conoció, y un honor al que nunca aspiró. El Señor nunca le visitó en Sodoma. Solamente le mandó sus ángeles, sus ministros de poder, los agentes de su gobierno; y aun ellos, al principio, rehusaron entrar en casa de Lot, o aceptar la hospitalidad que les ofrecía. Su áspera respuesta fue: “No, que en la calle nos quedaremos esta noche” (Génesis 19:2). Y cuando entraron en su casa, fue solo para protegerle de la violencia que lo rodeaba y para sacarle de las miserables circunstancias en que se había metido por su deseo de buena posición y ganancia mundana. ¿Puede haber contraste más evidente?

Sin embargo, el Señor se complacía en Abraham, se le manifestaba él mismo, le revelaba sus pensamientos, le hablaba de sus planes y propósitos, lo que intentaba hacer con Sodoma. “¿Encubriré yo a Abraham lo que voy a hacer, habiendo de ser Abraham una nación grande y fuerte, y habiendo de ser benditas en él todas las naciones de la tierra? Porque yo sé que mandará a sus hijos y a su casa después de sí, que guarden el camino de Jehová, haciendo justicia y juicio, para que haga venir Jehová sobre Abraham lo que ha hablado acerca de él” (Génesis 18:17-19).

Sería difícil hallar una ilustración más elocuente que la de Juan 14:21-23, aunque la escena haya ocurrido dos mil años antes de que se pronunciaran aquellas palabras. ¿Tenemos algo parecido en la historia de Lot? Lamentablemente no, no era posible: no tenía ninguna intimidad con Dios, ni conocimiento de su mente, ni entraba en sus planes y propósitos. ¿Cómo habría podido hacerlo, hundido como estaba en los bajos fondos morales de Sodoma? ¿Cómo podía conocer la mente de Dios, si estaba cegado por la oscura atmósfera que cubría las ciudades culpables de la llanura? Era totalmente imposible. Si un hombre anda mezclado con el mundo, solo puede apreciar las cosas desde el punto de vista mundano; solo podrá medir las cosas con un patrón mundano y pensar de ellas a la manera del mundo. De ahí que la Iglesia, en la condición de Sardis, es *amenazada* con la venida del Señor como la de un ladrón, en vez de ser *animada* con la esperanza de su venida como la del Esposo y la Estrella de la mañana. Si la iglesia profesante ha descendido al nivel del mundo, y esto es un hecho, solo podrá contemplar el porvenir desde el punto de

vista del mundo. Esto explica el sentimiento de terror con que la gran mayoría de los cristianos profesantes consideran el tema de la venida del Señor. Le esperan como a un ladrón, en vez de hacerlo como al bendito Esposo de sus corazones. Qué pocos hay, comparativamente, que *aman su venida* (2 Timoteo 4:8). La gran mayoría de profesantes (nos aflige decirlo) encuentran su tipo en Lot más bien que en Abraham. La Iglesia ha dejado su propio terreno, ha descendido de su elevado nivel moral y se ha mezclado con el mundo que odia y desprecia a su Señor ausente.

Mas, gracias a Dios,

“ tienes unas pocas personas en Sardis que no han manchado sus vestiduras
(Apocalipsis 3:4)

algunas piedras vivas entre las humeantes cenizas de los profesantes sin vida, algunas luces centelleantes en medio de la oscuridad moral de una fría cristiandad nominal, sin corazón y mundana.

Y no solo esto, sino que en el período que podríamos llamar *laodiceano* de la historia de la Iglesia, el que presenta un estado de nivel aun más bajo y sin esperanza, cuando la totalidad del cuerpo profesante está a punto de ser vomitado de la boca del “testigo fiel y verdadero” (Apocalipsis 3:14-16), aun en ese avanzado estado de declinación y abandono, el oído atento oye las palabras llenas de gracia y de poder: “He aquí, yo estoy a la puerta y llamo; si *alguno* oye mi voz y abre la puerta, *entraré a él*, y cenaré con él, y él conmigo” (Apocalipsis 3:20).

Así que en los días de la cristiandad profesante, como en los días de los patriarcas, en los tiempos del Nuevo Testamento como en los del Antiguo, vemos que Dios concede la misma importancia y el mismo valor al oído atento y al corazón obediente. Abraham en las llanuras de Mamre, peregrino y extranjero, fiel y obediente hijo de Dios, gustó el maravilloso privilegio de hospedar al Señor de gloria; privilegio que no pudo ser conocido por quien, como Lot, había escogido morar en un lugar destinado a la destrucción. Así también, en los días de indiferencia y jactanciosa pretensión de Laodicea, el corazón obediente se ve animado con la dulce promesa de sentarse a cenar con Aquel que es “el Amén, el testigo fiel y verdadero, el principio de la creación de Dios”. En otras palabras, sean cuales fueren las condiciones de las cosas, no hay límite de bendiciones para el alma que quiere atender solo a la voz de Cristo y guardar sus mandamientos.

Recordemos esto. Dejemos que penetre en lo más profundo de nuestro ser moral. Nada puede despojarnos de las bendiciones y privilegios que se derivan de la obediencia. Esta verdad brilla en cada sección y en cada página del Libro de Dios. En todo tiempo, lugar y circunstancia el alma obediente fue dichosa en Dios y Dios se complació en ella. Siempre es así:

“ miraré a aquel que es pobre y humilde de espíritu, y que tiembla a mi palabra (Isaías 66:2).

Nada podrá alterar o cambiar esto. Lo vemos en el capítulo cuatro de nuestro libro, en las palabras con las que comienza esa sección: “Ahora, pues, oh Israel, *oye los estatutos y decretos que yo os enseño*, para que *los ejecutéis*, y viváis, y entréis y poseáis la tierra que Jehová el Dios de vuestros padres os da”. Lo encontramos también en las preciosas palabras de nuestro Señor, en Juan 14: “el que tiene mis mandamientos, y los guarda, ese es el que me ama...” Y también: “El que me ama, *mi palabra guardará*” (v. 21-23).

Esto mismo resplandece con una brillantez notable en las palabras del apóstol Juan: “Amados, si nuestro corazón no nos reprende, confianza tenemos en Dios; y cualquiera cosa que pidiéremos *la recibiremos de él, porque guardamos sus mandamientos, y hacemos las cosas que son agradables delante de él*. Y este es su mandamiento: Que creamos en el nombre de su Hijo Jesucristo, y nos amemos unos a otros como nos lo ha mandado. Y el que guarda sus mandamientos, permanece en Dios, y Dios en él” (1 Juan 3:21-24).

Podríamos multiplicar las citas, pero no es necesario, porque las que hemos mencionado establecen de la manera más completa y clara posible el verdadero y más alto motivo de la obediencia, esto es, ser agradables a nuestro Señor Jesucristo, en quien Dios se complace. Ciertamente debemos amorosa obediencia por muchos motivos. No sois vuestros, “porque habéis sido comprados por precio” (1 Corintios 6:20). A él debemos nuestra vida, nuestra paz, nuestra justicia, nuestra salvación, nuestra eterna felicidad y gloria; así que nada puede exceder el peso moral de sus derechos sobre nosotros *en cuanto a nuestra vida de obediencia*. Pero hay otra consideración más importante todavía, y es el hecho maravilloso de que cuando obedecemos a sus mandamientos y hacemos aquello que es agradable a sus ojos, satisfacemos su espíritu y alegramos su corazón.

Amado lector cristiano, ¿puede haber algo que supere el poder moral que este motivo? ¡Piense por unos momentos en el privilegio que tenemos de alegrar el corazón de nuestro Señor! ¡Qué dulzura, qué interés, qué preciosidad, qué santa dignidad comunica a cada pequeño acto de obediencia el hecho de saber que agradamos a nuestro Padre! ¡Cuánto supera esto al sistema legalista! La diferencia entre el sistema legal y el cristianismo es la misma que hay entre la muerte y la vida, la esclavitud y la libertad, la condenación y la justificación, entre lo distante y lo próximo, entre la duda y la certeza. ¡Qué horrible es tratar de mezclar estos dos principios, de juntarlos en un solo sistema, como si fuesen dos ramas de un mismo tronco! ¡Qué confusión más desesperante resultará de un esfuerzo así! ¡Qué terrible es intentar colocar las almas bajo la influencia de estas dos cosas! Sería lo mismo que si nos propusiéramos combinar los rayos del sol del mediodía con las profundas tinieblas de la medianoche. Considerado desde el punto de vista divino y celestial, juzgado a la luz del Nuevo Testamento y medido por el patrón del corazón de Dios y la mente de Cristo, se verá que no puede haber anomalía más horrible que la que ofrece a nuestros ojos el esfuerzo que se hace en la cristiandad para combinar la ley y la gracia. En cuanto al deshonor hecho a Dios, la herida infligida al corazón de Cristo, el agravio y desprecio hechos al Espíritu Santo, el daño causado a la verdad de Dios, la enorme injusticia hecha a los amados corderos y ovejas del rebaño de Cristo, la terrible piedra de tropiezo arrojada en el camino tanto de judíos como de gentiles, y la grave injuria hecha a todo el testimonio de Dios durante el tiempo de la gracia, todo esto solo el tribunal de Cristo podrá declararlo; y, ¡qué terrorífica declaración sería! Es demasiado terrible para ser considerado siquiera.

Sin embargo, en la iglesia profesante existen muchas almas piadosas que de buena fe creen que el único camino para obedecer, alcanzar una santidad práctica, asegurar una buena conducta y mantener en orden nuestra mala naturaleza consiste en ponerse bajo la ley. Esos cristianos parecen temer que sin la ley, sin sus elementos y su vara, todo el orden moral se vendría abajo. Con la ausencia de la autoridad de la ley solo esperan una confusión indescriptible. Quitar los diez mandamientos como regla de vida es, a su juicio, derribar esos grandes diques morales que la mano de Dios levantó para contener la marea de la anarquía humana.

Comprendemos perfectamente su dificultad, ya que muchos hemos tropezado con ella en una forma u otra. Pero debemos tratar de resolverla según los caminos de Dios y no aferrarnos a nuestras propias opiniones y así contradecir las enseñanzas de la Santa Escritura; porque tarde o temprano nos veremos obligados a abandonar todas esas opiniones. Nada más que la Palabra de nuestro Dios, la voz del Espíritu Santo, la autoridad de la Escritura y las imperecederas ense-

ñanzas de la revelación que nuestro Padre, en su gracia infinita, puso en nuestras manos, podrá mantenernos en pie. Debemos escucharla con profunda y reverente atención; ante ella debemos inclinarnos con obediencia completa. No debemos pensar en sostener ni una sola opinión propia; la opinión de Dios debe ser la nuestra. Debemos tirar todos los escombros que, por la influencia de las enseñanzas meramente humanas, han ido acumulándose en nuestras mentes.

Además, hemos de aprender a confiar implícitamente en toda palabra que sale de la boca de Dios. No debemos oponerle objeciones, ni juicios, ni discusiones, sino solamente creerla. Si fuera la palabra del hombre, si se tratara simplemente de una cuestión de autoridad humana, entonces sí deberíamos juzgarla. Deberíamos juzgar acerca de lo que dice, no según nuestra propia opinión, ni por ningún patrón humano, credo o confesión de fe, sino por la Palabra de Dios. Pero cuando la Escritura habla, toda discusión queda terminada.

Este es un consuelo único: no hay palabras que expresan adecuadamente el valor o la importancia moral de este gran hecho que libra al alma completamente del poder cegador de la terquedad, por una parte y, por otra, de la simple sujeción a la autoridad humana. Nos lleva al contacto vivo, personal y directo de la autoridad de Dios; y esto es vida, paz y libertad, poder moral, elevación verdadera, certeza divina y santa estabilidad. Termina con las dudas y los temores, con todas las fluctuaciones de las opiniones meramente humanas que causan tanta confusión y que torturan el corazón. Así, no somos agitados por cualquier viento de doctrina, por las oleadas del pensamiento humano. *Dios ha hablado*, y esto basta. El corazón encuentra ahí su profundo y estable reposo. Ha logrado escapar del océano tormentoso de la controversia teológica y ha echado anclas en el bendito puerto de la revelación divina.

De esta forma, deseamos decir al piadoso lector de estas líneas, que si usted quiere conocer el pensamiento de Dios sobre el tema que tratamos, si quiere conocer el fundamento, el carácter y el objeto de la obediencia cristiana, debe simplemente escuchar la voz de la Sagrada Escritura. Y, ¿qué dice? ¿Nos remite de nuevo a Moisés para aprender cómo debemos vivir, o al “monte palpable”, a fin de asegurarnos una vida santa? ¿Nos coloca bajo la ley para refrenar nuestra carne? Oiga lo que nos dice y sopeselo cuidadosamente. Escuche las siguientes palabras de Romanos 6 que tienen santo poder liberador: “Porque el pecado no se enseñoreará de vosotros; *pues no estáis bajo la ley, sino bajo la gracia*” (v. 14).

Ahora, pues, rogamos de todo corazón que el lector permita que esas palabras penetren en lo más profundo de su alma. El Espíritu Santo declara, de la manera más sencilla y enfática, que los cristianos no están bajo la ley, porque si estuviéramos bajo la ley, el pecado tendría dominio so-

bre nosotros. Vemos en la Escritura, de un modo invariable, que el “pecado”, la “ley” y la “carne” van unidos. El alma que está bajo la ley no tiene la posibilidad de gozar de una completa liberación del dominio del pecado; y ahí podemos ver de una ojeada la mentira de todo el sistema legalista y el engaño absoluto de empeñarse en obtener la santidad de vida poniéndose bajo la ley. Esto equivale a colocarse sencillamente en el terreno en el que el pecado puede enseñorearse de nosotros y sujetarnos con dominio absoluto. ¿Cómo es, pues, posible producir la santidad por la ley? Es absolutamente imposible.

Muertos a la ley

Volvamos por un momento a Romanos 7. “Así también vosotros, hermanos míos” (y todos los verdaderos creyentes, todo el pueblo de Dios), “habéis *muerto a la ley* mediante el cuerpo de Cristo, para que seáis de otro, del que resucitó de los muertos, a fin de que llevemos fruto para Dios” (v. 4). Ahora bien, es evidente que no se puede estar “muerto a la ley” y “estar bajo la ley” al mismo tiempo. Se nos podría objetar, quizá, que la expresión “muerto a la ley” es solamente una figura; supongamos que sea así. Entonces preguntamos: ¿Una figura de qué? No podría ser de personas que estuviesen bajo la ley, sino, en todo caso, una figura de lo totalmente opuesto a eso.

Notemos que el apóstol no dice que la ley está muerta; nada de eso. La ley no ha muerto, pero nosotros estamos muertos a ella. Por la muerte de Cristo hemos salido de la esfera a la que pertenece la ley. Cristo se puso en este lugar por nosotros; fue colocado bajo la ley; en la cruz fue hecho pecado por nosotros. Él murió por nosotros, y nosotros morimos en él; de este modo nos sacó de la posición en la que estábamos bajo el dominio del pecado y bajo la ley, y nos introdujo en una posición enteramente nueva, en asociación y unión con un Cristo resucitado, de tal manera que podemos decir: “*Como él es, así somos nosotros en este mundo*” (1 Juan 4:17). Cristo en la gloria, ¿está bajo la ley? Por supuesto que no; y nosotros tampoco. ¿Tiene el pecado algún derecho sobre él? Absolutamente ninguno; ni tampoco, por tanto, lo tiene sobre nosotros. Somos, en cuanto a nuestro estado, como él es en la presencia de Dios; por consiguiente, volver a ponernos bajo la ley sería la más completa subversión de nuestra posición en Cristo y una flagrante contradicción de las manifestaciones tan claras de la Sagrada Escritura al respecto.

Ahora preguntamos: ¿Cómo se podrá progresar en la santidad práctica si removemos los mismos fundamentos del cristianismo? ¿Cómo podrá ser subyugado el pecado que habita en nosotros, si nos ponemos bajo el propio sistema que dio al pecado su poder sobre nosotros? ¿Cómo se producirá la verdadera obediencia cristiana si nos desviamos de la Sagrada Escritura? No podemos

imaginar nada más absurdo. Un fin divino solo puede alcanzarse siguiendo un camino divino. Ahora bien, el camino de Dios para liberarnos del dominio del pecado fue librarnos de la ley; de modo que todos los que enseñan que los cristianos están bajo la ley, se hallan claramente en oposición a Dios. ¡Tremendo pensamiento para todos los que desean ser maestros de la ley!

Pero sigamos considerando otras palabras del capítulo 7 de Romanos. El apóstol continúa diciendo: “Porque *mientras estábamos en la carne*, las pasiones pecaminosas que eran por la ley obraban en nuestros miembros llevando fruto para *muerte*. Pero ahora estamos *libres de la ley*, por haber muerto para aquella en que estábamos sujetos, *de modo que sirvamos* bajo el régimen nuevo del Espíritu y no bajo el régimen viejo de la letra” (v. 5-6).

Esto es tan claro como la luz del sol. ¿Qué significa la expresión “mientras *estábamos* en la carne”? ¿Quiere decir, acaso, que *estamos* aún en esa situación? Evidentemente no; lo pasado es pasado. Entonces, ¿qué quiere decir el apóstol con la expresión: “mientras *estábamos* en la carne”? Pues sencillamente hace referencia a una cosa pasada, a un estado que ya no existe. Los creyentes ya no están en la carne. Así lo declara terminantemente la Escritura. ¿Quiere esto decir que no están en el cuerpo? Por supuesto que no. Están en el cuerpo, en cuanto al hecho de su existencia, pero no están en la carne, en cuanto al principio de su posición ante Dios.

En el capítulo 8 tenemos la más clara exposición de este punto. “Los que viven según la carne no pueden agradar a Dios. *Mas vosotros no vivís según la carne*, sino según el Espíritu, si es que el Espíritu de Dios mora en vosotros” (v. 8-9). Aquí tenemos la exposición de un hecho muy solemne, y la proclamación de un privilegio precioso y glorioso. “Los que viven según la carne *no pueden agradar a Dios*”. Podrán ser muy morales, amables, religiosos, y benévolos, pero no pueden agradar a Dios; todo esto es falso. La fuente de la que manan las corrientes está corrompida, y la raíz y el tronco de donde provienen las ramas están podridos, son malos. No pueden producir ningún fruto bueno, un fruto que Dios pueda aceptar. “No pueden agradar a Dios”. Deben colocarse en una situación nueva, tener nueva vida, nuevos motivos, nuevos objetos; deben ser una nueva creación. ¡Qué solemne es esto! Considerémoslo a fondo y veamos si comprendemos las palabras del apóstol.

Por otra parte, notemos los gloriosos privilegios de todos los verdaderos creyentes: “*Vosotros no vivís según la carne*”. Los creyentes ya no están en una situación en la cual no puedan agradar a Dios. Tienen una nueva naturaleza, una nueva vida, y cada movimiento de esta, y cuanto emana de ella, es agradable a Dios. El más débil aliento de la vida divina es grato a Dios. El Espíritu Santo es el motor de esa vida, Cristo es el objeto, la gloria es la meta, el cielo es el hogar. Todo

es divino y, por lo tanto, perfecto. Ciertamente el creyente está expuesto a fallar, por naturaleza siente inclinación a desviarse, es capaz de caer en pecado. En él, esto es, en su carne, no mora el bien. Pero su posición ante Dios está fundada en la eterna estabilidad de la gracia de Dios, y la misma gracia ha hecho provisión para el estado espiritual del creyente en la preciosa expiación y la intercesión eficaz de nuestro Señor Jesucristo (1 Juan 2:1); de modo que está libre para siempre de ese terrible sistema legal en el que las figuras más sobresalientes son “la carne”, “la ley”, “el pecado” y “la muerte”; ¡triste agrupación, en verdad! Y ha sido trasladado a la gloriosa escena en la que las figuras prominentes son “vida”, “libertad”, “gracia”, “paz”, “justicia”, “santidad”, “gloria”, “Cristo”. “Porque no os *habéis acercado* al monte que se podía palpar, y que ardía en fuego, a la oscuridad, a las tinieblas y a la tempestad, al sonido de la trompeta, y a la voz que hablaba, la cual los que la oyeron rogaron que no se les hablase más, porque no podían soportar lo que se ordenaba: Si aun una bestia tocara el monte, será apedreada, o pasada con dardo; y tan terrible era lo que se veía, que Moisés dijo: Estoy espantado y temblando; sino que os habéis acercado al monte de Sion, a la ciudad del Dios vivo, Jerusalén la celestial, a la compañía de muchos millares de ángeles, a la congregación de los primogénitos que están inscritos en los cielos, a Dios el Juez de todos, a los espíritus de los justos hechos perfectos, a Jesús el Mediador del nuevo pacto, y a la sangre rociada que habla mejor que la de Abel” (Hebreos 12:18-24).

Así hemos procurado resolver la dificultad del lector que, hasta el momento de abrir este libro, tuviera la convicción de que la santidad práctica y la verdadera obediencia solo pueden conseguirse poniendo a los creyentes bajo la ley. Esperamos que haya entendido y aceptado la evidencia de la Escritura que hemos puesto ante él. Si es así, comprenderá que colocar a los creyentes en esa posición es quitar el fundamento mismo del cristianismo, abandonar la gracia, dejar a Cristo, volver a la carne, en la cual no podemos agrandar a Dios, y ponernos nosotros mismos bajo la maldición. En resumen, el sistema legal de los hombres es totalmente opuesto a toda la enseñanza del Nuevo Testamento. El apóstol Pablo testificó durante toda su vida contra ese sistema y los que lo seguían. Lo aborreció y lo denunció continuamente, porque los maestros de la ley siempre procuraban engañar a los amados hijos en la fe. Es imposible leer las fogosas expresiones del apóstol en la epístola a los Gálatas, sus ardientes referencias en la epístola a los Filipenses (o las solemnes amonestaciones de la epístola a los Hebreos, cuyo autor desconocemos), sin comprender lo intenso que era su odio hacia todo el sistema legalista de los maestros de la ley, y qué amargamente lloraba sobre las ruinas del testimonio tan precioso a su amoroso y devoto corazón.

Es posible que a pesar de todo lo que hemos escrito, y a despecho de la plena evidencia de la Escritura sobre la que hemos llamado la atención del lector, este quiera preguntar: «¿No existirá algún peligro de impía relajación y de superficialidad si anulamos el poder restrictivo de la ley?». A esto respondemos que Dios es más sabio que nosotros. Él sabe mejor que nosotros cómo evitar la relajación y la ligereza y cómo producir la verdadera obediencia. Él ensayó la ley y, ¿cuál fue el resultado?: produjo ira, fue causa de que el quebrantamiento de esa ley abundase, desarrolló los deseos pecaminosos, introdujo la muerte, fue la fuerza del pecado, privó al pecador de todo poder, lo mató, fue la condenación y maldijo a todos cuantos tenían que responder ante ella.

“ Porque todos los que dependen de las obras de la ley están bajo maldición (Gálatas 3:10).

Y todo esto no se debió a algún defecto de la ley, sino a la total incapacidad del hombre para cumplirla.

Es evidente que ni la vida, ni la justicia, ni la santidad, ni la verdadera obediencia cristiana pudieron nunca alcanzarse bajo la ley. ¿Será posible que, después de lo que hemos visto, usted pueda hacer alguna objeción, tener alguna duda, encontrar una sola dificultad en cuanto a este tema? Esperamos que no. Nadie que esté dispuesto a inclinarse ante la enseñanza y la autoridad del Nuevo Testamento puede ser partidario del sistema legalista.

Sin embargo, antes de dar por terminado este importantísimo tema, señalaremos uno o dos pasajes de la Escritura en los que las glorias morales del cristianismo resplandecen con vivo fulgor en intenso contraste con la economía mosaica.

Ante todo, tomemos el conocido pasaje de Romanos 8: “Ahora, pues, ninguna *condenación* hay para los que están en **Cristo Jesús...** Porque la ley del Espíritu de vida en Cristo Jesús *me ha librado* de la ley del pecado y de la muerte. Porque lo que era imposible para la ley, por cuanto era débil por la carne, Dios, enviando a su Hijo en *semejanza* de carne de pecado y a causa del pecado, condenó al pecado en la carne; para que la justicia de la ley se cumpliera en nosotros, que no andamos conforme a la carne, sino conforme al Espíritu” (v. 1-4).

Ahora bien, debemos tener en cuenta que el primer versículo establece la posición de todos los cristianos, es decir, *su posición* ante Dios. Está “en Cristo Jesús”, y esto lo aclara todo. El cristiano ya no está en la carne, no está bajo la ley, está absoluta y eternamente “en Cristo Jesús”. Por lo tanto, no hay ni puede haber “condenación” para él. El apóstol no habla ni se refiere a nuestra

conducta o a nuestro *estado*. Si fuera así, no podría hablar de “ninguna condenación”. La conducta cristiana más perfecta que se haya observado, el estado cristiano más perfecto, siempre daría algún motivo para el juicio y la condenación. No hay un solo cristiano en la tierra que no deba diariamente juzgar su estado y su conducta, su condición moral y su vida práctica. ¿Cómo podría, pues, fundarse la “ninguna condenación” en la conducta cristiana? Es imposible. Para estar libres de condenación hemos de poseer algo divinamente perfecto, y la conducta cristiana no lo es, nunca lo ha sido. Aun el apóstol Pablo tuvo que retirar unas palabras que pronunció (Hechos 23:5); se arrepintió de haber escrito una carta (2 Corintios 7:8). Un estado perfecto y una conducta intachable solo pudieron encontrarse en Jesús; en todos los demás, aun los más santos y mejores, hay tacha.

Por lo tanto, la segunda cláusula del primer versículo de Romanos 8 (que aparece en la versión Reina Valera de 1960: “los que no andan conforme a la carne, sino conforme al Espíritu”) debe ser considerada como interpolación, como algo intercalado, añadido. Esto será comprendido por todos los que sean enseñados por Dios, dejando aparte cualquier cuestión de simple crítica textual. Una mente espiritual podrá darse cuenta de la incongruencia que existe entre las expresiones “ninguna condenación” y “no andan conforme”; las dos cosas no pueden armonizarse. Y aquí, sin duda alguna, es precisamente donde miles de almas piadosas se han visto envueltas en dificultades en cuanto a este pasaje. El alegre sonido de la frase “ninguna condenación” ha sido despojado de su profundo, completo y bendito significado por una intercalación introducida por algún copista cuya débil visión quedó deslumbrada, sin duda, por la brillantez de la libre, absoluta y soberana gracia de Dios. Cuántas veces hemos oído palabras como estas: «¡Oh, sí, ya sé que no hay condenación para los que están en Cristo Jesús, pero esto es para los que no andan según la carne, sino según el Espíritu! Yo no puedo decir que ande así. Anhele vivamente hacerlo, y lamento mi fracaso. Daría todo lo que tengo para poder conducirme con más perfección; pero ¡ay de mí!, he de condenarme a mí mismo, condenar mi estado, mi conducta y mis hechos cada día y aun cada hora. Por eso no me atrevo a aplicarme las preciosas palabras “ninguna condenación”. Espero poder hacerlo algún día, cuando haya progresado más en mi santidad personal; pero en mi estado actual considero que sería muy pretencioso aplicarme esta preciosa verdad».

Pensamientos como estos han pasado por la mente de muchos de nosotros, aunque no hayan sido exteriorizados en palabras. Pero la respuesta sencilla y concluyente a todos esos razonamientos legalistas se encuentra en el hecho de que la segunda cláusula de Romanos 8:1 es una

interpolación (añadidura) engañadora, ajena al espíritu y genio del cristianismo; opuesta a toda la serie de argumentos del contexto del capítulo en que está, y muy subversiva de la sólida paz del cristiano. Los que están al corriente de la crítica bíblica saben que todas las autoridades de gran renombre están de acuerdo en rechazar la segunda cláusula de Romanos 8:1. Y en este caso la crítica textual solo confirma, como toda sana crítica lo hará, la conclusión a que llegaría una mente espiritual, sin ningún conocimiento de la crítica.

Pero, añadido a lo anterior, diremos que la cláusula que encontramos en el versículo 4: “Los que no andamos conforme a la carne, sino conforme al Espíritu”, agrega mayor evidencia de que su presencia al final del versículo 1 es una interpolación. No podemos admitir el pensamiento de que haya redundancia de palabras en la Sagrada Escritura. Ahora bien, en el versículo 4 se *trata* de una cuestión de conducta, una cuestión de nuestro cumplimiento de “la justicia de la ley”; de ahí que la frase esté bien, porque está divinamente en su sitio apropiado. El que anda conforme al Espíritu, como lo debe hacer todo cristiano, cumple la justicia de la ley. El amor es el cumplimiento de la ley; el amor nos conducirá a cumplir lo que los diez mandamientos no pudieron lograr nunca, es decir, a amar a nuestros enemigos. Nadie que ame la santidad, que defienda la justicia tendrá el más mínimo temor de perder nada por dejar el terreno legalista y tomar su sitio en la elevada plataforma del cristianismo verdadero, por cambiar el monte Sinaí por el monte Sion, por pasarse de Moisés a Cristo. No, pues solo alcanza un manantial más alto, una fuente más profunda, una esfera más amplia de santidad, de justicia y de obediencia práctica.

Si alguien quisiera preguntar: «La serie de argumentos que se han expuesto, ¿no tiende a despojar a la ley de su gloria característica?», nosotros le contestaríamos que no. Lejos de ello; la ley nunca fue más magnificada, más vindicada, más establecida, más glorificada que lo fue por la preciosa obra que forma el fundamento imperecedero de todos los privilegios, bendiciones, dignidades y glorias del cristianismo. El apóstol Pablo anticipa y responde a aquella pregunta al comienzo de su epístola a los Romanos: “¿Luego por la fe invalidamos la ley? En ninguna manera, sino que confirmamos la ley” (Romanos 3:31). ¿De qué modo pudo ser más gloriosamente vindicada, honrada y magnificada la ley que por la vida y muerte del Señor Jesucristo? ¿Habría alguien que pretenda sostener la extraña idea de que se enaltece a la ley poniendo a los cristianos bajo ella? Esperamos que el lector no piense de esa manera. ¡Ah!, no toda esa serie de cosas ha de ser completamente abandonada por aquellos cuyo privilegio consiste en andar a la luz de la nueva creación, que conocen a Cristo como su gran modelo, su todo en todo; que encuentran sus motivos para obedecer no en el temor a las maldiciones de una ley quebrantada, sino en el amor de

Cristo, según las hermosas palabras: “El amor de Cristo” (no la ley de Moisés) “nos constriñe, pensando esto: que si uno murió por todos, luego todos murieron; y por todos murió, para que los que viven, ya no vivan para sí, sino para aquel que murió y resucitó por ellos” (2 Corintios 5:14-15).

¿Pudo la ley producir algo parecido a esto? Fue imposible. Pero, bendito sea para siempre el Dios de toda gracia, “lo que era imposible para la ley”, no porque no fuese santa, justa y buena, sino “por cuanto era débil por la carne, Dios, enviando a su Hijo en semejanza de carne de pecado y a causa del pecado, condenó al pecado en la carne; para que la justicia de la ley se cumpliera en nosotros, que” –como resucitados con Cristo, unidos a él por el Espíritu Santo, según el poder de una vida nueva y eterna– “no andamos conforme a la carne, sino conforme al Espíritu” (Romanos 8:3-4).

Esto, y solo esto, es verdadero cristianismo; si el lector presta atención al segundo capítulo de la epístola a los Gálatas, encontrará otra de esas hermosas y ardientes declaraciones en las que el apóstol demuestra con divino poder y plenitud la gloria especial de la vida y conducta cristianas. Está relacionada con su fiel reprensión al apóstol Pedro en Antioquía, cuando este amado siervo de Cristo, por su característica debilidad, fue inducido a bajar por un momento del elevado terreno moral en el que el Evangelio de la gracia de Dios pone al alma. Nada mejor que citar el párrafo entero, pues está lleno de poder espiritual:

“Pero cuando Pedro vino a Antioquía, le resistí *cara a cara*”, –no le censuré ni le reprendí estando ausente– “porque era de condenar. Pues antes que viniesen unos de parte de Jacobo, comía con los gentiles; pero después que vinieron, se retraía y se apartaba, porque tenía miedo de los de la circuncisión. Y en su simulación participaban también los otros judíos, de tal manera que aun Bernabé fue también arrastrado por la hipocresía de ellos. Pero cuando vi que no andaban rectamente conforme a la verdad del evangelio, dije a Pedro delante de todos: Si tú, siendo judío, vives como los gentiles y no como judío, ¿por qué obligas a los gentiles a judaizar? Nosotros, judíos de nacimiento, y no pecadores de entre los gentiles, sabiendo que el hombre no es justificado por las obras de la ley, sino por la fe de Jesucristo, nosotros también hemos creído en Jesucristo, para ser justificados por la fe de Cristo y no por las obras de la ley, por cuanto por las obras de la ley nadie será justificado. Y si buscando ser justificados en Cristo, también nosotros somos hallados pecadores, ¿es por eso Cristo ministro de pecado? En ninguna manera” (o lejos de nosotros tal pensamiento). “Porque si las cosas que destruí, las mismas vuelvo a edificar, transgresor me hago”. (Pues si las cosas eran buenas, ¿por qué destruirlas? Y si no eran buenas, ¿por qué volver a

edificarlas?). “Porque yo por la ley soy *muerto para la ley*, a fin de vivir para Dios. Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí; y lo que ahora vivo en la carne, lo vivo”, no por la ley como regla de vida, sino “en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí. No desecho la gracia de Dios; pues si por la ley fuese la justicia, entonces por demás murió Cristo” (o murió en vano) (Gálatas 2:11-21).

Aquí tenemos, pues, una de las más bellas afirmaciones que podríamos encontrar acerca de la verdad en cuanto al cristianismo práctico. Pero lo que llama inmediatamente nuestra atención es la manera tan precisa y hermosa con la que el Evangelio de Dios traza la senda del verdadero creyente entre los dos errores de la legalidad por un lado, y de la relajación carnal por el otro. El versículo 19 del pasaje citado contiene el remedio divino para esos dos peligros mortales. A todos los que intentan poner al cristiano bajo la ley, nuestro apóstol exclama (a oídos de los judíos disimuladores, con Pedro a la cabeza, y como respuesta a todos los maestros de la ley en todo tiempo): “*Soy muerto para la ley*”.

¿Qué tiene que decir la ley a un hombre muerto? Nada. La ley se aplica al hombre vivo para maldecirlo y matarlo porque no la cumplió. Es una grave equivocación enseñar que la ley está muerta o abolida. No es verdad; está viva y con toda su fuerza, con todo su poder restrictivo, con toda su majestad y con toda su inflexible dignidad.

Pero, ¿cómo muere a la ley el creyente? El apóstol responde: “Porque yo por la ley soy muerto para la ley” (Gálatas 2:19). La ley había dictado sentencia de muerte en su conciencia, según lo leemos en Romanos 7: “Y yo sin la ley vivía en un tiempo; pero venido el mandamiento, el pecado revivió y yo morí. Y hallé que el mismo mandamiento que era para vida, a mí me resultó para muerte. Porque el pecado, tomando ocasión por el mandamiento, me engañó, y por él me mató” (v. 9-11).

Pero hay más aun. El apóstol continúa diciendo: “Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí” (Gálatas 2:20). Aquí está la respuesta triunfante del cristiano a los que dicen que, como la ley de Moisés está derogada, ya no hay ninguna demanda en favor de la restricción legal bajo la que los judíos fueron llamados a vivir. A todos los que se refugian en la libertad para disculparse a sí mismos, la respuesta es: “Soy muerto para la ley”, no para dar rienda suelta a la carne, sino “a fin de vivir para Dios” (cap. 2:19).

De modo que nada puede haber más completo y más bello moralmente que la respuesta del verdadero cristianismo a la legalidad, por un lado, y al libertinaje, por otro. En un Cristo crucificado, el propio yo está crucificado y el pecado está condenado. En un Cristo resucitado hay nueva vida, una vida consagrada a Dios, una vida de fe en el Hijo de Dios; y *finalmente, como móvil de esa vida*, está el amor de Cristo que constriñe. ¿Qué puede ser superior a esto? En vista de las glorias morales del cristianismo, ¿quién querría volver a poner a los creyentes bajo la ley, en la carne, en la vieja creación, bajo la sentencia de muerte, bajo la esclavitud, oscuridad, alejamiento, miedo a la muerte y a la condenación?

¿Será posible que el que haya gustado, aunque sea un poco, la celestial dulzura del bendito Evangelio de Dios, acepte el pobre sistema compuesto mitad de ley y mitad de gracia? Qué terrible es encontrar a hijos de Dios, miembros del cuerpo de Cristo y templos del Espíritu Santo, despojados de sus gloriosos privilegios y cargados con un pesado yugo que, según dijo Pedro, “ni nuestros padres ni nosotros hemos podido llevar” (Hechos 15:10). Rogamos encarecidamente al lector cristiano que medite en lo que hemos expuesto. Escudriñe las Escrituras y arroje a un lado la mortaja con la que la cristiandad falsa envuelve a sus seguidores; ande en la libertad con la que Cristo libertó a su pueblo, arranque la venda que cubre los ojos de los hombres y contemple las glorias morales que resplandecen con fulgor celestial en el Evangelio de la gracia de Dios.

Demostremos, por una conducta santa, que la gracia puede hacer lo que la ley no pudo jamás. Ojalá que nuestro comportamiento diario, en medio de las circunstancias, relaciones y asociaciones entre las que debemos vivir, sea la respuesta más convincente a todos los que contienden en favor de la ley como norma de vida.

Finalmente, que nuestro sincero deseo y aspiración sean procurar, en cuanto dependa de nosotros, guiar a todos los queridos hijos de Dios al claro conocimiento de su posición y privilegios en un Cristo resucitado y glorificado. ¡Quiera el Señor mandar su luz y su verdad, por el poder del Espíritu Santo, y juntar a su amado pueblo alrededor suyo para hacerlo andar con el gozo de su salvación, la pureza y luz de su presencia, mientras aguarda su venida!

Obedientes a Jesucristo

No intentaremos excusarnos ante el lector por esta larga desviación, pues nos ha parecido necesario tratar a fondo el importante tema de la obediencia y colocar sobre su verdadero fundamento la doctrina presentada en el primer versículo de este capítulo. Si Israel fue llamado a oír y a ejecutar, cuánto más lo seremos *nosotros*, que somos tan abundantemente bendecidos; sí, bende-

cidos “con *toda* bendición espiritual en los lugares celestiales en Cristo” (Efesios 1:3). Somos llamados a obedecer, a obedecer conforme nos lo dice 1 Pedro 1:2: “Elegidos según la presciencia de Dios Padre en santificación del Espíritu, para obedecer y ser rociados con la sangre de Jesucristo”. Somos llamados a prestar el mismo género de obediencia que caracterizó la vida de nuestro Señor Jesucristo. Por supuesto, en él no había ninguna influencia contraria como por desgracia hay en nosotros; pero, en cuanto al carácter de esa obediencia, es el mismo.

Este es un inmenso privilegio. Somos exhortados a andar en los pasos de Jesús.

El que dice que permanece en él, debe andar como él anduvo

“ (1 Juan 2:6).

Ahora bien, al considerar la senda de nuestro Señor, vemos un hecho que reclama nuestra profunda y reverente atención, y que se relaciona de un modo especial con el libro del Deuteronomio: la manera en que él empleó siempre la Palabra de Dios, la importancia que siempre concedió a las Sagradas Escrituras; ese importante hecho toma un lugar esencial en el hermoso libro que estudiamos; es un rasgo que lo distingue de los tres libros anteriores. A lo largo de él, la Palabra de Dios es señalada como la única regla, modelo, y autoridad para el hombre. Se la presenta en cada situación y relación en que se halle el hombre y en cada campo de su actividad durante toda su historia moral y espiritual. Le dice lo que debe hacer y lo que no; le proporciona amplio consejo en cualquier dificultad. Desciende, según veremos, a los detalles más minuciosos que nos llenan de admiración al pensar que el Altísimo y Todopoderoso Señor que habita en la eternidad pueda tenerlos en cuenta, al pensar que el Omnipotente Creador y Sustentador del vasto universo pueda detenerse a legislar, por ejemplo, acerca del nido de un pájaro (cap. 22:6).

Así es la Palabra de Dios, la incomparable revelación, ese perfecto e inimitable libro que sigue siendo único en la historia de la literatura. Y podemos decir que uno de los encantos especiales del libro del Deuteronomio, uno de sus rasgos característicos más interesantes, es cómo exalta la Palabra de Dios, reforzando en nosotros el deber santo y dichoso de una obediencia ilimitada.

Sí, lo repetimos, y quisiéramos fervientemente poner todo el énfasis posible sobre estas palabras: obediencia ilimitada. Queremos que estas palabras suenen a los oídos de los cristianos profesantes por toda la tierra. Vivimos en días especialmente caracterizados por la glorificación de la razón humana, el criterio humano, y la voluntad humana. Vivimos en lo que el inspirado apóstol llamó “el día del hombre”. Por todas partes oímos y leemos palabras altivas y jactanciosas acerca de la razón humana y del derecho de todos los hombres a razonar y pensar por su pro-

pia cuenta. La idea de que debemos ser absoluta y totalmente gobernados por la autoridad de la Sagrada Escritura es considerada con desdén por miles de hombres que son maestros y guías religiosos de la iglesia profesante.

Afirmar la creencia reverente en la plena inspiración, la completa suficiencia y la autoridad absoluta de la Escritura es suficiente para ser catalogado como una persona ignorante, de entendimiento limitado e inteligencia atrofiada por algunos que ocupan las más altas posiciones en la iglesia profesante. En las universidades, colegios y escuelas, la gloria moral del libro divino está decayendo rápidamente. En vez de guiar a la juventud a la luz de la Sagrada Escritura, se le enseña a andar a la luz de la ciencia y de la razón humana. La misma Palabra de Dios se ve impíamente emplazada ante el juicio humano y reducida al nivel de la comprensión humana. Todo lo que va más allá de la débil visión del hombre, es rechazado.

De este modo la Palabra de Dios es puesta a un lado, pues es evidente que si la Escritura ha de ser sometida al criterio humano, deja de ser la Palabra de Dios. Es el colmo de la locura intentar someter una revelación divina y, por lo tanto, perfecta, a cualquier tribunal, sea el que fuere. O Dios nos ha dado una revelación o no nos la ha dado. Si lo ha hecho, esa revelación debe ser suprema, eminente, por encima y por fuera de toda interrogación, absolutamente incuestionable, infalible y divina; todos deben inclinarse ante su autoridad. Suponer que el hombre es competente para juzgar la Palabra de Dios, o capaz de decidir si es o no digno de Dios lo que él haya dicho o escrito, es sencillamente colocar al hombre en el lugar de Dios. Y esto es precisamente lo que trata de hacer el diablo, aunque muchos de sus instrumentos no se dan cuenta de que le están ayudando en sus designios.

La Escritura, palabra inspirada por Dios

Pero la pregunta reaparece continuamente ante nosotros: «¿Cómo podremos estar seguros de que nuestra Biblia es la revelación verdadera de Dios?». A esto contestaremos que solo Dios puede darnos esta seguridad, si él no lo hace, nadie podrá hacerlo; y si él lo hace, no necesitamos de nadie más. Este es nuestro argumento, y nos parece incontrovertible. Quisiéramos preguntar a todos los que plantean esta impía cuestión (porque así debemos francamente llamarla): Suponiendo que Dios no pueda darnos la absoluta certeza de que la Biblia sea su preciosa revelación, ¿adónde debemos dirigir nuestros ojos? Desde luego que en un asunto tan grave, del que depende nuestro estado temporal y eterno, una sola duda es un suplicio y una desgracia. Si no estoy seguro de tener en la Biblia la revelación de Dios, no podré contar con un solo rayo de luz

en mi camino; estaré sumergido en oscuridad, en tristeza y miseria moral. ¿Qué haré? ¿Puede el hombre ayudarme con sus enseñanzas, su sabiduría o su razón? ¿Puede satisfacer el anhelo de mi alma con sus argumentos, resolver mis dificultades, responder satisfactoriamente a mis preguntas, aclarar mis dudas y disipar mis temores? ¿Será el hombre más capaz que Dios de darme la seguridad de que Él ha hablado? La idea es absolutamente monstruosa. Si Dios no puede darnos la certeza de que él ha hablado, quedamos sin palabra de Él. Si debemos apelar a la autoridad humana –llámese como quiera– a fin de garantizar a nuestras almas la Palabra de Dios, esa autoridad se vuelve para nosotros más elevada, mayor, más segura y más digna de crédito que la misma Palabra a la que garantiza. Pero –bendito sea Dios– no es así; Él nos ha hablado a nuestros corazones, nos ha dado su Palabra. Y esa Palabra lleva en sí misma las credenciales que la autorizan; no necesita para nada las recomendaciones del hombre. ¿Qué? ¿Debemos dirigirnos al hombre para acreditar la Palabra de Dios, a un gusano para obtener de él la certidumbre de que nuestro Dios nos ha hablado en su Palabra? Desechemos para siempre una idea tan blasfema. Que todo nuestro ser moral adore la gracia inigualable, la soberana misericordia que no ha permitido que andemos a tientas en la oscuridad de nuestras propias inteligencias, ni descañados por las contradictorias opiniones de los hombres, sino que nos dio su propia revelación perfecta y preciosa, la divina luz de su Palabra para guiar nuestros pasos por la senda de certidumbre y de paz; para iluminar nuestros entendimientos y consolar nuestros corazones, para preservarnos de toda forma de error doctrinal y depravación moral, y, finalmente, para conducirnos al descanso, bendición y gloria de su reino celestial. ¡Alabado sea su Nombre por todos los siglos!

Pero debemos tener en cuenta que el maravilloso privilegio del que hemos hablado está fundamentado en la responsabilidad más seria. Si es verdad que Dios, en su infinita misericordia, nos ha dado una perfecta revelación de su mente, ¿cuál debe ser entonces nuestra actitud frente a ella? ¿Debemos juzgarla, discutir, argüir o razonar sobre ella? ¡Ay de los que hagan esto! Van a encontrarse en una situación peligrosa. La única actitud verdadera, apropiada y segura para un hombre ante la revelación de Dios es la obediencia; simple, implícita y cordial obediencia. Esto es lo recto para nosotros y es lo que agrada a Dios. La senda de la obediencia es la del más dulce privilegio, descanso y bendición. Esa senda puede ser pisada por el pequeño “hijito” en Cristo, como también por los “jóvenes” y los “padres”. Es la única recta, bendita y segura senda para todos; es estrecha, no hay duda, pero es segura, brillante y elevada. La luz del rostro de nuestro Padre, con sus señales de aprobación, resplandece siempre en ella; y en esa bendita luz el alma obediente encuentra la respuesta más triunfal a todos los reproches de los que le hablan altiva-

mente y con voces retumbantes de amplitud de criterio, liberalidad de pensamiento, libertad de opinión, progreso, desarrollo, y cosas por el estilo. El hijo de Dios obediente puede sufrir todo esto porque siente y conoce, cree y está seguro de que anda en la senda que le ha indicado la preciosa Palabra de Dios. No se preocupa por explicarla o hacer de ella apología alguna, pues está seguro de que los que se oponen son completamente incapaces de entender o apreciar su explicación. Además, siente que no forma parte de su deber explicar o defender su conducta. Él no tiene más que obedecer; y, en cuanto a los que se oponen, solo tiene que remitirlos a su Maestro.

Esto lo vuelve todo sencillo, llano, cierto y libera al corazón de mil dificultades. Si fuéramos a ocuparnos en replicar a todos los que emprenden la tarea de suscitar cuestiones u oponer dificultades, gastaríamos nuestra vida entera en esa tarea tan inútil. Podemos estar seguros de que la mejor respuesta a todos los contradictores incrédulos es la obediencia firme y sincera. Dejemos a los incrédulos, escépticos y racionalistas con sus indignas teorías, mientras nosotros proseguimos con inalterable propósito y paso firme el bendito sendero de una obediencia filial que, como la luz del alba, va en aumento hasta llegar al día perfecto. De este modo, nuestra mente permanecerá tranquila, pues

“ la paz de Dios, que sobrepasa todo entendimiento, guardará nuestros corazones y nuestros pensamientos en Cristo Jesús (Filipenses 4:7). ”

Si la Palabra de Dios, que permanece para siempre en los cielos, está profundamente grabada en nuestros corazones, tendremos una tranquila certidumbre, una santa estabilidad y un marcado progreso en nuestra carrera cristiana; esta será la mejor respuesta posible al contradictor, el más eficaz testimonio a la verdad de Dios y la más evidente y sólida confirmación a todo corazón fluctuante.

El capítulo que estamos considerando abunda en exhortaciones, fundadas en el hecho de que Israel había oído la palabra de Dios. En el segundo versículo tenemos una que debería grabarse profundamente en el corazón de todos los cristianos: “No añadiréis a la palabra que yo os mando, ni disminuiréis de ella”.

Estas palabras encierran dos verdades importantes con respecto a la Palabra de Dios. Nada hay que añadirle, porque no le falta nada; ni nada hay que disminuirle, porque no hay nada que sobre en ella. Todo lo que necesitamos está allí; y de nada podemos prescindir. “No añadas a sus palabras, para que no te reprenda, y seas hallado mentiroso” (Proverbios 30:6). Suponer que al-

go pueda ser añadido a la Palabra de Dios es negar que sea verdaderamente la Palabra de Dios; y, por otra parte, si admitimos la inspiración divina de esta Palabra, no podemos consentir en que se suprima una sola frase de ella. Habría un claro o un blanco en ese libro, que ninguna mano humana podría llenar si una simple cláusula se hubiese traspuesto de su sitio en el canon. Contiene todo lo que necesitamos y, por lo tanto, no debemos añadir nada; lo necesitamos todo, por lo que nada podemos quitar.

¡Cuánta importancia tiene esto hoy día, cuando el hombre quita o añade a la Palabra de Dios! Qué agradable es saber que poseemos un libro tan divinamente perfecto que no se le puede añadir ni una palabra. Desde luego que no nos referimos a las versiones o traducciones, sino a las Escrituras dadas originalmente por Dios, su propia y perfecta revelación, a la que no se le puede dar ni un retoque. Habría sido tan atrevido de parte del hombre querer perfeccionar la creación de Dios la mañana en que todos los hijos de Dios cantaban juntos, como añadir una jota o una tilde a la inspirada Palabra de Dios. Por otro lado, quitar una tilde de ella significaría que el Espíritu Santo escribió lo que no era necesario. De este modo el santo Volumen está divinamente guardado por ambos extremos. Está tan fuertemente defendido que ninguna mano violenta puede tocar su sagrado contenido.

Pero podrá contestarse: «¿Quiere usted decir que toda palabra desde el comienzo del Génesis hasta el fin del Apocalipsis es divinamente inspirada?». Sí, eso es exactamente lo que queremos decir. Insistimos en que todas las líneas contenidas entre las tapas del Libro sagrado es de origen divino. Negar esto sería derribar los mismos pilares de la fe cristiana. Un solo defecto en el canon sería suficiente para probar que no es de Dios. Tocar una sola piedra del arco sería hacer caer en ruinas todo el edificio.

“ Toda la Escritura es inspirada por Dios, (y siendo así, debe ser) útil para enseñar, para redargüir, para corregir, para instruir en justicia, a fin de que el hombre de Dios sea perfecto, enteramente preparado para toda buena obra
(2 Timoteo 3:16-17).

Este baluarte no puede rendirse nunca, sino debe ser tenazmente defendido contra el asalto del impío. Si se abandonara, todo se perdería definitivamente; no tendríamos nada en que apoyarnos. O la Palabra de Dios es perfecta o nos quedamos sin ningún fundamento para nuestra fe. Si hubiera una palabra *de más* o una palabra *de menos* en la revelación que Dios nos ha dado, es-

taríamos verdaderamente expuestos a ser impulsados al embravecido y tumultuoso océano de la incredulidad, como un buque sin brújula, sin timón o sin carta de navegación. Si no tenemos una revelación absolutamente perfecta, somos los más miserables de todos los hombres.

A veces se nos desafía con preguntas como esta: «Pero, ¿cree usted que la larga lista de nombres en los primeros capítulos del primer libro de Crónicas, esas tablas genealógicas, son divinamente inspiradas? ¿Fueron escritas para nuestra enseñanza? Y si es así, ¿qué podemos aprender por medio de ellas?». Declaramos sin titubear nuestra fe reverente en la inspiración de todo ello, y no tenemos duda alguna de que su valor, interés e importancia quedarán plenamente demostrados en su día en la historia de aquel pueblo al que se refieren.

Luego, en cuanto a lo que podemos aprender de esos registros genealógicos, creemos que nos enseñan una lección muy importante sobre el fiel cuidado que Dios tiene de su pueblo Israel y su interés por todo lo que les concierne. Vela por ellos, de generación en generación, aunque estén esparcidos y perdidos al ojo humano. Él sabe todo acerca de “las doce tribus”, y a su debido tiempo las manifestará y las plantará en la heredad que les destinó, en la tierra de Canaán, de acuerdo con la promesa hecha a Abraham, Isaac y Jacob.

Ahora, pues, todo esto está lleno de instrucción para nosotros y de consuelo para nuestras almas. El hecho de observar los cuidados minuciosos y la vigilancia que Dios tiene con respecto a su pueblo terrenal, ¿no sirve para confirmarnos en nuestra fe? Por supuesto que sí, porque nuestros corazones deben interesarse por todo cuanto concierne a nuestro Padre. El hijo que ame a su padre tendrá interés en todo lo que se refiere a él, y se deleitará en leer cada línea que proceda de la pluma de su padre.

No queremos ser mal comprendidos, no intentamos decir de ningún modo que todas las porciones de la Palabra de Dios tienen el mismo interés y la misma importancia para nosotros. No pretendemos afirmar que debe despertar el mismo interés el capítulo 1 del primer libro de Crónicas que el capítulo 17 de Juan o el 8 de la epístola a los Romanos. Apenas parece necesario hacer esa aclaración, puesto que esa no se cuestiona. Pero lo que aseguramos es que cada una de esas partes de la Escritura es divinamente inspirada. Y no solo esto, sino que, además, como cada porción de la Palabra es inspirada por Dios, ella tiene su especial utilidad para nosotros, pues evidentemente Juan 17 no puede llenar la finalidad de Romanos 8.

Por último debemos recordar que no somos competentes para juzgar qué es digno y qué no lo es de ocupar un sitio en el inspirado canon de las Escrituras. Somos ignorantes y cortos de vista; la misma porción que podría parecernos ser inferior a la dignidad de la inspiración, puede tener un alcance muy importante en la historia de los designios de Dios para con el mundo en general o para con su pueblo en particular.

Lo anterior se resume en que, al igual que toda alma verdaderamente piadosa, que toda mente espiritual, creemos en la inspiración divina de todas las líneas de nuestra preciosa Biblia. Y creemos esto no por razón de autoridad humana. Creer en la Sagrada Escritura porque esté acreditada por alguna autoridad en la tierra equivaldría a colocar esa autoridad por encima de la Santa Escritura, pues el que garantiza tiene siempre más peso y más valor que la cosa garantizada. De ahí que el hecho de buscar la autoridad humana para confirmar la Palabra de Dios sería como usar una lamparilla eléctrica para demostrar que el sol brilla.

No, lector, debemos ser claros y decididos en esto. La inspiración plena de las Santas Escrituras es una verdad fundamental que debemos defender con más cariño que a la propia vida. Así tendremos con qué responder a la fría audacia del escepticismo moderno, del racionalismo y de la incredulidad. No queremos decir que así sea fácil convencer a los incrédulos. Dios se entenderá con ellos, según sus propios designios, y les convencerá con sus irrefutables argumentos a su debido tiempo. Discutir con hombres así es tiempo y trabajo perdido, pero estamos convencidos de que la respuesta más digna y eficaz a la incredulidad en todos sus matices es la calma y el reposo del corazón que descansa en la bendita seguridad de que “toda la Escritura es inspirada por Dios”. Y también: “Las cosas que se escribieron antes, para nuestra enseñanza se escribieron, a fin de que por la paciencia y la consolación de las Escrituras, tengamos esperanza” (Romanos 15:4). La primera cita prueba que la Escritura procede de Dios; la segunda demuestra que ella ha sido dirigida a nosotros. Ambas tienden a probar que no debemos añadir ni quitar nada a la Palabra de Dios. Nada falta y nada hay que sea superfluo. ¡Alabado sea Dios por esta sólida verdad fundamental y por todo el consuelo que da al creyente!

Lo que Israel debía ser para las otras naciones

Continuaremos citando algunos de los pasajes del capítulo cuarto de Deuteronomio que hacen resaltar notablemente el valor, la importancia y la autoridad de la Palabra de Dios. En ellos veremos que no se trata tanto de ordenanzas especiales, ritos o ceremonias, sino de la gravedad, solemnidad y dignidad de la misma Palabra de Dios.

“Mirad, yo os he enseñado estatutos y decretos, como Jehová mi Dios me mandó, para que hagáis así en medio de la tierra en la cual entráis para tomar posesión de ella” (v. 5). Su conducta debía ser determinada por los mandatos divinos. ¡Este es un principio de gran alcance para ellos, para nosotros y para todos! “Guardadlos, pues, y *ponedlos por obra*; porque *esta es vuestra sabiduría y vuestra inteligencia* ante los ojos de los pueblos, los cuales oirán todos estos estatutos, y dirán: Ciertamente pueblo sabio y entendido, nación grande es esta” (v. 6).

Pesemos detenidamente estas palabras; la sabiduría y la inteligencia de ellas debían consistir simplemente en guardar y practicar los estatutos y decretos divinos. Su sabiduría había de desplegarse no con argumentos ni eruditas controversias, sino mediante una obediencia filial. Toda la sabiduría radicaba en los estatutos y decretos, no en los pensamientos o razonamientos respecto a los mismos. La profunda y maravillosa sabiduría de Dios se veía en su Palabra, y esto era lo que las naciones debían ver y admirar en la conducta de Israel. La luz de aquellos divinos estatutos resplandeciendo en la conducta y el carácter del pueblo de Dios era lo que había de producir el testimonio de admiración de las naciones de alrededor.

Pero, lamentablemente, sucedió todo lo contrario. ¡Qué poco aprendieron las naciones del mundo acerca de Dios y de su Palabra en los hechos de Israel! Sí, el Nombre de Dios fue blasfemado continuamente por la conducta del pueblo. En vez de ocupar la alta, santa y feliz posición de obediencia amorosa a los mandamientos divinos, descendieron al nivel de las naciones que estaban a su alrededor, adoptaron sus costumbres, adoraron a sus dioses y anduvieron en sus caminos; de tal modo que esas naciones, en vez de ver la sublime sabiduría, pureza y gloria moral de los estatutos divinos, vieron solo la debilidad, locura y degradación moral de un pueblo que se jactaba de ser el depositario de las revelaciones que les condenaban a ellos mismos (Romanos 2-3).

No obstante, bendito sea Dios, su Palabra debía permanecer para siempre, aun cuando su pueblo fracasara en obedecerle. Su norma es perfecta y, por lo tanto, jamás debe ser rebajada; y, si bien el poder de su Palabra no fue demostrado en la conducta de su pueblo, brilló mediante la condena de esa misma conducta, y permanecerá para guía, consuelo, fuerza y bendición de cualquiera que desee seguir la senda de la obediencia.

En el capítulo que nos ocupa, el legislador procura presentar ante el pueblo el patrón o la medida divina en toda su dignidad y gloria moral. Sin dejar de desplegar ante ellos el verdadero efecto de la obediencia, les previene solemnemente contra el peligro de dar la espalda a los santos mandamientos de Dios. Oigamos las reflexiones dirigidas a sus corazones: “Porque ¿qué nación

grande hay que tenga dioses tan cercanos a ellos como lo está Jehová nuestro Dios en todo cuanto le pedimos? Y ¿qué nación grande hay que tenga estatutos y juicios justos como es toda esta ley que yo pongo hoy delante de vosotros?” (v. 7-8).

Aquí está la verdadera grandeza moral en todos los tiempos, en todo lugar, para una nación, para un pueblo, para una familia o para un individuo: tener al Dios vivo junto a nosotros; tener el dulce privilegio de rogarle en todas las circunstancias; tener su poder y su misericordia siempre ejerciendo hacia nosotros; tener la luz de su bendito rostro brillando con aprobación sobre nosotros en todos nuestros caminos; ver el efecto moral de sus rectos estatutos y santos mandamientos en nuestra carrera práctica de cada día; tenerle manifestándose a nosotros y morando en nosotros por el Espíritu.

¿Qué lenguaje humano puede expresar de una manera adecuada la profunda felicidad de poseer esos privilegios? Y, sin embargo, por gracia infinita, son puestos al alcance de todo hijo de Dios sobre la faz de la tierra. No queremos decir que todos los hijos de Dios goce de ellos. Están reservados, como ya dijimos, para los que ofrecen una obediencia amante, cordial y reverente a la Palabra de Dios. Ese es el precioso secreto en esta materia. Así fue para Israel en la antigüedad, y lo es también para la Iglesia en la actualidad; la complacencia divina es la recompensa inapreciable que corresponde a la obediencia. Y, además, la obediencia es el deber indispensable y el elevado privilegio de todo el pueblo de Dios y de cada creyente en particular. Pase lo que pase, la obediencia implícita es nuestro privilegio y nuestro deber; la complacencia divina nuestra recompensa presente y dulce.

No olvides...

Pero el pobre corazón humano está expuesto a fallar y a sufrir las múltiples influencias que actúan sobre nosotros para apartarnos de la estrecha senda de la obediencia. No nos sorprendamos, pues, de las solemnes y repetidas amonestaciones de Moisés a sus oyentes. Ante esta congregación que le era tan querida, ensancha su corazón amante con palabras ardientes que conmueven el alma. “Por tanto”, –dice él– “guárdate, y guarda tu alma con diligencia, para que no te olvides de las cosas que tus ojos han visto, ni se aparten de tu corazón todos los días de tu vida; antes bien, las enseñarás a tus hijos, y a los hijos de tus hijos” (v. 9).

Estas palabras son graves para todos nosotros. Nos ponen delante dos cosas de gran importancia: responsabilidad individual y doméstica, por un lado, y testimonio personal y familiar, por el otro. En la antigüedad, el pueblo de Dios estaba obligado a guardar su alma con toda diligen-

cia, pues de lo contrario se olvidaría de la preciosa Palabra de Dios; y, además, los israelitas estaban solemnemente obligados a instruir en ella a sus hijos y nietos. ¿Estamos nosotros, con todas nuestras luces y privilegios, menos obligados que el Israel de la antigüedad? Por cierto que no. Se nos exhorta a entregarnos al cuidadoso estudio de la Palabra de Dios y a dedicar nuestros corazones a ella. No basta leer de prisa unos versículos o un capítulo, como si se tratara de alguna rutina diaria religiosa; esto de nada sirve. Debemos hacer de la Biblia el motivo de nuestro serio y profundo estudio para nuestro placer y edificación.

Es de temer que muchos de nosotros leamos la Biblia como un deber, mientras nos deleitamos y nos recreamos leyendo periódicos y literatura frívola. ¿Puede sorprendernos, entonces, nuestro superficial conocimiento de la Escritura? ¿Cómo podemos saber algo de las profundidades vivas o glorias morales de un libro que abrimos simplemente como un deber y del que leemos unos cuantos versículos con soñolienta indiferencia?

Quizá se responda: «No podemos leer siempre la Biblia». Los que así hablan, ¿dirían acaso: «No podemos leer siempre el periódico o la novela»? Y yendo más allá en nuestra pregunta, diríamos: ¿Cuál será el estado de una persona que dice que no puede leer siempre la Biblia? ¿Goza de buena salud espiritual, ama realmente la Palabra de Dios, puede tener una idea cabal de sus excelencias, sus preciosidades, su gloria moral? Imposible.

¿Qué significan las siguientes palabras dirigidas a Israel: “Por tanto, pondréis estas mis palabras en vuestro corazón y en vuestra alma, y las ataréis como señal en vuestra mano, y serán por frontales entre vuestros ojos”? (cap. 11:18). El “corazón”, el “alma”, la “mano”, los “ojos”, todo está ocupado con la preciosa Palabra de Dios. Esta era una realidad; no debía ser un formalismo vacío, ni una rutina estéril. El hombre debía entregarse por completo con devoción santa a los estatutos y juicios del Señor.

¿Qué lugar ocupa la Palabra en nuestros corazones, nuestras casas y nuestros hábitos?

“Y las enseñaréis a vuestros hijos, hablando de ellas cuando te sientes en tu casa, cuando andes por el camino, cuando te acuestes, y cuando te levantes, y las escribirás en los postes de tu casa, y en tus puertas” (cap. 11:19-20). Y nosotros, cristianos, ¿comprendemos el alcance de tales palabras? ¿La Palabra de Dios goza de una estima tan grande en nuestros corazones, en nuestros hogares y en nuestras costumbres? Los que entran en nuestras casas o están en contacto permanente con nosotros, ¿ven que la Palabra de Dios está sobre todo en nuestras vidas? Aquellos con

los cuales nos relacionamos, ¿pueden ver que somos gobernados por los preceptos de la Santa Escritura? Nuestros familiares y amigos, ¿pueden ver que vivimos en la verdadera atmósfera de la Escritura y que nuestro carácter está formado y gobernado por ella?

Amado lector cristiano, estas preguntas escudriñan nuestros corazones. No las alejemos de nosotros. Podemos estar seguros de que no hay indicador más fiel para nuestro estado moral y espiritual que el que nos proporciona el trato que damos a la Palabra de Dios. Si no la amamos, no sentimos sed de ella, ni delicia en su lectura, ni anhelo por la hora de calma en que podemos estar inclinados sobre sus páginas sagradas y beber sus muy enseñanzas preciosas, si no respiramos su santa atmósfera, entonces necesitamos urgentemente analizar bien nuestro estado espiritual, porque desgraciadamente no es bueno. La nueva naturaleza ama la Palabra de Dios, la desea ardientemente, según leemos en 1 Pedro 2:2 :

“ Desead, como niños recién nacidos, la leche espiritual no adulterada, para que por ella crezcáis para salvación.

Esta es la verdadera idea. Si no buscamos con afán la pura leche de la Palabra, si no bebemos de ella con diligencia y no nos alimentamos con ella, el estado de nuestra alma declina. Quizá no haya nada exteriormente reprobable en nuestra conducta, tal vez públicamente no deshonremos al Señor con nuestro comportamiento, pero afligiremos su corazón por ser negligentes con su Palabra, lo que equivale a ser negligentes con su Persona. Es el colmo de la *locura* hablar de nuestro amor por Cristo si no amamos su Palabra ni vivimos de acuerdo a ella. Es un engaño creer que la nueva vida pueda estar en un estado sano y próspero cuando la Palabra de Dios es descuidada en el ámbito personal y familiar.

Desde luego, no queremos decir que no debemos leer ningún otro libro más que la Biblia; si así fuera, no escribiríamos estos «Estudios»; pero nada requiere mayor vigilancia que la elección de nuestras lecturas. Todas las cosas deben hacerse en el nombre de Jesús y para la gloria de Dios; y la lectura está entre esas cosas. No debemos leer ningún libro que no sea para la gloria de Dios, y cuya lectura no podamos pedir que sea bendecida.

Sentimos que este tema reclama la más seria consideración por parte de todos los hijos de Dios. Esperamos que el Espíritu Santo obre a través de esta meditación para despertar nuestros corazones y nuestras conciencias en cuanto al lugar que debe ocupar la Palabra de Dios en nuestra vida diaria.

Si ella tiene su debido lugar en el corazón, lo tendrá también en el hogar. Pero si no hay reconocimiento práctico de la Palabra de Dios en el seno de la familia, es difícil creer que lo haya en el corazón. Los jefes de familia deberían reflexionar seriamente al respecto. En cada hogar cristiano debería haber un reconocimiento diario de Dios y de su Palabra. Quizás algunos considerarán la lectura bíblica regular en familia como una servidumbre molesta, un acto legalista o una rutina religiosa. A los que hacen esta objeción les preguntamos: ¿Es un acto de servidumbre reunirse en familia para las comidas? Juntar a la familia alrededor de la mesa, ¿se considera como un deber molesto, o un acto fastidioso de rutina? Por cierto que no, si el ambiente familiar es bueno. ¿Por qué, entonces, el jefe de un hogar cristiano consideraría el hecho de reunir a los suyos para leer juntos algunos versículos de la Palabra de Dios y orar ante el trono de la gracia como una cosa molesta? Esa costumbre está perfectamente de acuerdo con las enseñanzas del Antiguo como del Nuevo Testamento, y es santa, bendita y agradable a los ojos de Dios.

¿Qué pensaríamos de un cristiano profesante que nunca orara ni leyera la Palabra de Dios en privado? ¿Podríamos considerarlo como un verdadero cristiano, feliz y espiritualmente sano? Ciertamente que no. Hasta podríamos dudar de la presencia de la vida divina en él. La oración y la Palabra de Dios son absolutamente esenciales para una vida cristiana sana y vigorosa; el hombre que habitualmente las descuida debe encontrarse en estado de muerte espiritual.

Y si estas son las consecuencias para un individuo, ¿qué ocurrirá con una familia en la que no haya lectura, ni oración, ni reconocimiento en común de Dios y de su Palabra? ¿Podemos concebir la idea de que en un hogar cristiano se viva día tras día sin recordar colectivamente a Aquel a quien le debemos todo? Se atiende a todos los deberes domésticos, la familia se reúne a la mesa, pero nadie piensa en convocar a todos los de la casa para reunirse alrededor de la Palabra de Dios o del trono de la gracia. Por eso nos preguntamos, ¿qué diferencia hay entre una familia así y la de un pagano? ¿No es muy triste ver vivir alejados de un deber y un privilegio tan bendito a los que profesan públicamente ser cristianos y ocupan su lugar a la mesa del Señor?

La lectura en familia y el testimonio que resulta de ello

Lector, ¿es usted cabeza de familia? En caso afirmativo, ¿cuál es su criterio al respecto y su conducta? ¿Lee regularmente la Biblia con su familia? Si no es así, permítanos preguntarle por qué no indaga cuál es el verdadero origen de esto. ¿Se ha apartado su corazón de Dios, de su Palabra y de sus caminos? ¿Lee y ora *en privado*; ama la Palabra y la oración; encuentra placer en ellas? Si es así, ¿entonces por qué las descuida en el círculo familiar? Tal vez de como excusa su timidez.

En ese caso, pida al Señor que le conceda la fuerza para vencer esa debilidad. Cuente con su gracia segura e infalible; reúnanse con su familia a cierta hora, cada día; lea algunos versículos de la Escritura y haga una corta oración; si no puede hacer esto al principio, entonces arrodílese con su familia por unos momentos en silencio ante el trono de la gracia.

Querido amigo, empiece hoy, pidiendo la ayuda de Dios, quien se la dará con toda seguridad, pues él nunca decepciona a un corazón confiado y sumiso. No continúe por más tiempo descuidando la Palabra de Dios en el círculo familiar; eso es realmente triste. No se deje detener ni un instante por objeciones como servidumbre, legalidad o formalismo. ¡Bendita servidumbre!, si realmente fuese una servidumbre leer la Palabra.

Sin embargo, cuídese de que este momento de devoción no se vuelva largo y pesado. Por regla general, tanto en nuestros hogares como en las reuniones públicas, las oraciones breves y fervorosas son mucho más edificantes; pero esto es, por supuesto, una cuestión libre. La duración y el carácter de estos servicios debe dejarse al criterio del que lo toma a su cargo. Si estas palabras son leídas por algún jefe de familia que haya descuidado el santo privilegio de leer y orar en familia, en adelante no siga haciéndolo. Ojalá que pueda decir, como Josué:

Yo y mi casa serviremos a Jehová



(Josué 24:15).

Obviamente, no queremos dar a entender que el simple hecho de la lectura en familia abarque toda la frase: “Serviremos a Jehová”. Esta comprende todo cuanto se relaciona con nuestra vida privada. Incluye los detalles más pequeños de nuestra vida práctica diaria. Nada puede andar bien en un hogar en el que la lectura y la oración en familia son descuidadas u omitidas.

Puede objetarse que hay muchas familias que aparentemente no descuidan la lectura y la oración mañana y noche, y sin embargo, toda su vida práctica es una clara contradicción respecto a eso. Puede ser que el jefe del hogar, en vez de ser modelo en el círculo familiar, sea histérico, de malos modales, tosco y que siempre contradice a su mujer, dominante y severo con los hijos, poco razonable y exigente con sus criados, descontento con lo que se sirve a la mesa, pese a haber invocado la bendición de Dios sobre ello; en suma, hace todo lo contrario de lo que enseña la Palabra que leyó junto con *su familia*. Otro tanto podríamos decir de la esposa, los hijos y los criados. Toda la economía del hogar está fuera de quicio; reina el desorden y la confusión, la falta de consideración mutua; los niños son rudos, egoístas y tercos, los criados son negligentes, derrochadores y desobedientes. En otras palabras, el tono y el ambiente del hogar son anticristianos.

Sigamos oyendo el testimonio de los que tienen negocios con el jefe de familia fuera del hogar: se quejan de la calidad de las mercancías, critican su avaricia, su ambición y sus astucias; no hay nada de Dios, nada de Cristo, nada que lo distinga de los demás mundanos que le rodean; sí, nada que lo distinga de los que nunca pensaron en reunirse diariamente con su familia para leer la Escritura y orar a Dios. Estos bien podrían avergonzarle.

Basándonos en estas circunstancias dolorosas y humillantes, ¿qué *pensaremos* de este momento de lectura y oración en familia? Lamentablemente es un formalismo vacío, un hecho vergonzoso sin poder ni dignidad; en lugar de ser un sacrificio de mañana y noche, es una mentira, una solemne burla, un insulto a Dios.

Tristemente, hay una terrible falta de testimonio en el hogar y de justicia práctica en nuestras familias y en nuestras casas. Existe muy poco del vestido blanco de lino fino que es la justicia de los santos. Parece que olvidamos las palabras del apóstol Pablo en Romanos 14:17: “Porque el reino de Dios no es comida ni bebida, sino *justicia*, paz y gozo en el Espíritu Santo”. Parece ser que, cuando encontramos la palabra “justicia”, algunos creen que necesariamente debe significar la justicia de Dios en la que vivimos, o la justicia que nos es imputada, pero este es un grave error. Recordemos que existe un lado práctico y humano en esta cuestión; hay un lado subjetivo además del objetivo: la conducta, así como la posición en que estamos, el momento actual así como la posición eterna.

Esas cosas no deben separarse jamás. ¿De qué servirá establecer o mantener una forma de religión cuando el testimonio en el hogar está en ruinas? Terminar el día con el llamado devocional familiar cuando ese día se ha vivido en la impiedad y la injusticia, la frivolidad y la vanidad, es una repugnante caricatura. ¿Puede haber algo más deforme e inconsecuente que una noche malgastada en canciones y diversiones mundanas, y terminada con un fragmento de religión en forma de lectura bíblica y oración?

Toda esa serie de hechos es lamentable; y nunca se debería relacionar con el santo Nombre de Cristo, con su Iglesia o con la santa comunión a su Mesa. Debemos medir todo en nuestra vida privada, en nuestra conducta diaria, en nuestras relaciones sociales y en todos nuestros negocios con un único patrón: la gloria de Cristo. La única pregunta que debemos formularnos ante cualquier cosa que se nos presente o que requiera nuestra atención debe ser: «¿Es esto digno del santo Nombre que llevo?». Si no es así, apartémonos; sí, volvámosle la espalda con decisión firme y huyamos con energía santa. No atendamos a la despreciable pregunta: «¿Qué mal hay en

eso?». Ningún corazón verdaderamente devoto concebirá esa pregunta y menos aun la propondrá. Cuando usted oiga a alguien hablar así, ya puede deducir que Cristo no es el móvil que gobierna su corazón.

Esperamos que el lector no esté cansado por la exposición de estas verdades prácticas. Creemos que deben decirse a plena voz en estos días de tanta profesión. Necesitamos considerar con atención nuestros caminos, a fin de ver con claridad el estado real de nuestro corazón con respecto a Cristo; porque en eso consiste el verdadero secreto de toda la cuestión. Si el corazón no es fiel, nada andará bien en la vida privada, en la familia, en las relaciones laborales ni en la asamblea. Si nuestro corazón es fiel a Cristo, *todo* irá bien.

No es de extrañar, pues, que el apóstol Pablo, al terminar la primera epístola a los Corintios, la resuma en esta solemne declaración: “El que no amare al Señor Jesucristo, sea anatema. El Señor viene” (1 Corintios 16:22). En el curso de su epístola, Pablo se refiere a las diferentes formas de errores doctrinales y de depravación moral; pero cuando llega al fin, en vez de pronunciar su solemne sentencia sobre cualquier error en particular, la lanza con santa indignación contra todo aquel que no ama al Señor Jesucristo. El amor a Cristo es la gran salvaguardia contra cualquier forma de error y de mal. El corazón lleno de Cristo no tiene lugar para otra cosa; pero si no hay amor hacia él, tampoco hay ninguna seguridad contra el más disparatado error o forma de mal moral.

Enseñarán a sus hijos

Volvamos a nuestro capítulo.

De una manera especial se llama la atención del pueblo para que recuerde las solemnes escenas desarrolladas en el monte Horeb, escenas que debieron haber quedado profundamente grabadas en sus corazones. “El día que estuviste delante de Jehová tu Dios en Horeb, cuando Jehová me dijo: Reúneme el pueblo, para que yo *les haga oír mis palabras*”. La mayor y más importante cuestión para Israel en la antigüedad, como para la Iglesia y para cada creyente en particular en cualquier tiempo y lugar, es ser llevados a un contacto directo y vivo con la eterna Palabra de Dios: “mis palabras, las cuales aprenderán, para temerme todos los días que vivieren sobre la tierra, y *las enseñarán a sus hijos*” (v. 10).

Es muy hermoso observar la relación estrecha que hay entre oír la Palabra de Dios y temer a su Nombre. Es uno de esos grandes principios esenciales que nunca cambian, que jamás pierden su fuerza o su valor intrínseco. La Palabra y el Nombre van juntos; el corazón que ama la primera, reverencia al segundo y se inclina a su santa autoridad en todo.

El que no me ama, no guarda mis palabras

“ (Juan 14:24).

“El que dice: Yo le conozco, y no guarda sus mandamientos, el tal es mentiroso, y la verdad no está en él; pero el que guarda su palabra, en este verdaderamente el amor de Dios se ha perfeccionado” (1 Juan 2:4-5). Todo el que ama a Dios de verdad atesorará su Palabra en el corazón; y en cualquier corazón donde esa palabra se guarde con amor, su influencia se manifestará en todos los actos de su vida. El propósito de Dios al darnos su Palabra es que esta gobierne nuestra conducta, forme nuestro carácter e ilumine nuestro camino. Si su Palabra no produce esos efectos prácticos en nosotros, es porque no amamos al Señor ni estamos en él.

Notemos especialmente la solemne responsabilidad de Israel con sus hijos. No solamente debían “oír” y “aprender” ellos mismos, sino que también debían “enseñar” a sus hijos. Este es un deber universal y continuo que no puede ser descuidado impunemente, porque Dios da mucha importancia a este asunto. Le oímos decir de Abraham:

“ Porque yo sé que mandará a sus hijos y a su casa después de sí, que guarden el camino de Jehová, haciendo justicia y juicio, para que haga venir Jehová sobre Abraham lo que ha hablado acerca de él (Génesis 18:19).

Estas palabras ponen ante nosotros cómo estima Dios la enseñanza en el hogar y la piedad en la familia. En todas las épocas y en todas las dispensaciones, Dios se ha complacido en expresar su aprobación a la debida educación de los hijos de su pueblo, a su fiel enseñanza de acuerdo con su santa Palabra. En ninguna parte de la Escritura vemos que se permita que los hijos crezcan en la ignorancia, en el abandono y en la obstinación. Algunos que profesan ser cristianos, bajo la mortífera influencia de cierta escuela teológica, creen que el instruir a sus hijos en la verdad del Evangelio es, hasta cierto punto, entremeterse en cosas que corresponden a la soberanía de Dios, en cuanto a sus planes y propósitos. Juzgan que los niños deben ser dejados libres a la acción del Espíritu Santo, quien seguramente actuará en el momento oportuno, si en realidad son de los elegidos por él, y, si no lo son, todo esfuerzo humano es inútil.

Ahora bien, con toda la fidelidad debida a la verdad de Dios y a las almas de nuestros lectores, debemos dar nuestro más terminante y firme testimonio contra esta perversión del tema que hemos expuesto. No hay nada más dañino y perjudicial por sus efectos sobre la conciencia, el corazón, la vida, el carácter moral y la conducta, que una teología parcial. Jamás creeremos haber prevenido lo bastante al lector en contra de ese doloroso mal, que solo puede conducir a los resultados más desastrosos. Hemos conocido las consecuencias lamentables de esta línea de conducta; hemos visto hijos de padres cristianos que crecieron en la ignorancia de las cosas divinas, en el descuido, en la apatía y en manifiesta incredulidad. Si a esos padres se les dirigía alguna palabra de amonestación, respondían: «No podemos hacer cristianos a nuestros hijos, tampoco debemos hacerlos formalistas o hipócritas. Esa es una obra divina o no es nada. Cuando llegue el tiempo dispuesto por Dios, él los llamará, si están entre el número de sus elegidos. Si no, todo esfuerzo será inútil».

Este argumento induce al labrador a no arar la tierra ni sembrar la semilla. Es evidente que este no puede hacer que la semilla germine o fructifique; tan imposible le sería hacer crecer un grano de trigo como crear el universo. Pero, por eso, ¿va a dejar de arar y sembrar?, ¿se sentiría impulsado a cruzarse de brazos y decir: «No puedo hacer nada. Ningún esfuerzo de mi parte puede hacer que el grano crezca. Esa es una operación de Dios, por lo tanto, debo esperar hasta que Dios lo disponga»? ¿Hay algún agricultor que piense y obre así? Seguro que no, a no ser que esté loco, porque cualquier persona normal sabe que arar y sembrar son actos que preceden a la siega, y que si primero no se hacen, sería el colmo de la locura esperar una cosecha.

Lo mismo ocurre con la educación de nuestros hijos. Sabemos que Dios es soberano; creemos en sus consejos y propósitos eternos. Reconocemos plenamente las grandes doctrinas de la elección y de la predestinación, que son tan ciertas como la existencia de Dios, o como la verdad de que Cristo murió y resucitó. Además, sabemos que el nuevo nacimiento es necesario para todos, sin excepción; y ese nuevo nacimiento es totalmente una obra divina efectuada por el Espíritu Santo, por la Palabra, según nos lo enseña claramente la conversación de nuestro Señor con Nicodemo, en Juan 3, así como en Santiago 1:18 y en 1 Pedro 1:23.

Todas estas verdades preciosas, ¿atenúan la solemne responsabilidad de los padres cristianos acerca de enseñar y dirigir con diligencia y fidelidad a sus hijos desde su tierna edad? Por supuesto que no; y desdichados los padres que por cualquier motivo, ya sea por un concepto teológico parcial, por la aplicación errónea de un texto de la Escritura o por cualquier otra causa, niegan su responsabilidad y descuidan su deber claro y preciso en un asunto tan santo. Es verdad

que no podemos hacer cristianos a nuestros hijos, como tampoco debemos hacerlos formalistas o hipócritas, pero no se espera de nosotros que *hagamos* una cosa así. Somos exhortados sencillamente a cumplir nuestro deber hacia ellos y dejar los resultados en las manos de Dios. Somos enseñados y mandados a educar a nuestros hijos “en disciplina y amonestación del Señor” (Efesios 6:4). ¿Cuándo debe comenzar esa educación y debemos empezar la tarea de educar a nuestros pequeños? Desde el principio; en el mismo instante en que entramos en una relación, también lo hacemos en la responsabilidad que esa relación implica. No podemos negar ese deber, ni desecharlo. Podemos descuidarlo y entonces tendremos que segar las tristes consecuencias de nuestro descuido. Bendito sea Dios que su gracia nos basta en esta posición como en todas las demás, y

“ Si alguno de vosotros tiene falta de sabiduría, pídala a Dios, el cual da a todos abundantemente y sin reproche, y le será dada (Santiago 1:5).

No somos capaces por nosotros mismos de pensar o hacer algo en este asunto de tanta importancia; nuestra capacidad proviene de Dios, él satisfará todas nuestras necesidades. Debemos sencillamente esperar de él lo necesario para las exigencias de cada momento.

Pero hemos de cumplir nuestro deber. A algunos no les gusta la palabra «deber», tan corriente; piensan que tiene un tono legalista. Esperamos que el lector no lo crea así, ya que es un grave error. Esa palabra es muy sana y moralmente saludable, y los verdaderos cristianos deben amarla. Podemos contar con Dios solamente en la senda del deber; hablar de confianza en Dios estando fuera de esa senda es una concepción mezquina e ilusoria. Y en el asunto de la paternidad, descuidar nuestro deber es atraer sobre nosotros las más desastrosas consecuencias.

El tema de la educación cristiana puede resumirse en estas dos breves frases: «Cuenta con Dios para educar a tus hijos, y educa a tus hijos para Dios». Aceptar la primera sin la segunda es antinomianismo; aceptar la segunda sin la primera es legalismo; aceptar las dos al mismo tiempo es cristianismo práctico y sano, verdadera religión a los ojos de Dios y de los hombres.

Contar con Dios, con toda la confianza posible, para todo lo que atañe a sus hijos, es el dulce privilegio de todos los padres cristianos. Pero debemos tener presente que en el gobierno o ministerio de Dios existe un vínculo que establece relación entre ese privilegio y la responsabilidad

en cuanto a la educación. El padre cristiano que habla de contar con Dios para la salvación de sus hijos y para la integridad moral de su futuro en este mundo, y olvida o descuida el deber de educarlos, padece una ilusión fatal.

A todos los padres cristianos, pero muy especialmente a aquellos que felizmente acaban de serlo, les advertimos del peligro de endosar a otros los deberes que tenemos con nuestros hijos, o de desatenderlos por completo. No nos agradan las molestias que nos causan; deseamos alejarnos de las ansiedades que ellos nos producen; pero encontraremos que las molestias, las ansiedades y los disgustos causados por el descuido de nuestro deber serán mil veces peores que las soportadas en el cumplimiento del mismo. Para todos los que aman al Señor hay una profunda satisfacción en seguir la senda del deber. Cada paso dado en ese camino fortalece nuestra confianza para continuar adelante. En ese caso, siempre podemos contar con los recursos infinitos que tenemos en Dios cuando guardamos sus mandamientos. Debemos recurrir día tras día, hora tras hora, al tesoro inagotable de nuestro Padre y tomar de allí lo que necesitemos en cuanto a gracia, sabiduría y poder moral para desempeñar rectamente las santas funciones de nuestro parentesco. “Él da mayor gracia” (Santiago 4:6). Pero si nosotros, en vez de buscar gracia para cumplir nuestro deber, buscamos la comodidad, sencillamente vamos amontonando un cúmulo de agobios que algún día caerán pesadamente sobre nosotros. “No os engañéis; Dios no puede ser burlado: pues todo lo que el hombre sembrare, eso también segará. Porque el que siembra para su carne, de la carne segará corrupción; mas el que siembra para el Espíritu, del Espíritu segará vida eterna” (Gálatas 6:7-8).

Esta es la breve declaración de un importante principio del gobierno moral de Dios, que tiene una aplicación general y encaja con fuerza especial en este tema. *Tal* como sembremos en cuanto a la educación de nuestros hijos, *así* segaremos sin duda alguna. No hay escape posible.

La educación de nuestros hijos

Pero el querido padre cristiano no debe desanimarse ni acobardarse al leer estas líneas. No tiene ningún motivo, al contrario, hay muchas razones para gozar confiadamente en Dios. “Torre fuerte es el nombre de Jehová; a él correrá el justo, y será levantado” (Proverbios 18:10). Andemos con paso firme por la senda del deber y entonces podremos, con confianza inquebrantable, contar con nuestro Dios para las necesidades de todos los días. A su debido tiempo segaremos el precioso fruto de nuestro trabajo, según los decretos de Dios y los designios de su gobierno.

No intentaremos establecer reglas o métodos para esa educación, pues no tenemos confianza en ellos. Los hijos no pueden ser educados siguiendo reglas fijas y uniformes. ¿Quién intentará incorporar en unas reglas todo lo que conlleva la frase: “Criadlos en disciplina y amonestación del Señor”? (Efesios 6:4).

Aquí tenemos la regla de oro que comprende todo lo que concierne a la educación, desde la cuna hasta la madurez. Lo repetimos: «desde la cuna», porque la verdadera educación cristiana empieza desde la más tierna edad. Pocas personas sospechan lo perspicaces que son los niños y qué pronto empiezan a observar y comprenderlo. Además, ¡qué sensibles son al ambiente moral que los rodea! Y es precisamente esa atmósfera la que constituye el gran secreto de una buena educación. A nuestros hijos no deberíamos permitirles otra cosa que respirar, día tras día, una atmósfera de paz, amor, pureza, santidad y verdadera justicia práctica. Esto produce un efecto asombroso en la formación del carácter. Es muy importante para los niños ver que sus padres se aman, que andan en armonía, con tierno cuidado mutuo, con consideración bondadosa hacia los sirvientes, y amor y simpatía para con los pobres. ¿Quién sería capaz de medir el efecto moral que causa al niño la primera mirada de cólera, o las palabras duras entre sus padres? Y cuando el espectáculo diario es una continua contienda, el padre contradice a la madre y esta injuria al padre, ¿cómo crecerán los hijos en un ambiente así?

El hecho es que no se puede expresar con palabras humanas todo lo que se incluye en el tono moral del círculo familiar, el espíritu, el estilo y la atmósfera del hogar. No se trata de rango, posición o fortuna, sino de la hermosa gracia de Dios resplandeciendo en todo. Lo que señalamos a todos los padres y madres, a todos los jefes de familia, ricos o pobres, educados o ignorantes, es la necesidad de educar a sus hijos en un ambiente de amor y paz, verdad y santidad, pureza y benevolencia. De este modo la familia será la manifestación del carácter de Dios; y todos los que tengan relación con ella, por lo menos tendrán ante sus ojos un testimonio práctico del verdadero cristianismo.

Antes de dejar el tema del gobierno del hogar, deseamos llamar la atención de los padres cristianos sobre un punto de mucha importancia, aunque muy descuidado entre nosotros: la necesidad de inculcar en el niño el principio de la obediencia implícita. Nunca se insistirá demasiado ni con demasiada energía en esto, ya que no solo afecta el orden y el bienestar de la familia, sino que –y esto es infinitamente más importante– se relaciona con la gloria de Dios y la demostración práctica de su verdad.

“ Hijos, obedeced en el Señor a vuestros padres, porque esto es justo (Efesios 6:1).

Y además:

“ Hijos, obedeced a vuestros padres en todo, porque esto agrada al Señor (Colosenses 3:20).

Esto es absolutamente esencial y se debe insistir firmemente en ello desde un principio. Hay que enseñar al niño a obedecer desde su más temprana edad. Es necesario enseñarle a someterse a la autoridad establecida por Dios y a hacerlo como dice el apóstol: “En todo”. Si no se le inculca este deber desde el principio, más tarde será casi imposible lograrlo. Si se permite que la voluntad actúe, se intensificará rápidamente y cada día se hará más difícil refrenarla. De ahí que el padre deba empezar cuanto antes a establecer su autoridad con fuerza moral y firmeza; una vez logrado esto, puede mostrarse tan dulce y afectuoso como lo desea el sensible corazón del niño. El rigor, la dureza o la severidad no son necesarios; generalmente resultan ser recursos de una mala educación y prueba del mal temperamento del educador. Dios ha puesto en manos de los padres las riendas del gobierno y la vara de la autoridad; pero no es necesario tirar continuamente de las riendas y empuñar la vara, por decirlo así, ya que esas actitudes son pruebas ciertas de debilidad moral. Cuando usted oiga a un hombre que continuamente habla de su autoridad, puede estar seguro de que no la tiene establecida debidamente. La verdadera fuerza moral da una dignidad que no puede ser mal interpretada como debilidad.

Además, un padre que continuamente contraría los deseos del hijo en asuntos de poca importancia, se equivoca. Esa conducta tiende a hacer decaer el espíritu del hijo, mientras que el fin de la sana educación es domar la voluntad. El niño siempre debería estar convencido de que su padre solo procura su bien y que, si le rehusa o le prohíbe algo, lo hace movido por un verdadero interés por él y no para quitarle goces legítimos.

Uno de los grandes propósitos en el gobierno del hogar es cuidar que cada miembro de la familia cumpla sus deberes respectivos y pueda también gozar de sus privilegios. De modo que, así como la disposición de Dios es que el hijo obedezca, la responsabilidad de los padres es cuidar que ese deber sea cumplido, porque si este es descuidado, algún otro miembro de la familia sufrirá las consecuencias.

No hay nada más perjudicial para la paz del hogar que un hijo malvado y terco, y esto, por regla general, puede atribuirse a la mala educación. Obviamente, no ignoramos que los niños son diferentes unos de otros en temperamento y disposición; hay niños que se caracterizan por una voluntad particularmente fuerte y un carácter duro y obstinado; pero eso no cambia en nada la responsabilidad de los padres en cuanto a exigir obediencia. Siempre pueden contar con Dios para obtener la gracia y las facultades necesarias para lograr ese fin. Aun tratándose de una madre viuda, podrá pedir de Dios la capacidad para dirigir a sus hijos y a su casa tan bien como lo habría hecho el jefe de familia. En ningún caso, pues, debe renunciarse al ejercicio de la autoridad paterna.

Algunas veces los padres se sienten inclinados a ceder al capricho del niño; pero esto es sembrar para la carne y, en consecuencia, se segará corrupción. El verdadero amor no consiste en dejar que el niño haga su propia voluntad. El niño consentido y caprichoso no solo es desdichado sino que también es una molestia para todos cuantos tratan con él. Hay que enseñar a los niños a pensar en los demás, y a contribuir lo mejor posible a la felicidad y el bienestar de todos.

Es esencial para la paz, la armonía y el bienestar de la familia que todos sus miembros guarden las debidas «consideraciones mutuas». Debemos procurar el bien y la felicidad de todos los que nos rodean, y no solamente de los nuestros. Si cada uno recordara esto, ¡qué hogares tendríamos, y qué mejor testimonio podría dar cada familia! Todas las familias cristianas deberían ser un reflejo del carácter divino. Su ambiente debería ser el mismo que el del cielo. ¿Cómo podría serlo? Pues sencillamente bastaría con que cada uno –padre, madre, hijo, sirviente– procurase andar en las huellas de Jesús y reflejara Su espíritu. Él nunca buscó su propia satisfacción; hizo siempre lo que complacía al Padre; vino para servir y para dar. Anduvo por todas partes haciendo el bien y sanando a todos los oprimidos por el diablo. Él, el amigo supremo, ejerció su gracia, su amor y su simpatía hacia los débiles, los necesitados y los afligidos. Si todos los miembros de cada familia cristiana se parecieran a ese modelo perfecto, veríamos realizados, al menos en algo, el poder y la eficacia del cristianismo personal y familiar que, gracias a Dios, puede ser mantenido y manifestado a pesar de la ruina de la iglesia profesante. La gran regla de oro que se halla en el Libro de Dios, del principio al fin, dice: “Tú y tu casa”. En cada época y bajo cada dispensación, vemos que la santidad personal y familiar ocupa un lugar preferente como algo agradable a Dios y como contribución para la gloria de su santo Nombre.

Este es un consuelo siempre, pero especialmente hoy, cuando parece que la iglesia profesante va hundiéndose rápidamente en una mundanería e incredulidad claras. En esta situación, los que más fervientemente desean andar en obediencia a la Palabra de Dios y actuar de acuerdo con la gran verdad fundamental de la unidad del cuerpo, encuentran grandes dificultades para dar testimonio colectivo de esa unidad. A pesar de todo esto, podemos dar gracias a Dios con corazón rebosante porque de cada corazón piadoso y hogar cristiano fiel puede ascender continuamente al trono de Dios el loor y la oración, así como las súplicas en favor de un mundo necesitado y afligido por el pecado. ¡Sea así más y más por la intervención poderosa del Espíritu Santo, para que Dios sea glorificado en los corazones y hogares de su amado pueblo!

Tengamos cuidado con la idolatría

Consideremos ahora esta amonestación tan solemne dirigida a la congregación de Israel contra la idolatría, un pecado en el que el pobre corazón humano está siempre propenso a caer. Es posible ser culpable del pecado de idolatría sin necesidad de inclinarse ante una imagen; por eso nos conviene pesar muy bien las palabras de amonestación que salieron de labios del legislador venerable de Israel y que, con toda seguridad, también fueron escritas para nuestra instrucción.

“Y os acercasteis y os pusisteis al pie del monte; y el monte ardía en fuego hasta en medio de los cielos con tinieblas, nube y oscuridad” –¡qué acompañamientos terribles, apropiados a esa ocasión!–; “Y habló Jehová con vosotros de en medio del fuego” –¡De qué modo tan diferente habla en el evangelio de su gracia!–; “Oísteis la voz de sus palabras, mas a excepción de oír la voz, ninguna figura visteis” –Hecho importante que debían considerar: *¡solo la voz!*– (v. 11-12). Y, “la fe es por el oír, y el oír, por la palabra de Dios” (Romanos 10:17). “Y él os anunció su pacto, el cual os mandó poner por obra; los diez mandamientos, y los escribió en dos tablas de piedra. A mí también me mandó Jehová en aquel tiempo que os enseñase los estatutos y juicios”, no para que pudieran discutirlos, juzgar o argumentar sobre ellos, sino “para que los *pusieseis por obra*”: la grande y vieja historia de la *obediencia*, el tema tan precioso de Deuteronomio, sea fuera o dentro de “la tierra a la cual pasáis a tomar posesión” (v. 13-14).

Aquí tenemos el fundamento sólido de su amonestación contra la idolatría. Los hijos de Israel no *veían* nada: Dios no se mostraba a ellos; no tomaba ninguna forma corporal de la que ellos pudieran hacer una reproducción o imagen; les daba su Palabra, sus santos mandamientos tan claros que un niño podía entenderlos. Por lo tanto, no tenían ninguna necesidad de imaginar a qué cosa era semejante Dios; no, esto habría sido el mismísimo pecado contra el que se les amo-

nestaba con tanta fidelidad. Fueron llamados a oír la voz de Dios, no a contemplar su forma; a obedecer sus mandamientos, no a hacerse una imagen de él. La superstición procura vanamente honrar a Dios formando una imagen y adorándola. La fe, por el contrario, recibe con amor y obedece con reverencia sus mandamientos santos. “El que me ama”, dijo nuestro bendito Señor, ¿qué hará? ¿hará una imagen mía y la adorará? Nada de eso, sino “mi palabra guardará”. Esto convierte el asunto en una cuestión absolutamente sencilla, segura, y cierta. No somos llamados a formarnos una idea o concepto de Dios; simplemente debemos oír su voz y guardar sus mandamientos. No debemos hacernos una representación ideal de Dios, sino solo atenernos al modo en que él quiso revelarse.

“ A Dios nadie le vio jamás; el unigénito Hijo, que está en el seno del Padre, él le ha dado a conocer (Juan 1:18).

“ Porque Dios, que mandó que de las tinieblas resplandeciese la luz, es el que resplandeció en nuestros corazones, para iluminación del conocimiento de la gloria de Dios en la faz de Jesucristo (2 Corintios 4:6).

De Jesús se ha declarado que es el resplandor de la gloria de Dios y la imagen misma de su sustancia (Hebreos 1:3). Él pudo decir: “El que me ha visto a mí, ha visto al Padre” (Juan 14:9). Así que el Hijo revela al Padre, y por la Palabra conocemos al Hijo, mediante el poder del Espíritu Santo; por lo tanto, el que procura, por cualquier esfuerzo de la mente o fantasía de la imaginación, concebir una imagen de Dios o de Cristo, cae en idolatría. Esforzarse en llegar a algún conocimiento de Dios o de Cristo, a menos que sea por la Escritura, es caer en misticismo y confusión; más aun, es ponerse directamente en manos del diablo y dejarse envolver por él en las ilusiones más trágicas y engañosas.

Por eso, así como Israel en el monte de Horeb fue limitado a oír la “voz” de Dios y amonestado a abstenerse de cualquier semejanza, también nosotros estamos limitados a la Santa Escritura y somos amonestados a cuidarnos de todo lo que pueda apartarnos de ese suficiente modelo. No debemos hacer caso a las sugerencias de nuestras inteligencias, ni a las de cualquiera otra mente humana. Debemos negarnos absoluta y rigurosamente a prestar oídos a todo lo que no sea la voz de Dios, la de la Santa Escritura; porque en ella hay verdadera seguridad, descanso y certeza absoluta, de modo que podemos decir: “Sé a *quién*” (no precisamente en *qué*) “he creído, y estoy seguro” (2 Timoteo 1:12).

“Guardad, pues, mucho vuestras almas; pues ninguna figura visteis el día que Jehová habló con vosotros de en medio del fuego; para que no os corrompáis y hagáis para vosotros escultura, imagen de figura alguna, efigie de varón o hembra, figura de animal alguno que está en la tierra, figura de ave alguna alada que vuele por el aire, figura de ningún animal que se arrastre sobre la tierra, figura de pez alguno que haya en el agua debajo de la tierra. No sea que alces tus ojos al cielo, y viendo el sol y la luna y las estrellas, y todo el ejército del cielo, seas impulsado, y te inclines a ellos y les sirvas; porque Jehová tu Dios los ha concedido a todos los pueblos debajo de todos los cielos. Pero a vosotros Jehová os tomó, y os ha sacado del horno de hierro, de Egipto, para que seáis el pueblo de su heredad como en este día” (v. 15-20).

Aquí tenemos ante nosotros una verdad de gran peso. Se enseña terminantemente al pueblo que, al hacerse alguna imagen e inclinarse ante ella, se rebajarían y se corromperían. Por eso cuando se hicieron un becerro de oro, Dios dijo a Moisés: “Anda, desciende, porque tu pueblo que sacaste de la tierra de Egipto se ha corrompido”. No podía ser de otro modo; el adorador debe ser forzosamente inferior al objeto de su adoración; y, por lo tanto, al adorar a un becerro se colocaban a sí mismos a más bajo nivel que el de las bestias. Así, pues, Dios pudo decir: “se ha corrompido. Pronto se han apartado del camino que yo les mandé; se han hecho un becerro de fundición, y lo han adorado, y le han ofrecido sacrificios, y han dicho: Israel, estos son tus dioses, que te sacaron de la tierra de Egipto” (Éxodo 32:7-8).

¡Qué espectáculo! ¡La congregación entera conducida por Aarón, el sumo sacerdote, inclinada en adoración ante un objeto tallado por el buril y que procedía de los zarcillos tomados de las orejas de sus mujeres y de sus hijas! ¡Consideremos por unos momentos la visión de un número de seres inteligentes, de todo un pueblo dotado de razón, comprensión y conciencia, exclamando delante de un becerro de fundición: “Israel, estos son tus dioses, que te sacaron de la tierra de Egipto”! Eso era, literalmente, destituir a Dios y reemplazarlo por una imagen hecha por el arte y la invención humana. Y ese era el pueblo que había presenciado los hechos poderosos de Jehová en la tierra de Egipto. Habían visto caer las plagas, una tras otra, sobre Egipto; a aquel país sacudido, al parecer, hasta sus cimientos por los golpes sucesivos de la vara gubernativa de Jehová. Habían visto cómo los primogénitos de Egipto morían por la espada del ángel exterminador; y el mar Rojo dividido por el golpe de la vara de Jehová, y habían pasado a través del mismo en seco, entre sus aguas que formaban como muros de cristal, los cuales tenían que caer más tarde con poder sobre sus enemigos.

Todo esto había acontecido ante sus ojos; y sin embargo, lo olvidaron muy pronto y dijeron ante un becerro de fundición: “Israel, estos son tus dioses, que te sacaron de la tierra de Egipto”. ¿Creían realmente que una imagen de fundición había hecho temblar a Egipto, humillando a su altivo monarca, y los había sacado de allí victoriosos? ¿Podría un becerro de oro dividir el mar y hacerlos avanzar majestuosamente por sus profundidades? Eso era lo que decían ellos, porque uno es capaz de decir cualquier cosa cuando su ojo y su corazón se han apartado de Dios.

Siempre la idolatría

Tal vez se diga: «Bien, pero ¿tiene esto algún aviso para nosotros; los cristianos tenemos algo que aprender del becerro fundido por Israel? Las prevenciones dirigidas a Israel contra la idolatría, ¿tienen algo que decir a la Iglesia; estamos en peligro de inclinarnos ante alguna imagen? ¿Será posible que nosotros, que gozamos del privilegio de andar a la luz perfecta del Nuevo Testamento, podamos adorar a un becerro de fundición?».

A todo esto respondemos, primero, con las palabras de Romanos 15:4:

“ Las cosas que se escribieron antes (incluyendo Éxodo 32 y Deuteronomio 4), para nuestra enseñanza se escribieron, a fin de que por la paciencia y la consolación de las Escrituras, tengamos esperanza.

Este breve pasaje afirma nuestro derecho a recorrer el amplio campo de la Escritura del Antiguo Testamento para aprender sus preciosas lecciones, para alimentarnos de sus “grandes y preciosas promesas”, para extraer sus profundas y variadas consolaciones, y aprovechar sus solemnes avisos y saludables consejos.

En cuanto a si somos capaces de cometer, o si estamos expuestos a caer, en el pecado de la idolatría, tenemos una respuesta contundente en 1 Corintios 10, donde el apóstol emplea la escena del monte Horeb como una amonestación a la Iglesia de Dios. Lo mejor que podemos hacer es citar el pasaje entero; porque no hay nada comparable a la Palabra de Dios. ¡Amémosla, ensalcémosla y reverenciémosla cada día más! Aquí está el texto: “Porque no quiero, hermanos, que ignoréis que nuestros padres *todos* estuvieron bajo la nube” (es decir, tanto los que murieron en el desierto, como los que alcanzaron a entrar en la tierra prometida) “y todos pasaron el mar; y todos en Moisés fueron bautizados en la nube y en el mar, y todos comieron el mismo alimento espiritual, y todos bebieron la misma bebida espiritual; porque bebían de la roca espiritual que los seguía, y la roca era Cristo”. ¡Qué enérgico, solemne y escrutador es esto para todos los profesantes! “Pero de los más de ellos no se agradó Dios; por lo cual quedaron postrados en el de-

sierto. Mas estas cosas sucedieron *como ejemplos para nosotros* –notemos esto cuidadosamente– “para que no codiciemos *cosas malas*” –cosas contrarias al sentir de Cristo–, “como ellos codiciaron. Ni seáis *idólatras*” –de modo que los cristianos profesantes pueden caer en la idolatría–, “como algunos de ellos, según está escrito: Se sentó el pueblo a comer y a beber, y se levantó a jugar. Ni forniquemos, como algunos de ellos fornicaron, y cayeron en un día veintitrés mil. Ni tentemos al Señor, como también algunos de ellos le tentaron, y perecieron por las serpientes. Ni murmuréis, como algunos de ellos murmuraron, y perecieron por el destructor. Y *estas cosas* les acontecieron como ejemplo, y *están escritas para amonestarnos a nosotros*, a quienes han alcanzado los fines de los siglos. Así que, el que piensa estar firme, mire que no caiga” (v. 1-12).

Por estos textos aprendemos de la manera más clara que no hay profundidad de pecado o de locura, que no hay forma de depravación moral en la que no podamos caer en cualquier momento si no somos guardados por el poder invencible de Dios. No hay seguridad verdadera para nosotros fuera del abrigo moral de la presencia divina. Sabemos bien que el Espíritu de Dios no nos previene contra cosas a las que no estemos expuestos. Nunca nos diría: “Ni seáis idólatras” si no fuéramos capaces de serlo. La idolatría adopta variadas formas; pero no se trata de la forma, sino de la cosa misma, de su raíz o principio. Leemos que “la avaricia es idolatría”, y que el avaro es un idólatra; un hombre que desea poseer más de lo que Dios le ha dado es culpable del mismo pecado que cometió Israel cuando fundió el becerro de oro y lo adoró. Con razón pudo decir el apóstol Pablo a los corintios, como también a nosotros: “Por tanto, amados míos, huid de la idolatría” (v. 14). ¿Por qué se nos amonesta a *huir* de una cosa a la que no estamos expuestos, acaso hay en el libro divino palabras vanas? ¿Qué significan las últimas palabras de la primera carta de Juan: “Hijitos, guardaos de los ídolos”; no nos enseñan que estamos en peligro de caer en la idolatría? Por cierto que sí. Nuestros corazones son capaces de separarse del Dios vivo para inclinarse ante cualquier objeto, y ¿qué es esto si no idolatría? Lo que domine el corazón se convierte en ídolo de ese corazón, sea dinero, goces, poder o cualquier otra cosa. Por lo tanto podemos comprender muy bien la importancia de las amonestaciones que nos formula el Espíritu Santo acerca del pecado de idolatría.

Además, en el capítulo 4 de la epístola a los Gálatas tenemos un pasaje que habla a la iglesia profesante con un notable acento. Los gálatas, como los otros gentiles, habían adorado ídolos, pero al recibir el Evangelio se apartaron de los ídolos para servir al Dios vivo y verdadero. No obstante, maestros judaizantes habían llegado hasta ellos y les enseñaban que, si no eran circuncidados y guardaban la ley, no podían ser salvos.

A esto el apóstol lo llama, sin titubear, idolatría, un retorno a su antigua degradación moral, después de haber hecho profesión de recibir el glorioso Evangelio de Cristo. De ahí nace la fuerza moral de la pregunta del apóstol: “Ciertamente, en otro tiempo, no conociendo a Dios, servíais a los que por naturaleza no son dioses; *mas ahora*, conociendo a Dios, o más bien, siendo conocidos por Dios, ¿cómo es que os *volvéis de nuevo* a los débiles y pobres rudimentos, a los cuales os queréis *volver* a esclavizar? Guardáis los días, los meses, los tiempos y los años. Me temo de vosotros, que haya trabajado en vano con vosotros” (v. 8-11).

Esto es muy notable; los gálatas exteriormente no habían vuelto a rendir culto a los ídolos; es muy probable que hasta habrían repudiado con indignación esa idea. Pero, a pesar de esto, el apóstol inspirado les pregunta: “¿Cómo es que os *volvéis de nuevo*...?”. ¿Qué significa esa pregunta si no habían estado retrocediendo hacia la idolatría? Y nosotros, ¿qué podemos aprender de ese pasaje? Pues sencillamente que la circuncisión, el retorno a la ley, la observación de días, meses, tiempos y años, todo eso, en apariencia tan diferente a la adoración de ídolos, no era ni más ni menos que la vuelta a la antigua idolatría. El observar ciertos días y la adoración a falsos dioses equivalía a apartarse del Dios vivo y verdadero, de su Hijo Jesucristo, del Espíritu Santo, de ese brillante grupo de dignidades y glorias que pertenecen al cristianismo.

Todo esto encierra una solemnidad particular para los cristianos profesantes; y nos preguntamos si toda la importancia de Gálatas 4:8-11 es debidamente entendida por la mayoría de los que profesan creer en la Biblia. Llamamos solemnemente y con instancia la atención sobre este tema a todos a los que pueda concernir. Rogamos a Dios que lo utilice para conmover los corazones y las conciencias de su amado pueblo en todas partes; que los lleve a meditar sobre su situación, sus costumbres, sus sendas y asociaciones, a averiguar hasta qué punto están siguiendo el mal ejemplo de las asambleas de Galacia en cuanto la observación de días santos y otras cosas semejantes que solo pueden alejarnos de Cristo y de su gloriosa salvación. Llegará el día en que miles de ojos se abrirán a la realidad de estas cosas y entonces verán lo que ahora no quieren ver; es decir, que las formas más oscuras del paganismo pueden reproducirse bajo el nombre de cristianismo y relacionarse con las verdades más sublimes que jamás hayan alumbrado el entendimiento humano.

Pero, por lentos que podamos ser en admitir nuestra tendencia a caer en el pecado de idolatría, es evidente, en el caso de Israel, que Moisés, enseñado e inspirado por Dios, sintió la profunda necesidad de prevenirles sobre ese pecado en los términos más patéticos. Les hace considerar las cosas desde todos los puntos de vista, les recuerda sus consejos y amonestaciones de una forma

tan impresionante que, seguramente, no dejaba lugar a ninguna excusa. Nunca habrían podido decir que si cayeron en idolatría fue por falta de amonestaciones o de ruegos llenos de gracia y afecto. Veamos las siguientes palabras: “Pero a vosotros Jehová os tomó, y os ha sacado del horno de hierro, de Egipto, para que seáis el pueblo de su heredad como en este día” (v. 20).

¿Pudo haber palabras más conmovedoras que estas? Dios, en su gracia rica y soberana los sacó de la tierra de muerte y oscuridad por su poderosa mano, e hizo de ellos un pueblo redimido y liberado. Los atrajo a sí mismo para que fueran su especial tesoro entre todos los pueblos de la tierra. ¿Cómo pudieron, entonces, apartarse de él, de su santa alianza y de sus preciosos mandamientos?

Lamentablemente lo hicieron. “Se han hecho un becerro... y han dicho: Israel, estos son tus dioses, que te sacaron de tierra de Egipto”. ¡Pensemos en ello! ¡Un becerro hecho con sus propias manos, una imagen esculpida por el arte y la imaginación del hombre los había sacado de la tierra de Egipto, un objeto fabricado con zarcillos los había redimido y libertado! Y esto ha sido escrito para amonestarnos; pero, ¿se habría escrito esto para nosotros si no fuéramos capaces de cometer el mismo pecado o no estuviéramos expuestos a él? Debemos admitir que Dios escribió una frase innecesaria o, de lo contrario, reconocer que necesitamos amonestación contra la idolatría. Ciertamente la necesidad de esa advertencia prueba nuestra tendencia a cometer ese pecado.

¿Somos acaso mejores que Israel? De ningún modo. Gozamos de más luz y de mayores privilegios, pero estamos hechos de su mismo material, tenemos las mismas capacidades y las mismas tendencias que ellos. Nuestra idolatría puede tener una forma diferente, pero la idolatría es idolatría, sea cual fuere su forma, y cuanto mayores sean nuestros privilegios, mayor será también nuestro pecado. Quizá nos sorprende que un pueblo racional haya podido cometer la locura perversa de fabricar un becerro e inclinarse ante él, y eso después de haber sido testigo de un despliegue tan grande de la majestad, del poder y de la gloria de Dios. Recordemos que la locura de Israel ha sido escrita para nuestra amonestación, que a nosotros –con toda nuestra luz, nuestro conocimiento, y nuestros privilegios– se nos previene a “huir de la idolatría”.

Meditemos atentamente en todo esto y procuremos sacarle provecho. No dejemos ni un rincón de nuestro corazón que no esté ocupado por Cristo; de este modo no habrá lugar para ídolos, porque esta es nuestra única protección. Si resbalamos y nos separamos de nuestro Salvador y Pastor, aunque sea un poco, seremos capaces de lanzarnos en las más tenebrosas formas del

error y del mal moral. Ni el conocimiento, ni los privilegios espirituales, ni la posición eclesiástica y los beneficios sacramentales dan seguridad al alma. Son muy buenos, cada uno en su debido lugar y bien usados, pero, por sí mismos, no hacen más que acrecentar nuestro peligro moral.

Nada puede mantenernos felices y seguros en el camino recto, excepto el hecho de tener a Cristo morando por la fe en nuestros corazones. Si permanecemos en él y él en nosotros, el maligno no puede dañarnos; pero, si esa comunión personal no la mantenemos con toda nuestra diligencia, cuanto más alta sea nuestra posición, mayor será el peligro y más desastrosa la caída. No ha habido nación bajo el cielo más favorecida y exaltada que Israel cuando fue congregada alrededor del monte Horeb para oír la Palabra de Dios. Sin embargo, tampoco ha habido nación más degradada y más culpable que ella cuando se inclinó ante el becerro de oro, la imagen formada por sus manos.

El juicio empieza por la casa de Dios

Dirijamos ahora nuestra atención a un hecho de gran interés que es presentado en los versículos 21 y 22 de nuestro capítulo: Moisés recuerda por tercera vez a la congregación el trato judicial de Dios para con él. Ya había hablado de ese juicio, según lo vimos en el capítulo 1:37, pero lo recuerda de nuevo en el capítulo 3:26, y ahora les dice nuevamente: “Y Jehová *se enojó contra mí por causa de vosotros*, y juró que yo no pasaría el Jordán, ni entraría en la buena tierra que Jehová tu Dios te da por heredad. Así que yo voy a morir en esta tierra, y no pasaré el Jordán; mas vosotros pasaréis, y poseeréis aquella buena tierra”.

¿Por qué esa triple referencia al mismo hecho y mención especial de que Jehová se había enojado con él por causa de ellos? Podemos estar seguros de que no fue con ánimo de echar la culpa sobre el pueblo, o de disculparse a sí mismo; nadie podrá pensar algo así, a no ser que sea un incrédulo. El simple propósito pudo ser aumentar la fuerza moral de su discurso y dar más solemnidad a la voz de sus amonestaciones. Si Jehová estaba enojado con un hombre como Moisés, si a él –por haber hablado inconsideradamente en las aguas de Meriba– le fue prohibida la entrada en la tierra prometida, por más que lo deseó, ¿qué necesario era que el pueblo tuviera un gran cuidado! Con Dios las cosas son serias, es algo bendito, más allá de cualquier palabra o pensamiento, pero muy serio, como el mismo legislador tuvo ocasión de comprobarlo.

Las siguientes palabras apoyan esta verdad:

“Guardaos, no os olvidéis del pacto de Jehová vuestro Dios, que él estableció con vosotros, y no os hagáis escultura o imagen de ninguna cosa que Jehová tu Dios te ha prohibido. Porque Jehová tu Dios es fuego consumidor, Dios celoso (v. 23-24).

Debemos permitir que este relato tenga toda su fuerza moral en nuestras almas y no intentar embotarlo con falsas nociones de la gracia. A veces oímos decir: «Dios es un fuego consumidor para el mundo». Algún día lo será, sin duda, pero ahora está obrando con gracia, paciencia y gran misericordia; Él no lo está tratando actualmente de manera judicial. Pero, según nos dice el apóstol Pedro: “Porque es tiempo de que el juicio comience por la casa de Dios; y si primero comienza por nosotros, ¿cuál será el fin de aquellos que no obedecen al evangelio de Dios?” (1 Pedro 4:17). Igualmente, en Hebreos 12, leemos: “Porque *nuestro* Dios es fuego consumidor” (v. 29). No se habla aquí de lo que será Dios para con el mundo, sino de lo que Él es para con nosotros. Ni tampoco es, como algunos afirman: «Un fuego consumidor fuera de Cristo». No sabemos nada de Dios fuera de Cristo. Fuera de Cristo o aparte de Cristo, no podría ser “nuestro Dios”.

No, lector, la Escritura no puede ser torcida; debemos aceptarla tal como es, clara y precisa; y nosotros debemos oírla y obedecerla. “Nuestro Dios es fuego consumidor, Dios celoso”, no para consumirnos a nosotros –bendito sea su santo Nombre– sino para consumir el mal que hay en nosotros, en nuestros caminos. Es intolerante con todo lo que en nosotros es contrario a él, a su santidad y, por lo tanto, a nuestra verdadera felicidad, a nuestra real y sólida bendición. Como “Padre Santo” nos guarda y nos corrige de una manera digna de sí mismo, para hacernos partícipes de su santidad. Por ahora él permite que el mundo siga su camino, sin intervenir públicamente, pero juzga a su casa y castiga a sus hijos para que respondan mejor a sus deseos y sean la expresión de su imagen moral.

¿No es este un inmenso privilegio? Sí, ciertamente, lo es y del orden más elevado, pues emana de la gracia infinita de nuestro Dios, quien se interesa por nosotros y nos ayuda en nuestras debilidades para liberarnos de ellas y hacernos partícipes de su santidad.

La disciplina

En Hebreos 12 hay un hermoso pasaje que se refiere a este asunto. Veámoslo, ya que es de gran importancia práctica para todos los lectores. “Hijo mío, no menosprecies la disciplina del Señor, ni desmayes cuando eres reprendido por él; porque el Señor *al que ama, disciplina, y azota* a todo el que recibe por *hijo*. Si soportáis la disciplina, Dios os trata como a hijos; porque *¿qué hijo es*

aquel a quien el padre no disciplina? Pero si se os *deja sin disciplina*, de la cual todos han sido participantes, entonces sois *bastardos, y no hijos*. Por otra parte, tuvimos a nuestros padres terrenales que nos disciplinaban, y los venerábamos. ¿Por qué no obedeceremos mucho mejor al Padre de los espíritus, y viviremos? Y aquellos, ciertamente por pocos días nos disciplinaban como a ellos les parecía, *pero este para lo que nos es provechoso, para que participemos de su santidad*. Es verdad que ninguna disciplina al presente *parece* ser causa de gozo, sino de tristeza; pero después da fruto apacible de justicia a los que en ella han sido ejercitados. Por lo cual, levantad las manos caídas y las rodillas paralizadas” (v. 5-12).

Hay tres maneras de recibir la disciplina de Dios. En primer lugar, podemos *menospreciarla*, considerarla como algo corriente, algo que puede pasarle a cualquiera; no vemos *la mano de Dios* en ella. En segundo lugar, podemos *desmayar* a raíz de la disciplina, verla como algo demasiado pesado e imposible de soportar; no alcanzamos a reconocer el *corazón del Padre* en ella, o distinguir el motivo de su gracia, es decir, hacernos participantes de su santidad. Y, por último, podemos ser *ejercitados* en ella; y este es el modo de recoger el “fruto apacible de justicia”. No *nos atrevemos a despreciar* algo en lo que vemos la mano de Dios. No *desmayaremos* ante una prueba en la cual distingamos claramente el corazón de un Padre amante que no permitirá que seamos probados más de lo que podamos soportar, sino que con la prueba dará también la salida, para que podamos soportarla. Además, en su gracia nos permite comprender el objetivo educativo que se propone, asegurándonos de que cada golpe de su vara es una prueba de su amor y una respuesta directa a la oración de Cristo, según Juan 17:11, en la cual se nos encomienda al cuidado del “Padre Santo”, para ser guardados de acuerdo con ese nombre y todo cuanto él implica.

Además, hay tres actitudes distintas con respecto a la corrección divina: sujeción, consentimiento y gozo. Cuando la voluntad está quebrantada se dice que hay sujeción. Cuando el entendimiento está iluminado en cuanto al objeto del castigo, hay consentimiento. Y cuando los afectos están conectados al corazón del Padre, hay regocijo. Entonces podemos continuar con alegre corazón segando la cosecha gloriosa del fruto apacible de justicia para alabanza de Aquel que en su amor y compasión por nosotros toma a su cargo la tarea de cuidarnos y tratarnos según su santo gobierno, concentrando su cuidado sobre cada uno de sus hijos como si fuera el único.

Esto es admirable y pensar en ello debería ayudarnos en nuestras pruebas. Estamos en manos de Dios, que tiene amor infinito, sabiduría infalible, poder total y cuyos recursos son inagotables. ¿Por qué, pues, nos abatimos? Si nos castiga es porque nos ama y busca nuestro bien. A veces pensamos que el castigo es duro y nos preguntamos cómo el amor puede infligirnos dolor y

enfermedad; pero debemos recordar que el amor divino es sabio y fiel, y que cuando nos produce dolor, enfermedad o pesadumbre es para nuestro provecho y bendición. No siempre debemos juzgar al amor por la forma en que se manifiesta. Considere usted a esa madre afectuosa cuando aplica un emplasto doloroso a su hijo, al que ama como a sí misma. Sabe perfectamente que eso le producirá un terrible dolor a su hijo; pero aun así, lo aplica sin titubear, aunque su corazón sufre al hacerlo; porque sabe que es absolutamente necesario, que desde el punto de vista humano y médico la vida del niño depende de ello. Sabe que unos momentos de sufrimiento pueden, con la ayuda de Dios, restablecer la salud a su querido hijo. Así que, mientras el niño se preocupa solo por el dolor del momento, la madre piensa en el bien permanente; y si el niño pudiera pensar como la madre, no le parecería tan difícil soportar ese remedio.

Así sucede también en la disciplina que nos da nuestro Padre; y recordarlo nos ayudará a soportar lo que su mano correctora pueda mandarnos. Tal vez se diga que hay una gran diferencia entre soportar durante un tiempo un tratamiento médico y años enteros de sufrimiento corporal intenso. Sin duda la hay; pero también hay una gran diferencia entre el resultado que se consigue en cada uno de esos casos. Lo que debemos considerar es el fundamento de este asunto. Cuando vemos a un amado hijo de Dios pasar por años de intenso sufrimiento, podemos sentirnos inclinados a preguntar por qué, y quizá el paciente también, y hasta puede ser que desmaye bajo el peso de su largo sufrimiento. Quizá se sienta tentado a exclamar: «¿Por qué me sucede esto? ¿Puede esto considerarse como una prueba de amor? ¿Puede ser esta la expresión del tierno cuidado de un Padre?». «Sí, así es», responde la fe clara y enfáticamente. «Todo es amor divinamente justo. Y por nada del mundo quisiera que fuese de otro modo. Sé que este sufrimiento está obrando una bendición eterna. Sé que mi Padre amoroso me ha puesto en este horno para depurarme y producir en mí la expresión de su propia imagen. Sé que el amor divino hará siempre lo mejor para el ser amado, y, por lo tanto, este sufrimiento intenso es lo más conveniente para mí. Por supuesto, siento el dolor, porque no soy un tronco o una piedra, pero sé que la intención de mi Padre es que lo sienta, como la madre con la medicina, pues de lo contrario no producirá ningún bien. Pero yo le alabo de todo corazón por la gracia que resplandece en el hecho de que se ocupe de corregirme y limpiarme de todo lo malo que ve en mí. Le alabo por haberme puesto en el horno, y ¿cómo no hacerlo cuando le veo en su gracia y paciencia infinitas, vigilando el proceso y sacándome cuando esté terminada la obra?».

Querido lector cristiano, esta es la manera verdadera y la disposición de espíritu conveniente para pasar a través de cualquier clase de prueba, ya sea una aflicción corporal, o la pérdida de seres queridos o de posesiones, o alguna circunstancia apremiante. Debemos ver ahí la mano de Dios, leer el corazón de nuestro Padre, y reconocer el propósito divino. Esto nos permitirá defender, justificar y glorificar a Dios en medio de la aflicción. Rectificará cualquier pensamiento murmurador, silenciará todas las quejas y llenará de paz y alabanza nuestros corazones.

La caída y la restauración de Israel

Volvamos a los versículos restantes de nuestro capítulo, en los que encontraremos llamadas conmovedoras y poderosas al corazón y a la conciencia de la congregación. El legislador, con un amor profundo, verdadero y ferviente, usa las advertencias más solemnes, las amonestaciones más sinceras y los ruegos más tiernos para guiar al pueblo al extraordinario asunto de la obediencia. Les habla del horno de hierro de Egipto, de donde Dios los rescató por su gracia soberana, insiste en exponer las poderosas señales y las maravillas en favor de ellos, enaltece las glorias de la tierra sobre la que estaban próximos a poner sus pies, y les relata la maravillosa conducta de Dios para con ellos en el desierto para reforzar la base moral del derecho que Él tiene a su obediencia. El pasado, el presente y el futuro son recordados con el fin de que sirvan de argumentos para que se consagren de todo corazón al servicio de su libertador misericordioso y todopoderoso. Todo apuntaba a la obediencia merecida; no había ningún pretexto para desobedecer. Todos los hechos de su historia estaban calculados para dar fuerza moral a las exhortaciones y amonestaciones del siguiente pasaje:

“Guardaos, no os olvidéis del pacto de Jehová vuestro Dios, que él estableció con vosotros, y no os hagáis escultura o imagen de ninguna cosa que Jehová tu Dios te ha prohibido. Porque Jehová tu Dios es fuego consumidor, Dios celoso. Cuando hayáis engendrado hijos y nietos, y hayáis envejecido en la tierra, si os corrompiereis e hicieréis escultura o imagen de cualquier cosa, e hicieréis lo malo ante los ojos de Jehová vuestro Dios, para enojarlo; yo pongo hoy por testigos al cielo y a la tierra, que pronto pereceréis totalmente de la tierra hacia la cual pasáis el Jordán para tomar posesión de ella; no estaréis en ella largos días sin que seáis destruidos. Y Jehová os esparcirá entre los pueblos, y quedaréis pocos en número entre las naciones a las cuales os llevará Jehová. Y serviréis allí a dioses hechos de manos de hombres, de madera y piedra, que no ven, ni oyen, ni comen, ni huelen” (v. 23-28).

¡Qué solemne es todo esto, qué advertencias tan fieles! El cielo y la tierra son llamados como testigos. Pero, por desgracia, ¡qué pronto fue olvidado todo y cómo se han cumplido literalmente en la historia de la nación todas estas amenazas!

Pero, gracias a Dios, existe un lado luminoso en el cuadro; hay misericordia, además de juicio; y nuestro Dios, bendito sea eternamente, es algo más que “fuego consumidor, Dios celoso”. Verdaderamente es un fuego consumidor, porque es santo; no puede tolerar el mal, y debe limpiarnos de nuestras escorias. Además es celoso, porque no puede soportar que ningún rival ocupe su lugar en el corazón de los suyos; tiene que poseer el corazón entero, porque solo él es digno y es el único que puede llenarlo y satisfacerlo para siempre. Si su pueblo se desvía y va detrás de los ídolos, cosechará los frutos amargos de esas acciones y experimentará con tristeza la verdad de las palabras: “se multiplicarán los dolores de aquellos que sirven diligentes a otro dios” (Salmo 16:4).

Pero notemos de qué modo tan conmovedor Moisés presenta al pueblo la otra cara de la moneda, la eterna estabilidad de la gracia de Dios y la completa provisión que esa gracia tiene para todas las necesidades de su pueblo. “Mas” –dice él (y qué hermosos son algunos de los “mas” de la Sagrada Escritura)– “si desde allí buscares a Jehová tu Dios, lo hallarás, si lo buscares de todo tu corazón y de toda tu alma”. ¡Qué gracia tan exquisita! “Cuando estuvieres en angustia, y te alcanzaren todas estas cosas, si en los postreros días te volvieres a Jehová tu Dios, y oyeres su voz”, ¿qué; encontrarás un “fuego consumidor”? No, sino: “porque Dios misericordioso es Jehová tu Dios; no te dejará, ni te destruirá, ni se olvidará del pacto que les juró a tus padres” (v. 29-31).

Aquí tenemos una alusión al futuro de Israel: su alejamiento de Dios y la consiguiente dispersión entre las naciones, el completo fracaso de su constitución política y el desvanecimiento de su gloria nacional. Pero, bendito sea para siempre el Dios de toda gracia, hay algo más allá de ese fracaso, de ese pecado, de esa ruina y de ese juicio. Cuando llegamos a la última fase de la triste historia de Israel –historia que verdaderamente puede resumirse en la frase: “¡Te perdiste, oh Israel, mas en mí está tu ayuda!” (Oseas 13:9)– nos encontramos con un despliegue magnífico de la gracia, misericordia y fidelidad de Jehová, el Dios de sus padres, que descubre su corazón amoroso con las palabras: “en mí está tu ayuda”. Sí, todo el tema va envuelto en las fuertes declaraciones: “te perdiste, oh Israel” y “en mí está tu ayuda”. En la primera tenemos la aguda flecha para la conciencia de Israel; en la segunda, el bálsamo calmante para su quebrantado corazón.

Al meditar acerca de la nación de Israel, debemos estudiar dos aspectos: el histórico y el profético. La parte histórica pone de manifiesto su completa ruina. La parte profética revela el remedio de Dios con un acento de gracia incomparable. El pasado de Israel ha sido negro y sombrío. Su porvenir será brillante y glorioso. En la primera parte vemos las miserables acciones del hombre; en la segunda se muestran los maravillosos caminos de Dios. En una se nos da la ilustración de lo que es el hombre, la otra muestra un brillante despliegue de lo que Dios es. Es necesario considerar las dos partes si deseamos comprender debidamente la historia de ese pueblo, “pueblo temible desde su principio” (Isaías 18:2), y podríamos añadir: un pueblo admirable hasta el fin de los tiempos.

No tratamos de presentar pruebas para apoyar nuestras afirmaciones en cuanto al pasado y al futuro de Israel. De hacerlo, necesitaríamos todo un tomo, pues requeriría la copia de grandes porciones de los libros históricos, por un lado, y de los proféticos, por otro. Ahora nos limitamos a llamar la atención del lector sobre la enseñanza de la cita expuesta anteriormente. Contiene toda la verdad en cuanto al pasado, presente y futuro de Israel. Nótese cómo su pasado está retratado en las palabras: “Cuando hayáis engendrado hijos y nietos, y hayáis envejecido en la tierra, si os corrompiereis e hicieréis escultura o imagen de cualquier cosa, e hicieréis lo malo ante los ojos de Jehová vuestro Dios, para enojarlo...”.

Y esto es precisamente lo que hicieron, hicieron lo malo delante de Jehová su Dios para provocarle a ira. La expresión “*lo malo*” lo comprende todo, desde el becerro de Horeb hasta la cruz del Calvario; esto fue Israel en el pasado.

Y en el presente, ¿no son un monumento perpetuo de la verdad imperecedera de Dios? ¿Ha faltado una jota o una tilde de todo lo Dios ha hablado? Oigamos las palabras: “Yo pongo hoy por testigo al cielo y a la tierra, que pronto pereceréis totalmente de la tierra hacia la cual pasáis el Jordán para tomar posesión de ella; no estaréis en ella largos días sin que seáis destruidos. Y Jehová os esparcirá entre los pueblos, y quedaréis pocos en número entre las naciones a las cuales os llevará Jehová”.

¿No se ha cumplido todo esto al pie de la letra; quién lo dudará? El pasado y el presente de Israel atestiguan por igual la verdad de la Palabra de Dios. Entonces podemos declarar que así como su pasado y su presente son un cumplimiento literal de la verdad de Dios, su futuro también lo será. Tanto las páginas de su historia como las de la profecía fueron dictadas por el mismo Espíritu, por lo tanto ambas son igualmente verdaderas. Así como la historia nos relata el pecado de

Israel y su dispersión, la profecía predice su arrepentimiento y su restauración. Para la fe, una es tan verdadera como otra. Tan cierto es que Israel pecó y está esparcido, como que se arrepentirá y será restaurado en el futuro.

Esto está fuera de toda duda; y nos alegramos al pensar en esto. No hay ningún profeta, desde Isaías a Malaquías, que no anuncie la bendición futura, la preeminencia y la gloria de la simiente de Abraham. Nos gustaría mucho citar algunos de los pasajes que tratan ese tema tan interesante, pero nos contentaremos con sugerir al lector que los lea por sí mismo. Le recomendamos especialmente los últimos capítulos de Isaías, en los que hallará una completa confirmación de lo que dijo el apóstol:

Todo Israel será salvo



(Romanos 11:26).

Todos los profetas, “desde Samuel en adelante” (Hechos 3:24), coinciden en esto. Las enseñanzas del Nuevo Testamento armonizan con las voces de los profetas. Dudar de la restauración de Israel en su propia tierra y su bendición final en ella, bajo el régimen de su propio Mesías, es desconocer o negar el testimonio de los profetas y los apóstoles que escribieron por la inspiración directa del Espíritu Santo; es poner a un lado una parte de la Escritura.

Las profecías concernientes a Israel no se aplican a la Iglesia

Parece extraño que quienes aman a Cristo puedan ignorar o negar esos testimonios; sin embargo, muchos lo han hecho y lo hacen, ya sea por prejuicios religiosos o por ciertas tendencias teológicas. No obstante, la gloriosa verdad de la restauración de Israel y de su preeminencia en la tierra brilla con fulgor en los libros proféticos; todo el que procura ponerla a un lado u oponerse a ella, no solo insulta la Sagrada Escritura –contradiendo la voz unánime de apóstoles y profetas–, sino que también se entromete en el consejo, propósito y promesa del Señor, Dios de Israel, haciendo nulo el pacto con Abraham, Isaac y Jacob.

Esto es algo serio, y muchos están haciéndolo sin darse cuenta. Es preciso comprender que quien toma las promesas hechas a los padres del Antiguo Testamento para aplicarlas a la Iglesia del Nuevo Testamento, en realidad no hace sino lo que hemos dicho antes; y nadie tiene el más mínimo derecho a cambiar las promesas hechas a los padres. Podemos aprender de esas promesas,

gozarnos en ellas, obtener consuelo y aliento por el hecho de su estabilidad eterna y su aplicación literal directa. Pero es muy distinto querer aplicar a la Iglesia o a los creyentes del tiempo del Nuevo Testamento profecías que se aplican solo a Israel, literalmente, a la simiente de Abraham. Esto es grave, pues se opone a la mente y al corazón de Dios. Él ama a Israel, le ama a causa de los padres; y podemos estar seguros de que no aprueba que intervengamos en su posición, su porción y sus esperanzas. Todos estamos familiarizados con las palabras del apóstol en Romanos 11; no obstante, podemos haber desviado u olvidado su verdadero sentido y fuerza moral.

Al hablar de Israel en relación con el olivo de la promesa, dice: “Y aun ellos, si no permanecieren en incredulidad, serán injertados, pues *poderoso es Dios* para volverlos a injertar. Porque si tú fuiste cortado del que por naturaleza es olivo silvestre, y contra naturaleza fuiste injertado en el buen olivo, ¿cuánto más estos, que son las ramas naturales, serán injertados en su propio olivo? Porque no quiero, hermanos, que ignoréis este misterio, para que no seáis arrogantes en cuanto a vosotros mismos: que ha acontecido a Israel endurecimiento en parte, hasta que haya entrado la plenitud de los gentiles; y luego todo Israel será salvo, como está escrito: Vendrá de Sion el Libertador, que apartará de Jacob la impiedad. Y este *será mi pacto con ellos*, cuando yo quite sus pecados. Así que en cuanto al evangelio, son enemigos por causa de vosotros; pero en cuanto a la elección, son amados por causa de los padres. Porque irrevocables son los dones y el llamamiento de Dios. Pues como vosotros también en otro tiempo erais desobedientes a Dios, pero ahora habéis alcanzado misericordia por la desobediencia de ellos, así también estos ahora han sido desobedientes, para que por la misericordia concedida a vosotros, ellos también alcancen misericordia”. Es decir, que en vez de entrar por causa de la ley o de la descendencia carnal, entrarán por causa de la gracia soberana, exactamente como los gentiles. “Porque Dios sujetó a todos en desobediencia, para tener *misericordia de todos*” (Romanos 11:23-32).

Aquí termina la sección que concierne a nuestro tema, pero no podemos dejar de citar el himno de alabanza del apóstol al cerrar la gran sección dispensacional de su epístola: “¡Oh profundidad de las riquezas de la sabiduría y de la ciencia de Dios! ¡Cuán insondables son sus juicios, e inescrutables sus caminos! Porque ¿quién entendió la mente del Señor? ¿O quién fue su consejero? ¿O quién le dio a él primero, para que le fuese recompensado? Porque *de él*” —es decir, él es la fuente—, “y *por él*” —esto es, el conducto— “y *para él*” —como destinatario— “son todas las cosas. A él sea la gloria por los siglos. Amén” (v. 33-36).

Los caminos de Dios para Israel

El espléndido pasaje anterior, como toda la Escritura, está en perfecta concordancia con la enseñanza del capítulo 4 del libro del Deuteronomio. La condición actual de Israel es fruto de su incredulidad; su gloria futura será el fruto de la misericordia rica y soberana de Dios. “Porque Dios misericordioso es Jehová tu Dios; no te dejará, ni te destruirá, ni se olvidará del pacto que les juró a tus padres. Porque pregunta ahora si en los tiempos pasados que han sido antes de ti, desde el día que creó Dios al hombre sobre la tierra, si desde un extremo del cielo al otro” –se alude a los límites extremos del tiempo y del espacio– “se ha hecho cosa semejante a esta gran cosa, o se haya oído otra como ella. ¿Ha oído pueblo alguno la voz de Dios, hablando de en medio del fuego, como tú la has oído, sin perecer? ¿O ha intentado Dios venir a tomar para sí una nación de en medio de otra nación, con pruebas, con señales, con milagros, y con guerra, y mano poderosa y brazo extendido, y hechos aterradores como todo lo que hizo con vosotros Jehová vuestro Dios en Egipto ante tus ojos? A ti te fue mostrado, para que supieses que Jehová es Dios y no hay otro fuera de él. Desde los cielos te hizo oír su voz, para enseñarte; y sobre la tierra te mostró su gran fuego, y has oído sus palabras de en medio del fuego” (v. 31-36).

Aquí tenemos expuesto, con un poder moral extraordinario, el fin grandioso de todos los actos divinos en favor de Israel. Eso fue así para que pudieran saber que Jehová era el Dios vivo y verdadero, y que aparte de él no había ni podía haber otro. El propósito de Dios era que Israel fuese su testigo en la tierra, como lo será en el futuro, y aunque hasta ahora haya fracasado y ocasionado que el santo Nombre de Dios sea blasfemado entre las naciones; nada puede impedir el designio de Dios; su pacto permanecerá para siempre. Israel será un testigo de Dios en la tierra y el conducto de una rica bendición para todas las naciones. Jehová juró que así sería, y nada podrá impedir el cumplimiento total de todo lo que él ha hablado. Su gloria está implícita en el futuro de Israel, y si una jota o una tilde de su palabra faltase, sería una mancha para el honor de su Nombre y daría pie a la acción del enemigo, lo que es absolutamente imposible. La bendición futura de Israel y la gloria de Jehová están unidas entre sí por un lazo que nunca podrá ser roto. Si no se capta esto con toda claridad, no se pueden entender ni el pasado ni el futuro de Israel.

Pero hay otra verdad expuesta en nuestro capítulo: no solamente la gloria de Jehová está involucrada en la bendición y la restauración futura de Israel, sino que su *corazón* también está comprometido en esto; y se manifiesta en las palabras conmovedoras y dulces: “Por cuanto él amó a

tus padres, escogió a su descendencia después de ellos, y te sacó de Egipto con su presencia y su gran poder, para echar de delante de tu presencia naciones grandes y más fuertes que tú; y para introducirte y darte su tierra por heredad, como hoy” (v. 37-38).

Así están comprometidos la verdad de la Palabra de Dios, la gloria de su gran Nombre y el amor de su corazón en relación con la simiente de Abraham su amigo. Por eso, aunque los judíos hayan quebrantado la ley, deshonrado su Nombre, despreciado su amor, rechazado a sus profetas, crucificado a su Hijo y resistido a su Espíritu, y en consecuencia se vean dispersos, perseguidos, quebrantados, y deben pasar por una tribulación sin igual, aun así, el Dios de Abraham, Isaac y Jacob glorificará su Nombre, ratificará su palabra y manifestará su amor inalterable en la historia futura de su pueblo terrenal. Nada cambia el amor de Dios; a quien él ama, lo ama hasta el fin.

Si negamos esto en cuanto a Israel, no nos queda ningún terreno sobre el que estar firme. Si menospreciamos la verdad de Dios en un solo punto, no tendremos seguridad acerca de ningún otro.

La Escritura no puede ser quebrantada



(Juan 10:35).

“Porque todas las promesas de Dios son en él Sí, y en él Amén, por medio de nosotros, para la gloria de Dios” (2 Corintios 1:20). Dios se ha comprometido con la simiente de Abraham; ha prometido darles la tierra de Canaán *para siempre*. “Porque irrevocables son los dones y el llamamiento de Dios” (Romanos 11:29). Dios nunca se arrepiente de su don o de su llamamiento; por lo tanto, cualquier tentativa de desnaturalizar sus promesas y sus dones, o de interferir en la aplicación, es una grave ofensa contra él. Mancha la integridad de la verdad divina, nos priva de toda la certidumbre en la interpretación de la Sagrada Escritura y sumerge al alma en tinieblas, duda y perplejidad.

La enseñanza de la Escritura es clara, definida y precisa. El Espíritu Santo que inspiró el Libro sagrado expresa exactamente lo que piensa, y piensa lo que dice; si habla de Israel, se refiere a Israel, si de Sion, quiere decir Sion, y si de Jerusalén, quiere designar a Jerusalén. Aplicar cualquiera de esos nombres a la Iglesia del Nuevo Testamento es confundir las cosas que son diferentes entre sí e introducir un método de interpretación de la Escritura que, por su vaguedad, solo

puede conducir a las consecuencias más desastrosas. Si manipulamos la Palabra de Dios de esa manera, es imposible que ejerza su autoridad divina sobre nuestras conciencias, o que ponga de manifiesto su poder formativo en nuestros caminos, en nuestra conducta y en nuestro carácter.

La divina inspiración de los cinco libros de Moisés

Consideremos por unos momentos el poderoso llamamiento con que Moisés resume su discurso en este capítulo: “Aprende *pues*, hoy, y *reflexiona en tu corazón* que Jehová es Dios arriba en el cielo y abajo en la tierra, y no hay otro. Y guarda sus estatutos y sus mandamientos, los cuales yo te mando hoy, para que te vaya bien a ti y a tus hijos después de ti, y prolongues tus días sobre la tierra que Jehová tu Dios te da para siempre” (v. 39-40).

Vemos así que el derecho moral de Dios a ser obedecido se basa en su carácter que nos ha sido revelado, y en los hechos maravillosos que hizo en favor de ellos. Estaban obligados a obedecerle porque los había sacado de la tierra de Egipto con mano poderosa y brazo levantado, había hecho temblar aquella tierra hasta sus cimientos por los golpes repetidos de la vara de su juicio, les había abierto un camino a través del mar, les había mandado pan del cielo y les había sacado aguas de la roca; verdaderamente tenía derecho a que le obedecieran.

Este es el gran argumento, tan característico del libro de Deuteronomio, que está lleno de enseñanzas para los cristianos. Si Israel estaba moralmente obligado a obedecer, ¡mucho más lo estamos nosotros! Si sus motivos y fines fueron poderosos, ¡mucho más lo son los nuestros! ¿Sentimos su poder, reconocemos los derechos de Cristo sobre nosotros, nos acordamos de que no nos pertenecemos a nosotros, sino que fuimos comprados por el precio de la sangre de Cristo, y procuramos vivir para él? ¿Es su gloria la que inspira nuestros actos, y su amor el motivo que nos constriñe; o vivimos para nosotros mismos? ¿Procuramos prosperar en el mundo que crucificó a nuestro Señor y Salvador? ¿Queremos tener un buen sitio en él para hacer fortuna, amando el dinero, ya sea por lo que es o por lo que puede proporcionarnos, y dejándonos *gobernar* por él? Sondeemos honradamente nuestros corazones como si estuviéramos en la presencia de Dios a la luz de su verdad, y procuremos saber cuál es el objeto que domina nuestros corazones, al que aman y quieren nuestras almas.

Lector, estas preguntas son escrutadoras; no las desdeñemos. Midamos su importancia a la luz del tribunal de Cristo porque son saludables y muy necesarias. Vivimos en tiempos difíciles; por todos lados hay una cantidad terrible de falsedad que se manifiesta sobre todo en la llamada religión. Estos días han sido descritos sin ningún matiz ni exagerar, sino presentando las cosas

tal como son: “También debes saber esto: que en los *postreros días*” –totalmente distintos de “los *postreros tiempos*” de 1 Timoteo 4, más avanzados, pronunciados, mejor definidos, y más fuertemente marcados– “vendrán tiempos peligrosos (o difíciles). Porque habrá hombres *amadores de sí mismos*, avaros, *vanagloriosos*, soberbios, blasfemos, *desobedientes a los padres*, ingratos, impíos, *sin afecto natural*, *implacables*, calumniadores, intemperantes, crueles, aborrecedores de lo bueno, traidores, impetuosos, infatuados, *amadores de los deleites más que de Dios*”, y luego, ¡mire cómo remata el apóstol inspirado ese aterrador edificio!: “Que tendrán apariencia de piedad, pero negarán la eficacia de ella” (2 Timoteo 3:1-5).

¡Qué cuadro tan terrible! Aquí tenemos a la cristiandad *infiel*, así como en 1 Timoteo 4 se nos describe la cristiandad *supersticiosa*. En esta última vemos al papismo; en la anterior vemos la incredulidad. Los dos elementos están actuando a nuestro alrededor, pero el último pronto tendrá la supremacía, hacia la que avanza rápidamente. Los mismos conductores y maestros de la cristiandad no se avergüenzan de atacar los fundamentos del cristianismo. Un obispo que dice ser cristiano no se avergüenza ni se asusta de poner en tela de juicio la autenticidad de los cinco libros de Moisés, y así la de toda la Biblia, porque ciertamente si Moisés no fue el inspirado escritor del Pentateuco, todo el edificio de la Santa Escritura se derrumba a nuestros pies. Los escritos de Moisés están enlazados tan íntimamente con las demás partes del Libro divino que, si se los toca, todo se viene abajo. Si el Espíritu Santo no inspiró a Moisés, siervo de Dios, para escribir los primeros cinco libros de la Biblia, no tenemos ni un centímetro de terreno firme sobre el que podamos sostenernos; se nos deja sin nada de la autoridad divina sobre la que podamos descansar. Los propios pilares de nuestro cristianismo glorioso desaparecerían, y tendríamos que buscar a tientas nuestro camino entre las teorías y opiniones contradictorias de los maestros incrédulos, sin un rayo de luz de la inspiración de Dios.

¿Le parece esto demasiado fuerte? ¿Acaso opina que podemos aprobar al incrédulo que niega la inspiración de Moisés y, aun así, creer en la inspiración de los salmos, los profetas y del Nuevo Testamento? Si esta es su opinión, convéznase de que está bajo la influencia de un engaño fatal. Lea el siguiente pasaje y pregúntese qué significa y cuál es su alcance. Nuestro Señor, hablando a los judíos (que, dicho sea de paso, no habrían estado de acuerdo con un obispo cristiano que niegue la autenticidad de Moisés), les dice:

“

No penséis que yo voy a acusaros delante del Padre; hay quien os acusa, Moisés, en quien tenéis vuestra esperanza. Porque si creyeseis a Moisés, me creeríais a mí, porque de mí escribió él. Pero si no creéis a sus escritos, ¿cómo creeréis a mis palabras?

(Juan 5:45-47).

El que no cree en los escritos de Moisés, el que no acepta cada línea suya como inspirada por Dios, no cree en las palabras de Cristo y, por lo tanto, tampoco puede tener fe en Cristo, no puede ser cristiano. Esto constituye un grave asunto para todo el que niega la inspiración divina del Pentateuco, y grave también para todo el que le escucha o está de acuerdo con él. Está muy bien hablar de amor cristiano y de liberalidad de espíritu, pero tenemos que considerar si verdaderamente es amor cristiano y liberalidad de espíritu aprobar al hombre que tiene el atrevimiento de derribar a nuestros pies los fundamentos mismos de nuestra fe. Decir que ese hombre es un obispo o un ministro cristiano es empeorar la cosa mil veces más. Cuando alguien como Voltaire o Paine ataca la Biblia, podemos comprenderlo; no esperamos de ellos otra cosa. Pero cuando los que pretenden ser ministros reconocidos y ordenados de la religión y guardianes de la fe, cuando los que se consideran a sí mismos como los únicos autorizados para enseñar y predicar a Jesucristo, para alimentar y dirigir a la Iglesia de Dios, ponen en duda la inspiración de los cinco libros de Moisés, ¿no tenemos derecho a preguntar dónde estamos? ¿Adónde ha ido a parar la iglesia profesante?

Pero veamos otros pasajes: uno de ellos es la declaración del Salvador resucitado a los dos discípulos desorientados que van camino a Emaús: “¡Oh insensatos, y tardos de corazón para creer todo lo que los profetas han dicho! ¿No era necesario que el Cristo padeciera estas cosas, y que entrara en su gloria? Y *comenzando desde Moisés*, y siguiendo por todos los profetas, les declaraba en todas las Escrituras lo que de él decían”. Y otra vez, a los once y a los que estaban con ellos, les dice: “Estas son las palabras que os hablé, estando aún con vosotros: que era necesario que se cumpliese todo lo que está escrito de mí *en la ley de Moisés*, en los profetas y en los salmos” (Lucas 24:25-27, 44).

Aquí vemos que nuestro Señor reconoce, de la manera más clara, que la ley de Moisés forma parte del Canon inspirado, y la enlaza con las demás secciones del Libro divino, de tal modo que es absolutamente imposible refutar una sin destruir la integridad de todo el conjunto. Si uno no cree a Moisés, tampoco puede fiarse de los profetas y de los salmos. Juntos se sostienen en pie o juntos caen. Y no solo esto sino que, o admitimos la autenticidad divina del Pentateuco, o sa-

camos la conclusión de que nuestro Señor y Salvador autorizó una serie de documentos falsos, citando como escritos de Moisés lo que Moisés nunca había escrito. No hay, en realidad, nada firme en esta última conclusión.

Tomemos aun la parábola del rico y Lázaro: “Y Abraham le dijo: *A Moisés y a los profetas tienen; óiganlos*. Él entonces dijo: No, padre Abraham; pero si alguno fuere a ellos de entre los muertos, se arrepentirán. Mas Abraham le dijo: Si no oyen a Moisés y a los profetas, tampoco se persuadirán aunque alguno se levante de los muertos” (Lucas 16:29-31).

Por último, si a esto añadimos el hecho de que nuestro Señor, en su conflicto con Satanás en el desierto, cita solamente escritos de Moisés, tendremos una evidencia suficiente del conjunto, no solo para establecer la inspiración divina de Moisés, sino también para probar que el hombre que duda de la autenticidad de los cinco primeros libros de la Biblia, no puede tener ni Biblia, ni revelación divina, ni autoridad, ni sólido fundamento para su fe. Puede llamarse y ser llamado obispo o ministro cristiano; pero en realidad es un escéptico y debería ser tratado así por todos los que creen y conocen la verdad. No podemos comprender cómo alguien que tenga una chispa de vida divina en el alma pueda hacerse culpable del horrendo pecado de negar la inspiración de una gran parte de la Palabra de Dios, o de afirmar que nuestro Señor Jesucristo pudo citar documentos falsos.

Quizá parezcamos severos al escribir esto; hoy día parece algo normal considerar como cristianos a los que niegan los propios cimientos del cristianismo. Está muy extendido el concepto de que con tal que la gente sea moral, amable, bondadosa, caritativa y altruista, no importa lo que crea. Suele decirse que la vida es mejor que el credo o el dogma. Todo esto suena muy aceptable, pero el lector puede estar seguro de que esa manera de hablar y razonar tiende directamente a deshacerse de la Escritura, del Espíritu Santo, de Cristo, de Dios, en fin, de todo lo que la Biblia nos revela. Tenga muy presente esto y procure adherirse a la preciosa Palabra de Dios; atesórela en su corazón y entréguese cada día más a su estudio, acompañándola de la oración. Así se preservará de la influencia funesta del escepticismo y de la incredulidad en cualquiera de sus formas; su alma será alimentada y nutrida por la leche pura de la Palabra y todo su ser moral será guardado continuamente bajo el refugio de la presencia de Dios. Esto es lo que se necesita, y lo demás de nada sirve.

Las tres ciudades de refugio al otro lado del Jordán

Debemos terminar ya nuestra meditación sobre este capítulo maravilloso, pero antes de hacerlo vamos a echar un vistazo a la notable información sobre las tres ciudades de refugio. Esto se relaciona con nuestro tema con un orden moral perfecto y hermoso propio a la Escritura, donde todo es divinamente perfecto.

“Entonces apartó Moisés tres ciudades a este lado del Jordán al nacimiento del sol, para que huiese allí el homicida que matase a su prójimo sin intención, sin haber tenido enemistad con él nunca antes; y que huyendo a una de estas ciudades salvase su vida: Beser en el desierto, en tierra de la llanura, para los rubenitas, Ramot en Galaad para los gaditas; y Golán en Basán para los de Manasés” (v. 41-43).

Aquí vemos un hermoso despliegue de la gracia de Dios, elevándose, como siempre, sobre las debilidades y fallas humanas. Las dos tribus y media, al escoger su heredad al este del Jordán, permanecieron separadas de la parte adecuada del Israel de Dios que estaba al otro lado del río de la muerte. Pero Dios, en su infinita gracia, no quiso dejar al homicida infortunado sin un refugio en el día de su desgracia. Si el hombre no puede ascender a la altura de los pensamientos de Dios, Dios desciende a las profundidades de la necesidad humana; así lo hizo en este caso, donde las dos tribus y media pudieron tener tantas ciudades de refugio, al este del Jordán, como las que tuvieron las nueve tribus y media en la tierra de Canaán.

Esto era verdaderamente gracia abundante. ¡Qué distinto era este modo de actuar con respecto al del hombre! ¡Qué superioridad respecto de la simple ley o de la justicia legal! Por la vía legal tal vez se hubiera dicho a las dos tribus y media: «Si vosotros escogéis vuestra heredad fuera de los límites divinos, si os contentáis con menos que Canaán, la tierra prometida, no esperéis gozar de los privilegios y bendiciones de esa tierra. Las instituciones de Canaán deben estar reservadas a Canaán y, por lo tanto, vuestros homicidas deben atravesar el Jordán, si pueden, y encontrar refugio allí».

La ley habría podido hablar así, pero la gracia habló de un modo muy diferente. Los pensamientos y los caminos de Dios no son como los nuestros. Desde nuestro punto de vista, ya había sido un acto de gracia el hecho de que se designara una ciudad de refugio para las dos tribus y media. Pero nuestro Dios hace las cosas mucho más abundantemente de lo que pensamos o pedimos; por eso el distrito situado al este del Jordán, comparativamente más pequeño que Canaán, fue provisto tan abundantemente como toda la tierra de Canaán.

¿Prueba esto que las dos tribus y media hacían bien? No; lo que prueba es que Dios es bueno, y que él obra siempre así a pesar de todas nuestras debilidades y locuras. ¿Podría dejar al pobre homicida sin un lugar de refugio en la tierra de Galaad, porque Galaad no fuese Canaán? Por cierto que no. Esto no hubiera sido digno de Aquel que dice: “*Cercana* está mi justicia” (Isaías 51:5). Él tuvo cuidado de poner la ciudad de refugio “cercana” al homicida. Hizo que su rica y preciosa gracia se derramara y alcanzara al necesitado donde se encontrara. ¡Este es el proceder de nuestro Dios, sea su santo Nombre bendito para siempre!

Fin del primer discurso de Moisés

“Esta, pues, es la ley que Moisés puso delante de los hijos de Israel. Estos son los testimonios, los estatutos y los decretos que habló Moisés a los hijos de Israel cuando salieron de Egipto; a este lado del Jordán, en el valle delante de Bet-peor, en la tierra de Sehón rey de los amorreos que habitaba en Hesbón, al cual derrotó Moisés con los hijos de Israel, cuando salieron de Egipto; y poseyeron su tierra, y la tierra de Og rey de Basán; dos reyes de los amorreos que estaban de este lado del Jordán, al oriente. Desde Aroer, que está junto a la ribera del arroyo de Arnón, hasta el monte de Sion, que es Hermón; y todo el Arabá de este lado del Jordán, al oriente, hasta el mar del Arabá, al pie de las laderas del Pisga” (v. 44-49).

Aquí termina este discurso maravilloso. El Espíritu de Dios se complace en trazar los límites del pueblo y citar los detalles más pequeños relacionados con su historia. Se interesa vivamente por todo lo que les concierne, por sus conflictos, sus victorias, sus posesiones y sus fronteras, y todo esto con una gracia y una condescendencia conmovedoras que llenan el alma de admiración, amor y alabanza. El hombre en su arrogancia piensa que está muy por debajo de su dignidad entrar en detalles pequeños; pero *nuestro* Dios cuenta los cabellos de nuestra cabeza, recoge nuestras lágrimas en su redoma, se ocupa de nuestras penas y nuestras necesidades. No hay nada demasiado pequeño para su amor ni hay nada demasiado grande para su poder. Concentra sus cuidados sobre cada uno de sus hijos como si no tuviera que cuidar más que a uno solo; y no hay una sola circunstancia diaria en la historia de nuestra vida, por muy trivial que sea, que no merezca su interés.

Recordemos siempre esto para nuestra seguridad; aprendamos a confiar más en él, y a recibir con sencilla fe los cuidados paternales de su amor. Nos dice que echemos sobre él todas nuestras ansiedades, con la seguridad de que él cuida de nosotros; quiere que nuestros corazones estén libres de preocupaciones.

“ Por *nada* estéis afanosos, sino sean conocidas vuestras peticiones delante de Dios en toda oración y ruego, con acción de gracias. Y la paz de Dios, que sobrepasa *todo* entendimiento, guardará vuestros corazones y vuestros pensamientos en Cristo Jesús (Filipenses 4:6-7).

Tememos que la gran mayoría de nosotros apenas conozcamos la profundidad real, el significado y el poder de esas palabras. Las leemos, las oímos, pero no nos apropiamos de ellas; no las digerimos para ponerlas en práctica. Qué poco hemos experimentado la bendita verdad de que nuestro Padre se interesa en nuestras penas, y que podemos acudir a él en todas nuestras necesidades y dificultades. Creemos que esas cosas no son dignas de la atención del Todopoderoso que habita en la eternidad; esta idea nos robaría bendiciones incalculables en nuestra vida diaria. Recordemos que para nuestro Dios no hay nada grande ni pequeño, todas las cosas son iguales para Aquel que sustenta el gran universo con la palabra de su poder. Tan fácil le es crear un mundo como proporcionar alimento a una pobre viuda. La grandeza de su poder, la majestad moral de su gobierno y la minuciosidad de su tierno cuidado atraen igualmente la admiración y la adoración de nuestros corazones.

Lector cristiano, procure hacer suyas todas estas cosas. Procure vivir más cerca de Dios en su vida diaria, apóyese más en él; acuda a él y nunca tendrá que contar su necesidad a ningún hombre. “Mi Dios, pues, suplirá todo lo que os falta conforme a sus riquezas en gloria en Cristo Jesús” (Filipenses 4:19). ¡Qué fuente!; “Dios”, ¡qué normal!; “Sus riquezas en gloria”, y ¡qué conducto!; “Cristo Jesús”. La fe tiene el privilegio de poner todas *las necesidades* a la luz de *Sus riquezas*, y perder de vista las primeras en presencia de las últimas. Su inagotable tesoro está abierto de par en par para usted; vaya y saque de allí con la ingenua simplicidad de la fe, y nunca tendrá que acudir a ningún hombre en busca de manantial, ni apoyarse en ninguna criatura como bastón.

Los diez mandamientos

Oír... aprender... guardar... practicar

Aquí empieza el segundo discurso de Moisés, que termina al final del capítulo 26.

“Llamó Moisés a todo Israel y les dijo: Oye, Israel, los estatutos y decretos que yo pronuncio hoy en vuestros oídos; aprendedlos, y guardadlos, para ponerlos por obra” (v. 1).

Fijémonos en estas cuatro palabras que caracterizan el libro de Deuteronomio y que son adecuadas para el pueblo del Señor, en cualquier tiempo y lugar: “oír”, “aprender”, “guardar”, “hacer” (poner por obra). Son palabras de un valor inestimable para todas las almas piadosas, para todos los que sinceramente desean andar por la senda estrecha de la justicia práctica, que es tan agradable a Dios y tan segura y dichosa para nosotros.

La primera de estas palabras pone al alma en la actitud más bendita en que uno puede encontrarse, es decir, la de *oír*. “La fe es por el oír, y el oír, por la palabra de Dios” (Romanos 10:17). “Escucharé lo que hablará Jehová Dios” (Salmo 85:8). “Oíd, y vivirá vuestra alma” (Isaías 55:3). Escuchar atentamente es la base para vivir una verdadera vida cristiana. Pone al alma en la única actitud que conviene a la criatura y es el secreto de toda paz y bendición.

Queremos recordar que cuando hablamos del alma en actitud de oír, se sobrentiende que se trata sencillamente de oír la Palabra de Dios. Israel debía prestar oídos a los “estatutos y decretos” de Jehová y no a otra cosa. No tenía que oír mandamientos, tradiciones o doctrinas de hombres, sino las mismas palabras del Dios vivo que les había redimido y sacado de la tierra de Egipto, un lugar de servidumbre, oscuridad y muerte.

Es preciso tener esto en cuenta para preservar al alma de caer en engaños y dificultades. Oímos hablar mucho de la obediencia y del consecuente deber moral de rendir nuestra propia voluntad, sometiéndonos a una autoridad eclesiástica. Todo eso suena muy bien y tiene gran peso en muchas personas verdaderamente religiosas y moralmente excelentes. Pero cuando los hombres nos hablen de obediencia, debemos preguntarles: «¿A qué se debe obedecer?»; cuando nos exhortan a subordinar nuestra voluntad, debemos preguntarles: «¿A quién debemos subordinarla?», y cuando nos hablen de someternos a la autoridad, debemos insistir en que nos digan la fuente o los fundamentos de esa autoridad.

Esto es muy importante para todos los miembros de la familia de la fe. Hay muchos verdaderamente sinceros que se sienten cómodos no teniendo que pensar por sí mismos; prefieren que su campo de acción y su línea de conducta estén trazadas de antemano por personas más competentes. Resulta muy cómodo tener la obra de cada día designada por alguna mano maestra. Alivia al corazón de muchísimas responsabilidades; además, el hecho de someterse voluntariamente a alguna autoridad tiene cierto aspecto de humildad.

Pero estamos obligados ante Dios a examinar cuidadosamente el fundamento de la autoridad a la que nos sometemos; de lo contrario podemos encontrarnos en una situación errónea. Tomemos por ejemplo al fraile o a la monja, o a cualquier miembro de una comunidad. El monje obedece a su abad; la monja a la madre abadesa; la «hermana» obedece a la «superiora»; pero la situación y la relación de cada uno de ellos es totalmente falsa. En el Nuevo Testamento no hay ni una palabra en favor de los monasterios, los conventos o las hermandades; por tanto, la enseñanza de la Santa Escritura es absolutamente contraria a este orden de cosas, que saca a los hombres y las mujeres del sitio y de las relaciones en que Dios los ha colocado y los agrupa en asociaciones que suprimen los afectos naturales y excluyen toda la obediencia cristiana verdadera.

Creemos conveniente llamar la atención del lector cristiano sobre este punto, ya que el enemigo está haciendo un gran esfuerzo para reavivar el sistema monástico en medio de nosotros bajo mil formas diferentes. Incluso se ha llegado a decir que la vida monástica es la única vida cristiana verdadera. Cuando se hacen afirmaciones tan monstruosas y estas son escuchadas sin protesta, debemos estudiar este asunto a la luz de la Escritura e invitar a los defensores y adictos del monaquismo a que nos muestren los fundamentos de ese sistema en la Palabra de Dios. Ahora bien, hay quienes hablan así, y muchos que los escuchan asintiendo, y esto en nuestros días en que la luz clara e intensa de nuestro glorioso cristianismo brilla en las páginas del Nuevo Testamento.

Obediencia y servicio

Bendito sea Dios, somos exhortados a obedecer; a “oír” e inclinarnos con una santa sumisión a su autoridad. En cuanto a esto, también nos apartamos de los incrédulos y sus pretensiones altivas. La senda del cristiano piadoso y humilde se aleja tanto de la superstición como de la incredulidad: la noble respuesta de Pedro ante el concilio, en Hechos 5, presenta brevemente una contestación completa para las dos. “Es necesario obedecer a Dios antes que a los hombres” (He-

chos 5:29). Podemos hacer frente a la incredulidad en todas sus facetas y bajo todas sus formas con esta sola frase: “Es necesario *obedecer*”. Y podemos responder a la superstición, no importa con qué manto se cubra, con la importantísima frase: “Es necesario *obedecer a Dios*”.

Con esto se expone, en la forma más sencilla, el deber de todos los cristianos verdaderos: deben obedecer a Dios. El incrédulo puede burlarse de un fraile o de una monja, y extrañarse de que un ser racional pueda someter su razón y entendimiento a la autoridad de un hombre como él, obedeciendo a reglas y prácticas absurdas, degradantes y contrarias a la naturaleza. El incrédulo se enorgullece de su supuesta libertad intelectual e imagina que su razón es para él una guía totalmente suficiente. No comprende que está más lejos de Dios que aquellos a quienes desprecia; ni se da cuenta de que mientras se enorgullece de su libertad, es esclavo de Satanás, el príncipe y dios de este mundo. El hombre ha sido creado para obedecer, para mirar hacia arriba, a alguien superior a él. El cristiano es santificado (puesto aparte) para obedecer a Jesucristo; para ejercer el mismo tipo de obediencia que nuestro Señor y Salvador manifestó para con su Padre Dios.

Esto es muy importante para todo el que realmente quiera saber lo que es la verdadera obediencia cristiana. Entender esto es el verdadero secreto para librarse de la terquedad del incrédulo y de la obediencia falsa de la superstición. Nunca puede ser correcto hacer nuestra propia voluntad, pero puede ser totalmente erróneo hacer la voluntad de un semejante nuestro; en cambio, siempre es justo hacer la voluntad de Dios. Esto es lo que Jesús vino a hacer; y lo que siempre hizo.

He aquí que vengo, oh Dios, para hacer tu voluntad

“ (Hebreos 10:7).

“ El hacer tu voluntad, Dios mío, me ha agradado, y tu ley está en medio de mi corazón
(Salmo 40:8).

Por tanto, somos llamados y apartados para ejercer esta forma de obediencia, como nos enseña el apóstol Pedro en su primera epístola, donde habla de los creyentes como “elegidos según la presciencia de Dios Padre en santificación del Espíritu, para obedecer y ser rociados con la sangre de Jesucristo” (1 Pedro 1:2).

Este es un gran privilegio y, al mismo tiempo, una responsabilidad. No debemos olvidar nunca que Dios nos ha elegido, y que el Espíritu Santo nos ha puesto aparte, no solo para ser rociados con la sangre de Jesucristo, sino también para obedecerle. Las palabras que acabamos de citar nos liberan de la propia voluntad, de la legalidad y de la superstición. ¡Bendita liberación!

Pero el lector piadoso podría querer llamar nuestra atención sobre la exhortación que se nos hace en Hebreos 13: “Obedeced a vuestros pastores, y sujetaos a ellos; porque ellos velan por vuestras almas, como quienes han de dar cuenta; para que lo hagan con alegría, y no quejándose, porque esto no os es provechoso” (v. 17).

Palabras muy importantes, a las que podemos unir el pasaje de 1 Tesalonicenses: “Os rogamos, hermanos, que reconozcáis a los que trabajan entre vosotros, y os presiden en el Señor, y os amonestan; y que los tengáis en mucha estima y amor por causa de su obra” (cap. 5:12-13). Y también el de 1 Corintios 16:15-16: “Hermanos, ya sabéis que la familia de Estéfanos es las primicias de Acaya, y que ellos se han dedicado al servicio de los santos. Os ruego que os sujetéis a personas como ellos, y a todos los que ayudan y trabajan”. A todo esto debemos añadir otro pasaje hermoso de 1 Pedro: “Ruego a los ancianos que están entre vosotros, yo anciano también con ellos, y testigo de los padecimientos de Cristo, que soy también participante de la gloria que será revelada: apacentad la grey de Dios que está entre vosotros, cuidando de ella, no por fuerza, sino voluntariamente; no por ganancia deshonesta, sino con ánimo pronto; no como teniendo señoría sobre los que están a vuestro cuidado, sino siendo ejemplos de la grey. Y cuando aparezca el Príncipe de los pastores, vosotros recibiréis la corona incorruptible de gloria” (cap. 5:1-4).

Se nos preguntará: «Los pasajes anteriores, ¿no establecen el principio de la obediencia a ciertos hombres? Si es así, ¿por qué hacer objeciones a la autoridad humana?». La respuesta es muy sencilla. Cuando Cristo concede un don espiritual —ya sea el de enseñar, dirigir o pastorear— es un deber y un privilegio de los cristianos reconocer y apreciar esos dones; no hacerlo sería renunciar a nuestras propias bendiciones. Pero debemos tener en cuenta que en todos esos casos, el don debe ser una realidad evidente, palpable, de buena fe. No es el hombre quien se atribuye cierto cargo o posición, ni el que es designado por sus compañeros para desempeñar algún ministerio. Todo esto es inútil; es una intrusión osada en un terreno sagrado, que atraerá tarde o temprano el juicio de Dios.

Todo ministerio verdadero es de Dios, y está fundado en la posesión de un don procedente de la Cabeza de la Iglesia; de modo que podemos decir: si no hay don, no hay ministerio. En todos los pasajes que acabamos de citar, vemos dones positivos poseídos y un trabajo real efectuado. Ade-

más, se ve amor verdadero hacia los corderos y las ovejas del rebaño de Cristo y una gracia y un poder divinos. La Palabra en Hebreos 13 dice: “Obedeced a vuestros pastores” (o “conductores”). Y es esencial que un verdadero guía o conductor vaya delante de nosotros en el camino. Sería el colmo de la locura que alguien se considerara guía sin conocer el camino y sin tener voluntad ni la capacidad para andar por él. ¿Quién pensaría en seguirle?

Así también, cuando el apóstol exhorta a los tesalonicenses a «reconocer» y «estimar» a ciertas personas, ¿en qué basa su exhortación?, ¿acaso en que simplemente se les había dado un título, un cargo o una posición? Nada de eso; Él basa su exhortación sobre el hecho de que aquellas personas les presidían “*en el Señor*”, y les amonestaban. Y, ¿por qué debían tenerlos “en mucha estima”? ¿Por su cargo o su título? No, sino “por causa de su obra”. ¿Por qué se exhortó a los corintios a que se sometieran a la casa de Estéfanos? No fue por un título o cargo que hubieran asumido, sino porque se habían “dedicado al servicio de los santos”; trabajaban en la obra. Habían recibido de Cristo el don y la gracia, tenían amor por su pueblo, y no se enorgullecían de su cargo sino que se entregaban a sí mismos para servir a Cristo.

Este es el verdadero principio o fundamento del ministerio. No es una autoridad humana, sino un don divino y un poder espiritual comunicados por Cristo a sus siervos, y ejercidos por estos con responsabilidad y gratitud ante él. Un hombre puede dedicarse a ser maestro o pastor, y ser designado por sus compañeros para desempeñar ese cargo, pero a menos que posea un don concedido por la Cabeza de la Iglesia (Efesios 5:23), todo será una mera falsedad, y su voz será la de un extraño al que las ovejas de Cristo no pueden reconocer.

Por otra parte, no tenemos dificultad para reconocer y apreciar al maestro dotado por Dios, al pastor fiel e infatigable que vela por las almas, que las cuida como una nodriza tierna, capaz de decirles: “Ahora vivimos, si vosotros estáis firmes en el Señor” (1 Tesalonicenses 3:8) ¿Cómo sabemos que un dentista es bueno? ¿Porque vemos su nombre grabado en una placa de bronce? No, sino por su trabajo. Un hombre puede llenarse la boca diciendo que es dentista, pero si solo es un operador inexperto, ¿quién querrá ponerse en sus manos?

Así sucede en todos los asuntos humanos y también en lo que concierne al ministerio. Si un hombre posee un don, es un ministro; si no lo tiene, cualquier nombramiento, autoridad y ordenación que el mundo pueda darle no podrán hacer de él un ministro de Cristo. Podrán hacerlo un ministro de religión; pero ministro de religión y ministro de Cristo son dos cosas totalmente distintas. El verdadero ministerio procede de Dios; descansa sobre la autoridad divina, y su finalidad es dirigir las almas a la presencia de Dios. El falso ministerio, por el contrario, tiene una

fuentes humana, descansa sobre una autoridad humana, y su objetivo es unir las almas a su ministerio. Esto marca la inmensa diferencia entre ambos; el primero conduce a Dios, el segundo aleja de Él; uno alimenta, nutre y refuerza la nueva vida, mientras que el otro dificulta su progreso y la sumerge en dudas y tinieblas. En otras palabras, podemos decir que el verdadero ministerio es de Dios, y guiado por Él y para Él, mientras el falso ministerio es del hombre y para el hombre. Al primero lo apreciamos en más de lo que podríamos expresar, al segundo lo rechazamos con toda la energía de nuestro ser moral.

Esperamos haber dicho lo suficiente respecto al tema de la obediencia debida a los que el Señor ha considerado aptos para la obra del ministerio. Estamos obligados, en cualquier caso, a juzgar por la Palabra de Dios y a asegurarnos de que es una realidad divina y no una impostura humana; un don positivo de la Cabeza de la Iglesia y no un título conferido por los hombres. En todos los casos en que haya realmente don y gracia, obedecer y someterse es un dulce privilegio porque vemos a Cristo en la persona y el ministerio de sus amados siervos.

Discernimiento del creyente

Una mente espiritual no tiene dificultad para reconocer la gracia y el poder real. Podemos discernir fácilmente si un hombre procura alimentar nuestras almas con el pan de vida y guiarnos por los caminos de Dios, o si procura exaltarse a sí mismo y favorecer sus propios intereses. Los que viven cerca del Señor distinguen fácilmente entre el verdadero poder y la pretensión vana. Además, nunca veremos al ministro de Cristo verdadero haciendo ostentación de su autoridad o de su cargo; hace su obra y deja que ella hable por sí misma. En el caso del apóstol Pablo, le vemos una y otra vez refiriéndose a las pruebas evidentes de su ministerio, confirmado por la conversión y bendición de las almas. Cuando los pobres corintios, mal influenciados por algún falso maestro que se alababa a sí mismo, cuestionaron neciamente su apostolado, pudo decirles: “Pues buscáis una prueba de que habla Cristo en mí... examinaos a vosotros mismos” (2 Corintios 13:3, 5).

Esto era decisivo y terminante; ellos mismos eran las pruebas vivientes de su ministerio. Si este no provenía de Dios, ¿qué eran ellos y dónde estaban? Pero era de Dios y esto le daba gozo, consuelo y fuerza. Él era “apóstol (no de hombres ni por hombre, sino por Jesucristo y por Dios el Padre que lo resucitó de los muertos)” (Gálatas 1:1). Él se gloriaba del origen de su ministerio y,

en cuanto a su carácter, no tenía más que apelar a pruebas totalmente suficientes para convencer a cualquier mente sana. En el caso de Pablo, podía decirse que no valían las palabras sino el poder.

Así debe ser, más o menos, en cada caso; necesitamos la realidad y el poder del Espíritu Santo; porque los títulos no son nada. Los hombres pueden dedicarse a expedir títulos y designar cargos; pero no tienen más autoridad para hacerlo que para nombrar almirantes de la armada o generales del ejército. Si viéramos a un hombre adoptando el estilo y el título de almirante o general sin el debido nombramiento, le tacharíamos de imbécil o loco. Este no es más que un débil ejemplo para demostrar la locura de ciertos hombres que se atribuyen el título de ministros de Cristo sin un don espiritual o de divina autoridad.

¿Se dirá que no debemos juzgar? Al contrario, estamos obligados a hacerlo. “Guardaos de los falsos profetas”. ¿Cómo podremos guardarnos de ellos si no juzgamos? Pero, ¿cómo debemos hacerlo? “Por sus frutos los conoceréis” (Mateo 7:15-16). ¿No puede el pueblo del Señor discernir la diferencia entre un hombre que se dirige a ellos con el poder del Espíritu, guiado por la Cabeza de la Iglesia, un santo siervo de Cristo, humilde, lleno de amor y de gracia, despojado de sí mismo, y otro que se presenta con un título otorgado por él mismo o por otros, pero que no tiene ni un rasgo celestial o divino en su ministerio ni en su vida? Por supuesto que sí puede; nadie podrá dudar de un hecho tan evidente.

Fijémonos en las siguientes palabras del apóstol Juan: “Amados, no creáis a todo espíritu, sino probad los espíritus si son de Dios; porque muchos falsos profetas han salido por el mundo” (1 Juan 4:1). ¿Cómo probaremos los espíritus, o cómo discerniremos entre los verdaderos y los falsos, si no podemos juzgar? El mismo apóstol, al escribir a la “señora elegida y a sus hijos”, les hace esta solemne amonestación:

“ Si alguno viene a vosotros, y no trae esta doctrina, no lo recibáis en casa, ni le digáis: ¡Bienvenido! Porque el que le dice: ¡Bienvenido! participa en sus malas obras (2 Juan 10-11).

¿No debía ella obrar de acuerdo con esta exhortación? Claro que sí, pero, ¿cómo podía hacerlo si no debemos juzgar? ¿Y de qué debía preocuparse? ¿Debía asegurarse de que los que venían a su casa eran ordenados, autorizados o licenciados por algún hombre o corporación humana? Nada de esto; la única e importante cuestión era la doctrina. Si aquellos hombres exponían la verda-

dera doctrina de Cristo, debía recibirlos en su casa; si no, tenía que cerrar la puerta con mano firme, sin importar quiénes fueran ni de dónde vinieran. Aunque estuviesen provistos de todas las credenciales que el hombre puede otorgar, si no llevaban *la verdad*, debía rechazarlos decididamente. Podía parecer muy rudo, de mente estrecha y fanática, pero no importaba. Debía obrar según la verdad; su puerta y su corazón debían ser lo bastante amplios para admitir a todos los que trajesen a Cristo, pero estrechos para los demás. ¿Debía hacer cumplidos a costa de su Señor o enorgullecerse recibiendo en su casa y a su mesa a los que enseñaban un falso Cristo? Solo pensar en esto es algo horrible.

Finalmente vemos que en Apocalipsis 2 se alaba a la iglesia de Éfeso por haber probado a los que decían ser apóstoles y no lo eran. ¿Cómo pudo ser esto si no debemos juzgar? Es evidente que se aplican en un sentido equivocado las palabras de nuestro Señor en Mateo 7:1: “No juzguéis, para que no seáis juzgados”, y también las del apóstol Pablo en 1 Corintios 4:5: “Así que, no juzguéis nada antes de tiempo”. Es imposible que la Escritura se contradiga, por lo tanto, sea cual fuere el verdadero significado de la amonestación “no juzguéis”, que dijo nuestro Señor, o “no juzguéis nada”, según el apóstol, sabemos que estas frases no se oponen al deber solemne de todos los cristianos de juzgar acerca del don, la doctrina y la vida de todo el que ocupe el puesto de predicador, maestro o pastor en la Iglesia de Dios.

Las frases “no juzguéis” y “no juzguéis nada” sencillamente nos prohíben juzgar acerca de los motivos o causas ocultas de la acción de los demás. No debemos preocuparnos por ello; no podemos penetrar bajo la superficie y, gracias a Dios, tampoco somos llamados a hacerlo; incluso nos está terminantemente prohibido. No podemos indagar en las intenciones del corazón de otro; esto es únicamente prerrogativa de Dios. Pero decir que no debemos juzgar la doctrina, el don y la conducta de los predicadores, maestros y pastores de la Iglesia de Dios, es contradecir la Santa Escritura y desconocer los instintos de la naturaleza divina implantada en nosotros por el Espíritu Santo.

Desde ahora, por tanto, podemos insistir con luz nueva y con decisión en nuestro tema de la obediencia cristiana. Está muy claro que el reconocimiento de todos los verdaderos ministerios en la Iglesia y la sumisión a todos aquellos a quienes nuestro Señor Jesucristo ha capacitado para ser pastores, maestros y guías entre nosotros, nunca puede estar en contradicción con el gran principio expuesto en la respuesta de Pedro al concilio:

Es necesario obedecer a Dios antes que a los hombres



(Hechos 5:29).

El objetivo de todos los verdaderos siervos de Cristo siempre será dirigir a los que sirven por la senda de la obediencia a la Palabra de Dios. Este capítulo, como todo el libro de Deuteronomio, nos muestra claramente como procuró Moisés con diligencia enseñar en la congregación de Israel la necesidad de obedecer a todos los estatutos y juicios de Dios. No procuró ninguna autoridad para sí mismo, ni tampoco se adueñó de la heredad de Dios. Su gran tema fue la obediencia. Este era el punto principal de todos sus discursos; obediencia, no a él, sino al Señor de ellos y suyo. Creía acertadamente que este era el secreto de su felicidad, de su seguridad moral, de su dignidad y de su fuerza. Él sabía que un pueblo obediente debía ser, necesariamente, un pueblo invencible e invulnerable. Ningún arma fraguada contra ellos podía prosperar mientras fueran gobernados por la Palabra de Dios. En resumen: sabía que la obligación de Israel era obedecer a Jehová, así como el deseo de Jehová era bendecir a Israel. Todo lo que debían hacer era *oír, aprender, guardar y hacer* la voluntad de Dios (v. 1); solo de esta manera podían contar con Dios y estar seguros de que él sería su escudo, su fuerza, su salvaguardia, su refugio, su recurso, sí, todo para ellos. El verdadero camino para el Israel de Dios era la senda de la obediencia, sobre la que la luz del rostro de Dios brilla siempre como señal de aprobación. Todo el que, por gracia, anda por esa senda encontrará en Dios un guía, una gloria y un defensor.

Esto es suficiente y no tenemos nada que ver con las consecuencias. Podemos confiar totalmente en Aquel a quien pertenecemos y a quien debemos servir. “Torre fuerte es el nombre de Jehová; a él correrá el justo, y será levantado” (Proverbios 18:10). Si hacemos su voluntad, experimentaremos que su Nombre es nuestra torre fuerte. Pero si no andamos por la senda de la justicia práctica, si hacemos nuestra propia voluntad, si descuidamos la Palabra de Dios, entonces será inútil pensar que el Nombre del Señor sea una torre fuerte para nosotros. Este será más bien un reproche que nos hará juzgar nuestros caminos y volver a la senda de justicia que habíamos abandonado.

Bendito sea el nombre de Dios, su gracia siempre será manifestada en toda su plenitud y bondad si le confesamos nuestra caída y nuestro desvío; pero esto es una cosa totalmente distinta. Debemos decir, como el salmista: “De lo profundo, oh Jehová, a ti clamo. Señor, oye mi voz; estén atentos tus oídos a la voz de mi súplica. Jah, si mirares a los pecados, ¿quién, oh Señor, podrá mantenerse? Pero en ti hay perdón, para que seas reverenciado” (Salmo 130:1-4). Así pues, un alma que clama a Dios desde lo profundo y obtiene el perdón es una cosa, y la que mira a Dios

en la senda de la justicia práctica es otra cosa muy distinta. Debemos distinguir cuidadosamente entre las dos. Confesar nuestros pecados y hallar el perdón no debe confundirse nunca con el andar en justicia y contar con Dios. Ambas cosas son ciertas, pero son distintas.

Dos pactos

Volvamos a nuestro capítulo.

En el versículo 2, Moisés recuerda al pueblo la relación en que están con Jehová gracias a un pacto. Dice él: “Jehová *nuestro* Dios hizo pacto con nosotros en Horeb. No con nuestros padres hizo Jehová este pacto, sino con nosotros todos los que estamos aquí hoy vivos. Cara a cara habló Jehová con vosotros en el monte de en medio del fuego. Yo estaba entonces entre Jehová y vosotros, para declararos la palabra de Jehová; porque vosotros tuvisteis temor del fuego, y no subisteis al monte” (v. 2-5).

Es importante distinguir y comprender a fondo la diferencia entre el pacto hecho en Horeb y el pacto hecho con Abraham, Isaac y Jacob, porque son esencialmente distintos. El primero fue un pacto de obras, por el que el pueblo se comprometía a hacer todo lo que el Señor les había mandado. El otro fue un pacto de pura gracia, por el cual Dios se obligaba a sí mismo con juramento a hacer todo lo que había prometido.

El lenguaje humano es incapaz de expresar la inmensa diferencia entre esos dos pactos; son totalmente diferentes en sus fundamentos, en su carácter, en sus acompañamientos y en sus resultados prácticos. El pacto de Horeb dependía de la supuesta competencia humana para cumplir sus términos, y este hecho era más que suficiente para explicar su fracaso total. El pacto hecho con Abraham descansaba sobre la capacidad divina para cumplir sus términos, y por esto no había posibilidad de que fracasara.

La ley

En nuestro estudio sobre el libro del Éxodo, capítulo 20, procuramos mostrar cuál había sido el propósito de Dios al dar la ley, y la absoluta imposibilidad del hombre para alcanzar la vida o la justificación por medio de guardar esa ley. Por eso remitimos al lector a lo que escribimos allí sobre este tema.

Parece extraño que entre los cristianos profesantes haya tanta confusión de ideas con respecto a una cuestión establecida con tanta claridad por el Espíritu Santo. Si solo se tratara de la cuestión de la divina autoridad de Éxodo 20 o de Deuteronomio 5, como porciones inspiradas de la Biblia, no diríamos ni una palabra. Esos capítulos son tan inspirados como Juan 17 o Romanos 8.

Pero esta no es la cuestión. Todos los verdaderos cristianos saben que “toda la Escritura es inspirada por Dios” (1 Timoteo 3:16). Además, se alegran al tener la seguridad de que “las cosas que se escribieron antes, para nuestra enseñanza se escribieron, a fin de que por la paciencia y por la consolación de las Escrituras, tengamos esperanza” (Romanos 15:4). Finalmente, creen que la moralidad de la ley es de aplicación permanente y universal. El asesinato, el adulterio, el robo, el falso testimonio, la codicia, son maldad siempre y en todas partes. Honrar a nuestros padres es justo en cualquier tiempo y lugar. En Efesios 4:28 leemos: “El que hurtaba, no hurte más”. En el capítulo 6 también dice: “Honra a tu padre y a tu madre, que es el primer mandamiento con promesa; para que te vaya bien, y seas de larga vida sobre la tierra” (v. 2-3).

Todo esto está establecido por Dios con tanta claridad, que no hay discusión posible. Pero cuando miramos la ley, como fundamento de nuestra relación con Dios, entramos en un área de pensamientos totalmente diferente. La Escritura nos enseña en muchos puntos y del modo más claro que, como cristianos e hijos de Dios, no estamos sobre ese terreno. El judío sí lo estaba, pero no podía estar allí con Dios, porque era un lugar de muerte y condenación. “Porque no podían soportar lo que se ordenaba: Si aun una bestia tocara al monte, será apedreada, o pasada con dardo; y tan terrible era lo que se veía, que Moisés dijo: Estoy espantado y temblando” (Hebreos 12:20-21). El judío se encontró con que la ley era una cama sobre la que no se podía tender, con mantas con las que no podía abrigarse (Isaías 28:20).

En cuanto al gentil, jamás estuvo colocado bajo la ley. Se declara expresamente al principio de la epístola a los Romanos que estaba “sin ley”. “Porque cuando los gentiles que no tienen ley...” (cap. 2:14). Y además: “Porque todos los que sin ley han pecado, sin ley también perecerán; y todos los que bajo la ley han pecado, por la ley serán juzgados” (cap. 2:12).

Aquí se pone a las dos clases en un contraste agudo e intenso en lo que se refiere a la posición dispensacional. El judío, bajo la ley, y el gentil, sin ley; nada puede ser más distinto. El gentil fue colocado bajo gobierno, en la persona de Noé, pero jamás bajo la ley. Si alguien duda de esto, que cite por lo menos una línea de la Escritura que pruebe que en alguna ocasión Dios haya colocado a los gentiles bajo la ley; que escudriñe y vea; de nada sirve argüir, razonar y objetar; es vano decir: «*Nosotros pensamos*» esto o aquello. La cuestión es: ¿Qué dice la Escritura? Si dice que los

gentiles fueron puestos bajo la ley, que se cite el pasaje. Nosotros sabemos que no dice esto, sino todo lo contrario. Describe la condición y posición del gentil como “sin ley”, como “no teniendo ley”.

En Hechos 10 vemos a Dios abriendo el reino de los cielos a los gentiles. Luego, en el capítulo 14:27, les abre la puerta de la fe y les manda su salvación (cap. 28:28). Pero en el santo Libro no existe ningún pasaje en el que conste que los gentiles están bajo la ley.

Examinemos esta importante cuestión a la luz de las Escrituras, poniendo a un lado nuestros pensamientos preconcebidos. Sabemos que muchos consideran nuestras afirmaciones sobre este asunto como algo nuevo, o aún más, como una herejía formal, pero esto no influirá en nosotros. Nuestro deseo es ser enseñados única y exclusivamente por la Escritura. Las opiniones, los mandamientos y las doctrinas de hombres no pesan en nuestro ánimo. Los dogmas de las diferentes escuelas teológicas deben estimarse en lo que valen, pero nosotros nos guiamos por la Escritura. Que *se nos muestre* en ella que los gentiles fueron puestos bajo la ley en alguna ocasión, y entonces nos inclinaremos inmediatamente; pero, como no podemos encontrar algo así en la Biblia, rechazamos por completo esa idea, y deseamos que el lector lo haga también. La palabra inmutable de la Escritura al describir la situación del judío es: “bajo la ley”; y al definir la situación del gentil dice: “sin ley”; está absolutamente claro[

Le pedimos al lector por un momento que ponga su atención en el capítulo 15 de los Hechos de los Apóstoles y verá cómo fue tratada por los apóstoles y por toda la iglesia de Jerusalén la primera tentativa de poner a los gentiles convertidos bajo la ley. La cuestión se suscitó en Antioquía; pero Dios, en su infinita bondad y sabiduría, dispuso que no se resolviera allí, sino que Pablo y Bernabé subiesen a Jerusalén para discutirla y dejarla definitivamente establecida por la voz unánime de los doce apóstoles y de toda la Iglesia.

¡Cómo hemos de bendecir a Dios por esto! Desde luego, podemos comprender que la decisión de una asamblea local como la de Antioquía, aun aprobada por Pablo y Bernabé, no hubiera tenido el mismo peso y autoridad que la dada por los doce apóstoles reunidos en concilio en Jerusalén. Pero el Señor, bendito sea su Nombre, tuvo cuidado de que el enemigo quedara completamente confundido, y que a los maestros de la ley se les hiciera saber de un modo claro y definitivo que no era la voluntad de Dios que los cristianos fueran colocados bajo la ley.

El tema es tan importante que no podemos dejar de citar algunas palabras pronunciadas por el concilio más importante que jamás se haya reunido.

“Entonces algunos que venían de Judea enseñaban a los hermanos: Si no os circuncidáis conforme al rito de Moisés, no podéis ser salvos”. ¡Qué condición terriblemente desalentadora! ¡Qué fúnebre sonido para los oídos de los que habían sido convertidos a través del mensaje maravilloso de Pablo en la sinagoga de Antioquía! “Sabed, pues, esto, varones hermanos: *que por medio de él*”, sin circuncisión u obras de la ley de ninguna clase, “se os anuncia remisión de pecados, y que de *todo aquello* de que por la ley de Moisés no pudisteis ser justificados, *en él* es justificado todo aquel que cree... Cuando salieron ellos de la sinagoga de los judíos, los gentiles les rogaron que el siguiente día de reposo les hablasen de estas cosas” (Hechos 15:1; 13:38-39, 42).

Este fue el mensaje glorioso transmitido a los gentiles por boca del apóstol Pablo; un mensaje de salvación libre, completa, inmediata y perfecta; la remisión absoluta de pecados y la justificación perfecta por la fe en nuestro Señor Jesucristo. Pero, según las enseñanzas de “algunos que venían de Judea”, todo esto no bastaba. Sostenían que Cristo no era suficiente sin la circuncisión y la ley de Moisés. Imponían a los gentiles, que nunca habían oído hablar de Moisés, añadir la circuncisión y el cumplimiento de la ley a Cristo y a su gloriosa salvación.

¡Cómo debió de haber sufrido Pablo al ver a sus amados gentiles sujetos a una enseñanza tan errónea! No vio en esto nada menos que la completa derrota del cristianismo. Si la circuncisión debía añadirse a la cruz de Cristo, si la ley de Moisés debía ser complementaria de la gracia de Dios, todo estaba perdido.

Pero bendito sea para siempre el Dios de toda gracia, quien suscitó una noble oposición para rechazar esta enseñanza tan funesta. Cuando el enemigo se presentó como una marea, el Espíritu de Dios levantó una bandera contra él. “Como Pablo y Bernabé tuviesen una discusión y contienda no pequeña con ellos, se dispuso que subiesen Pablo y Bernabé a Jerusalén, y algunos otros de ellos, a los apóstoles y los ancianos, para tratar esta cuestión. Ellos, pues, habiendo sido encaminados por la iglesia, pasaron por Fenicia y Samaria, contando”, no la circuncisión, sino “la conversión de los gentiles; y causaban gran gozo a todos los hermanos” (cap. 15:2-3).

Los hermanos estaban en la corriente de la mente de Cristo y en dulce comunión con Dios; por eso se regocijaron al oír de la conversión y salvación de los gentiles. Podemos estar seguros de que no les habría producido ningún gozo saber que se había puesto al cuello de aquellos amados discípulos que acababan de ser llevados a la gloriosa libertad del Evangelio, el pesado yugo de la circuncisión y de la ley de Moisés. Pero, al oír de su conversión a Dios, de su salvación por Cristo, de que habían recibido el sello del Espíritu Santo, sus corazones se llenaron de alegría.

“Y llegados a Jerusalén, fueron recibidos por la iglesia y los apóstoles y los ancianos, y refirieron todas las cosas que Dios había hecho con ellos. Pero algunos de la secta de los fariseos, que habían creído, se levantaron diciendo: Es necesario circuncidarlos, y mandarles que guarden la ley de Moisés” (cap. 15:4-5).

¿Quién decía: “Es necesario”? No era Dios, evidentemente, pues él, en su infinita gracia, les había abierto la puerta de la fe, sin la circuncisión ni ningún mandamiento de Moisés. No era Dios, eran “algunos” que presumían hablar de esas cosas como necesarias; hombres que han perturbado la Iglesia de Dios desde aquellos tiempos hasta nuestros días; hombres que quieren

“ ser doctores de la ley, sin entender ni lo que hablan ni lo que afirman (1 Timoteo 1:7).

Ellos no tienen ni la más remota idea de lo aborrecible que es su enseñanza a los ojos del Dios de toda gracia, el Padre de misericordias.

La ley: un yugo imposible de llevar

Pero, gracias a Dios, Hechos 15 nos proporciona la evidencia más poderosa del pensamiento divino sobre tal cuestión. Prueba claramente que el deseo de colocar a los creyentes bajo la ley no era de Dios.

“Y se reunieron los apóstoles y los ancianos para conocer de este asunto. Y después de mucha discusión”, –qué pronto comenzó– “Pedro se levantó y les dijo: Varones hermanos, vosotros sabéis cómo ya hace algún tiempo que Dios escogió que los gentiles oyese por mi boca”, no la ley de Moisés o la circuncisión, sino “la palabra del evangelio y creyese. Y Dios, que conoce los corazones, les dio testimonio, dándoles el Espíritu Santo lo mismo que a nosotros; y *ninguna diferencia hizo entre nosotros y ellos*, purificando por la fe sus corazones. Ahora, pues, ¿por qué tentáis a Dios, poniendo sobre la cerviz de los discípulos un yugo que ni nuestros padres ni nosotros hemos podido llevar?” (cap. 15:6-10).

Note bien esto, lector. La ley había resultado ser un yugo insoportable para los que estaban bajo ella, es decir, para los judíos; y, además, observe que el poner este *yugo* sobre la cerviz de los gentiles cristianos era nada menos que tentar a Dios. ¡Ojalá que quienes enseñan la ley en todos los ámbitos de la cristiandad puedan abrir los ojos a este gran hecho! Y no solo esto, sino que a todo

el amado pueblo del Señor le sea dado comprender que el propósito de ponerles bajo la ley, está en oposición verdadera con la voluntad de Dios. “Antes creemos” –continúa el apóstol– “que por la gracia del Señor Jesús” –y no por la ley– “*seremos salvos, de igual modo que ellos*” (cap. 15:11).

Esto es extraordinariamente hermoso viniendo de la boca del apóstol que fue enviado a predicar el Evangelio a los de la circuncisión. No dice: «Serán salvos como nosotros», sino: “Seremos salvos como ellos”. El judío consiente en descender de su elevada posición dispensacional, y ser salvo de la misma manera que el gentil incircunciso. Seguramente esas nobles expresiones sonaron con fuerza aturdidora en los oídos de los partidarios de la ley, a los que no les quedó ni un apoyo sobre el cual sostenerse.

“Entonces toda la multitud calló, y oyeron a Bernabé y a Pablo, que contaban cuán grandes señales y maravillas había hecho Dios por medio de ellos entre los gentiles” (v. 12). El Espíritu ha creído conveniente no decirnos lo que Pablo y Bernabé dijeron en aquella memorable ocasión, y ahí advertimos su sabiduría. Evidentemente, su objetivo fue dar preeminencia a Pedro y a Jacobo, cuyas palabras necesariamente debían pesar más en el ánimo de los partidarios de la ley que las pronunciadas por el apóstol de los gentiles y su compañero.

“Y cuando ellos callaron, Jacobo respondió diciendo: Varones hermanos, oídmme. Simón ha contado cómo Dios visitó por primera vez a los gentiles, para tomar de ellos pueblo para su nombre. Y con esto concuerdan las palabras de los profetas” –cita abundante evidencia del Antiguo Testamento para derribar a los judaizantes–, “como está escrito: Después de esto volveré y reedificaré el tabernáculo de David, que está caído; y repararé sus ruinas, y lo volveré a levantar, para que el resto de los hombres busque al Señor, y *todos los gentiles*” –sin la más mínima alusión a la circuncisión, o a la ley de Moisés–, “sobre los cuales es invocado mi nombre, dice el Señor, que hace conocer todo esto desde tiempos antiguos. Por lo cual yo juzgo que no se inquiete a los gentiles que se convierten a Dios” (v. 13-19).

Aquí, pues, tenemos esta gran cuestión resuelta definitivamente por el Espíritu Santo, los doce apóstoles y toda la Iglesia. No deja de impresionarnos el hecho de que en este importante concilio nadie habló de una manera más enérgica, clara y decidida que Pedro y Santiago; Pedro, el apóstol de la circuncisión, y Santiago, el que se dirigió de un modo especial a las doce tribus, y cuya posición y ministerio darían más peso a sus palabras en la mente de los que aún estaban bajo la influencia del judaísmo o de la ley. Esos dos apóstoles expresaron clara y decididamente

que los gentiles convertidos no debían ser “inquietados” ni agobiados con la ley. Demostraron, en sus poderosos discursos, que el colocar a los gentiles cristianos bajo la ley era, directamente, contraria a la Palabra, a la voluntad y a los caminos de Dios.

¿Quién no verá en esto la maravillosa sabiduría de Dios? Las palabras de Pablo y Bernabé no constan por escrito. Se nos dice simplemente que repitieron las cosas que Dios había hecho entre los gentiles; era obvio que se mostraran completamente opuestos a la intención de colocar a los gentiles bajo la ley. Pero ver a Pedro y a Jacobo tan decididos debió de ejercer gran influencia sobre todos.

Si el lector quiere tener una clara visión de los pensamientos de Pablo sobre la cuestión de la ley, debe estudiar la epístola a los Gálatas. Allí, bajo la inspiración del Espíritu Santo y con palabras fervientes y poder persuasivo, Pablo derrama su corazón ante los gentiles convertidos. Es sorprendente que alguien pueda leer esta maravillosa epístola y continuar creyendo que los cristianos están bajo la ley. El apóstol apenas había escrito la breve introducción de su carta cuando abordó el tema del que su amoroso corazón, aunque dolorido y apenado, estaba rebotando. “Estoy maravillado –dice– de que tan pronto os hayáis alejado del que os llamó *por la gracia de Cristo*, para seguir un evangelio diferente. No que haya otro, sino que hay algunos que os perturban y quieren pervertir el evangelio de Cristo. Mas si aun nosotros, o un ángel del cielo, os anunciare otro evangelio diferente del que os hemos anunciado, sea anatema. Como antes hemos dicho, también ahora lo repito: Si alguno os predica diferente evangelio del que habéis recibido, sea anatema” (Gálatas 1:6-9).

Que los maestros de la ley mediten bien estas palabras. ¿Parecen fuertes y severas? Recordemos que son las palabras de Dios el Espíritu Santo. Sí, Dios lanza su anatema aterradora a todo aquel que intente añadir la ley de Moisés al Evangelio de Cristo; a todo el que busque colocar a los cristianos bajo la ley.

Algunos, no obstante, tratan de resolver esa cuestión diciéndonos que ellos no aceptan la ley como medio para la justificación, sino como una *regla de vida*. Pero podríamos preguntarles quién nos ha dado autoridad para decidir cómo debemos cumplir la ley. ¿Estamos o no estamos bajo la ley? Si estamos bajo ella, la cuestión no es saber cómo consideramos la ley, sino cómo ella nos considera a nosotros.

En esto estriba toda la diferencia. La ley no conoce esas distinciones por las que contienen algunos teólogos. Si estamos bajo la ley, sea por lo que fuere, estamos bajo la maldición, pues está escrito:

“ Maldito todo aquel que no permaneciere en todas las cosas escritas en el libro de la ley, para hacerlas (Gálatas 3:10).

Decir que he nacido de nuevo, que soy cristiano, no resuelve la cuestión, porque, ¿qué tiene que ver la ley en el asunto del nuevo nacimiento o del cristianismo? Absolutamente nada. La ley se dirige al hombre como un ser responsable, y al que exige obediencia perfecta, y pronuncia su maldición contra todo el que le falle.

Además, de nada sirve decir que, aunque nosotros hayamos fracasado en guardar la ley, Cristo la ha cumplido en nuestro lugar. La ley no sabe nada de esto. Su lenguaje es: “El que hiciere estas cosas vivirá por ellas” (Gálatas 3:12).

Y la maldición es pronunciada, no solamente sobre el hombre que ha fallado en cumplir la ley, sino que, como si fuera para sentar ese principio de la manera más clara posible, se nos dice: “Porque todos los que dependen de las obras de la ley están bajo maldición” (Gálatas 3:10). Es decir, todos los que quieran colocarse bajo la ley, los que descansan en ese principio, los que dependan de las obras de la ley están necesariamente bajo maldición. Así podemos ver la terrible contradicción en que incurren todos los cristianos que sostienen la idea de estar bajo la ley como regla de vida, y sin embargo, no estar bajo la maldición. Ofende a las exposiciones más claras de la Sagrada Escritura. Bendito sea el Dios de toda gracia, el cristiano no está bajo la maldición. Pero, ¿por qué no? ¿Porque la ley ha perdido su poder, su majestad, su dignidad o su santa fuerza? De ningún modo; decir eso sería menospreciar la ley. Pero decir que un «hombre» puede estar bajo la ley y a la vez no estar bajo maldición, equivale a decir que cumple perfectamente la ley, o que la ley está derogada y nula. ¿Quién se atrevería a decir algo así?

Pero, ¿cómo es posible que el cristiano no esté bajo la maldición? Pues porque no está bajo la ley. ¿Y cómo ha sido liberado de la ley? ¿Porque otro la cumplió en su lugar? No; repetimos que en toda la economía legal no hay nada que permita concebir la idea de la obediencia a la ley por medio de un sustituto. ¿Entonces cómo? La respuesta, en toda su fuerza moral, en su totalidad y belleza es: “Porque yo mediante (la) ley morí a (la) ley, a fin de vivir para Dios” (Gálatas 2:19, N.T. Griego-Español de F. Lacueva) .

Ahora, pues, si es verdad –y la Palabra lo afirma– que *estamos muertos para la ley*, ¿cómo puede ser la ley una regla de vida para nosotros? Demostró ser *únicamente* una regla de muerte, maldición y condenación para los que estaban bajo ella. ¿Puede ser otra cosa para nosotros? ¿Produjo un fruto de justicia en la historia de algún hijo de Adán? Oigamos la respuesta del apóstol: “Porque mientras estábamos en la carne”, es decir, cuando aún no habíamos nacido de nuevo, “las pasiones pecaminosas que eran por la ley obraban en nuestros miembros llevando fruto para muerte” (Romanos 7:5). Aquí la expresión “en la carne” no significa «en el cuerpo», sino simplemente el estado del hombre y de la mujer no convertidos que están obligados a cumplir la ley. Ahora, pues, en ese estado, todo lo que se ha producido han sido “frutos para muerte”, “pasiones pecaminosas”; no la vida, ni la justicia, ni la santidad, nada para Dios, nada justo.

Ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí

¿En qué situación estamos ahora como cristianos? Oigamos la respuesta: “Porque yo por la ley soy muerto para la ley, a fin de vivir para Dios. Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí; y lo que ahora vivo en la carne” –aquí la palabra significa el cuerpo– “lo vivo”, ¿de qué modo?, ¿por la ley como regla de vida?; ni una insinuación sobre esto, sino “en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí” (Gálatas 2:19-20).

Esto, y no otra cosa, es el cristianismo. ¿Lo comprendemos, captamos bien su sentido y su alcance, poseemos su poder? Hay dos males de los cuales somos liberados totalmente por la preciosa muerte de Cristo: la legalidad, por un lado, y el libertinaje, por el otro. En vez de estos dos terribles males, nos introduce en la santa libertad de la gracia; libertad para servir a Dios, para hacer morir lo terrenal en nosotros, para renunciar “a la impiedad y a los deseos mundanos”, para vivir “sobria, justa y piadosamente”, para golpear nuestro cuerpo, y ponerlo en servidumbre (Colosenses 3:5; Tito 2:12; 1 Corintios 9:27).

Meditemos profundamente en las palabras: “Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí”. El viejo «yo» muerto, crucificado, enterrado y el nuevo «yo» vivo en Cristo. No nos equivoquemos en esto, porque es terrible y muy peligroso que el viejo «yo» ocupe el lugar correspondiente al nuevo «yo» o, en otras palabras, que las gloriosas doctrinas del cristianismo sean adoptadas por un hombre en la carne, que el pueblo inconverso hable de estar liberado de la ley y convierta la gracia de Dios en licencia. Preferimos mil veces más la le-

galidad que el libertinaje. Contra este debemos estar en guardia, pues está aumentando y preparando el camino para la marea desoladora de incredulidad que dentro de no mucho tiempo se extenderá por todos los ámbitos de la cristiandad.

Hablar de estar liberados de la ley sin haber muerto a ella y sin vivir para Dios, no es cristianismo, sino abusiva libertad de la que todas las almas piadosas deben alejarse con un horror santo. Si estamos muertos a la ley, también estamos muertos al pecado; de ahí que no debemos hacer nuestra voluntad (que no es más que otro nombre para designar al pecado), sino la voluntad de Dios, que es la verdadera santidad práctica.

Además, no perdamos de vista que si estamos muertos a la ley, también lo estamos al presente siglo malo, y estamos unidos a un Cristo resucitado, ascendido al cielo y glorificado. Por lo tanto, no somos del mundo, como tampoco lo era Cristo. El esfuerzo por lograr una posición en el mundo equivale a negar que estamos muertos a la ley, ya que es imposible estar vivos para este y muertos para aquella. La muerte de Cristo nos ha liberado de la ley, del poder del pecado, del presente siglo malo y del temor a la muerte. Pero, todas estas cosas están en dependencia recíproca, y no podemos estar liberados de una de ellas sin estarlo de todas las demás. Afirmar nuestra liberación de la ley y seguir una vida carnal, de licencia y mundanería es uno de los más negros y mortales males de los últimos días.

El cristiano está llamado a demostrar, en su vida diaria, que la gracia puede producir resultados que la ley jamás pudo conseguir. Una de las glorias morales del cristianismo es capacitar al hombre para abandonar el «yo» y vivir para otros. La ley nunca pudo hacer esto; el hombre se ocupaba de sí mismo. Bajo sus reglas cada hombre tenía que obrar lo mejor que pudiera y si procuraba amar al prójimo, lo hacía a fin de labrarse una justicia para sí mismo. Bajo la gracia todo está invertido del modo más glorioso. El «yo» está puesto a un lado como cosa crucificada, muerta y enterrada; el viejo «yo» ha desaparecido, y el nuevo «yo» está ante Dios con todo el valor y la perfección de Cristo. Él es nuestra vida, nuestra justicia, nuestra santidad, nuestra finalidad, nuestro modelo, nuestro todo. Él está en nosotros y nosotros en él; nuestra vida práctica debe consistir en manifestar a Cristo reproducido en nosotros por el poder del Espíritu Santo. De ahí que seamos exhortados a amar no solo a nuestro prójimo, sino también a nuestros enemigos; no para labrarnos una justicia, porque ya hemos sido hechos justicia de Dios en Cristo; sino sencillamente porque rebosa la vida que poseemos y esta vida es Cristo. El cristiano debe vivir para Cristo; no es un judío “bajo la ley”, o un gentil “sin ley”, sino un hombre “en Cristo”, subsistiendo en la gracia, llamado a observar la misma obediencia que manifestó Cristo.

Rogamos que el lector cristiano estudie atentamente el capítulo 15 de Hechos y la epístola a los Gálatas. Empátese de las benditas enseñanzas de esas porciones; si lo hace, estamos seguros de que llegará a comprender claramente la gran cuestión de la ley. Verá que el cristiano no está bajo la ley, en ningún concepto; que su vida, su justicia y su santidad están sobre una base o un principio totalmente distinto; que colocar al cristiano bajo la ley es negar el mismo fundamento del cristianismo y contradecir las exposiciones más claras de la Palabra. De Gálatas 3 aprenderá que el hecho de ponernos bajo la ley equivale a renunciar a Cristo, al Espíritu Santo, a la fe y a las promesas.

Esas terribles consecuencias son claramente expuestas en este capítulo; y por cierto, cuando contemplamos el estado de la iglesia profesante, no podemos menos que notar cuán terriblemente se manifiestan esos resultados. ¡Que Dios abra los ojos de todos los cristianos a la verdad de estas cosas y los conduzca a estudiar las Escrituras y someterse a su santa autoridad en todo! Esta es la necesidad particular de nuestros tiempos; no estudiamos bastante la Escritura, no nos dejamos guiar por ella, ni nos damos cuenta de la absoluta necesidad de comprobar todo a la luz de la Escritura y rechazar lo que no puede sostenerse ante ella. Toleramos muchas cosas que no tienen fundamento alguno en la Palabra; es más, que se oponen completamente a ella.

¿Cuál será el fin de esto? Temblamos al pensarlo. Sabemos que nuestro Señor Jesucristo vendrá pronto y tomará a su amado pueblo, comprado con su sangre, para llevarlo al hogar, al sitio preparado en la casa del Padre, a fin de estar para siempre con él en la inefable bendición de aquella gloriosa morada. Pero, ¿qué será de los que se queden? ¿Qué será de esa inmensa masa de profesantes bautizados, pero mundanos? Estas preguntas deben ser *consideradas* en la misma presencia de Dios, a fin de tener la respuesta verdadera y divina. Que el lector las considere delante de Dios, con un espíritu humilde y dispuesto a aprender, y el Espíritu Santo le dará la luz necesaria para comprenderlas.

Los diez mandamientos

Hemos procurado demostrar, mediante la Escritura, la gloriosa verdad de que los creyentes no están bajo la ley, sino bajo la gracia. Ahora continuaremos nuestro estudio del capítulo 5 de Deuteronomio. En él tenemos los diez mandamientos, pero no exactamente como en el capítulo 20 de Éxodo. Hay algunos rasgos característicos que exigen la atención del lector.

En Éxodo 20 se narra la historia, en Deuteronomio 5 tenemos no solo la historia sino el comentario. En Deuteronomio el legislador presenta motivos morales y hace llamamientos que estarían *fuera de lugar* en Éxodo; expone hechos y comentarios con su aplicación práctica. No hay ningún fundamento para imaginar que Deuteronomio 5 sea una repetición literal de Éxodo 20; por eso los argumentos que los incrédulos fundan en esa aparente divergencia quedan reducidos a polvo.

Comparemos, por ejemplo, ambos capítulos en lo referente al día de reposo. En Éxodo leemos: “Acuérdate del día de reposo (sábado) para santificarlo. Seis días trabajarás, y harás toda tu obra; mas el séptimo día es reposo para Jehová tu Dios; no hagas en él obra alguna, tú, ni tu hijo, ni tu hija, ni tu siervo, ni tu criada, ni tu bestia, ni tu extranjero que está dentro de tus puertas. *Porque en seis días hizo Jehová los cielos y la tierra, el mar, y todas las cosas que en ellos hay, y reposó en el séptimo día; por tanto, Jehová bendijo el día de reposo y lo santificó*” (v. 8-11).

En Deuteronomio 5 leemos: “Guardarás el día de reposo para santificarlo, como Jehová tu Dios te ha mandado. Seis días trabajarás, y harás toda tu obra; mas el séptimo día es reposo a Jehová tu Dios; ninguna obra harás tú, ni tu hijo, ni tu hija, ni tu siervo, ni tu sierva, ni tu buey, ni tu asno, ni ningún animal tuyo, ni el extranjero que está dentro de tus puertas, para que descansa tu siervo y tu sierva como tú. *Acuérdate que fuiste siervo en tierra de Egipto, y que Jehová tu Dios te sacó de allá con mano fuerte y brazo extendido; por lo cual Jehová tu Dios te ha mandado que guardes el día de reposo*” (v. 12-15).

Ahora bien, el lector podrá ver inmediatamente la diferencia entre los dos pasajes. En Éxodo 20 el mandato de guardar el día de reposo se funda en la *creación*. En Deuteronomio 5 está basado en la *redención*, sin aludir para nada a la creación. Los puntos de diferencia nacen del carácter de cada uno de estos dos libros y son perfectamente claros para la mente espiritual.

Con respecto a la institución del día de reposo debemos recordar que descansa totalmente sobre la autoridad directa de la Palabra de Dios. Otros mandamientos prescriben distintos deberes morales. Todo el mundo sabe que matar o robar es malo; pero, en cuanto a observar el día de reposo, nadie podría advertir en esto un deber, si no hubiera sido señalado distintamente por la autoridad divina; de ahí su inmensa importancia e interés. Tanto en Deuteronomio como en Éxodo está al lado de todos esos grandes deberes morales que son universalmente reconocidos por la conciencia humana.

Y no solo esto, también encontramos en otras partes de la Escritura que el día de reposo es puesto aparte y presentado especialmente como un precioso vínculo entre Jehová e Israel, como un sello de su pacto con ellos y como una señal de consagración a Dios. Todo el mundo podía reconocer el mal moral que había en el hecho de robar o matar, pero solo aquellos que amaban a Jehová y su Palabra guardaban el día de reposo.

El día de reposo (o sábado)

En el capítulo 16 de Éxodo, en conexión con el envío del maná, leemos: “En el sexto día recogieron doble porción de comida, dos gomeres para cada uno; y todos los príncipes de la congregación vinieron y se lo hicieron saber a Moisés. Y él les dijo: Esto es lo que ha dicho Jehová: Mañana es el *santo día de reposo, el reposo consagrado a Jehová*; lo que habéis de cocer, cocedlo hoy, y lo que habéis de cocinar, cocinadlo; y todo lo que os sobrare, guardadlo para mañana... Y dijo Moisés: Comedlo hoy, porque hoy es *día de reposo para Jehová*; hoy no hallaréis en el campo. Seis días lo recogeréis; mas el séptimo día es día de reposo; en él no se hallará. Y aconteció” —¡qué poco apreciaban el privilegio de guardar el sábado de Jehová!— “que algunos del pueblo salieron en el séptimo día a recoger, y no hallaron. Y Jehová dijo a Moisés: ¿Hasta cuándo no querréis guardar mis mandamientos y mis leyes?”. Su negligencia respecto a guardar el sábado demostraba que su condición moral era mala; demostraba que andaban lejos de obedecer los mandamientos del Señor. El día de reposo era la gran piedra de toque, la medida y sonda del estado real de sus corazones respecto a Jehová. “Mirad que Jehová os *dio* el día de reposo, y por eso en el sexto día os da pan para dos días. Estése, pues, cada uno en su lugar, y nadie salga de él en el séptimo día. Así el pueblo reposó el séptimo día” (v. 22-30). Y encontraron descanso y comida en el santo día de reposo.

Al final de Éxodo 31 tenemos otro pasaje que prueba la importancia que Jehová daba al día de reposo. A Moisés se le había dado una completa descripción del tabernáculo y de sus pertenencias, y estaba por recibir las dos tablas del testimonio de manos de Jehová, pero, como si se quisiera dar a entender el lugar destacado que ocupaba el día de reposo para Jehová, leemos lo siguiente: “Habló además Jehová a Moisés, diciendo: Tú hablarás a los hijos de Israel, diciendo: En verdad vosotros guardaréis mis días de reposo; *porque es señal entre mí y vosotros por vuestras generaciones*, para que sepáis que yo soy Jehová que os santifico. Así que guardaréis el día de reposo, porque santo es a vosotros; el que lo profanare, de cierto morirá; porque cualquiera que hiciere obra alguna en él, aquella persona será cortada de en medio de su pueblo. Seis días se trabajará, mas el día séptimo es día de reposo consagrado a Jehová; cualquiera que trabaje en el día de reposo,

ciertamente morirá. Guardarán, pues, el día de reposo los hijos de Israel, celebrándolo por sus generaciones *por pacto perpetuo*. *Señal es para siempre entre mí y los hijos de Israel*; porque en seis días hizo Jehová los cielos y la tierra, y en el séptimo día cesó y reposó” (v. 12-17).

Este es un pasaje muy importante, que demuestra claramente el carácter permanente del día de reposo. Los términos en que se habla de él son suficientes para demostrar que no era una institución temporal. “Es señal entre mí y vosotros por vuestras generaciones”. “Pacto perpetuo”. “Señal es para siempre”.

Fíjese bien el lector en estas palabras que demuestran, primero, que el día de reposo era para Israel, y segundo, que el día de reposo es una institución permanente para Dios. Es necesario saber esto a fin de evitar pensamientos imprecisos y expresiones inexactas en este asunto tan interesante.

El día de reposo fue instituido única y exclusivamente para la nación judía. Se habla enfáticamente de él como un signo entre Jehová y su pueblo Israel. No hay la más remota idea de que fuese designado para los gentiles. Es un hermoso tipo de los tiempos del restablecimiento de todas las cosas, del cual habló Dios por boca de sus santos profetas; pero esto no afecta en nada el hecho de ser una institución exclusivamente judaica. No hay nada en la Escritura que indique que el día de reposo tenga *algo que ver con los gentiles*.

Algunos dicen que si se nos habla del día de reposo en Génesis 2, es porque necesariamente debe tener un alcance más amplio que la nación judía sola. Leamos el pasaje: “Y acabó Dios en el día séptimo la obra que hizo; y reposó el día séptimo de toda la obra que hizo. Y bendijo Dios al día séptimo, y lo santificó, porque en él reposó de toda la obra que había hecho en la creación” (v. 2-3).

Es bastante sencillo; aquí no se menciona para nada al hombre. No se nos dice que el hombre reposara en el séptimo día. Los hombres pueden inferir, deducir o imaginar que así fue; pero el capítulo 2 de Génesis no dice nada acerca de esto. Y no solo esto, sino que es vano buscar alguna alusión al día de reposo en el libro del Génesis. La primera mención que tenemos del día de reposo con relación al hombre está en Éxodo 16, pasaje ya citado. Allí vemos, de la manera más clara, que fue dado a Israel, como pueblo que mantenía un pacto con Jehová. Es evidente que ellos no lo comprendieron o no lo apreciaron, y jamás se compenetraron de ese reposo, pues así se ve en el Salmo 95 y en Hebreos 4. Pero ahora hablamos de lo que era esa institución para Dios; él nos dice que era un signo entre él y su pueblo Israel, una poderosa prueba del estado moral y del sen-

timiento del pueblo respecto a Jehová. No era solo una parte de la ley dada a la congregación de Israel por medio de Moisés; está especialmente señalada como una institución que ocupaba un lugar muy especial en la mente de Dios.

Así, en el libro del profeta Isaías, leemos: “Bienaventurado el hombre que hace esto, y el hijo de hombre que lo abraza; que guarda el día de reposo para no profanarlo, y que guarda su mano de hacer todo mal. Y el extranjero que sigue a Jehová no hable diciendo: Me apartará totalmente Jehová de su pueblo. Ni diga el eunuco: He aquí yo soy árbol seco. Porque así dijo Jehová: A los eunucos que guarden mis días de reposo, y escojan lo que yo quiero, y abracen mi pacto, yo les daré lugar en mi casa y dentro de mis muros, y nombre mejor que el de hijos e hijas; nombre perpetuo les daré, que nunca perecerá. Y a los hijos de los extranjeros” –aquí, desde luego, considerados en relación con Israel, como en Números 15 y otras partes de la Escritura–, “que sigan a Jehová para servirle, y que amen el nombre de Jehová para ser sus siervos; a todos los que guarden el día de reposo para no profanarlo, y abracen mi pacto, yo los llevaré a mi santo monte, y los recrearé en mi casa de oración; sus holocaustos y sus sacrificios serán aceptos sobre mi altar, porque mi casa será llamada casa de oración para todos los pueblos” (cap. 56:2-7).

Y luego: “Si retrajeras del día de reposo tu pie, de hacer tu voluntad en mi día santo, y lo llames delicias, santo, glorioso de Jehová; y lo venerares, no andando en tus propios caminos, ni buscando tu voluntad, ni hablando tus propias palabras, entonces te deleitarás en Jehová; y yo te haré subir sobre las alturas de la tierra, y te daré a comer la heredad de Jacob tu padre; porque la boca de Jehová lo ha hablado” (Isaías 58:13-14).

Estas citas son suficientes para mostrar el lugar que ocupa en la mente de Dios el cumplimiento del sábado. No es necesario multiplicarlas, pero hay una a la cual nos permitiremos remitir al lector, se halla :

“ Habló Jehová a Moisés, diciendo: Habla a los hijos de Israel y diles: Las fiestas solemnes de Jehová, las cuales proclamaréis como santas convocaciones, serán estas: Seis días se trabajará, mas el séptimo día será de reposo, santa convocación; ningún trabajo haréis; día de reposo es de Jehová en dondequiera que habitéis (Levítico 23:v. 1-3).

Aquí aparece a la cabeza de todas las festividades descritas en Levítico 23, las que simbolizan todas las dispensaciones de Dios para con su pueblo Israel. El día de reposo es la figura del descanso eterno, al que Dios se propone llevar a su pueblo una vez que hayan terminado sus tribulaciones; del reposo que queda “para el pueblo de Dios” (Hebreos 4:9). Dios procuraba recordar a su pueblo este glorioso descanso de varias maneras; el séptimo día, el séptimo año, el año del jubileo, todas esas hermosas épocas sabáticas tenían como propósito tipificar aquel tiempo bendito en que Israel será reunido en su tierra amada, cuando el día de reposo será observado en toda su profunda y divina bendición como nunca lo ha sido.

Y esto nos conduce a un segundo punto de vista respecto al día de reposo: su permanencia. Las expresiones “perpetua”, “signo para siempre”, “por todas vuestras generaciones”, nunca se emplean para designar instituciones temporales. Lo cierto es que Israel, lamentablemente, nunca guardó el día de reposo de acuerdo con esa intención de Dios, ni entendió su significado, ni disfrutó sus bendiciones, ni penetró en su espíritu. Lo convirtió en una divisa de su propia justicia; se vanagloriaron de él como institución nacional y lo emplearon para su propia exaltación; pero nunca lo celebraron en comunión con Dios.

Hablamos aquí de la nación en general, pues no dudamos de que hubo almas piadosas que, en secreto, disfrutaron del día de reposo y penetraron en los pensamientos de Dios respecto al mismo. Pero como nación, Israel nunca guardó el día de reposo de acuerdo con los propósitos de Dios. Oigamos lo que dice Isaías: “No me traigáis más vana ofrenda; el incienso me es abominación; luna nueva y día de reposo, el convocar asambleas, no lo puedo sufrir; son iniquidad vuestras fiestas solemnes” (cap. 1:13).

La preciosa institución del día de reposo, que Dios dio como un signo de su pacto con su pueblo, llegó a ser en manos de Israel una verdadera abominación, completamente intolerable para Dios. Y cuando abrimos el Nuevo Testamento, vemos a los príncipes y cabezas del pueblo judío oponiéndose continuamente a nuestro Señor Jesucristo en cuanto al día de reposo. Veamos, por ejemplo, los primeros versículos de Lucas 6: “Aconteció en un día de reposo, que pasando Jesús por los sembrados, sus discípulos arrancaban espigas y comían, restregándolas con las manos. Y algunos de los fariseos les dijeron: ¿Por qué hacéis lo que no es lícito hacer en los días de reposo? Respondiendo Jesús, les dijo: ¿Ni aun esto habéis leído, lo que hizo David cuando tuvo hambre él, y los que con él estaban; cómo entró en la casa de Dios, y tomó los panes de la proposición, de los cuales no es lícito comer sino solo a los sacerdotes, y comió, y dio también a los que estaban con él? Y les decía: El Hijo del Hombre es Señor aun del día de reposo” (v. 1-5).

Y de nuevo leemos: “Aconteció también en otro día de reposo, que él entró en la sinagoga y enseñaba; y estaba allí un hombre que tenía seca la mano derecha. Y *le acechaban* los escribas y los fariseos, para ver si en el día de reposo lo sanaría, a fin de hallar de qué acusarle” –¡intentar una acusación por curar a un mortal afligido!– “Mas él conocía los pensamientos de ellos” –sí, leía sus corazones y nada le era oculto–; “y dijo al hombre que tenía la mano seca: Levántate, y ponte en medio. Y él, levantándose, se puso en pie. Entonces Jesús les dijo: Os preguntaré una cosa: ¿Es lícito en día de reposo hacer bien, o hacer mal? ¿salvar la vida, o quitarla? Y mirándolos a todos alrededor, dijo al hombre: Extiende tu mano. Y él lo hizo así, y su mano fue restaurada. Y ellos se llenaron de furor, y hablaban entre sí qué podrían hacer contra Jesús” (v. 6-11).

¡Qué prueba se nos da aquí de la falta de sinceridad e inutilidad de los esfuerzos del hombre por guardar el día de reposo! Esos guías religiosos habrían querido que los discípulos soportaran el hambre antes que ver profanado *su* día de reposo. Habrían dejado a aquel hombre llevar a la tumba su mano seca antes que se la curasen en *su* día de su reposo. ¡Ciertamente era el día de reposo de ellos y no el de Dios! Dios no podía descansar en presencia de los hambrientos y los enfermos. Los escribas y fariseos nunca habían entendido bien la historia de David cuando comió los panes de la proposición. No comprendían que las instituciones legales debían ceder ante la gracia divina que venía a remediar las necesidades humanas. La gracia se eleva en su magnificencia por encima de todas las barreras legales, y la fe se regocija ante su esplendor; pero la simple religiosidad se ofende ante las actividades de la gracia y el atrevimiento de la fe. Los fariseos no veían que el hombre con la mano seca reflejaba el estado moral de la nación, que era una prueba viviente de que ellos estaban lejos de Dios. Si hubieran estado como debían, no hubiese habido manos secas que curar; pero no lo estaban, por eso su día de reposo era una formalidad vacía, una ordenanza sin poder y sin valor, y una anomalía aborrecible a Dios e incompatible con la condición humana.

Tomemos otro ejemplo en Lucas 13. “Enseñaba Jesús en una sinagoga en el día de reposo” – ciertamente el día de reposo no era día de reposo para él. “Y había allí una mujer que desde hacía dieciocho años tenía espíritu de enfermedad, y andaba encorvada, y en ninguna manera se podía enderezar. Cuando Jesús la vio, la llamó y le dijo: Mujer, eres libre de tu enfermedad. Y puso las manos sobre ella; y ella *se enderezó* luego, y glorificaba a Dios” (v. 10-13). Hermoso ejemplo de la obra de la gracia en el alma, y su resultado práctico. Todos aquellos sobre los que Cristo pone sus manos benditas son inmediatamente enderezados y capacitados para glorificar a Dios.

Pero el día de reposo humano había sido quebrantado. “El principal de la sinagoga, enojado a causa de que Jesús hubiese curado en el día de reposo”, se indignó por la obra bondadosa de curación, permaneciendo indiferente ante el humillante caso de la enfermedad. Entonces dijo al pueblo: “Seis días hay en que se debe trabajar; en estos, pues, venid y sed sanados, y no en día de reposo” (v. 14). Ese pobre religioso no sabía que estaba en la presencia del Señor del día de reposo. ¡Qué insensible era a la inconsistencia moral de procurar guardar el día de reposo, mientras la condición humana clamaba en voz alta a la obra divina! “Entonces el Señor le respondió y dijo: Hipócrita, cada uno de vosotros ¿no desata en el día de reposo su buey o su asno del pesebre y lo lleva a beber? Y a esta hija de Abraham, que Satanás había atado dieciocho años, ¿no se le debía desatar de esta ligadura en el día de reposo?” (v. 15-16).

¡Qué reprensión tan áspera! ¡Qué demostración de la vanidad y la nulidad de todo su sistema judaico! ¡Pensemos un poco en la contradicción que hay entre guardar el día de reposo y una hija de Abraham atada durante 18 años por la mano cruel de Satanás! No hay nada en el mundo que ciegue más la inteligencia, que endurezca el corazón, que embote la conciencia y desmoralice al ser, como la religión sin Cristo. Su poder de engañar y degradar solo puede conocerse a la luz de la presencia de Dios. Si se hubiera atendido solamente a lo que preocupaba al principal de la sinagoga, aquella mujer hubiese acabado sus días encorvada e incapaz de enderezarse. El oficial se hubiera contentado con despacharla como un triste ejemplo del poder de Satanás con tal de guardar su día de reposo. Su religiosa indignación se excitó, no por el poder de Satanás, visible en el estado de aquella mujer, sino por el poder de Cristo, visible en su completa curación.

Pero el Señor le dio aquella respuesta. “Al decir él estas cosas, se avergonzaban todos sus adversarios” –tenían razón para avergonzarse– “pero todo el pueblo se regocijaba por todas las cosas gloriosas hechas por él” (v. 17). ¡Qué contraste más notable! Por una parte, los defensores de una religión impotente, insensible e inútil desenmascarados y cubiertos de confusión y vergüenza, y, por otra parte, todo el pueblo regocijándose por los gloriosos hechos del Hijo de Dios, quien había venido para liberarles del poder opresivo de Satanás y para llenar sus corazones del gozo de la salvación de Dios.

El lector encontrará más ejemplos sobre este asunto en el evangelio de Juan. Deseamos sinceramente que la cuestión del día de reposo sea examinada a fondo a la luz de la Escritura. Creemos que en ella va envuelto mucho más de lo que a muchos cristianos profesantes les parece.

Al comienzo del capítulo 5 se presenta una escena que indica de modo muy marcado el estado de Israel. Nos referimos a él porque tiene relación con nuestro tema.

El estanque de Betesda, o «casa de misericordia», al mismo tiempo que era expresión de la misericordia de Dios para con su pueblo, evidenciaba plenamente la miserable condición del hombre en general y de Israel en particular. Sus cinco pórticos estaban atestados por una “multitud de enfermos, ciegos, cojos y paralíticos, que esperaban el movimiento del agua” (v. 3). ¡Qué muestra de la especie humana y de la nación de Israel! ¡Qué ejemplo más instructivo de su estado moral y espiritual desde el punto de vista de Dios! “Ciegos, cojos y paralíticos”, ese es el estado real del hombre. ¡Si él por lo menos lo supiera!

Pero había un hombre, en medio de aquella multitud de desdichados, cuya debilidad era tan grande que el estanque de Betesda nada podía hacer por él. “Y había allí un hombre que hacía treinta y ocho años que estaba enfermo. Cuando Jesús lo vio acostado, y supo que llevaba ya mucho tiempo así, le dijo: ¿Quieres *ser sano*?”. ¡Qué gracia y poder en la pregunta! Iba mucho más allá del alcance de su inteligencia. Pensaba solo en la ayuda humana, o en su habilidad para entrar en el estanque. No sabía que el que le hablaba estaba muy por encima y tenía un poder mucho mayor que el estanque y el eventual movimiento de sus aguas, mayor alcance que el ministerio angélico y todo esfuerzo o auxilio humano; que era el poseedor de todo poder en el cielo y en la tierra. “Señor, le respondió el enfermo, no tengo quien me meta en el estanque cuando se agita el agua; y entretanto que yo voy, otro desciende antes que yo”. ¡Qué cuadro tan verídico de los que buscan la salvación por medio de obras! Cada uno hace para sí lo mejor que puede y sabe, y no se ocupa de los demás; ni piensa en ayudarles. “Jesús le dijo: Levántate, toma tu lecho, y anda. Y al instante aquel hombre fue sanado, y tomó su lecho, y anduvo. *Y era día de reposo aquel día*” (v. 5-9).

Aquí tenemos nuevamente el día de reposo del hombre. No era, ciertamente, el día de reposo de Dios. La desdichada multitud reunida alrededor del estanque demostraba que el pleno descanso de Dios no había llegado aún, que la gloriosa realidad prefigurada por el día de reposo aún no había amanecido sobre esta tierra herida por el pecado. Cuando llegue ese brillante día, no habrá ciegos, cojos ni paralíticos amontonados en los pórticos de Betesda. El día de reposo de Dios y las miserias humanas son totalmente incompatibles.

Era el día de reposo del hombre, y no el sello del pacto de Jehová con la simiente de Abraham, como lo fue en un tiempo y lo será de nuevo. Se había vuelto la señal de la justicia del hombre en su propia opinión. “Entonces los judíos dijeron a aquel que había sido sanado: Es día de reposo; no te es lícito llevar tu lecho” (v. 10). Sin duda, lo que era lícito, a su parecer, era yacer postrado en aquella cama semana tras semana, mes tras mes y año tras año, mientras ellos seguían en su

vano intento de guardar el día de reposo. Si hubieran tenido un solo rayo de luz espiritual, habrían visto qué absurdo era mantener sus ideas tradicionales respecto al día de reposo en presencia de la miseria, la degradación y las dolencias humanas. Pero estaban completamente cegados; por eso cuando se desplegaron los gloriosos frutos del ministerio de Cristo, se atrevieron a tacharlos de ilícitos.

Y no solo esto, sino que “por esta causa los judíos perseguían a Jesús, y procuraban matarle, porque hacía estas cosas en el día de reposo” (v. 16). ¡Qué espectáculo que un pueblo religioso, más aun, los mismos jefes, maestros y guías del que profesaba ser pueblo de Dios, procurasen matar al Señor del día de reposo porque en ese día había sanado a un hombre!

Pero observe la respuesta del Señor: “Mi Padre hasta ahora trabaja, y yo trabajo” (v. 17). Esta declaración breve pero contundente nos lleva al fondo del asunto, nos revela el estado de la humanidad en general y de Israel en particular, y asimismo nos presenta, de manera conmovedora, el gran secreto de la vida y del ministerio de nuestro Señor. Bendito sea su Nombre, él no vino a este mundo a descansar. ¿Cómo podía hacerlo, cómo podía guardar el día de reposo en medio de la miseria y la necesidad humanas? La multitud de ciegos, cojos y parálíticos que se agolpaban en los pórticos del estanque de Betesda, ¿no debió enseñarles a “los judíos” la locura de sus ideas sobre el día de reposo? ¿No era aquella multitud una muestra del estado de la nación de Israel y de toda la raza humana? ¿Cómo habría podido reposar el amor divino en medio de esas condiciones? Era imposible porque solo el amor puede trabajar en medio de una escena de pecado y aflicción. Desde el momento de la caída del hombre, el Padre había estado trabajando; luego apareció el Hijo para continuar la obra y ahora el Espíritu Santo está trabajando. Trabajar y no reposar es la orden divina en un mundo como este.

Por tanto, queda un reposo para el pueblo de Dios

“ (Hebreos 4:9).

Nuestro bendito Señor Jesús anduvo haciendo bienes, tanto en día de reposo como en otro día cualquiera. Y cuando hubo cumplido la gloriosa obra de la redención, pasó el día de reposo en la tumba, y se levantó el primer día de la semana como Primogénito de los muertos y Cabeza de la nueva creación, en la que todas las cosas son de Dios. Aquí la cuestión de los “días, los meses, los tiempos y los años” no puede aplicarse. Nadie que comprenda a fondo el significado de la muerte y resurrección del Señor podrá aprobar el guardar los días. La muerte de Cristo puso fin a toda aquella prescripción; su resurrección nos introdujo en una esfera totalmente distinta, en la que

nuestro elevado privilegio es andar en la luz y el poder de esas eternas realidades que son nuestras en Cristo y que son un vivo contraste con la observancia supersticiosa de una religiosidad carnal y mundana.

El primer día de la semana

Hemos llegado a un punto muy interesante de nuestro tema: la diferencia entre el día de reposo y el primer día de la semana. Estos a menudo son confundidos y muchas veces oímos a personas realmente piadosas hablar del «día de reposo cristiano», una expresión que no se encuentra en la Biblia. Pero siempre debemos procurar expresarnos en términos que estén de acuerdo con la enseñanza de la Santa Escritura.

El enemigo de Dios y de Cristo ha tenido mucho que ver con los convencionalismos del cristianismo. El lector tal vez considere que es ridículo desaprobare el término «día de reposo cristiano», pero si se digna a examinar con atención este asunto a la luz del Nuevo Testamento, encontrará que en él están involucradas cuestiones de mucho peso e importancia. Es conocido el dicho de que «el nombre no hace la cosa», pero, en el asunto al que nos referimos, el nombre caracteriza la cosa.

Nuestro Señor pasó el día de reposo en el sepulcro. ¿No es este un hecho significativo? No lo dudamos, ya que podemos ver en ello, por lo menos, la abrogación del antiguo régimen y la imposibilidad de guardar el día de reposo en un mundo lleno de pecado y muerte. El amor no podía descansar en un mundo como este.

Pero, ¿qué del primer día de la semana? ¿No es el mismo día de reposo sobre un nuevo fundamento, el día de reposo cristiano? No, nunca se describe así en el Nuevo Testamento, no hay ni siquiera la más mínima alusión a ello. Si consultamos los Hechos de los Apóstoles, veremos que se habla de los dos días de manera muy distinta. En el día de reposo los judíos se reunían en sus sinagogas para la lectura de la ley y los profetas. En el primer día de la semana los cristianos se reunían para partir el pan. Los dos días eran tan distintos como el judaísmo y el cristianismo; no hay nada en la Escritura que apoye la idea de que el sábado fue absorbido por el primer día de la semana. ¿Dónde está en la Escritura el menor fundamento para afirmar que el día de reposo ha sido cambiado por el primer día de la semana? No hay absolutamente ninguno.

Recuerde que el día de reposo no es solamente *un* séptimo día, sino *el* séptimo día. Conviene hacer notar esto, ya que muchos tienen la esperanza de que dedicando una séptima parte del tiempo al descanso y a las ordenanzas públicas religiosas, ya es suficiente; por eso, muchas naciones

y sistemas religiosos tienen su día de descanso, llamándolo día de reposo. Pero esto nunca podrá satisfacer a los que desean ser enseñados exclusivamente por la Escritura. El día de reposo del Edén era *el séptimo día*, y el día de reposo para Israel fue *el séptimo día*. Pero el primer día dirige nuestros pensamientos hacia adelante, a la eternidad. En el Nuevo Testamento se le llama “el primer día de la semana”, como indicando el comienzo de la nueva creación, de la que la cruz es el cimiento imperecedero y Cristo resucitado la gloriosa Cabeza y Centro. Llamar a ese día «día de reposo cristiano» es simplemente confundir las cosas terrenales con las celestiales. Es bajar al cristiano de su elevada posición como unido a la Cabeza resucitada y glorificada en los cielos, y ocuparlo en la observancia supersticiosa de los días; algo que hacía dudar al apóstol acerca del estado de las iglesias de Galacia.

Resumiendo, cuanto más consideramos la expresión «día de reposo cristiano», como muchas otras fórmulas del cristianismo, más convencidos estamos de que tiende a despojar al cristiano de las grandes verdades que distinguen a la Iglesia de Dios de todo lo que fue antes de ella y de todo lo que pueda venir después. La Iglesia, aunque está en la tierra, no es de este mundo, así como Cristo tampoco era o es de este mundo. Ella es celestial en su origen, en su carácter, en sus principios, en su conducta y en su esperanza. Está puesta entre la cruz y la gloria, y los límites de su existencia en la tierra están comprendidos entre el día de Pentecostés, cuando el Espíritu Santo descendió para constituirla, y la venida de Cristo para tomarla consigo.

Nada puede ser más claro; por lo tanto el que intente enseñar en la Iglesia de Dios la observancia legal o supersticiosa de los “días, los meses, los tiempos y los años” (Gálatas 4:10), falsifica completamente la posición cristiana, mancha la integridad de la revelación y despoja al cristiano del lugar y de la heredad que le han sido dados por la infinita gracia de Dios a través del sacrificio expiatorio de Cristo.

¿Juzga el lector que esta declaración es demasiado severa? Si así es, considere el espléndido pasaje de la carta de Pablo a los Colosenses, que debería escribirse con letras de oro: “Por tanto, de la manera que habéis recibido al Señor Jesucristo, andad en él; arraigados y sobreedificados en él, y confirmados en la fe, así como habéis sido enseñados, abundando en acciones de gracias. Mirad que nadie os engañe por medio de *filosofías y huecas sutilezas*” (nótese la combinación poco agradable para la filosofía), “según las tradiciones de los hombres, conforme a los rudimentos del mundo, y no según Cristo. Porque en él habita corporalmente *toda la plenitud* de la Deidad, y vosotros estáis completos en él, que es la cabeza de todo principado y potestad”. ¿Qué más podemos necesitar? “En él también fuisteis circuncidados con circuncisión *no hecha a mano*, al

echar de vosotros el cuerpo pecaminoso carnal, en la circuncisión de Cristo; sepultados con él en el bautismo, en el cual fuisteis también resucitados con él, mediante la fe en el poder de Dios que le levantó de los muertos. Y a vosotros, estando muertos en pecados y en la incircuncisión de vuestra carne, os dio vida juntamente con él, *perdonándoos todos los pecados*, anulando el acta de los decretos que había contra nosotros, que nos era contraria, quitándola de en medio y clavándola en la cruz, y despojando a los principados y a las potestades, los exhibió públicamente, triunfando sobre ellos en la cruz” (cap. 2:6-15).

¡Qué magnífica victoria ganada para nosotros! ¡Que su Nombre reciba una alabanza eterna y universal! ¿Qué queda, entonces?

“ Por tanto, nadie os juzgue en comida o en bebida, o en cuanto a días de fiesta, luna nueva o día de reposo, todo lo cual es sombra de lo que ha de venir; pero el cuerpo es de Cristo (Colosenses 2:16-17).

Quien ha sido hecho completo y acepto en Cristo resucitado y glorificado, ¿qué tiene que ver con comidas o bebidas o días de fiesta? ¿Qué pueden hacer por él la filosofía, la tradición o la religiosidad; o qué son las sombras para el que se ha apoderado, por la fe, de la sustancia eterna? Absolutamente nada; y el apóstol continúa: “Nadie os prive de vuestro premio, afectando humildad y culto a los ángeles, entrometiéndose en lo que no ha visto, vanamente hinchado por su propia mente carnal, y *no asiéndose de la Cabeza*, en virtud de quien todo el cuerpo, nutriéndose y uniéndose por las coyunturas y ligamentos, crece con el crecimiento que da Dios. Pues si *habéis muerto con Cristo* en cuanto a los rudimentos del mundo, ¿por qué, *como si vivieseis en el mundo*, os sometéis a preceptos tales como: No manejes, ni gustes, ni aun toques (en conformidad a mandamientos y doctrinas de hombres), cosas que todas se destruyen con el uso? Tales cosas tienen a la verdad cierta reputación de sabiduría en culto voluntario, en humildad y en duro trato del cuerpo; pero no tienen valor alguno contra los apetitos de la carne”. Es decir, no dando la medida de honor al cuerpo, que le es debido como vaso de Dios, sino hinchando la carne con un orgullo religioso, alimentado por una apariencia de piedad hueca e inútil (v. 18-23).

Cristo, el fin de las ordenanzas legales

El cristiano que comprende su posición ha sido liberado para siempre de todas las cuestiones relativas a comidas y bebidas, días, meses, tiempos y años. No tiene nada que ver con tiempos santos ni lugares santos; ya que está muerto con Cristo a los rudimentos del mundo, y ha sido

liberado de las ordenanzas de una religión tradicional. Pertenece al cielo, donde no hay nuevas lunas, días santos ni días de reposo. Está en la nueva creación, donde todas las cosas son de Dios; así que no puede ver ninguna fuerza moral en palabras tales como “no manejes”, “ni gustes”, “ni toques”, que no tienen aplicación posible a él. Vive en una región donde jamás se ven las nubes, los vapores y las nieblas del monaquismo y del ascetismo. Ha abandonado las formas inútiles del pietismo carnal y ha tomado, en cambio, las sólidas realidades de la vida cristiana. Sus oídos y su corazón han sido abiertos para oír y para comprender la exhortación poderosa del apóstol inspirado: “Si, pues, habéis resucitado con Cristo, buscad las cosas de arriba, donde está Cristo sentado a la diestra de Dios. Poned la mira en las cosas de arriba, no en las de la tierra. Porque *habéis* muerto, y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios. Cuando Cristo, vuestra vida, se manifieste, entonces vosotros también seréis manifestados con él en gloria. Haced morir, pues, lo terrenal en vosotros” (Colosenses 3:1-5).

Aquí tenemos algunas de las glorias del verdadero cristianismo, práctico y vital, en contraste con las formas estériles y secas de la religiosidad carnal y mundana. La vida cristiana no consiste en observar ciertas reglas, tradiciones y mandamientos humanos, sino que es una realidad divina. Es tener a Cristo en el corazón, y reproducido en la vida diaria por el poder del Espíritu Santo. Es el nuevo hombre, formado sobre el modelo de Cristo mismo y manifestándose en los detalles más pequeños de nuestra vida diaria, en la familia, en los negocios, en las relaciones con nuestros semejantes, en todo. No se trata de una simple profesión, dogma, opinión o sentimiento; es una realidad viva e indiscutible. Es la dependencia de Dios establecida en el corazón, ejerciendo su dominio sobre nuestro ser y derramando su influencia maravillosa sobre todo el terreno en el que somos llamados a movernos día tras día. Es el cristiano que sigue las pisadas de Aquel que pasó haciendo bienes; haciendo todo lo posible para satisfacer las necesidades humanas; viviendo, no para sí mismo, sino para los demás, deleitándose en servir y dar, listo para tranquilizar a cualquier espíritu quebrantado o corazón desolado.

Este es el cristianismo, pero, ¡cuánta diferencia hay con las formas de que se revisten la legalidad y la superstición! ¡Qué contraste con observar por rutina y sin significado los días, los meses, los tiempos y los años, con abstenerse de ciertas comidas como carnes, con prohibir casarse y otras cosas por el estilo. ¡Qué diferente es de las fanfarronadas del místico, de la melancolía del ascético, y de las austeridades del monje! ¡Qué diferencia entre las sublimes verdades aceptadas por la inteligencia, profesadas, enseñadas y defendidas en discusión, y lo mundano y la insubordi-

nación! El cristianismo del Nuevo Testamento produce lo divino, lo celestial y lo espiritual, desplegado entre lo humano, lo terreno y lo natural. ¡Que nuestro santo propósito no se quede satisfecho con nada menos que con el cristianismo glorioso revelado en el Nuevo Testamento!

No es necesario añadir nada más sobre la cuestión del día de reposo. Si el lector se ha dado cuenta de la importancia de las porciones de la Escritura que hemos visto, no le costará comprender el lugar que ocupa el día de reposo en los caminos dispensacionales de Dios. Verá que hace referencia directa a Israel y a la tierra, que fue un signo del pacto entre Jehová y su pueblo terreno, y un testimonio poderoso del estado moral de aquel pueblo.

Además, verá que Israel en realidad nunca guardó el día de reposo, no entendió su significado, ni apreció su valor. Esto fue manifestado en la vida, en el ministerio y en la muerte de nuestro Señor Jesucristo, quien verificó muchas de sus obras de curación en el día de reposo y, al fin, pasó ese día en el sepulcro.

Finalmente entenderá con toda claridad la diferencia entre el día de reposo judío y el primer día de la semana; ya que a este día no se le denomina «día de reposo» en el Nuevo Testamento, sino que, por el contrario, se le presenta constantemente con su distinción propia y característica. El día de reposo no ha sido cambiado o transferido; el primer día de la semana es un día completamente nuevo, con su propia base y peculiaridad; al día de reposo se le ha dejado totalmente intacto, como una institución suspendida para ser reanudada más tarde, cuando la simiente de Abraham haya sido reinstalada en su propia tierra (véase Ezequiel 46:1, 12).

El primer día de la semana (domingo), día del Señor

No dejaremos este interesante asunto sin hablar del lugar dado al primer día de la semana en el Nuevo Testamento. Aunque no es el día de reposo, y no tiene nada que ver con días santos, nuevas lunas, días, meses, tiempos o años, con todo, tiene su propio y único lugar en el cristianismo, según se ve en muchos textos de las Escrituras del Nuevo Testamento.

Nuestro Señor se levantó de los muertos ese día y se mostró a sus discípulos varias veces también en él. Pablo y los hermanos de Troas se reunían ese día para partir el pan (Hechos 20:7). El apóstol instruye a los corintios, y a todos los que en cualquier lugar invocan el Nombre de nuestro Señor Jesucristo, para que aparten sus ofrendas en el mismo y con esto nos enseña claramente que el primer día de la semana era el día especial para que el pueblo de Dios se reuniera, tomara

la cena del Señor y celebrara el culto, la comunión y el ministerio relacionado con esa preciosa institución. El apóstol Juan nos dice expresamente que fue un día domingo, “en el día del Señor”, cuando recibió la maravillosa revelación que cierra el divino Libro.

Así, pues, tenemos pruebas evidentes de que el primer día de la semana no debe ser reducido al nivel de los días ordinarios. Para el verdadero cristiano, no es ni el día de reposo judío, ni el domingo de los gentiles, sino el día del Señor, en el que su pueblo, con alegría y agradecimiento, se reúne alrededor de su Mesa para celebrar esa preciosa fiesta por medio de la que se anuncia la muerte del Señor hasta que él venga.

Ningún legalismo ni superstición se relaciona con este primer día de la semana y pretender lo contrario sería negar las verdades relacionadas con ese día. No tenemos ningún mandamiento directo en cuanto a la observancia de ese día, pero las citas a las que hemos hecho referencia son totalmente suficientes para la mente espiritual. Todos los verdaderos cristianos tratarán de honrar y amar el primer día de la semana, poniéndolo aparte para el culto y servicio de Dios. Tan solo pensar que cualquiera que profesa amar a Cristo pueda dedicarse a los negocios, a paseos o a un trabajo innecesario en el primer día de la semana, repugna al corazón verdaderamente piadoso. Retirarnos lo más posible de todas las distracciones terrenales y dedicar las horas del primer día de la semana al Señor y a su servicio es un santo privilegio.

Quizá se diga que el cristiano debe dedicar todos los días al Señor, y es cierto, pues somos del Señor en el sentido más completo y amplio de la palabra. Todo lo que tenemos y somos se lo debemos a él, lo reconocemos con gozo. Somos exhortados a hacerlo todo en su Nombre y para su gloria, y es nuestro gran privilegio comprar y vender, comer y beber, hacerlo todo bajo su mirada con temor y amor a su santo Nombre. No deberíamos poner las manos en nada, en cualquier día de la semana, sobre lo que no pudiéramos pedir la bendición de Dios.

Todo esto está completamente admitido, el verdadero cristiano lo reconoce plenamente y con gozo. Pero, a la vez, nos parece imposible leer el Nuevo Testamento sin advertir que el primer día de la semana ocupa un lugar único, que ha sido señalado de la manera más evidente, con un significado y una importancia que no pueden ser reclamados por ningún otro día de la semana. Estamos tan convencidos de todo esto que, aunque en los países cristianizados no hubiera una ley de guardar el primer día de la semana, consideraríamos como un deber sagrado y un privilegio abstenernos de emprender cualquier trabajo en este día, salvo que fuera absolutamente indispensable.

Gracias a Dios, las leyes de varios países prevén que se observe el primer día de la semana; esto es una gracia para todos los que aman ese día por amor al Señor. Reconocemos su gran bondad por haber arrebatado este día de la codiciosa garra del mundo y haberlo dado a su pueblo y a sus siervos para dedicarlo al culto y a la obra de Dios.

¡Qué bendito es tener el primer día de la semana, con su profundo retiro de las cosas del mundo! ¿Qué haríamos sin él? ¿Qué alivio de los afanes semanales! ¡Qué preciosa es la reunión alrededor de la mesa del Señor para recordarle, para anunciar su muerte y celebrar sus alabanzas! ¡Qué deleitosos los servicios del primer día de la semana, ya sean del evangelista, del pastor, del maestro de escuela dominical o del distribuidor de tratados! El lenguaje humano no podría exponer de manera adecuada el valor y el interés de todas estas cosas. Es cierto que el primer día de la semana es más que día de descanso corporal para los creyentes, quienes a menudo se fatigan más en este día que en cualquier otro. Pero, es una fatiga que tendrá su brillante recompensa en el descanso que queda para el pueblo de Dios.

Amado lector cristiano, elevemos una vez más nuestro corazón en cántico de alabanza a Dios por el don bendito del primer día de la semana. ¡Dios quiera conservarlo hasta que el Señor venga, y contrarreste todos los esfuerzos de los incrédulos y ateos para quitar las barreras que las leyes han levantado alrededor del primer día de la semana! Sería muy triste el día en que esas vallas desaparecieran.

Quizás algunos digan que el día de reposo judaico ha desaparecido y que, por lo tanto, ya no nos obliga a nada. Muchos cristianos profesantes han tomado esa actitud y abogan, en Gran Bretaña, por la apertura de los parques y sitios públicos de recreo durante el primer día de la semana. ¡Ah! Se comprende fácilmente cuáles son sus intereses, quieren poner aparte la ley para tener una libertad licenciosa. No comprenden que el único camino para verse libres de la ley consiste en estar muertos a ella y, si estamos muertos a la ley, necesariamente también lo estamos al pecado y al mundo.

Esto cambia totalmente las cosas. El cristiano, gracias a Dios, está libre de la ley, pero no para recrearse en el mundo el primer día de la semana, o cualquier otro día, sino a fin de vivir para Dios.

Porque yo por la ley soy muerto para la ley, a fin de vivir para Dios
(Gálatas 2:19).



Este es el sitio que ocupa el cristiano, y esto solo pueden hacerlo los que verdaderamente son nacidos de Dios. El mundo no lo comprende, porque no conoce los santos privilegios y el gozo espiritual que hay en el primer día de la semana.

Todo esto es cierto; pero al mismo tiempo estamos convencidos de que si Inglaterra quitara las vallas que rodean al primer día de la semana, daría una prueba muy triste de su disposición a abandonar la profesión religiosa que por tanto tiempo la ha caracterizado como nación, para correr en dirección a la incredulidad y el ateísmo.

No debemos perder de vista el hecho importante de que Inglaterra ha afirmado ser una nación cristiana que confiese estar dirigida por la Palabra de Dios. Por eso es mucho más responsable que aquellas naciones envueltas en la oscuridad del paganismo. Las naciones, como los individuos, son responsables según la confesión que hayan hecho; de ahí que los pueblos que profesan ser cristianos, y que así se han llamado a sí mismos, serán juzgados no simplemente por la luz de la creación, ni por la ley de Moisés, sino por la plena luz del cristianismo que profesan, por toda la verdad contenida en el precioso Libro que poseen y del que presumen. Los paganos serán juzgados a la luz de la creación, el judío por la ley y el cristiano nominal lo será por la verdad del cristianismo.

Este hecho agrava la situación de todas las naciones que dicen ser cristianas. Dios tratará con ellas según sus profesiones; de nada sirve decir que no entienden lo que profesan. ¿Por qué profesarían lo que no entienden o no creen? Pero ellas profesan entender y creer, y con base a este hecho serán juzgadas. Se jactan del dicho popular de que «La Biblia, y solo la Biblia, es la religión de los protestantes».

Si esto es así, ¡qué solemne es pensar que estos países serán juzgados por la norma de la Biblia! ¿Cuál será su juicio y su fin? Dejamos la respuesta aterradora a consideración de aquellos a quienes incumba.

¿Qué lugar ocupa la Escritura en nuestros corazones?

Terminaremos esta sección citando el último párrafo del capítulo 5 de Deuteronomio. No exige un largo comentario, pero nos parece provechoso proporcionarlo al lector para que tenga ante sus ojos las palabras del mismo Espíritu Santo.

Después de haber presentado al pueblo los diez mandamientos, el legislador sigue recordándoles las circunstancias solemnes que rodearon la entrega de la ley, así como los sentimientos y expresiones que ellos habían tenido en aquella ocasión.

“Estas palabras habló Jehová a toda vuestra congregación en el monte, de en medio del fuego, de la nube y de la oscuridad, a gran voz; y no añadió más. Y las escribió en dos tablas de piedra, las cuales me dio a mí. Y aconteció que cuando vosotros oísteis la voz de en medio de las tinieblas, y visteis al monte que ardía en fuego, vinisteis a mí, todos los príncipes de vuestras tribus, y vuestros ancianos, y dijisteis: He aquí Jehová nuestro Dios nos ha mostrado su gloria y su grandeza, y hemos oído su voz de en medio del fuego; hoy hemos visto que Jehová habla al hombre y este aún vive. Ahora, pues, ¿por qué vamos a morir? Porque este gran fuego nos consumirá; si oyéremos otra vez la voz de Jehová nuestro Dios, moriremos. Porque ¿qué es el hombre, para que oiga la voz del Dios viviente que habla de en medio del fuego, como nosotros la oímos, y aún viva? Acércate tú, y oye todas las cosas que dijere Jehová nuestro Dios; y tú nos dirás todo lo que Jehová nuestro Dios te dijere, y *nosotros oiremos y haremos*. Y oyó Jehová la voz de vuestras palabras cuando me hablabais, y me dijo Jehová: He oído la voz de las palabras de este pueblo, que ellos te han hablado; bien está todo lo que han dicho. ¡Quién diera que tuviesen tal corazón, que me temiesen y guardasen *todos los días todos* mis mandamientos, para que a ellos y a sus hijos les fuese bien para siempre! Vé y diles: Volveos a vuestras tiendas. Y tú quédate aquí conmigo, y te diré todos los mandamientos y estatutos y decretos que les enseñarás, a fin de que los pongan ahora por obra en la tierra que yo les doy por posesión. Mirad, pues, que hagáis como Jehová vuestro Dios os ha mandado; no os apartéis a diestra ni a siniestra. Andad *en todo el camino* que Jehová vuestro Dios os ha mandado, para que viváis y os vaya bien, y tengáis largos días en la tierra que habéis de poseer” (v. 22-33).

Aquí, el principio fundamental del libro de Deuteronomio desprende un brillo nada común. Está expresado en las conmovedoras y poderosas palabras que forman el verdadero núcleo del pasaje citado: “¡Quién diera que tuviesen *tal corazón, que me temiesen* y guardasen *todos los días todos* mis mandamientos, para que a ellos y a sus hijos les fuese bien para siempre!”.

¡Preciosas palabras! Ellas nos revelan el manantial de la vida, que como cristianos somos exhortados a vivir día tras día, con una obediencia simple, implícita y completa al Señor; pero no con un espíritu servil, sino con el amor profundo, verdadero y adorador que el Espíritu Santo derrama en nuestras almas. Esto agrada a nuestro amoroso Padre que nos dice:

Dame, hijo mío, tu corazón



(Proverbios 23:26).

Cuando se da el corazón, todo lo demás sigue en un orden moral hermoso. Un corazón amante encuentra su gozo más profundo en obedecer los mandamientos de Dios; y nada tiene tanto valor ante Dios como lo que brota de un corazón amante. El corazón es la fuente de todo lo que se manifiesta en la vida; por eso, cuando es gobernado por el amor de Dios, hay una amorosa respuesta a todos sus mandamientos. Amamos sus mandamientos porque le amamos a él. Todas sus palabras son preciosas al que le ama. Todos sus preceptos, estatutos y juicios –en resumen, toda la Escritura– son amados, reverenciados y obedecidos porque su Nombre y su autoridad van unidos a ellos.

En el Salmo 119 se halla la ilustración del tema que nos ocupa y el ejemplo de un alma que responde admirablemente a las palabras que hemos citado antes: “¡Quién diera que tuviesen *tal corazón*, que me temiesen y guardasen *todos los días* todos mis mandamientos!”. Es el hermoso anhelo de un alma que encontró su más profundo y constante deleite en la Palabra de Dios. Hay por lo menos ciento setenta alusiones a esa preciosa Palabra, bajo un título u otro. Vemos esparcidas por todo este maravilloso salmo, con abundancia, joyas como: “En mi *corazón he guardado* tus dichos, para no pecar contra ti” (v. 11). “Me he gozado en el camino de tus testimonios, más que de toda riqueza. En tus mandamientos meditaré; consideraré tus caminos. Me regocijaré en tus estatutos; no me olvidaré de tus palabras” (v. 14-16). “Quebrantada está mi alma de desear tus juicios en todo tiempo” (v. 20). “Pues tus testimonios son mis delicias y mis consejeros” (v. 24). “Me he apegado a tus testimonios” (v. 31). “He aquí yo he anhelado tus mandamientos” (v. 40). “En tu palabra *he confiado*” (v. 42). “A tus juicios *espero*” (v. 43). “*Busqué* tus mandamientos” (v. 45). “*Me regocijaré* en tus mandamientos, los cuales *he amado*” (v. 47). “*Me acordé*, oh Jehová, de tus juicios antiguos” (v. 52). “Cánticos fueron para mí *tus estatutos* en la casa en donde fui extranjero” (v. 54). “*Volví mis pies a tus testimonios*” (v. 59). “*Tus mandamientos he creído*” (v. 66). “Mejor me es *la ley de tu boca* que millares de oro y de plata” (v. 72). “En tu palabra *he esperado*” (v. 74). “*Tu ley es mi delicia*” (v. 77). “Desfallecieron *mis ojos por tu palabra*” (v. 82). “Todos tus mandamientos son verdad” (v. 86). “Para siempre, oh Jehová, permanece tu palabra en los cielos” (v. 89). “*Nunca jamás me olvidaré* de tus mandamientos” (v. 93). “*He buscado* tus mandamientos” (v. 94). “Yo *consideraré* tus testimonios” (v. 95). “Amplio sobremanera es tu mandamiento” (v. 96). “¡Oh, cuánto amo *tu ley!* Todo el día es ella *mi meditación*” (v. 97). “¡Cuán dulces son a mi paladar *tus palabras!* Más que la miel a mi boca” (v. 103). “Por *heredad* he tomado *tus testimonios pa-*

ra siempre, porque son el gozo de mi corazón” (v. 111). “Me regocijaré *siempre* en tus estatutos” (v. 117). “He amado tus mandamientos más que el oro, y más que oro muy puro” (v. 127). “Maravillosos son tus testimonios” (v. 129). “Mi boca abrí y suspiré, porque deseaba tus mandamientos” (v. 131). “Tus testimonios, que has recomendado, son rectos y muy fieles” (v. 138). “Sumamente pura es tu palabra” (v. 140). “Tu justicia es justicia eterna, y tu ley es la verdad” (v. 142). “Justicia eterna son tus testimonios” (v. 144). “Todos tus mandamientos son verdad” (v. 151). “*La suma de tu palabra es verdad, y eterno es todo juicio de tu justicia*” (v. 160). “*Mi corazón tuvo temor de tus palabras*. Me regocijo en tu palabra como el que halla muchos despojos” (v. 161-162). “Mucha paz tienen los que aman tu ley” (v. 165). “*Mi alma ha guardado tus testimonios, y los he amado en gran manera*” (v. 167). “Tus mandamientos he escogido” (v. 173). “Tu ley es mi delicia” (v. 174).

Realmente fortalece el corazón y renueva el ánimo transcribir frases así, muchas de las cuales pueden ser usadas para describir la vida de nuestro Señor durante su peregrinación terrenal. Él vivió siempre de la Palabra, fue el alimento de su alma, su guía, y el material de su ministerio. Con ella venció a Satanás y cerró la boca a saduceos, fariseos y herodianos. Por la Palabra enseñó a sus discípulos y encomendó a sus siervos cuando estaba a punto de ascender a los cielos.

¡Qué importante y práctico es todo esto para nosotros! Da un lugar muy alto a la Sagrada Escritura. El precioso Libro inspirado se nos presenta en las gloriosas frases entresacadas del Salmo 119. ¡Cuánto nos anima, nos refresca y fortalece observar cómo emplea nuestro Señor la Escritura, el sitio que le da y la dignidad de la que la llena! En cada ocasión acude a ella como autoridad divina contra la que no puede haber apelación. Él, aunque era Dios sobre todas las cosas y Autor del Libro sagrado, al tomar un lugar como hombre en la tierra, muestra claramente que el deber y el privilegio del hombre es vivir por la Palabra de Dios, reconociendo su divina autoridad en todo.

Y, ¿no se da aquí una respuesta satisfactoria a la pregunta que tantas veces repite la incredulidad?: «¿Cómo sabemos si la Biblia es la Palabra de Dios?». Si creemos verdaderamente en Cristo, si reconocemos en él al Hijo de Dios, tendremos que ver la fuerza moral del hecho de que esta Persona divina apele constantemente a las Escrituras, a Moisés, a los profetas y a los salmos como a una norma de Dios. ¿No la reconocía él como la Palabra de Dios? Indudablemente sí. Como Dios, la había dado, como Hombre, la aceptaba, la vivía y reconocía su autoridad suprema en todas las cosas.

Este es un hecho de gran peso para la iglesia profesante y una reprensión para todos los llamados doctores y escritores cristianos que se han atrevido a entrometerse en la verdad fundamental de la plena inspiración de las Escrituras en general y de los cinco libros de Moisés en particular. ¡Es terrible pensar que muchos que profesan ser maestros en la Iglesia de Dios se atrevan a censurar escritos que nuestro Señor y Maestro aceptó y reconoció como divinos.

Con todo, se nos dice y aun se espera que estemos dispuestos a creer que las cosas van mejorando, pero es una ilusión. Los absurdos degradantes del ritualismo y los razonamientos blasfemos de la incredulidad aumentan rápidamente a nuestro alrededor; y si estas influencias no están dominando, se nota frecuentemente una fría indiferencia y mundanería. Si la gente no es arrastrada a la incredulidad, por una parte, o al ritualismo, por la otra, es en gran parte porque anda muy preocupada en sus placeres e intereses personales. Y en cuanto a la religión de hoy día, si dejamos a un lado el dinero y la música, lo que queda es insignificante.

La observación y la experiencia prueban que las cosas no van mejorando. En verdad, el que ante tanta evidencia sigue pensando así, solo puede ser considerado como fruto de la credulidad más inconcebible.

Algunos dirán que no debemos juzgar según lo que vemos y que debemos tener esperanza, y así es, ciertamente, si tenemos una garantía divina para ello. Si se nos puede señalar una sola línea de la Escritura que pruebe que la actual situación se caracteriza por un progreso gradual, ya sea religioso, político, moral o social, ¡entonces tengamos esperanza! Una sola cláusula de la Palabra inspirada es suficiente para formar la base de una esperanza que eleve los corazones por encima de las circunstancias negras y deprimentes que vemos.

Pero no podemos encontrarla en ninguna parte. El testimonio bíblico, las enseñanzas de la Escritura, las voces de los profetas y apóstoles prueban unánimes que la situación actual, lejos de mejorar, irá de mal en peor; antes de que los rayos brillantes de la gloria del milenio puedan alegrar a este mundo dolorido, la espada del juicio debe hacer su obra aterradora. Citar los pasajes que prueban nuestra afirmación llenaría un libro y consistiría tan solo en transcribir gran parte de las Escrituras proféticas del Antiguo y del Nuevo Testamento.

Por supuesto, no vamos a intentarlo porque el lector tiene la Biblia ante sí; busque en ella con diligencia. Deje a un lado sus ideas preconcebidas, todos los convencionalismos de la cristiandad, la fraseología corriente del mundo religioso, los dogmas de las escuelas teológicas, y acérquese con la simplicidad de un niño a la fuente de la Escritura y beba en ella su doctrina celestial. Allí

encontrará la convicción clara y firme de que el mundo no se convertirá a través de los medios utilizados actualmente; que no con el Evangelio de paz, sino con la espada de la destrucción se preparará a la tierra para la gloria.

¿Vamos a negar el bien que se está haciendo, somos insensibles a ello? ¡De ninguna manera pensamos así! Bendecimos de todo corazón a Dios por cada átomo de ese bien. Nos regocijamos por cada esfuerzo hecho en la propagación del precioso Evangelio de la gracia de Dios; damos las gracias por cada persona que ingresa al círculo de la familia de Dios. Nos deleitamos al pensar que son millones las Biblias esparcidas cada año por toda la superficie de la tierra. ¿Qué mente humana podrá calcular el resultado de esa obra? Deseamos sinceramente que Dios ayude a cada misionero de corazón fiel que publica las buenas nuevas de la salvación.

El Evangelio no es anunciado para la conversión del mundo, sino para tomar de ellos pueblo para su nombre

Pero, aun admitiendo todo esto, no creemos en la conversión del mundo por los medios utilizados actualmente. La Escritura nos dice que, cuando los juicios divinos caigan sobre la tierra, los habitantes del mundo aprenderán justicia. Esta sola frase de la Palabra tendría que ser suficiente para probar que el mundo no será convertido por el Evangelio; hay cientos de versículos que usan el mismo lenguaje y enseñan la misma verdad. No es por la gracia, sino por los juicios que los habitantes de la tierra aprenderán justicia.

Entonces, ¿cuál es el objeto del Evangelio? Si no es para convertir al mundo, ¿para qué se predica? El apóstol Santiago, en el discurso pronunciado ante el concilio de Jerusalén, da una respuesta directa y concluyente a esta pregunta. Dice él: “Simón ha contado cómo Dios visitó por primera vez a los gentiles”. ¿Para qué, para convertirlos a todos? No, sino “para tomar de ellos pueblo para su nombre” (Hechos 15:14). No hay nada más claro que nos pone delante lo que debe ser el gran objetivo de todo el esfuerzo misionero, lo que todos los siervos enviados y enseñados por Dios deben tener presente en su obra; son enviados para “tomar de ellos pueblo para su nombre”.

¡Qué importante es recordar esto, qué necesario es tener siempre presente el verdadero fin de nuestra obra! ¿De qué sirve trabajar con un fin falso? ¿No es mucho mejor hacerlo teniendo la vista fija en lo que Dios está obrando? ¿Tendrá menos energía el misionero por tener presente el propósito de Dios en su obra? Por supuesto que no. Pensemos en dos obreros que salen a un campo misionero; uno se propone la conversión del mundo entero; el otro tiene como meta tomar

del mundo pueblo para Dios. ¿Será este último, debido a su propósito, menos aplicado, enérgico o entusiasta que el primero? Al contrario, el hecho de conocer los propósitos de Dios dará consistencia a su obra, y, al mismo tiempo, lo estimulará ante las dificultades y obstáculos que lo rodean.

Los apóstoles de nuestro Señor y Salvador Jesucristo, al salir para sus trabajos, no se proponían la conversión del mundo. “Id por todo el mundo y predicad el evangelio a toda criatura. El que creyere y fuere bautizado, será salvo; mas el que no creyere, será condenado” (Marcos 16:15-16).

Esto fue dicho a los apóstoles; el mundo debía ser su campo de acción, la proclamación debía hacerse a toda criatura, pero su aplicación efectiva era para los que creyesen. Era algo totalmente individual. La conversión de todo el mundo no debía ser su objetivo; esto se efectuará por una obra totalmente distinta, cuando la presente acción de Dios por el Evangelio haya producido la separación de un pueblo para los cielos. El Espíritu Santo descendió el día de Pentecostés, no para convertir al mundo, sino para redargüirle o demostrarle su culpa al haber rechazado al Hijo de Dios. El efecto de su presencia consistía en demostrar al mundo su culpabilidad; el objetivo de su misión era constituir un cuerpo compuesto por creyentes sacados de los judíos y de los gentiles. En ello se ha ocupado durante estos veinte siglos. Este es “el misterio” del que Pablo fue hecho ministro y el que nos revela de un modo tan bendito en su epístola a los Efesios. Si se entiende bien la verdad expuesta en esa carta maravillosa, es imposible no ver que la conversión del mundo y la formación del cuerpo de Cristo, la Iglesia, son dos cosas distintas y que no pueden ir juntas.

Medite acerca de este hermoso pasaje: “Por esta causa yo Pablo, prisionero de Cristo Jesús por vosotros los gentiles; si es que habéis oído de la administración de la gracia de Dios que me fue dada para con vosotros; que por revelación me fue declarado el misterio, como antes lo he escrito brevemente, leyendo lo cual podéis entender cuál sea mi conocimiento en el misterio de Cristo, misterio que en otras generaciones no se dio a conocer a los hijos de los hombres” (no dado a conocer en las Escrituras del Antiguo Testamento; no revelado a los santos o profetas del Antiguo Testamento) “como ahora es revelado a sus santos apóstoles y profetas” (esto es, a los profetas del Nuevo Testamento), “por el Espíritu: que los gentiles son coherederos y miembros del mismo cuerpo, y coparticipantes de la promesa en Cristo Jesús por medio del evangelio, del cual yo fui hecho ministro por el don de la gracia de Dios que me ha sido dado según la operación de su poder. A mí, que soy menos que el más pequeño de todos los santos, me fue dada esta gracia de anunciar entre los gentiles el evangelio de las inescrutables riquezas de Cristo, y de aclarar

a todos cuál sea la dispensación del misterio *escondido desde los siglos en Dios*, que creó todas las cosas; para que la multiforme sabiduría de Dios sea ahora dada a conocer por medio de la iglesia a los principados y potestades en los lugares celestiales” (Efesios 3:1-10).

Veamos otro pasaje de la epístola a los Colosenses: “Si en verdad permanecéis fundados y firmes en la fe, y sin moveros de la esperanza del evangelio que habéis oído, el cual se predica en toda la creación que está debajo del cielo; del cual yo Pablo fui hecho ministro. Ahora me gozo en lo que padezco por vosotros, y cumplo en mi carne lo que falta de las aflicciones de Cristo por su cuerpo, que es la iglesia; de la cual fui hecho ministro, según la administración de Dios que me fue dada para con vosotros, para que anuncie cumplidamente la Palabra de Dios, el misterio que había estado oculto desde los siglos y edades, pero que ahora ha sido manifestado a sus santos, a quienes Dios quiso dar a conocer las riquezas de la gloria de este misterio entre los gentiles; que es Cristo en vosotros, la esperanza de gloria, a quien anunciamos, amonestando a todo *hombre*, y enseñando a todo *hombre* en toda sabiduría, a fin de presentar perfecto en Cristo Jesús a todo hombre; para lo cual también trabajo, luchando según la potencia de él, la cual actúa poderosamente en mí” (cap. 1:23-29).

En estos y otros numerosos pasajes, el lector podrá ver el objetivo especial del ministerio de Pablo. Seguramente no tenía en la mente la conversión del mundo. Es verdad que predicaba el Evangelio en toda su profundidad, integridad y poder; lo predicó “desde Jerusalén, y por los alrededores hasta Ilírico” (Romanos 15:19), entre los gentiles (Efesios 3:8), pero no era su pensamiento convertir al mundo. Sabía y enseñaba que el mundo iba madurando rápidamente para el juicio, que “los malos hombres y los engañadores irán de mal en peor” (2 Timoteo 3:13), que “en los *postreros tiempos* algunos apostatarán de la fe, escuchando a espíritus engañadores y a doctrinas de demonios; por la hipocresía de mentirosos que, teniendo cauterizada la conciencia, prohibirán casarse, y mandarán abstenerse de alimentos que Dios creó para que con acción de gracias participasen de ellos los creyentes y los que han conocido la verdad” (1 Timoteo 4:1-3).

Más adelante este testigo fiel e inspirado por Dios enseñaba que “*en los postreros días*” –posteriores a “los postreros tiempos”– “vendrán tiempos peligrosos. Porque habrá hombres amadores de sí mismos, avaros, vanagloriosos, soberbios, blasfemos, desobedientes a los padres, ingratos, impíos, sin afecto natural, implacables, calumniadores, intemperantes, crueles, aborrecedores de lo bueno, traidores, impetuosos, infatuados, *amadores de los deleites más que de Dios*, que tendrán apariencia de piedad, pero negarán la eficacia de ella” (cf. 1 Timoteo 4:1-3; 2 Timoteo 3:1-5).

Lo que dice la Escritura

¡Qué cuadro! Nos traslada al final de Romanos 1, donde el escritor inspirado nos describe las sombrías formas del paganismo, pero con la terrible diferencia de que en 2 Timoteo no se trata del paganismo sino del cristianismo, que tiene una “apariencia de piedad”.

Este será el fin de la situación actual. ¿Es este el mundo convertido del que tanto oímos hablar? Tristemente los falsos profetas abundan por todas partes; hay muchos que claman: Paz, paz, pero la paz no se ve por ningún lado y también hay quienes pretenden recubrir los muros agrietados del cristianismo con “lodo suelto” (cf. Ezequiel 13:10).

Pero esto no impedirá el juicio que está cerca. La iglesia profesante ha fracasado, se ha apartado de la Palabra de Dios y se ha rebelado contra la autoridad de su Señor. No hay ni un solo rayo de esperanza para la cristiandad. Es la mancha moral más negra en el gran universo de Dios o en las páginas de la historia.

El mismo apóstol, cuyos escritos hemos citado a menudo, nos dice que “ya está en acción el misterio de la iniquidad”; de ello se deduce que ha estado obrando durante más de veinte siglos. “Solo que hay quien al presente lo detiene, hasta que él a su vez sea quitado de en medio. Y entonces se manifestará aquel inicuo, a quien el Señor matará con el espíritu de su boca, y destruirá con el resplandor de su venida; inicuo cuyo advenimiento es por obra de Satanás, con gran poder y señales y prodigios mentirosos, y con todo engaño de iniquidad para los que se pierden, por cuanto no recibieron el amor de la verdad para ser salvos. Por esto Dios les envía un poder engañoso (u “operación de error”, V. M.), para que crean la mentira, a fin de que sean condenados todos los que no creyeron a la verdad, sino que se complacieron en la injusticia” (2 Tesalonicenses 2:7-12).

¡Qué terrible es la sentencia de la cristiandad! Y esto a pesar de los sueños de los profetas falsos que enseñan al pueblo solo el lado bueno de las cosas. Gracias a Dios, hay un lado positivo para todos los que pertenecen a Cristo. A ellos el apóstol puede dirigirse con animadoras y alegres palabras:

“

Pero nosotros debemos dar siempre gracias a Dios respecto a vosotros, hermanos amados por el Señor, de que Dios os haya escogido desde el principio para salvación, mediante la santificación por el Espíritu y la fe en la verdad, a lo cual os llamó mediante nuestro evangelio, para alcanzar la gloria de nuestro Señor Jesucristo (2 Tesalonicenses 2:13-14).

Aquí tenemos el lado positivo de las cosas: la gloriosa y bendita esperanza de la Iglesia de Dios de ver la brillante “Estrella de la mañana” (Apocalipsis 22:16). Todos los cristianos correctamente instruidos aguardan no un mundo mejorado o convertido, sino la venida de su Señor y Salvador, quien ha ido a preparar lugar para ellos en la casa del Padre, y quien volverá para tomarlos consigo, a fin de que donde él está, ellos también estén. Esta es su preciosa promesa que puede realizarse en el momento menos pensado. Para esto él espera, porque como nos dice Pedro, “es paciente para con nosotros, no queriendo que ninguno perezca, sino que todos procedan al arrepentimiento” (2 Pedro 3:9). Pero, cuando el último miembro sea incorporado al bendito cuerpo de Cristo por el Espíritu Santo, la voz del arcángel y la trompeta de Dios llamarán a *todos* los redimidos para salir al encuentro del Señor en el aire, para estar con él para siempre.

Esta es la verdadera esperanza de la Iglesia de Dios, que él quiere que resplandezca siempre en los corazones de todos sus hijos, con su poder purificador y santificante. El enemigo ha conseguido despojar de esta bendita esperanza a un gran número de hijos de Dios. Incluso, durante siglos, quedó casi borrada del horizonte de la Iglesia, y solo se ha recobrado parcialmente. Ahora, ¿dónde oímos hablar de ella entre la iglesia profesante? ¿Resuena en la cristiandad el grito de gozo: “¡Aquí viene el Esposo!”? Lamentablemente, no; aun los pocos siervos de Cristo que aguardan su venida apenas se atreven a predicarlo porque temen ser rechazados.

¡Qué prueba más solemne y notable del poder cegador de Satanás! Ha despojado a la Iglesia de la esperanza que le fue dada por Dios; y, a cambio, le ha dado un engaño, una mentira. En vez de aguardar la aparición de la “estrella resplandeciente de la mañana”, le ha impuesto la idea de la conversión del mundo, es decir, un milenio sin Cristo. Ha logrado rodear el futuro con una niebla tan densa que la Iglesia ha perdido completamente la orientación. Es como un navío llevado por la tormenta en el océano, sin brújula ni timón que no distingue el sol ni las estrellas; todo es oscuridad y confusión. Y, ¿por qué? Sencillamente porque la Iglesia ha perdido de vista la pura y

preciosa Palabra de su Señor y ha aceptado, en su lugar, los credos confusos y las confesiones de hombres que manchan y mutilan la verdad de Dios hasta el punto de que los cristianos parecen estar totalmente desorientados en cuanto a su verdadera posición y su propia esperanza.

Y, no obstante, tienen la Biblia en sus manos, como los judíos también tenían la Escritura y, sin embargo, rechazaron a Aquel que es el gran tema de ella. Esa era la inconsecuencia moral que nuestro Señor les echaba en cara en Juan 5: “Escudriñad las Escrituras; porque a vosotros os parece que en ellas tenéis la vida eterna; y ellas son las que dan testimonio de mí; y no queréis venir a mí para que tengáis vida” (v. 39-40). Y, ¿a qué se debía eso? Sencillamente a que sus corazones estaban cegados por prejuicios religiosos, bajo la influencia de doctrinas y mandamientos de hombres. Por eso, por más que tuvieran las Escrituras, de las que se enorgullecían, las ignoraban y se regían tan poco por ellas como los paganos ignorantes que les rodeaban. Una cosa es tener la Biblia en nuestras manos, en nuestras casas y en nuestras reuniones, y otra muy distinta es que sus verdades obren en nuestros corazones y resplandezcan en nuestras vidas.

Tomemos, por ejemplo, el asunto que estamos tratando y que nos ha conducido a este largo inciso. ¿Puede haber en el Nuevo Testamento alguna enseñanza más clara que esta, es decir, que al final de la época actual debe haber una terrible apostasía de la verdad y una rebelión manifiesta contra Dios y el Cordero? Los evangelios, las epístolas y el Apocalipsis concuerdan en exponer esta solemne verdad con tanta claridad y simplicidad que un niño en Cristo puede entenderla.

Y sin embargo, ¡qué poco creída es, comparativamente! La gran mayoría cree todo lo contrario; se imaginan que, usando diferentes medios, todas las naciones se convertirán. Pero entonces, ¿cómo interpretar las parábolas de nuestro Señor en Mateo 13, la de la cizaña, la de la levadura, y la del grano de mostaza? ¿Cómo concuerdan estas parábolas con la idea de un mundo convertido? Si el mundo entero se debe convertir por la predicación del Evangelio, ¿cómo es posible que al fin del siglo se encuentre cizaña en el campo? ¿Por qué hay el mismo número de vírgenes insensatas como de prudentes cuando llega el Esposo? Si todo el mundo será convertido por el Evangelio, ¿sobre quiénes “el día del Señor vendrá así como ladrón en la noche”? ¿O qué significado pueden tener las terribles palabras: “que cuando digan: Paz y seguridad, entonces vendrá sobre ellos destrucción repentina, como los dolores a la mujer encinta, y no escaparán”? (1 Tesalonicenses 5:2-3). Ante un mundo convertido, ¿cuál sería la aplicación, cuál sería la fuerza moral de las solemnes palabras de Apocalipsis 1: “He aquí que viene con las nubes, y todo ojo le verá, y los que le traspasaron; y *todos los linajes de la tierra harán lamentación por él*”? (v. 7). ¿Dónde se encontrarán esos linajes lamentándose, si todo el mundo debe ser convertido?

Lector, ¿no resulta tan claro como la luz del sol que las dos cosas no pueden subsistir juntas? ¿No está perfectamente claro que la teoría de un mundo convertido por el Evangelio es diametralmente opuesta a toda la enseñanza del Nuevo Testamento? ¿Cómo es, pues, que la mayoría de los cristianos profesantes persiste en sostenerla? No puede haber sino una respuesta: no se inclinan ante la autoridad de la Escritura. Es muy doloroso tener que decirlo, pero es la verdad. La Biblia es leída en la cristiandad, pero sus verdades no son aceptadas; son rechazadas con persistencia. Y todo esto ante la frase orgullosa repetida tantas veces de: «La Biblia, y solo la Biblia, es la religión de los protestantes».

No podemos continuar con este tema, aunque reconocemos su valor y su importancia. Pero confiamos en que el lector será guiado por el Espíritu de Dios a conocer su profunda solemnidad. Los hijos de Dios, en todas partes, necesitan ser despertados para que reconozcan cuánto se ha apartado la Iglesia de la autoridad de la Escritura. Podemos estar seguros de que ahí radica la verdadera causa de toda la confusión, el error, y el mal entre nosotros. Nos hemos apartado de la Palabra del Señor y del Señor mismo. Hasta que esto no sea sentido y reconocido, las cosas no pueden cambiar. El Señor desea un verdadero arrepentimiento y un espíritu realmente quebrantado ante su presencia.

“ Pero miraré a aquel que es pobre y humilde de espíritu, y que tiembla a mi palabra (Isaías 66:2).

Siempre es así. No hay límite para la bendición cuando la actitud del alma es esta. Pero debe ser una realidad; de nada sirve hablar de estar “*humillado y abatido*”; debemos estarlo realmente; y es asunto individual. “Pero miraré a *aquel...*”.

¡Quiera el Señor, en su infinita misericordia, guiarnos para que nos juzguemos a nosotros mismos bajo la acción de su Palabra! ¡Ojalá que nuestros oídos estén abiertos para que oigamos su voz y que nuestros corazones se vuelvan a él y a su Palabra! ¡Volvamos la espalda a todo lo que no pueda soportar la prueba de la Escritura! Esto es lo que busca nuestro Señor Jesús de todos los que le pertenecen entre los *escombros* terribles y desesperantes de la cristiandad.

Estas palabras... estarán sobre tu corazón

Yo y mi casa

Después de recordar al pueblo los diez mandamientos, Moisés le enseñó otros estatutos de parte de Dios: “Estos, pues, son los mandamientos, estatutos y decretos que Jehová vuestro Dios mandó que os enseñase, para que los pongáis por obra en la tierra a la cual pasáis vosotros para tomarla; para que temas a Jehová tu Dios, guardando todos sus estatutos y sus mandamientos que yo te mando, tú, tu hijo, y el hijo de tu hijo, todos los días de tu vida, para que tus días sean prolongados. Oye, pues, oh Israel, y cuida de ponerlos por obra, para que te vaya bien en la tierra que fluye leche y miel, y os multipliquéis, como te ha dicho Jehová el Dios de tus padres. Oye, Israel: Jehová nuestro Dios, Jehová uno es” (v. 1-4).

La nación de Israel tenía la obligación especial de mantener y confesar la unidad de la Deidad. Esa verdad aparecía en los mismos cimientos de la época judaica; era el gran centro alrededor del que el pueblo debía agruparse. Mientras lo mantuvieron, fueron un pueblo feliz, próspero y fructífero, pero, cuando lo abandonaron, todo desapareció. Era su gran baluarte nacional y lo que debía distinguirles de las demás naciones de la tierra. Fueron llamados a confesar esta gloriosa verdad delante de un mundo idólatra con “sus muchos dioses y muchos señores” (cf. 1 Corintios 8:5). El elevado privilegio y el santo deber de Israel era rendir un testimonio firme a la verdad contenida en la expresión: “Jehová uno es”, en marcada oposición a los innumerables dioses falsos de los paganos que les rodeaban. Su padre Abraham había sido llamado a salir de en medio de la idolatría pagana para ser testigo del Dios único, verdadero y vivo, para confiar y apoyarse en él, andar con en él y obedecerle.

Si vamos al último capítulo de Josué, encontraremos allí una notable alusión a esto y cómo la usó el dirigente en su último mensaje al pueblo. “Reunió Josué a todas las tribus de Israel en Siquem, y llamó a los ancianos de Israel, sus príncipes, sus jueces y sus oficiales; y se presentaron delante de Dios. Y dijo Josué a todo el pueblo: Así dice Jehová, Dios de Israel: Vuestros padres habitaron antiguamente al otro lado del río, esto es, Taré, padre de Abraham y de Nacor; y servían a dioses extraños. Y yo tomé a vuestro padre Abraham del otro lado del río, y lo traje por toda la tierra de Canaán, y aumenté su descendencia, y le di Isaac” (cap. 24:1-3).

Con esto Josué recuerda al pueblo el hecho de que sus padres habían servido a otros dioses, un hecho grave e importante que no debieron haber olvidado nunca, ya que su recuerdo les habría advertido la necesidad profunda que tenían de vigilarse mucho a sí mismos, pues de lo contrario

estarían expuestos a recaer en el peligro grosero y terrible del que Dios, en su gracia soberana, había elegido y sacado a su padre Abraham. Habría sido prudente considerar que el mal en el que sus padres habían caído en la antigüedad era el mismo en el que ellos estaban expuestos a caer.

Después de haber presentado esto al pueblo, Josué les describe, con fuerza y vivacidad, todos los hechos sobresalientes de su historia, desde el nacimiento de su padre Isaac hasta ese momento, y luego lo resume todo con el siguiente llamado: “Ahora, pues, temed a Jehová, y servidle con integridad y en verdad; y quitad de entre vosotros *los dioses a los cuales sirvieron vuestros padres al otro lado del río, y en Egipto*; y servid a Jehová. Y si mal os parece servir a Jehová, escoged hoy a quien sirváis; si a *los dioses a quienes sirvieron vuestros padres, cuando estuvieron al otro lado del río*, o a los dioses de los amorreos en cuya tierra habitáis; pero yo y mi casa serviremos a Jehová” (v. 14-15).

Notamos la alusión repetida al hecho de que sus padres habían adorado dioses falsos; y, además, que la tierra a la que Jehová les había llevado había sido manchada de un extremo a otro por las abominaciones de la idolatría pagana.

Así, este fiel siervo de Dios, inspirado por el Espíritu Santo, procura hacer notar al pueblo el peligro que corre de abandonar al único Dios vivo y verdadero para caer de nuevo en la idolatría. Insiste en la absoluta necesidad de tomar una decisión: “Escoged *hoy* a quien sirváis”. No hay nada como una decisión clara, franca y abierta para Dios; es lo que le debemos siempre. En cuanto a los israelitas, les había dado pruebas de su interés por ellos al redimirles de la esclavitud en Egipto, llevarles por el desierto y hacerles entrar en la tierra de Canaán. Por ese motivo, una consagración completa a Jehová no era más que un reconocimiento razonable.

Las palabras memorables: “Pero yo y mi casa serviremos a Jehová” prueban con qué profundidad sentía Josué la importancia de aquella consagración personal. ¡Hermosas palabras y preciosa decisión! Una religión nacional podía caer en ruinas, y así sucedió en el caso de Israel; pero la religión personal y familiar puede ser mantenida, por la gracia de Dios, dondequiera que sea y en todos los tiempos.

¡Gracias a Dios por esto, no lo olvidemos nunca! “Pero yo y mi casa” es la respuesta clara y gozosa de la fe a la invitación de Dios cuando nos dice: “Tú y tu casa”. Cualquiera que sea el estado manifiesto de la profesión del pueblo de Dios, todos los hombres de Dios sinceros y fieles tienen el privilegio de poder adoptar esa decisión inmortal y actuar conforme a ella: “Pero yo y mi casa serviremos a Jehová”.

Es verdad que esta resolución solo puede llevarse a cabo por el socorro continuo de la gracia de Dios; pero podemos estar seguros de que, cuando el corazón está decidido a seguir al Señor, toda la gracia que se necesite nos será dada día tras día, ya que siempre se pueden cumplir aquellas palabras alentadoras del Dios eterno:

“ **Bástate mi gracia, porque mi poder se perfecciona en la debilidad**
(2 Corintios 12:9).

Veamos ahora cuál fue el aparente efecto del llamado que Josué hizo a la congregación que parecía ser muy esperanzador. “Entonces el pueblo respondió y dijo: Nunca tal acontezca, que dejemos a Jehová para servir a otros dioses; porque Jehová nuestro Dios es el que nos sacó a nosotros y a nuestros padres de la tierra de Egipto, de la casa de servidumbre; el que ha hecho estas grandes señales, y nos ha guardado por todo el camino por donde hemos andado, y en todos los pueblos por entre los cuales pasamos. Y Jehová arrojó de delante de nosotros a todos los pueblos, y al amorreo que habitaba en la tierra; nosotros, pues, también serviremos a Jehová, porque él es nuestro Dios” (v. 16-18).

Todas estas palabras sonaban muy bien y despertaban grandes esperanzas. Parecían revelar que ellos tenían un sentido claro de la base moral de los derechos de Jehová a su obediencia implícita. Podían relatar detalladamente todos los hechos poderosos que él había obrado en su favor, de hacer protestas fervorosas contra la idolatría, y, por todo esto, prometer obediencia a Jehová su Dios.

Quitad los dioses ajenos

Pero es evidente que Josué no confiaba mucho en esas promesas, pues dijo al pueblo: “No podréis servir a Jehová, porque él es Dios santo, y Dios celoso; no sufrirá vuestras rebeliones y vuestros pecados. Si dejareis a Jehová y sirviereis a dioses ajenos, él se volverá y os hará mal, y os consumirá, después que os ha hecho bien. El pueblo entonces dijo a Josué: No, sino que a Jehová serviremos. Y Josué respondió al pueblo: Vosotros sois testigos contra vosotros mismos, de que

habéis elegido a Jehová para servirle. Y ellos respondieron: Testigos somos. Quitad, pues, ahora *los dioses ajenos que están entre vosotros, e inclinad vuestro corazón a Jehová Dios de Israel*. Y el pueblo respondió a Josué: A Jehová nuestro Dios serviremos, y a su voz obedeceremos” (v. 19-24).

Nuestro propósito al referirnos a este pasaje consiste en mostrar la prominencia, dada en el llamado de Josué, a la verdad de la unidad de la Deidad. Esta era la verdad de la que Israel debía dar testimonio ante todas las naciones de la tierra, y en ella debían encontrar su protección moral contra las influencias engañosas de la idolatría.

Pero lamentablemente fue a esa misma verdad a la que faltaron primero. Las promesas, resoluciones y votos hechos bajo la poderosa influencia del llamamiento que Josué les hizo, fueron muy pronto como la niebla de la madrugada y las nubes de la mañana que se desvanecen. “Y el pueblo había servido a Jehová todo el tiempo de Josué, y todo el tiempo de los ancianos que sobrevivieron a Josué, los cuales habían visto todas las grandes obras de Jehová, que él había hecho por Israel. Pero murió Josué hijo de Nun, siervo de Jehová, siendo de ciento diez años... Y toda aquella generación también fue reunida a sus padres. Y se levantó después de ellos otra generación que no conocía a Jehová, ni la obra que él había hecho por Israel. Después los hijos de Israel hicieron lo malo ante los ojos de Jehová, y *servieron a los baales*. Dejaron a Jehová el Dios de sus padres, que los había sacado de la tierra de Egipto, y *se fueron tras otros dioses*, los dioses de los pueblos que estaban en sus alrededores, a los cuales *adoraron*; y provocaron a ira a Jehová. Y dejaron a Jehová, y adoraron a Baal y Astarot” (Jueces 2:7-13).

¡Qué amonestación para nosotros! ¡Pronto abandonaron tan grande e importante verdad, apartarse del Dios vivo y verdadero para ir tras Baal y Astarot! Mientras Josué y los ancianos vivían, su presencia y su influencia guardaban a Israel de la apostasía abierta. Pero, en cuanto esos diques morales desaparecieron, la marea oscura de la idolatría subió barriendo los mismos fundamentos de la fe nacional. Jehová, Dios de Israel, fue reemplazado por Baal y Astarot. La influencia humana es un sostén inadecuado, una barrera débil. Debemos ser sostenidos por el poder de Dios, de lo contrario, cederemos tarde o temprano. La fe que se apoya en la sabiduría humana y no en el poder de Dios, mostrará ser una fe pobre, insustancial y sin valor. No podrá subsistir en el día de la prueba, no soportará el fuego; sucumbirá sin duda alguna.

Es conveniente recordar que la fe que se apoya sobre la fe de otros no sirve para nada. Debe haber una fe viva que ponga en contacto el alma con Dios. Tenemos que entendernos con Dios nosotros mismos, individualmente; de lo contrario cederemos cuando vengan las pruebas. Las influencias y los ejemplos humanos pueden ser muy buenos en su propio terreno. Estaba bien mi-

rar a Josué y a los ancianos y ver cómo seguían al Señor. Es cierto que “hierro con hierro se aguza, y así el hombre aguza el rostro de su amigo” (Proverbios 27:17). Es muy alentador estar rodeado por un grupo de fieles verdaderamente devotos; por una corriente de lealtad colectiva a Cristo, a su Persona y a su causa. Pero, si no hay más que esto, si no existe el manantial profundo de una fe y un conocimiento personal, si no existe el vínculo formado y mantenido por Dios de la relación y comunión individual, entonces, cuando los sustentos humanos desaparecen y la marea de la influencia humana retrocede, nos encontramos como Israel, siguiendo al Señor durante los días de Josué y de los ancianos. Después, abandonamos la confesión de Su nombre, volvemos a las locuras y vanidades de este mundo, cosas que en realidad no son mejores que Baal y Astarot.

El único fundamento

En cambio, cuando el corazón está basado firmemente en la verdad y la gracia de Dios, cuando podemos decir, como todos los verdaderos creyentes tienen el privilegio de decir: “Yo sé *a quien* he creído, y estoy seguro que es poderoso para guardar mi depósito para aquel día” (2 Timoteo 1:12), entonces, aunque todos se aparten de la confesión pública de Cristo, aunque nos encontremos sin apoyo humano, encontraremos que “el fundamento del Señor” está tan seguro como siempre y que la senda de la obediencia está tan llana ante nosotros como si cientos de personas estuvieran andando por ella con decisión y energía santa.

Nunca perdamos de vista que el propósito divino es que la Iglesia de Dios aprenda lecciones profundas y santas de la historia de Israel.

“ Porque las cosas que se escribieron antes, para nuestra enseñanza se escribieron, a fin de que por la paciencia y la consolación de las Escrituras, tengamos esperanza (Romanos 15:4).

No es necesario que, para estudiar y aprender de los escritos del Antiguo Testamento, nos dediquemos a buscar analogías fantásticas, teorías curiosas o ejemplos raros. Desgraciadamente, muchos han caído en ideas locas y vacías; en vez de encontrar “consuelo” en las Escrituras, han llegado a opiniones vanas, o peor aún, en errores mortales.

Pero lo que sí nos interesa son los hechos recordados en las páginas de la historia inspirada. Esos deben ser materia de nuestros estudios; y tenemos que sacar de ellos grandes lecciones prácticas. Tomemos, por ejemplo, el caso que estamos estudiando y que aparece con tanto relieve y profundidad en la historia de Israel desde Josué hasta Isaías: su lamentable alejamiento de la

verdad que habían sido exhortados a mantener y confesar, es decir, la verdad acerca de la unidad de la Deidad. Lo primero que hicieron fue abandonar esa grande e importantísima verdad, esa clave del arco, el fundamento de todo el edificio, verdadero núcleo de su existencia nacional y centro vivo de su política nacional. La abandonaron y se volvieron a la idolatría de sus padres del otro lado del Jordán y de las naciones paganas que les rodeaban. Renunciaron a la verdad más gloriosa y distintiva, de cuyo mantenimiento dependía nada menos que su propia existencia como nación. Con solo haber mantenido firmemente esa verdad, habrían sido invencibles, pero al abandonarla, lo perdieron todo y fueron peores que las naciones vecinas, porque, teniendo los ojos abiertos, pecaron contra la luz y el conocimiento; pecaron a pesar de las amonestaciones y súplicas más solemnes, y a pesar de sus promesas de obedecer a menudo repetidas.

Israel: abandono de ese fundamento y restauración futura

Sí, lector, Israel abandonó el culto al único Dios vivo y verdadero, Jehová Elohim, el Dios de su pacto; no solo su Creador, sino también su Redentor, aquel que les había sacado de la tierra de Egipto, les había conducido a través del mar Rojo, les había guiado en el desierto, les había hecho atravesar el Jordán y les había implantado triunfalmente en la heredad prometida a su padre Abraham. Tierra “que fluye leche y miel, la cual es la más hermosa de todas las tierras” (Ezequiel 20:6). Volvieron la espalda a Dios y se entregaron a la adoración de dioses falsos. “Le enojaron con sus lugares altos, y le provocaron a celo con sus imágenes de talla” (Salmo 78:58).

Es asombroso ver cómo un pueblo que había visto y conocido en grado tan alto la bondad y misericordia de Dios, sus poderosos hechos, su fidelidad, su majestad y su gloria, llegara a inclinarse ante un tronco de árbol; pero así fue. Toda su historia –desde los días del becerro de oro al pie del Sinaí, hasta el día en que Nabucodonosor redujo a escombros a Jerusalén– está marcada por un espíritu invencible de idolatría. En vano Jehová, en su misericordia paciente y bondad sobreabundante, le proporcionó libertadores para levantarlo de las terribles consecuencias de su pecado y su locura. Una y otra vez, en su inagotable misericordia y paciencia, le salvó de la mano de sus enemigos. Él le levantó a Otoniel, a Aod, a Barac, a Gedeón, a Jefté, a Sansón, que fueron instrumentos de su misericordia y poder, testigos de su tierno amor y compasión hacia su pueblo envanecido. Pero, apenas desaparecía de la escena cada uno de esos jueces, la nación volvía a sumergirse en su pecado abrumador de idolatría.

Así aconteció también en la época de los reyes, triste historia que parte el corazón. Es cierto que hubo excepciones de vez en cuando, algunas refulgentes estrellas brillaron a través de las profundas sombras de la historia nacional; ese fue el caso de David, Asa, Josafat, Ezequías, Josías, dichosos ejemplos en la oscuridad general. Pero aun esos hombres fracasaron en su intento por arrancar del corazón del pueblo la raíz perjudicial de la idolatría. Aun entre los esplendores del reinado de Salomón brotaron amargos renuevos en la forma monstruosa de los lugares altos dedicados a Astoret, diosa de los sidonios, a Milcom, ídolo abominable de los amonitas, y a Quemosh, ídolo abominable de Moab (véase 1 Reyes 11:5, 7).

¡Deténgase un momento y contemple el pasmoso hecho del escritor del Cantar de los Cantares, del Eclesiastés y de los Proverbios inclinándose ante el altar de Moloc! ¡Imagínese al más sabio, rico y glorioso de los monarcas de Israel quemando incienso y ofreciendo sacrificios en el altar de Quemosh! Verdaderamente tenemos aquí un motivo de profunda reflexión, pues, esto está escrito para nuestra enseñanza. El reinado de Salomón proporciona una de las evidencias más contundentes sobre la apostasía de Israel y su indomable espíritu de idolatría. La verdad que debían mantener y confesar ante todo, fue la primera que abandonaron.

No continuaremos exponiendo el capítulo negro de evidencias, ni nos detendremos en la descripción de los aterradores juicios nacionales que sobrevendrían a causa de su idolatría. Actualmente Israel se encuentra en la situación de la que habla el profeta Oseas: “Porque muchos días estarán los hijos de Israel sin rey, sin príncipe, sin sacrificio, sin estatua, sin efod y sin terafines” (cap. 3:4). “El espíritu inmundo” de idolatría se ha apartado de ellos durante “muchos días” para volver más tarde con “otros siete espíritus peores que él” (Lucas 11:24-26), es decir, la perfección de la maldad espiritual. Y entonces vendrán días de tribulación incomparable sobre este pueblo que por tanto tiempo ha sido mal dirigido y muy rebelde:

Tiempo de angustia para Jacob



(Jeremías 30:7).

Pero la liberación vendrá, ¡bendito sea Dios! Días de luz están reservados para la nación restaurada, “días del cielo sobre la tierra”, según nos cuenta el mismo profeta Oseas: “Después volverán los hijos de Israel, y buscarán a Jehová su Dios, y a David su rey; y temerán a Jehová y a su bondad en el fin de los días” (cap. 3:5). Todas las promesas de Dios a Abraham, Isaac, Jacob y David serán cumplidas, todas las predicciones brillantes de los profetas se verán realizadas gloriosamente. Sí, ambas cosas –promesas y profecías– serán cumplidas literal y gloriosamente pa-

ra el Israel restaurado en la tierra de Canaán, porque “la Escritura no puede ser quebrantada” (Juan 10:35). La larga, oscura y espantosa noche será seguida por el día más brillante que jamás haya lucido en la tierra; la hija de Sion será bañada por los rayos brillantes y benditos del “Sol de justicia” y “la tierra será llena del conocimiento de la gloria de Jehová, como las aguas cubren el mar” (Habacuc 2:14).

Sería muy agradable reproducir en este libro los resplandecientes pasajes proféticos que se refieren al futuro de Israel; pero nuestro deber es dirigir la atención del lector, como también la de la Iglesia de Dios, a la aplicación práctica del solemne hecho de la historia de cómo Israel abandonó tan rápida y totalmente la gran verdad expuesta en Deuteronomio 6:4: “Oye, Israel: Jehová nuestro Dios, Jehová uno es”.

¿Qué hay de la Iglesia?

Se nos preguntará tal vez: «¿Qué relación tendrá este hecho con la Iglesia de Dios?». Creemos que tiene una relación importantísima; y además, que descuidaríamos nuestro deber hacia Cristo y hacia su Iglesia si no señaláramos esa relación. Sabemos que todos los grandes hechos de la historia de Israel están llenos de instrucción, de amonestación y de advertencia para nosotros. Es nuestro deber ineludible procurar aprovecharlos y estudiarlos rectamente.

Ahora bien, al considerar la historia de la Iglesia de Dios como testigo público de Cristo en la tierra, vemos que, apenas fue establecida en toda su plenitud, con las bendiciones y privilegios que marcaron el principio de su carrera, empezó a abandonar las mismas verdades que debía mantener y confesar. Como Adán en el huerto del Edén, como Noé en la tierra ya restaurada, como Israel en Canaán, también la Iglesia, como mayordomo responsable de los misterios de Dios, nada más fue instalada en ese puesto, empezó a vacilar y a caer. Casi inmediatamente después de ser constituida empezó a abandonar las grandes verdades que eran características de su existencia y que debían distinguir al cristianismo. Aun ante los ojos de los apóstoles de nuestro Señor y Salvador Jesucristo, los errores y los males empezaron a obrar, debilitando el mismo fundamento del testimonio de la Iglesia.

¿Se nos piden pruebas? ¡Lamentablemente las tenemos en abundancia! Oigamos las palabras del apóstol que derramó más lágrimas y lanzó más suspiros que ningún otro sobre las ruinas de la Iglesia. “Estoy maravillado” –dice él, y bien podía estarlo– “de que *tan pronto* os hayáis alejado del que os llamó por la gracia de Cristo, para seguir un evangelio diferente”. “¡Oh gálatas insensatos! ¿quién os fascinó para no obedecer a la verdad, a vosotros ante cuyos ojos Jesucristo

fue ya presentado claramente entre vosotros como crucificado?”. “Ciertamente, en otro tiempo, no conociendo a Dios, servíais a los que por naturaleza no son dioses; mas ahora, conociendo a Dios, o más bien, siendo conocidos por Dios, ¿cómo es que os volvéis de nuevo a los débiles y pobres rudimentos, a los cuales os queréis volver a esclavizar? Guardáis los días, los meses, los tiempos y los años”. Estas festividades, llamadas cristianas, eran muy imponentes y agradables a la naturaleza religiosa, pero para el Espíritu Santo eran sencillamente una forma de abandonar el cristianismo y retroceder a la idolatría. “Me temo de vosotros”, y era de temer viendo con qué rapidez volvían la espalda a las grandes verdades del cristianismo celestial y se ocupaban en cumplimientos supersticiosos. “Me temo de vosotros, que haya trabajado en vano con vosotros”. “Vosotros corríais bien; ¿quién os estorbó para no obedecer a la verdad? Esta persuasión no procede de aquel que os llama. Un poco de levadura leuda toda la masa” (Gálatas 1:6; 3:1; 4:8-11; 5:7-9).

Y todo esto ocurría en los mismos días de los apóstoles. La apostasía fue aun más rápida que en el caso de Israel, que sirvió a Dios todo el tiempo de Josué y de los ancianos que le sobrevivieron; pero en la historia triste y humillante de la Iglesia, el enemigo consiguió, casi inmediatamente, introducir levadura en la harina y cizaña en el trigo. Antes de que los apóstoles salieran de la escena se sembró una semilla que, desde entonces, ha venido produciendo sus perjudiciales frutos, y que continuará haciéndolo hasta que los segadores angélicos limpien el campo.

Oigamos también lo que el mismo testigo inspirado dice a su querido hijo Timoteo, con palabras patéticas y solemnes. “Ya sabes esto, que me abandonaron todos los que están en Asia”. Y más adelante: “Que prediques la palabra; que instes a tiempo y fuera de tiempo; redarguye, reprende, exhorta con toda paciencia y doctrina. Porque vendrá tiempo cuando no sufrirán la sana doctrina, sino que teniendo comezón de oír, se amontonarán maestros conforme a sus propias concupiscencias, y *apartarán de la verdad el oído* y se volverán a las fábulas” (2 Timoteo 1:15; 4:2-4).

Este es el testimonio del hombre que, como perito arquitecto, puso el cimiento de la Iglesia. Y, ¿cuál era su experiencia personal? Fue abandonado como su Señor por los que había reunido a su alrededor durante los frescos, florecientes y fervorosos días del principio. Su corazón fue quebrantado por los maestros judaizantes que procuraban destruir el propio fundamento del cristianismo y trastornar la fe de los elegidos de Dios. Lloraba por las acciones de muchos que, mientras que confesaban ser cristianos, eran “enemigos de la cruz de Cristo” (Filipenses 3:18).

En otras palabras, el apóstol Pablo, mirando al futuro desde su cárcel en Roma, vio el inevitable naufragio y ruina del cuerpo profesante. Vio que a este le acontecería lo mismo que al barco en el que él hizo su último viaje, que fue tan significativo e ilustrativo de la triste historia de la Iglesia en el mundo.

Pero debemos recordar aquí que estamos hablando de la Iglesia como testigo responsable de Cristo en la tierra. Esto debe comprenderse con claridad, porque si no, podríamos equivocarnos grandemente al tratar esta cuestión. Debemos distinguir entre la Iglesia como cuerpo de Cristo y la Iglesia como testigo suyo en la tierra. En su primer carácter, el fracaso es imposible; en el segundo, la ruina es total y sin esperanza.

La Iglesia, cuerpo de Cristo

La Iglesia como cuerpo de Cristo está unida a su Cabeza viviente y glorificada en los cielos, y gracias a la presencia y morada en ella del Espíritu Santo, no puede fracasar, no puede ser despedazada por las tormentas y oleajes de este mundo hostil, como el barco de Pablo. Está tan segura como Cristo mismo, ya que la Cabeza y el cuerpo son uno indisolublemente. Nadie podrá nunca tocar al miembro más débil de ese cuerpo bendito. Todos subsisten ante Dios y bajo su mirada de gracia en la plenitud, belleza y aceptabilidad de Cristo mismo. Como es la Cabeza, así son los miembros, todos juntos y cada uno en particular. Todos subsisten en los resultados plenos y eternos de la obra de Cristo consumada en la cruz. No hay, ni puede haber, ninguna cuestión de responsabilidad aquí; porque la Cabeza se hizo a sí misma responsable de los miembros, y satisfizo todo derecho y pagó toda la deuda. No queda nada sino amor, profundo como el corazón de Cristo, perfecto como su obra, e inmutable como su trono. Cualquier cuestión que pudiera surgir contra los miembros de la Iglesia de Dios, ya quedó definitivamente solucionada en la cruz, entre Dios y Cristo. Todos los pecados, las iniquidades, las transgresiones y la culpabilidad de cada miembro en particular y de todos los miembros juntos fueron puestos sobre Cristo y él cargó con todo ello en la cruz. Dios, en su justicia inflexible y eterna, en su santidad infinita, quitó todo lo que podía interponerse en el camino de la salvación, de la bendición perfecta y de la gloria eterna de cada uno de los miembros del cuerpo de Cristo, que es la Iglesia de Dios. Todos los miembros de ese cuerpo están conectados a la vida de la Cabeza; todas las piedras de ese edificio están animadas por la vida de la piedra angular. Todo está ligado con el poder de un vínculo que jamás se podrá romper.

Además, entendemos bien que la unidad del cuerpo de Cristo es absolutamente indisoluble; ese es un punto primordial que debe ser sostenido y confesado fielmente. Pero evidentemente no podrá ser sostenido y confesado si no es entendido y creído; y, a juzgar por las palabras que oímos a veces al hablar de este asunto, es muy dudoso que la gente que se expresa así haya entendido en su modo divino la verdad gloriosa de la unidad del cuerpo de Cristo que es mantenida en la tierra por la presencia del Espíritu Santo.

Así, por ejemplo, algunas veces oímos hablar de «dividir el cuerpo de Cristo», lo que es una absurda equivocación; ya que eso es imposible. Los reformadores fueron acusados de romper o desunir el cuerpo de Cristo cuando le volvían la espalda al sistema romanista. ¡Qué concepto más erróneo! Eso equivalía simplemente a la presunción monstruosa de que muchísimos males de orden moral, de errores doctrinales, de corrupciones eclesiásticas y de supersticiones debían considerarse como el cuerpo de Cristo. ¿Cómo podría una persona, con el Nuevo Testamento en la mano, considerar a la iglesia romana como el cuerpo de Cristo? ¿Cómo podría *alguien* que poseyese la más pequeña idea de la verdadera Iglesia de Dios conceder ese título al conjunto de maldad más oscura, a la mayor obra maestra de Satanás que jamás haya contemplado el mundo?

No, lector, no debemos confundir los sistemas eclesiásticos del mundo –antiguo, medieval o moderno, griego, latino, anglicano, nacional o popular– con la verdadera Iglesia de Dios, el cuerpo de Cristo. No hay ni hubo bajo el cielo un sistema religioso que tenga el menor derecho a ser llamado “la Iglesia de Dios” o “el Cuerpo de Cristo”. Y, por tanto, el separarse de esos sistemas no puede ser llamado cisma, al menos recta o inteligentemente, ni puede dividir el cuerpo de Cristo; al contrario, el deber del que quiera mantener y confesar fielmente la verdad de la unidad de ese cuerpo es separarse con decisión de todo lo que falsamente se llame a sí mismo *una* iglesia. Solo puede ser considerado como un cisma el separarse de aquellos que están reunidos inequívoca e incuestionablemente sobre el terreno de la Asamblea de Dios.

Ninguna corporación de cristianos puede ahora reclamar el título de Cuerpo de Cristo o Iglesia de Dios. Los miembros de ese cuerpo están diseminados por todas partes; estos pueden encontrarse en las diferentes organizaciones religiosas de hoy día, salvo en las que niegan la deidad de nuestro Señor Jesucristo. No podemos concebir la idea de que un verdadero cristiano continúe frecuentando lugares en donde se blasfeme el nombre de Cristo. Pero, aunque ningún cuerpo de cristianos puede reclamar el título de Asamblea de Dios, todos los cristianos tienen la obligación de juntarse sobre el terreno de esa Asamblea y *no* sobre otro.

Y si se nos pregunta: «¿Cómo sabremos dónde encontrar ese terreno?», responderemos: “Cuando tu ojo es bueno, también todo tu cuerpo está lleno de luz” (Lucas 11:34). “El que *quiera hacer la voluntad de Dios*, conocerá si la doctrina es de Dios” (Juan 7:17). Hay una “*senda* que nunca la conoció ave, ni ojo de buitre la vio; nunca la pisaron animales fieros, ni león pasó por ella”. Esa senda no la verá la visión humana más aguda, ni la fuerza más grande podrá pisarla. ¿Cuál es, entonces? Aquí está: “Y dijo *al hombre*: He aquí que el temor del Señor es la sabiduría, y el apartarse del mal, la inteligencia” (Job 28:7, 28).

Hay otra expresión que se oye con frecuencia: «Separar a miembros del Cuerpo de Cristo». Esto es imposible, bendito sea el Señor. Ni un solo miembro del Cuerpo de Cristo puede ser separado de la Cabeza ni del sitio al que fue incorporado por el Espíritu Santo cumpliendo el eterno propósito de Dios y gracias a la expiación cumplida por nuestro Señor Jesucristo. La divina Trinidad está comprometida en la seguridad eterna del miembro del cuerpo más débil y en el mantenimiento de la unidad.

Continuidad y unidad de este Cuerpo

Existe “un cuerpo” del que Cristo es la Cabeza y el Espíritu Santo el poder constructivo, y del cual todos los verdaderos creyentes son miembros. Este Cuerpo ha estado en la tierra desde el día de Pentecostés, todavía está y continuará estando en la tierra hasta el momento en que Cristo venga y lo lleve a la casa de su Padre. Es el mismo cuerpo, con una continua sucesión de miembros; lo mismo ocurre cuando decimos que cierto regimiento del ejército del rey, acuartelado hoy en Aldershot, estuvo presente en la batalla de Waterloo, aunque ningún hombre de los que lo integran hoy estaba presente en aquella memorable batalla librada en 1815.

¿Ve el lector alguna dificultad en esto? Puede ser que, debido a la discordia y desunión que hay entre los miembros, encuentre un tanto difícil creer y confesar la unión inquebrantable de ese todo. Quizá le sea más fácil creer que la aplicación de lo expuesto en Efesios 4:4 debe limitarse a los días en que el apóstol escribió aquellas palabras, cuando los cristianos eran manifiestamente uno y cuando no se pensaba siquiera en ser miembro de tal o cual iglesia, porque todos eran miembros de una sola Iglesia.

Pero no podemos poner límites a la Palabra de Dios. ¿Qué derecho tenemos para decir, de una cláusula de Efesios 4:4-6, que solo es aplicable a los días apostólicos? Si tenemos que limitar una cláusula, ¿por qué no limitarlas todas? ¿Es que ya no hay “un Espíritu... un Señor, una fe, un bautismo, un Dios y Padre de todos”? ¿Habrá algún cristiano que lo dude? Es tan cierto que hay un

cuerpo como también lo es que hay un Espíritu, un Señor y un Dios. Todos están íntimamente unidos entre sí, y no se puede tocar uno sin tocar los demás. No tenemos más derecho a negar la existencia de un cuerpo que el que tenemos para negar la existencia de Dios, ya que en el mismo pasaje que se nos declara la existencia de uno se nos muestra también la del otro.

Pero tal vez alguien pregunte: «¿Dónde puede verse ese “un cuerpo”? ¿No es absurdo hablar de algo así cuando existen tantas denominaciones en el cristianismo?». A esto responderemos que no vamos a abandonar la verdad de Dios porque el hombre haya fracasado en llevarla a la práctica. ¿No fracasó Israel en cuanto a mantener, confesar y vivir la verdad de la unidad de la Deidad? ¿Fue esa gloriosa verdad afectada en lo más mínimo por aquel fracaso? ¿No era tan cierto que no había más que un solo Dios verdadero cuando existían tantos altares idólatras como calles en Jerusalén, que cuando Moisés proclamaba a oídos de toda la congregación las sublimes palabras: “Oye, Israel: Jehová nuestro Dios, Jehová uno es”? Bendito sea Dios, su verdad no depende de los caminos humanos, necios y sin fe. Persiste en su integridad divina, brilla con su esplendor propio y celestial a pesar de los fracasos humanos. Si no fuera así, ¿qué haríamos, adónde volveríamos los ojos o qué sería de nosotros? De hecho, si creyésemos solo según la verdad que vemos llevada a la práctica en la vida de los hombres, nos desesperaríamos y seríamos los más desgraciados de los hombres.

Pero, ¿cómo hay que llevar a la práctica la verdad de “un cuerpo”? No reconociendo ningún otro principio de comunión cristiana ni ninguna otra base de reunión. Todos los verdaderos creyentes deben reunirse sencillamente como miembros del cuerpo de Cristo. Deben reunirse el primer día de la semana, alrededor de la Mesa del Señor, y partir el pan como miembros de aquel “cuerpo”, según leemos en 1 Corintios 10:17: “Siendo uno solo el pan, nosotros, con ser muchos, somos un cuerpo; pues todos participamos de aquel mismo pan”. Eso es tan verdadero y práctico hoy en día como cuando el apóstol se dirigía a los corintios. Es cierto que entre ellos había divisiones, como las hay ahora en la cristiandad; pero esto no afecta en nada a la verdad de Dios. El apóstol rechazaba las divisiones porque las calificaba de carnales. No simpatizaba con la idea de que las divisiones son buenas al engendrar espíritu de competencia, sino que Él creía que eran muy malas, fruto de la carne y obra de Satanás.

El apóstol tampoco habría aceptado la ilustración popular de que las divisiones en la Iglesia son como los regimientos en el ejército: cada uno con su uniforme especial y su bandera, pero todos combatiendo a las ordenes del mismo general. Algo así no puede sostenerse ni por un momento; no tiene ninguna aplicación a nuestro caso; sino que es una contradicción a la afirmación clara y enfática de “un cuerpo”.

Lector, esa es una verdad gloriosa y debemos considerarla atentamente. Miremos la cristiandad a la luz de esa verdad y juzguemos por ella nuestro estado y nuestra conducta. ¿Actuamos de acuerdo a ella, la expresamos en la Mesa del Señor cada primer día de la semana? Estemos seguros de que hacerlo así es tanto nuestro sagrado deber como nuestro elevado privilegio. No nos dejemos influenciar por las dificultades, las piedras de tropiezo y todo lo que nos desalienta en la conducta de los que profesan estar obedeciendo la Palabra de Dios en cuanto a este tema.

Debemos estar preparados para esto. El diablo no dejará piedra por mover a fin de arrojar polvo a nuestros ojos para que no veamos los caminos de Dios para su pueblo. Pero no debemos prestar atención a sus sugerencias o dejarnos enredar por sus engaños. Siempre ha habido y habrá dificultades para llevar a cabo la preciosa verdad de Dios, y quizá encontremos mayor dificultad en la conducta contradictoria de los que profesan obrar de acuerdo con la verdad.

Pero debemos distinguir siempre entre la verdad y los que la profesan, entre la posición y la conducta de los que lo ocupan. Obviamente las dos cosas tendrían que estar de acuerdo, pero no es así; de modo que debemos juzgar la conducta por la Palabra de Dios y no la Palabra de Dios por la conducta. Si vemos que un hombre cultiva un campo según principios que creemos ser sanos, aunque es un mal agricultor, ¿qué debemos hacer? Podemos rechazar *su modo* de trabajar, pero no podemos decir nada en contra de *los principios* que utiliza.

Así sucede con la verdad que estamos considerando. Había herejías en Corinto, cismas, errores y males de toda clase. ¿Y qué? ¿Debía abandonarse la verdad de Dios como si fuera un mito, como algo totalmente impracticable y renunciar a ella? ¿Debían los corintios congregarse bajo otro principio? ¿Debían organizarse sobre nuevas bases, reunirse alrededor de otro punto central? ¡No, gracias a Dios! Su verdad no debía ser abandonada, aunque Corinto estallara en diez mil sectas y su horizonte se oscureciera con diez mil herejías. El cuerpo de Cristo era uno. El apóstol simplemente despliega ante sus ojos la bandera con este bendito lema:

“ Vosotros, pues, sois el cuerpo de Cristo, y miembros cada uno en particular (1 Corintios 12:27).

Pero estas palabras no fueron dirigidas solamente “a la iglesia de Corinto”, sino también a “todos los que en cualquier lugar invocan el nombre de nuestro Señor Jesucristo, Señor de ellos y nuestro” (1 Corintios 1:2). Por lo tanto, la verdad de “un cuerpo” es permanente y universal. Todos los verdaderos cristianos están obligados a reconocerla y a actuar conforme a ella; y todas las asambleas de cristianos, donde se reúnan, deben ser la expresión local de esta verdad importante.

Tal vez alguien diga: «¿Cómo es posible decir a una asamblea determinada: “Vosotros, pues, sois el cuerpo de Cristo”? ¿No había santos en Éfeso, Colosas y Filipos?». Sin duda que los había; y si el apóstol hubiese tenido que dirigirse a ellos para tratar el mismo asunto, les habría dicho también: “Vosotros, pues, sois el cuerpo de Cristo”, ya que eran la expresión local de ese Cuerpo; y no solo esto, sino que al dirigirse a ellos con esa frase, tendría en su mente a todos los santos, hasta el fin de la carrera terrenal de la Iglesia.

Pero tengamos presente que el apóstol no pudo dirigir esas palabras a ninguna organización humana, antigua o moderna. Y aunque todas las organizaciones, llámense como se quiera, se hubieran juntado en una, tampoco habría podido llamarle “el cuerpo de Cristo”. Ese cuerpo, entendámoslo bien, lo forman todos los creyentes en la superficie de la tierra. Si no están unidos por esta divina base, eso es una grave pérdida para ellos y una deshonra para el Señor. Con todo, la preciosa verdad subsiste: hay “un cuerpo”, y este es la norma divina por la que hay que medir cualquier asociación eclesiástica y todo sistema religioso bajo el sol.

¿Cuál ha sido el testimonio general de la Iglesia?

Es necesario estudiar detalladamente el lado divino de la cuestión de la Iglesia a fin de resguardar la verdad de Dios y para que el lector comprenda claramente que, al hablar de la ruina de la Iglesia, consideramos el asunto desde el lado humano. Vamos a considerar este último por unos momentos.

Es imposible leer con calma y con la mente libre de prejuicios y no ver que la Iglesia, como testigo de Cristo en la tierra, ha fracasado de una manera evidente y vergonzosa. Copiar todos los pasajes que prueban esta afirmación equivaldría a escribir un libro. Pero, echemos un vistazo a los capítulos 2 y 3 del Apocalipsis, donde vemos a la Iglesia ante el juicio. En esas porciones tene-

mos lo que podríamos llamar la historia divina de la Iglesia. Siete asambleas son escogidas como ejemplo de las diferentes fases de la historia de la Iglesia, desde el día que fue establecida en la tierra hasta el día en que será vomitada de la boca del Señor. Si no vemos que esos dos capítulos son tanto proféticos como históricos, nos privaremos de un amplio campo de valiosa instrucción. El lenguaje humano no alcanza a expresar lo que se puede recoger de esos dos capítulos en cuanto a su aspecto profético.

Tomemos el discurso dirigido a Éfeso, iglesia a la que el apóstol Pablo escribió su admirable epístola descubriendo el lado celestial de las cosas, como los eternos propósitos de Dios con respecto a la Iglesia, la posición y porción de esta como acepta en Cristo y bendecida con toda bendición espiritual en los lugares celestiales en él. No hay fracaso aquí; ni pensamiento parecido, ni posibilidad de ello. Aquí todo está en las manos de Dios; es su plan, su obra, su gracia, su gloria y su poder lo que se trata en esta epístola, y todo ello fundado sobre la sangre de Cristo. Aquí no hay cuestión de responsabilidad; los santos que formaban la Iglesia estaban muertos en “delitos y pecados”, pero Cristo murió por la Iglesia; él mismo se puso judicialmente donde estaba ella; y Dios, en su gracia soberana, entró en escena y levantó a Cristo de los muertos, y a la Iglesia con él. ¡Qué hecho tan glorioso! Aquí todo está firme y estable. Es la Iglesia en los lugares celestiales *en* Cristo, no la Iglesia en la tierra *por* Cristo. Es *el cuerpo* “aceptado”, no *el candelero juzgado*. Si no alcanzamos a ver los dos lados de esa gran cuestión, aún tenemos mucho que aprender.

Pero, así como está el lado terrestre, también está el celestial; así como hay un lado humano, también hay uno divino; así como está el candelero, también está el cuerpo. Por eso en el discurso judicial de Apocalipsis 2 leamos las solemnes palabras: “*Tengo contra ti que has dejado tu primer amor*” (v. 4).

¡Qué diferencia! No vemos nada de esto en la epístola a los Efesios; nada contra el cuerpo, ni contra la esposa; pero hay algo contra el candelero. La luz ya parecía apagarse, apenas encenderse, se necesitó echar mano de las despabiladeras.

Ya desde el principio aparecieron síntomas de decadencia, inequívocos para la mirada penetrante de Aquel que anda entre los siete candeleros de oro; y cuando contemplamos la última fase del estado de la Iglesia –la última época de su historia terrenal, como fue ilustrada por la asamblea de Laodicea–, no hay nada de bueno. Esta condición no deja alentar esperanzas; el Señor está fuera, a la puerta. “He aquí, yo estoy a la puerta y llamo” (cap. 3:20). Ya no se trata de tener “algo contra ti”, como en el caso de Éfeso; ahora toda la condición es mala, todo el cuerpo profesante está a punto de ser apartado. “Te vomitaré de mi boca” (cap. 3:16). Él se mantiene aún a la espera

—bendito sea su Nombre—, porque nunca se da prisa en abandonar su actitud de misericordia y adoptar la del juicio. Nos recuerda la partida de la gloria al principio del libro de Ezequiel que se movía con paso lento y medido, como si tuviese que dejar la casa, el pueblo y la tierra de mala gana. “Entonces la gloria de Jehová se elevó de encima del querubín al umbral de la puerta; y la casa fue llena de la nube, y el atrio se llenó del resplandor de la gloria de Jehová”. “Entonces la gloria de Jehová se elevó de encima del umbral de la casa, y se puso sobre los querubines”. Y finalmente, “la gloria de Jehová se elevó de en medio de la ciudad, y se puso sobre el monte que está al oriente de la ciudad” (Ezequiel 10:4, 18; 11:23).

Esto es profundamente conmovedor. Qué contraste entre la lenta retirada de la gloria y su rápida entrada en el día de la dedicación de la casa por Salomón, según consta en 1 Crónicas 7:1. Jehová se apresuró a entrar en su morada en medio de su pueblo, pero tardó en abandonarla. En lenguaje humano diríamos que se vio obligado a marcharse a causa de los pecados y de la impenitencia de su pueblo envanecido.

Así sucede con la Iglesia. En el capítulo 2 de Hechos vemos su rápida entrada en su casa espiritual. Vino como un viento recio que corría y llenó la casa con su gloria. Pero veamos su actitud en Apocalipsis 3; está fuera, pero está llamando. Está aguardando, no con la esperanza de una restauración colectiva, sino por si acaso *alguno* oyere su voz y abriere “la puerta”. El hecho de que él esté fuera de la puerta demuestra lo que la Iglesia es, y el hecho de que él esté llamando demuestra lo que él es.

Lector cristiano, procure comprender a fondo este asunto; es importante que lo haga. Estamos rodeados de conceptos falsos acerca del estado actual y del destino futuro de la iglesia profesante. Debemos rechazarlos todos rigurosamente y atender a la enseñanza de la Escritura, que es tan clara como la luz del día. La iglesia profesante es una ruina sin esperanza, y el juicio está a la puerta. Lea la epístola de Judas, la segunda carta de Pedro capítulos 2 y 3 y también la segunda carta a Timoteo. Fíjese en esas solemnes porciones; al terminar su lectura estará convencido de que ante la cristiandad se levanta la ira del Dios Todopoderoso no satisfecha. La sentencia está expuesta en esa frase breve pero solemne de Romanos 11: “Tú también serás cortado” (v. 22).

Sí, este es el lenguaje de la Escritura: “cortado”, “vomitado”. La iglesia profesante ha fracasado en cuanto a ser el testigo de Cristo en la tierra. Como pasó con Israel, así sucedió con la Iglesia; abandonó deslealmente la verdad que debía mantener y confesar. Apenas se hubo cerrado el canon del Nuevo Testamento, y los primeros obreros enviados dejaron el campo, tinieblas espesas vinieron sobre el cuerpo profesante. Dirijamos nuestra atención adonde queramos, recorra-

mos los tomos voluminosos de «los padres», como suele llamárselos, y no encontraremos rasgo de las grandes verdades características de nuestro cristianismo glorioso; todo fue abandonado. Como Israel cambió a Jehová por Baal y Astarot en Canaán, así también la Iglesia abandonó la verdad pura y preciosa de Dios para ir detrás de las fábulas pueriles y los errores mortales. Una caída tan rápida es totalmente asombrosa, pero fue precisamente lo que Pablo había advertido desde un principio a los ancianos de Éfeso:

“ Por tanto, mirad por vosotros, y por todo el rebaño en que el Espíritu Santo os ha puesto por obispos, para apacentar la iglesia del Señor, la cual él ganó por su propia sangre. Porque yo sé que después de mi partida entrarán en medio de vosotros lobos rapaces, que no perdonarán al rebaño. Y de vosotros mismos se levantarán hombres que hablen cosas perversas para arrastrar tras sí a los discípulos (Hechos 20:28-30).

¡Qué cuadro más lamentable!: Los apóstoles de nuestro Señor y Salvador Jesucristo casi inmediatamente seguidos por “lobos rapaces” y hombres que hablaban “cosas perversas”; la Iglesia en su conjunto sumergida en tinieblas densas; la lámpara de la revelación divina casi escondida; la corrupción eclesiástica en todas sus formas; la dominación sacerdotal con todos sus terribles consecuencias. En resumen, la historia de la Iglesia, la historia de la cristiandad es el archivo más terrible que nunca se haya escrito.

Testigos en el transcurso de los años

Es verdad, gracias a Dios que Él no se quedó sin testigos. Aquí y allá, de vez en cuando, levantó a algunos que hablaron por él, exactamente como en el Israel de la antigüedad. Aun entre las tinieblas profundas de la Edad Media apareció una estrella ocasional que brilló en el horizonte. Los valdenses y otros pueblos fueron capacitados, por la gracia de Dios, para sostener firmemente Su Palabra y para confesar el nombre de Jesús pese a la terrible tiranía y la crueldad diabólica de Roma.

Vino luego la época gloriosa del siglo 16, en la que Dios suscitó a Lutero y sus amados colaboradores para predicar la gran verdad de la justificación por medio de la fe, y para dar el Libro de Dios al pueblo en su lengua materna. No hay palabras humanas suficientes para exponer las bendiciones de aquel tiempo memorable. Millones de personas oyeron las buenas nuevas de salvación; oyeron, creyeron y fueron salvos. Millares que habían gemido durante mucho tiempo ba-

jo el peso abrumador de la superstición romana recibieron con profunda gratitud el mensaje celestial. Miles de personas se unieron con intensa alegría para sacar agua de aquellas fuentes de inspiración que habían estado cegadas durante siglos por la ignorancia e intolerancia papales. La lámpara de la revelación divina que había sido tapada durante tanto tiempo por la mano del enemigo, pudo derramar sus rayos atravesando la oscuridad, y miles y miles de personas se regocijaron a causa de su luz celestial.

Pero, mientras damos gracias a Dios por los resultados gloriosos de lo que se llama comúnmente la Reforma del siglo XVI, incurriríamos en un grave error si imagináramos que eso se aproximaba a la restauración de la Iglesia a su condición original, ni mucho menos. Lutero y los que le ayudaron, a juzgar por sus escritos, muchos de ellos preciosos, no llegaron a remontarse a la idea de la Iglesia como el cuerpo de Cristo. No comprendieron la unidad del cuerpo, la presencia del Espíritu Santo en la asamblea y su morada en cada creyente. Nunca llegaron a conocer la gran verdad del ministerio de la Iglesia, su naturaleza, origen, poder y responsabilidad. Siempre permanecieron con la idea de la autoridad humana como base del ministerio. No dijeron nada de la esperanza característica de la Iglesia, es decir, la venida de Cristo para buscar a su pueblo, la “estrella resplandeciente de la mañana”. Tampoco comprendieron el alcance de las profecías, y demostraron ser incompetentes para trazar bien la Palabra de verdad.

No queremos que se nos malentienda; amamos la memoria de los reformadores y sus nombres son familiares para nosotros. Fueron siervos amados, devotos, sinceros y benditos del Señor. Ojalá tuviéramos otros como ellos en estos días de papismo reavivado y de creciente incredulidad. Nadie adelanta en nuestro amor y estimación por Lutero, Melanchton, Farel, Latimer y Knox. Ellos fueron verdaderas luces brillantes en su tiempo; millones de personas darán gracias a Dios eternamente por el hecho de que aquellos hombres hayan vivido, predicado y escrito. Y no solo esto, sino que, con su manera de vivir y su ministerio público, avergüenzan a muchos cristianos que tienen el privilegio de conocer muchas verdades más, que no podemos encontrar en los escritos de los reformadores.

Estamos convencidos de que aquellos amados siervos de Cristo no llegaron a alcanzar muchas de las verdades características del cristianismo –que por lo tanto, no predicaron ni enseñaron–; o al menos no hemos podido encontrarlas en sus libros. Pero sí predicaron la preciosa verdad acerca de la justificación por la fe, dieron al pueblo las Sagradas Escrituras y pisotearon mucho escombros de la superstición romana.

Todo esto lo hicieron por la gracia de Dios, y por eso inclinamos nuestras cabezas con profunda gratitud y alabanza al Padre de misericordias. Pero el protestantismo no es el cristianismo; las llamadas iglesias reformadas, ya sean nacionales o disidentes, de ninguna manera son la Iglesia de Dios. Al mirar hacia atrás, en el transcurso de los últimos veinte siglos, a pesar de algunos avivamientos ocasionales, de algunos focos de luz brillantes que de vez en cuando resplandecieron en el horizonte de la Iglesia, y los muchos derramamientos de gracia que el Espíritu de Dios hizo durante los siglos 18 y 19, decimos que la Iglesia ha naufragado, que la cristiandad está deslizándose hacia la oscuridad eterna; que los países tan favorecidos, en los que se ha predicado tanto la verdad evangélica, y en los que circulan por millones Biblias y evangelios, quedarán cubiertos con densas tinieblas; ¡abandonados a un “poder engañoso, para que crean la mentira”!

Fin del hombre en esta tierra

¿Y después de esto, qué vendrá? ¿Un mundo convertido? No, una Iglesia juzgada. Los verdaderos santos de Dios que están esparcidos por toda la cristiandad, todos los verdaderos miembros del cuerpo de Cristo, serán arrebatados para recibir al Señor en el aire. Los santos que hayan muerto serán resucitados, y los vivos serán transformados y arrebatados juntamente con ellos para recibir al Señor en el aire y así estar siempre con él. Entonces el misterio de iniquidad se mostrará en la persona del hombre de pecado, el impío, el anticristo. El Señor vendrá, y todos sus santos con él, para ejecutar el juicio sobre la bestia, —es decir, el imperio romano revivido— y sobre el falso profeta y el anticristo, el primero en occidente y el segundo en oriente.

Este será un juicio sumario, sin proceso judicial de ninguna clase, pues tanto la bestia como el falso profeta serán hallados en abierta rebelión y oposición contra Dios y el Cordero. Luego vendrá el juicio a las naciones, tal como lo expone Mateo 25:31-46.

Y habiendo sido vencido todo mal, Cristo reinará con justicia y paz durante mil años, un período brillante y bendito, el verdadero día de reposo para Israel y para la tierra, un período marcado por dos grandes hechos: Satanás atado y Cristo reinando. ¡Qué hechos tan gloriosos! Si solo mencionarlos nos hace rebotar de alabanzas y acciones de gracias, ¿qué será su cumplimiento?

Pero Satanás será libertado de su cautiverio de mil años y se le permitirá enfrentarse a Dios y su Cristo. “Cuando los mil años se cumplan, Satanás será suelto de su prisión, y saldrá a engañar a las naciones que están en los cuatro ángulos de la tierra, a Gog y a Magog, a fin de reunirlos para la batalla; el número de los cuales es como la arena del mar. Y subieron sobre la anchura de la tierra, y rodearon el campamento de los santos y la ciudad amada; y de Dios descendió fuego

del cielo, y los consumi6. Y el diablo que les enga1aba fue lanzado en el lago de fuego y azufre, donde estaban la bestia y el falso profeta; y ser1n atormentados d1a y noche por los siglos de los siglos” (Apocalipsis 20:7-10).

Este ser1 el 1ltimo esfuerzo de Satan1s, que lo llevar1 a su eterna perdici6n. Vendr1 entonces el juicio de los muertos, “grandes y peque1os”, de todos los que hayan muerto en sus pecados, desde los d1as de Ca1n hasta los 1ltimos ap6statas de la gloria milenaria. 1Qu1 escena tan tremenda! 1Ninguna mente puede concebir, ni nadie puede describir su terrible solemnidad!

Finalmente se nos muestra el estado eterno, los cielos nuevos y la nueva tierra en donde la justicia reinar1 eternamente.

Este es el orden de los sucesos, seg1n est1n expuestos con toda claridad en las p1ginas sagradas. Hemos hecho un breve resumen de estos, en relaci6n con las verdades que hemos considerado, que no son populares, pero que no por esto dejar1amos de anunciar. Nuestra obligaci6n es declarar el plan de Dios, y no buscar la popularidad. No esperamos que la verdad de Dios sea popular en la cristiandad, sino todo lo contrario; hemos procurado demostrar que, as1 como Israel abandon6 la verdad que debi6 haber mantenido, la iglesia profesante tambi1n ha dejado escurrir todas esas grandes verdades que caracterizan al cristianismo del Nuevo Testamento. Nuestro 1nico objetivo al insistir en esta serie de argumentos es despertar los corazones de todos los verdaderos cristianos para que puedan reconocer el valor de esas verdades y de la obligaci6n que tienen, no solo de aceptarlas, sino tambi1n de procurar llevarlas a cabo de una manera m1s plena. Anhelamos que en estas horas finales de la historia terrenal de la Iglesia se levante un grupo de hombres con verdadero poder espiritual, y proclame esas grandes verdades del Evangelio de Dios que han sido olvidadas durante tanto tiempo. Dios quiera, en su gran misericordia para con su pueblo, levantar y enviar a esos hombres; y que el Se1or Jes1s toque a la puerta de los corazones de manera que muchos m1s oigan su llamado y le dejen entrar, seg1n el deseo de su amante coraz6n, para saborear la felicidad de una profunda comuni6n personal con 1l, mientras aguardamos su venida.

Bendito sea Dios, no hay l1mite para la bendici6n del alma que oye el llamado de Cristo y le abre la puerta. Seamos verdaderos, sencillos y fieles, sintiendo y reconociendo nuestra completa debilidad y nulidad, dejando todo el orgullo y las vanas pretensiones, no procurando establecer algo nuestro, sino guardando la Palabra de Cristo. Encontremos nuestra felicidad a sus pies, nuestra porci6n m1s satisfactoria en 1l mismo y nuestro gozo verdadero en servirle humildemente. Entonces avanzaremos juntos con armon1a, lleno de amor y dicha, encontrando en 1l nuestro

centro común; así nuestro único objetivo será llevar adelante su causa y promover su gloria. ¡Oh, si esto sucediera entre el pueblo amado del Señor en nuestros días, sería otra historia, y ofreceríamos al mundo que nos rodea un aspecto muy diferente! ¡El Señor quiera avivar su obra!

Tal vez usted piense que nos hemos apartado mucho del capítulo 6 del Deuteronomio, pero no solo es necesario fijar nuestra atención en lo que *contiene* cada capítulo, sino también en lo que nos *sugiere*. Y, además, debemos añadir que al sentarnos a escribir a intervalos, nuestro único deseo es que el Espíritu de Dios nos guíe a exponer las verdades que sean más adecuadas a las necesidades de nuestros lectores. Nuestro deseo es que el rebaño de Cristo sea alimentado, instruido y confortado, nos importa poco que lo sea por medio de escritos bien relacionados o por notas sueltas y fragmentos.

Un corazón sometido

Una vez que Moisés hubo declarado la gran verdad fundamental contenida en el versículo 4: “Oye, Israel, Jehová vuestro Dios, Jehová uno es”, continúa describiendo a la congregación el deber sagrado que tenían hacia Jehová. No era solamente *un* Dios, sino que era su Dios, que se había dignado a entrar en relación con ellos mediante un pacto. Los había redimido, y los había traído como sobre alas de águila, para que fueran por pueblo y que él fuera su Dios.

¡Qué hecho y qué relación de dependencia tan benditos! Pero había que recordarle a Israel la conducta apropiada para una relación de esa naturaleza, que solo podía emanar de un corazón amante. “Y amarás a Jehová tu Dios de *todo* tu corazón, y de *toda* tu alma, y con *todas* tus fuerzas” (v. 5). En esto radica el secreto de la verdadera religión; si no, todo lo demás carece de valor para Dios. “Dame, hijo mío, tu corazón” (Proverbios 23:26). Cuando se da el corazón, todo lo demás andará bien. El corazón puede ser comparado al regulador de un reloj; que actúa sobre el muelle, que a su vez lo hace sobre la rueda maestra, y esta sobre las manecillas, moviéndolas sobre el cuadrante o esfera. Si un reloj va mal, no bastará con mover las manecillas, se debe ajustar el regulador. ¡El Señor busca una obra real en el corazón, bendito sea su Nombre! Y las palabras que nos dirige son:

“ Hijitos míos, no amemos de palabra ni de lengua, sino de hecho y en verdad
(1 Juan 3:18).

¡Cuánto debemos bendecirle por estas palabras conmovedoras! Con ellas revela su corazón lleno de amor por nosotros. Él nos ama en verdad, y no puede estar satisfecho con otra cosa, ya sea en nuestra conducta con él o en nuestra conducta para con los demás. Todo debe proceder directamente del corazón.

“Y estas palabras que yo te mando hoy, estarán *sobre tu corazón*”, es decir, en la misma fuente de todas las manifestaciones de la vida. ¡Esto es especialmente precioso! Todo lo que hay en el corazón asoma a los labios y aparece en la vida. Qué importante será, entonces, tener el corazón lleno de la Palabra de Dios, y que no quede espacio para las vanidades y locuras del presente siglo malo. Nuestra conversación debe ser siempre con gracia, sazonada con sal. “De la abundancia del corazón habla la boca”; por lo que podemos juzgar acerca de lo que hay en el corazón por lo que habla la boca. La lengua es el órgano transmisor del corazón, y este es el órgano del hombre. “El hombre bueno, del buen tesoro del corazón saca buenas cosas; y el hombre malo, del mal tesoro saca malas cosas” (Mateo 12:34-35). Cuando el corazón está realmente gobernado por la Palabra de Dios, todo el carácter revela el bendito resultado. Así debe ser forzosamente, ya que el corazón es el muelle de toda nuestra condición moral; está en el centro de todas las influencias morales que gobiernan nuestra historia individual y forman nuestra vida práctica.

En todo el Libro divino vemos la gran importancia que Dios da a la actitud y al estado del corazón respecto a Él y a su Palabra, que son una misma cosa. Cuando el corazón es recto para con Dios, es seguro que todo saldrá bien, pero si el corazón va enfriándose y descuidando a Dios y a su Palabra, aparecerá tarde o temprano un desvío claro del sendero de la verdad y la justicia. Por eso hay mucha fuerza en las palabras de exhortación dirigidas por Bernabé a los convertidos de Antioquía:

“ Y exhortó a todos a que con propósito de corazón permaneciesen fieles al Señor (Hechos 11:23). ”

¡Qué necesario es esto! Lo fue entonces, lo es ahora y lo será siempre. Ese *propósito de corazón* es muy precioso para Dios. Es lo que podríamos atrevernos a llamar el gran regulador moral. Da un fervor hermoso al carácter cristiano, lo que es muy deseable para todos nosotros. Es un antídoto divino contra la frialdad, la tibieza, el adormecimiento y el formalismo, que son tan aborrecibles a los ojos de Dios. La conducta exterior podrá ser muy correcta y el credo será tal vez muy ortodoxo, pero si falta el fervor del propósito del corazón, si falta el afecto de todo el ser moral hacia Dios, todo carece de valor.

El Espíritu Santo nos instruye a través del corazón. Por eso el apóstol oraba por los santos de Éfeso, para que fuesen “iluminados los ojos del corazón de vosotros” (Efesios 1:18, N. T. Interlineal Griego-Español de F. Lacueva); y más abajo: “Que habite Cristo por la fe en vuestros corazones” (Efesios 3:17).

Así vemos que toda la Escritura guarda una armonía perfecta con la exhortación de nuestro capítulo. “Y estas palabras que yo te mando hoy, estarán sobre tu corazón”. Si Israel las hubiera guardado, ¡cuántos extravíos se habría evitado, sobre todo el mal abominable de la idolatría, que fue su pecado nacional! Si las palabras preciosas de Jehová hubiesen estado en sus corazones, no habrían temido a Baal, a Quemos ni a Astarot. En otras palabras, si la Palabra de Dios hubiera morado en el corazón de Israel, los ídolos paganos habrían ocupado su debido lugar y habrían sido estimados en nada.

Nótese bien cómo todo es hermosamente característico del libro del Deuteronomio. No se trata ya de observar ciertas reglas religiosas, de ofrecer sacrificios o de obedecer a ciertos ritos y ceremonias. Todas estas cosas ocupaban, sin duda, su debido lugar, pero no son la enseñanza de Deuteronomio preeminente o suprema. No, aquí el tema supremo es **la Palabra**; la *palabra de Jehová* en el *corazón de Israel*.

El lector debe comprender bien este hecho si quiere tener la clave del hermoso libro de Deuteronomio. No es un libro ceremonial, sino de obediencia moral y afectuosa. En casi todas sus secciones enseña esta lección de valor inapreciable: el corazón que ama, ensalza y honra la Palabra de Dios está dispuesto a obedecer cualquier cosa, ya sea a ofrecer un sacrificio o a guardar un día determinado. Podría darse el caso de que un israelita se encontrara en un sitio o en circunstancias en las que no pudiera observar los ritos y las ceremonias, pero nunca podría encontrarse en sitios y circunstancias en las que no pudiera amar, reverenciar y obedecer la Palabra de Dios. Dondequiera que hubiese ido, aunque fuera llevado cautivo al fin de la tierra, nada podía privarle del privilegio de hablar y obrar según las palabras:

“ En mi corazón he guardado tus dichos, para no pecar contra ti
(Salmo 119:11).

¡Qué palabras tan preciosas! Contienen el gran principio del libro de Deuteronomio y, también el gran principio de la vida divina en todo tiempo y lugar. Nunca puede perder su valor y su fuerza moral; se mantiene siempre. Así fue en los días de los patriarcas, cuando Israel estuvo en su tierra, en la dispersión de Israel por todo el mundo, en la Iglesia en su conjunto, y en cada individuo

en particular, entre las ruinas irreparables de la Iglesia. En otras palabras, el deber y el privilegio de la criatura siempre es la obediencia sencilla, firme y absoluta a la Palabra del Señor. Esta es una gracia indecible por la que debemos alabar día y noche a nuestro Dios. Él nos ha dado su Palabra, bendito sea su Nombre, y nos exhorta a que esa Palabra habite abundantemente en nosotros, que more en nuestros corazones y que ejerza su señorío santo sobre nuestra conducta y carácter.

“Y estas palabras que yo te mando hoy, estarán sobre tu corazón. Y las repetirás a tus hijos, y hablarás de ellas estando en tu casa, y andando por el camino, y al acostarte, y cuando te levantes. Y las atarás como una señal en tu mano, y estarán como frontales entre tus ojos; y las escribirás en los postes de tu casa, y en tus puertas” (v. 6-9).

Todo esto es perfectamente hermoso. La Palabra de Dios escondida en el corazón, rebotando en una amorosa instrucción a los hijos y en una santa conversación en el seno de la familia; brillando en todas las actividades de la vida diaria de modo que el que entrara en ese hogar pudiera ver que la Palabra de Dios era la norma para cada uno y para todos en todas las cosas.

Así debió haber sido con el Israel de la antigüedad, y ciertamente así debería ser con los cristianos de hoy día. Pero, ¿qué sucede, enseñamos así a nuestros hijos, les presentamos constantemente la Palabra de Dios con todos sus atractivos celestiales, la ven ellos brillar en nuestra vida diaria y notan su influencia sobre nuestros hábitos, nuestro temperamento, nuestras relaciones familiares y de negocios? Esto es lo que significa atar esa Palabra en las manos, llevarla como frontales entre los ojos y tenerla escrita en los postes y las puertas de nuestras casas.

El testimonio de un corazón obediente

De nada sirve que intentemos enseñar a nuestros hijos la Palabra de Dios si nuestras vidas no están dirigidas por ella. Tampoco estamos de acuerdo en tomar la bendita Palabra de Dios como un simple libro de texto para nuestros hijos; hacer eso sería convertir un privilegio agradable en una tarea pesada. Nuestros hijos deben ver que vivimos en el ambiente de la Sagrada Escritura, y que es el tema de nuestras conversaciones cuando estamos en medio de nuestra familia y en nuestros momentos de descanso.

¡Pero qué poco frecuente es esto! ¿No deberíamos humillarnos ante Dios cuando pensamos en el carácter general y el tono de nuestra conversación en la mesa y en el círculo familiar? ¡Qué poco llevamos a la práctica lo expuesto en Deuteronomio 6:7! ¡Y en cambio, cómo charlamos y hacemos bromas que no convienen, cómo hablamos mal de nuestros hermanos, vecinos y compañeros! ¡Cuánta charla inútil y sin valor!

Y, ¿de dónde procede esto? Sencillamente del estado del corazón. La Palabra de Dios, los mandamientos y los dichos de nuestro Señor y Salvador Jesucristo no habitan en nuestros corazones; por eso no fluyen en corrientes vivas de gracia y edificación.

¿Dirá alguien que los cristianos no necesitan considerar estas cosas? Si es así, meditemos en los siguientes versículos: “Ninguna palabra corrompida salga de nuestra boca, sino la que sea buena para la necesaria edificación, a fin de dar gracia a los oyentes”. Y después: “Sed llenos del Espíritu, hablando entre vosotros con salmos, con himnos y cánticos espirituales, cantando y alabando al Señor en vuestros corazones; dando siempre gracias por todo al Dios y Padre, en el nombre de nuestro Señor Jesucristo” (Efesios 4:29; 5:18-20).

Estas palabras fueron dirigidas a los santos de Éfeso, pero también nos conciernen a nosotros. Quizá no nos damos cuenta de lo fácil que es dejar la costumbre de conversar espiritualmente. Esa falta se pone más de manifiesto en el seno de la familia y especialmente en nuestro trato ordinario. Por eso es necesario recordar las palabras de exhortación que acabamos de citar. Es evidente que el Espíritu Santo previó esa necesidad, y se anticipó a ella por gracia. Esto es lo que dice “a los santos y fieles hermanos que están en Colosas” (Colosenses 1:2).

“ La paz de Dios gobierne en vuestros corazones, a la que asimismo fuisteis llamados en un solo cuerpo; y sed agradecidos. La palabra de Cristo more en abundancia en vosotros, enseñándoos y exhortándoos unos a otros en toda sabiduría, cantando con gracia en vuestros corazones al Señor con salmos e himnos y cánticos espirituales (Colosenses 3:15-16).

¡Qué descripción tan hermosa de la vida cristiana habitual! Es un desarrollo mayor y más completo de lo que se dice en nuestro capítulo, donde se ve al israelita entre su familia, con la Palabra de Dios fluyendo de su corazón en amante instrucción para sus hijos; se le ve en su vida diaria y en todos sus quehaceres, tanto dentro como fuera de su casa, bajo la influencia santificadora de la Palabra de Jehová.

Amado lector cristiano, ¿no deseamos ver a nuestro alrededor cómo todo esto se lleva más a la práctica? ¿No es muy triste y humillante observar el estilo de conversación que se emplea en nuestras familias en algunas ocasiones? ¿No nos sonrojaríamos a veces si algunas de nuestras conversaciones fueran reproducidas por la prensa? Y, ¿cuál es el remedio para eso?; pues un corazón lleno de la paz de Cristo, de su Palabra y de Cristo mismo; nada más que esto podrá lograrlo. Comencemos por el corazón, y, cuando este se encuentre ocupado completamente con las cosas celestiales, pronto habremos terminado con toda clase de maledicciones, bromas inconvenientes y charlatanería.

“Cuando Jehová tu Dios te haya introducido en la tierra que juró a tus padres Abraham, Isaac y Jacob que te daría, en ciudades grandes y buenas que tú no edificaste, y casas llenas de todo bien, que tú no llenaste, y cisternas cavadas que tú no cavaste, viñas y olivares que no plantaste, y luego que comas y te sacies, cuídate de no olvidarte de Jehová, que te sacó de la tierra de Egipto, de casa de servidumbre” (v. 10-12).

En medio de todas las bendiciones y privilegios de la tierra de Canaán, debían recordar a Aquel único, fiel y lleno de gracia que les había sacado de la tierra de esclavitud. También debían recordar que todas las cosas de las que habían tomado posesión eran dones gratuitos de Dios. La tierra, con todo lo que contenía, les había sido dada gracias a la promesa que Jehová había hecho a Abraham, Isaac y Jacob. Todo estaba al alcance de sus manos, como un don gratuito de la gracia soberana y del pacto de misericordia: ciudades edificadas, casas provistas, cisternas, viñedos fructíferos y olivares. Todo lo que tenían que hacer era tomar posesión de ello, con una fe sencilla, recordando siempre al Dador de todo. Debían pensar en él y encontrar en su amor el verdadero motivo de una vida de obediencia. Dondequiera que miraran podían ver las señales de su gran bondad y el fruto de su amor. Todas las ciudades, casas, cisternas, vides, olivos e higueras hablaban a sus corazones de la abundante gracia de Jehová y les daban una prueba material de la infalible fidelidad a su promesa.

“A Jehová tu Dios temerás, y a él solo servirás, y por su nombre jurarás. No andaréis en pos de dioses ajenos, de los dioses de los pueblos que están en vuestros contornos; porque el Dios celoso, Jehová tu Dios, en medio de ti está; para que no se inflame el furor de Jehová tu Dios contra ti, y te destruya de sobre la tierra” (v. 13-15).

Dos grandes motivos se exponen a la congregación en este capítulo: el “amor”, en el versículo 5, y el “temor”, en el 13. Estos motivos se encuentran en toda la Escritura, y su importancia como guías de la vida y moldeadores del carácter nunca serán apreciados debidamente. “El temor de Jehová es el principio de la sabiduría”. Se nos exhorta a perseverar “en el temor de Jehová todo el tiempo” (Proverbios 9:10; 23:17). Es una gran salvaguardia moral contra todo lo malo.

“ Y dijo al hombre: He aquí que el temor del Señor es la sabiduría, y el apartarse del mal, la inteligencia (Job 28:28).

La Palabra abunda en pasajes que exponen en todas las formas posibles la inmensa importancia del temor de Dios. “¿Cómo, pues, haría yo este grande mal” –dice José– “y pecaría contra Dios”? (Génesis 39:9). El hombre que anda habitualmente según el temor de Dios está preservado de cualquier tipo de depravación moral. Estar constantemente en la presencia divina es un refugio efectivo contra todas las tentaciones. A menudo vemos que la presencia de una persona muy santa y espiritual es un freno eficaz contra la ligereza y la insensatez. Si esa es la influencia moral de un simple mortal, ¡cuánto más poderosa será la presencia de Dios experimentada por un alma!

Lector cristiano, atendamos seriamente a este asunto tan importante. Procuremos vivir conscientes de que estamos en la inmediata presencia de Dios. De este modo seremos preservados de mil formas del mal, a las que estamos expuestos a diario, y a las que, desgraciadamente, nos sentimos tan inclinados. El recuerdo de que la mirada de Dios está fija sobre nosotros ejercerá una influencia más poderosa sobre nuestra conducta que la presencia de todos los santos y ángeles. Si nos sintiéramos en la presencia de Dios, no podríamos hablar falsamente, no diríamos con los labios lo que no sintiéramos en el corazón, ni hablaríamos neciamente contra nuestro hermano o nuestro prójimo. En otras palabras, el santo temor de Dios, del que tanto habla la Escritura, obraría como un freno contra los malos pensamientos, las malas palabras, las malas acciones, en fin, contra todos los males en todas sus formas.

Además, tendería a hacernos más veraces y sencillos en lo que hablamos y hacemos. Hay demasiado fingimiento y necedad a nuestro alrededor y frecuentemente decimos mucho más de lo que sentimos. No somos honrados, ni hablamos la verdad con nuestro prójimo; expresamos sentimientos que no son lo que sentimos de verdad y nos portamos como hipócritas los unos con los otros.

Todo esto prueba tristemente qué poco “vivimos, y nos movemos y somos” en presencia del Señor (Hechos 17:28). Si tan solo recordáramos que Dios nos oye y nos ve, que escucha cada palabra y lee todos los pensamientos, ¡nuestra conducta sería muy diferente y vigilaríamos nuestros pensamientos, nuestro temperamento y nuestras lenguas! Esto produciría pureza de corazón y de mente, verdad y honradez en todas las relaciones con nuestros semejantes, sinceridad y sencillez en nuestra conducta, una liberación gozosa de todo el orgullo y la pretensión y de cualquier preocupación personal. Ojalá que vivamos constantemente con el sentimiento de la presencia divina andando en el temor del Señor durante todo el día. ¡Hallemos nuestro gozo en hacer el bien, gustemos el placer espiritual de dar alegría a otros corazones, estemos en continua meditación de planes beneficiosos, y vivamos junto a la fuente del amor divino, de tal modo que podamos ser corrientes refrescantes en medio de una escena sedienta y rayos de luz en medio de la oscuridad moral que nos rodea! “El amor de Cristo” –dice el apóstol– “nos constriñe, pensando esto: que si uno murió por todos, luego todos murieron; y por todos murió, para que los que viven, ya no vivan para sí, sino para aquel que murió y resucitó por ellos” (2 Corintios 5:14-15).

¡Qué hermoso es todo esto! ¡Ojalá se llevara a la práctica de un modo más completo y fuera más fielmente manifestado entre nosotros y el temor y el amor de Dios estuvieran continuamente en nuestros corazones con todo su poder e influencia a fin de que nuestra vida diaria brillara para alabanza suya y verdadero provecho, bienestar y bendición de todos los que nos rodean! ¡Dios quiera en su misericordia infinita concedernos todo esto por amor a Cristo!

El testigo perfecto a quien imitar

El versículo 16 de nuestro capítulo pide una atención especial. “No tentaréis a Jehová vuestro Dios, como lo tentasteis en Masah”. Nuestro Señor Jesucristo citó estas palabras cuando Satanás le tentó para que se arrojara desde el tejado del templo. “Entonces el diablo le llevó a la santa ciudad, y le puso sobre el pináculo del templo, y le dijo: Si eres Hijo de Dios, échate abajo; porque escrito está: A sus ángeles mandará acerca de ti, y en sus manos te sostendrán, para que no tropezes con tu pie en piedra” (Mateo 4:5-6).

Este es un pasaje muy notable que demuestra cómo Satanás puede citar la Escritura cuando le conviene, pero omitiendo una parte muy importante: “Que te guarden en todos tus caminos” (Salmo 91:11). Ahora bien, en los caminos de Cristo no entraba el desafío de arrojarse desde los tejados del templo. Esa no era la senda del deber porque no tenía ningún mandato de Dios para

que hiciera semejante cosa; de ahí que rehusó hacerla. No tenía necesidad de tentar a Dios, ni de ponerlo a prueba, porque, como hombre, tenía la confianza más perfecta en Dios, la completa seguridad de su protección.

No hay duda de que nuestro Dios es muy misericordioso, lleno de gracia, y que su tierna misericordia obra en nosotros, aun cuando nos descarriamos de la senda del deber; el saber que solo podemos contar con la protección divina cuando nuestros pies van siguiendo la senda del deber es algo muy distinto, y que no afecta nada esta afirmación. Si un cristiano pone conscientemente su vida en peligro sin necesidad, ¿tiene algún derecho a creer que Dios tendrá cuidado de él? Dejemos que la conciencia dé la respuesta. Si Dios nos llama a cruzar un lago tempestuoso para predicar el Evangelio, si nos llama a atravesar los Alpes para cumplir un servicio especial, entonces podremos encomendarnos a su mano poderosa para que nos proteja contra cualquier mal. El punto principal es que estemos en la senda del deber que puede ser estrecha, dura y solitaria, pero es una senda arropada por las alas del Todopoderoso e iluminada por la luz de su rostro.

Antes de terminar el tema que nos ha sugerido el versículo 16, deseamos hacer ver brevemente que nuestro Señor, en su respuesta a Satanás, no tomó en cuenta su cita falsa del Salmo 91:11. Observemos este hecho cuidadosamente y procuremos recordarlo. En vez de decir al tentador: «Tú has omitido una parte importantísima del pasaje que te has atrevido a citar», el Señor cita otro pasaje para autorizar su conducta y así venció al tentador y nos dio un ejemplo bendito.

Nos llama especialmente la atención el hecho de que el Señor Jesucristo no venció a Satanás gracias a su poder divino. Si así fuera, no podría haber sido un ejemplo para nosotros. Pero cuando le vemos, como hombre, empleando la Palabra como su única arma y ganando así una victoria gloriosa, nuestros corazones quedan animados y consolados; y no solo esto, sino que aprendemos una lección muy preciosa acerca de cómo debemos mantenernos en un conflicto así en nuestro terreno y medida. El hombre Cristo Jesús venció mediante la dependencia sencilla de Dios y la obediencia a su Palabra.

¡Qué hecho tan bendito que nos llena de fuerza y consuelo! Satanás no pudo hacer nada contra el que obraba guiado exclusivamente por la autorización de Dios y por el poder del Espíritu. Jesús –bendito sea su Santo Nombre– nunca hizo su propia voluntad, aunque su voluntad era absolutamente perfecta. Descendió del cielo, según él mismo nos dice en Juan 6, no para hacer su voluntad, sino para hacer la voluntad del Padre que le había enviado. Él fue un servidor perfecto durante toda su vida y su regla de conducta fue la Palabra de Dios, su poder de acción fue el

Espíritu Santo y su único motivo de acción era hacer la voluntad de Dios; por eso el príncipe de este mundo no pudo con él. Satanás no pudo separarlo de la senda de obediencia o de su actitud dependiente con todas sus astucias.

Lector cristiano, meditemos estas cosas con más cuidado y profundidad; recordemos que nuestro Señor y Maestro nos dejó ejemplo para que sigamos sus pisadas. ¡Sigámoslas diligentemente durante el corto espacio de tiempo que nos queda! ¡Ojalá que podamos andar como él anduvo por el ministerio de gracia del Espíritu Santo! Él es nuestro gran Modelo en todo, así que estudiémosle más profundamente para que podamos imitarle con más fidelidad!

Terminaremos esta sección citando el último párrafo del capítulo que venimos considerando; es un pasaje de una plenitud, profundidad y poder extraordinarios y muy característico de todo el libro del Deuteronomio.

“Guardad cuidadosamente los mandamientos de Jehová vuestro Dios, y sus testimonios y sus estatutos que te ha mandado. Y haz lo recto y bueno ante los ojos de Jehová, para que te vaya bien, y entres y poseas la buena tierra que Jehová juró a tus padres; para que él arroje a tus enemigos de delante de ti, como Jehová ha dicho. Mañana cuando te preguntare tu hijo, diciendo: ¿Qué significan los testimonios y estatutos y decretos que Jehová nuestro Dios os mandó? entonces dirás a tu hijo: Nosotros éramos siervos de Faraón en Egipto, y Jehová nos sacó de Egipto con mano poderosa. Jehová hizo señales y milagros grandes y terribles en Egipto, sobre Faraón y sobre toda su casa, delante de nuestros ojos; y nos sacó de allá, para traernos y darnos la tierra que juró a nuestros padres. Y nos mandó Jehová que cumplamos todos estos estatutos, y que temamos a Jehová nuestro Dios, para que nos vaya bien todos los días, y para que nos conserve la vida, como hasta hoy. Y tendremos justicia cuando cuidemos de poner por obra todos estos mandamientos delante de Jehová nuestro Dios, como él nos ha mandado” (v. 17-25).

¡Qué elevada resulta la palabra de Dios en cada página y en cada párrafo de este libro! Era el gran tema del legislador en todos sus discursos. Su único propósito es exaltar la palabra de Dios en todos los aspectos, ya sea en forma de testimonios, mandamientos, estatutos o juicios, y poner de manifiesto su importancia moral y la urgente necesidad de que el pueblo la obedeciera con todo su corazón, ardor y diligencia. “Guardad *cuidadosamente* los mandamientos de Jehová vuestro Dios”. Y luego: “Haz lo *recto y bueno* ante los ojos de Jehová”.

Todo esto es hermoso moralmente; aquí tenemos desarrollados los principios eternos que no pueden ser dañados por el cambio de dispensación, de escena, lugar o circunstancia; “lo recto y lo bueno” debe ser siempre de aplicación universal y permanente. Nos recuerda las palabras del apóstol Juan a Gayo:

Amado, no imites lo malo, sino lo bueno

“ (3 Juan 11).

La asamblea podía estar en una mala condición, podía haber muchas cosas que apenaran el corazón de Gayo y que quebrantaran su espíritu; Diótrefes podía portarse de un modo indecoroso e inexcusable con el apóstol y otros; todo esto podía ser verdad, y mucho más; sí, todo el cuerpo profesante podía desviarse. ¿Y qué, qué debía hacer Gayo? Sencillamente seguir lo que es justo y bueno; abrir su corazón, sus brazos y su casa a todo el que viniera con *la verdad*, que procurara ayudar a la causa de Cristo por cualquier camino recto.

Ese era el deber de Gayo, y es el de todos los que aman a Cristo de verdad en cualquier tiempo, lugar y circunstancia. Quizá no haya muchos que se junten con nosotros, en ocasiones nos encontremos casi solos, pero debemos seguir lo que es bueno, cueste lo que cueste. Debemos *apartarnos* de la iniquidad, *limpiarnos* de los vasos de deshonra, *huir* de los deseos juveniles y *volver la espalda* a los maestros que no tienen poder. ¿Y después qué?, seguir “la justicia, la fe, el amor y la paz”. ¿Cómo, con el aislamiento? No, sino “con los que de corazón limpio invocan al Señor” (2 Timoteo 2:22). Puedo hallarme solo en un lugar determinado durante algún tiempo, pero no puede haber aislamiento mientras el cuerpo de Cristo esté en la tierra, y esto durará hasta que él venga por nosotros. Así que no esperemos ver el día en el que no podamos encontrar unos cuantos que invoquen al Señor de todo corazón; quienesquiera que sean y dondequiera que estén, es nuestro deber buscarlos y, una vez hallados, andar con ellos en comunión “hasta el fin”.